NOVELA

Leticia Sánchez Ruiz

CUANDO ES INVIERNO EN EL MAR DEL NORTE

El cadáver de Antonio Trigo aparece en una playa cercana a la tormentosa Isla de Or, un entorno prácticamente inaccesible oculto bajo el espeso manto de la leyenda. En la cima de la isla se levanta un antiguo manicomio, hoy mansión residencial de la familia Larfeuil. A pesar de que nadie conoce a Trigo, todos sus miembros son sospechosos de asesinato.

Leticia Sánchez Ruiz

Cuando es invierno en el mar del norte

Título original: *Cuando es invierno en el mar del norte*

Leticia Sánchez Ruiz, 2019

-

Revisión: 1.0
Fecha: 18/03/2020

A Iván y Ramón.
Más amor es imposible.

Cuando es invierno en el mar del Norte
es verano en Valparaíso.
Ángel González, *Canción de invierno y de verano*

1

—Hola, papá. ¿Qué tal el paseo?

—He encontrado el cadáver de un hombre en la playa.

Aquellas fueron las primeras palabras que le oí decir al que iba a ser mi futuro suegro. Después de pronunciarlas, el padre de Matías se quitó lentamente la chaqueta de caza verde y la colgó en el perchero de la entrada (justo enfrente estábamos Matías y yo, inmóviles sobre la alfombra persa junto a la puerta, el lugar que habíamos elegido para esperarle y presentarme). El perro vino rápidamente a lamerle los zapatos llenos de arena y a subírsele a las rodillas. Mi suegro le acarició, le llamó campeón y se dirigió al aparador para coger su pipa. En el pasillo estaba la madre de Matías sujetando una humeante sopera blanca. La llegada de su marido había detenido su camino hacia el comedor. Los adornos de cristal de la lámpara de araña aún chocaban entre sí por el aire que se había colado al abrir la puerta.

—¿En esta casa no se come? —dijo mi suegro a su mujer mientras encendía la pipa con una cerilla.

El mantel era de lino y, tanto la mesa como las sillas, estaban hechas de una madera maciza de cerezo. Las servilletas, dobladas escrupulosamente en triángulo, llevaban bordadas las iniciales de la familia. Los platos de porcelana tenían un ribete dorado. Cada una de las copas de cristal contenía la misma cantidad de vino. Nadie, excepto mi suegro, bebía. Matías y yo nos habíamos sentado el uno junto al otro. Estábamos tan petrificados que ni siquiera nos habíamos quitado los abrigos. Yo todavía llevaba la bufanda y la gorra. «Comiendo con el abrigo puesto, como Proust», pensé. No sabía que ese iba a ser mi último pensamiento literario en mucho

tiempo. Mi suegra, frente a nosotros, miraba el plato de sopa. Se había puesto sobre su vestido un delantal blanco con puntillas. Mi suegro, en la cabecera, sostenía la pipa con la mano derecha, y la izquierda la dividía entre la cuchara y la copa. Cuando se limpió la boca con la servilleta y se quedó mirando a su mujer echando humo por la nariz, la madre de Matías se levantó diligente y muda para recoger los platos, que ninguno de nosotros había tocado, y trajo la bandeja con la carne asada.

Mi suegro cogió un pedazo de ternera con los dedos, manchándose las uñas de grasa, y se agachó para dársela al perro, que estaba tumbado junto a su silla. Yo trataba de mirar a mi novio de reojo, pero la vista se me iba a la cabecera, donde se encontraba aquel hombre que nadie me había presentado. Matías se rascó el cuello y dejó el tenedor sobre el plato.

—Papá…

—No creo que se ahogase. Los ahogados suelen echar espuma por la boca —dijo mi suegro engullendo la carne.

—¿Qué?

—La espuma. Se lo dije a la policía en cuanto los llamé. Por eso he tardado, tuve que quedarme a esperarlos. ¿O es que nadie se había dado cuenta de que no llegaba a la hora de siempre?

Mi suegra levantó la cabeza y realizó con ella un gesto rápido y afirmativo.

—Olía peor que cualquier animal en descomposición. Metros antes de encontrarlo tuve que ponerme la mano en la nariz, porque el viento traía el hedor hasta mí. Si alguien viviese cerca, esa peste no le hubiese dejado ni dormir. Se le hubiese metido hasta por las uñas. Menos mal que estaba yo. Si hubiese sido en verano, todos esos turistas mofletudos se hubieran cagado en sus bañadores. Y la mierda no hubiese olido peor.

La madre de Matías se sujetó el pecho conteniendo una arcada y se tapó rápidamente la boca.

—Tenía los ojos abiertos y parecían pelotas —continuó mi suegro con tranquilidad—. Yo diría que si hubiera hurgado un poco con una cucharilla o con un dedo se los podría haber extraído sin esfuerzo. Aunque, claro está, no lo hice.

Entonces mi suegra vomitó. Se puso a devolver como un niño enfermo. La boca de la madre de Matías se había convertido en un

aspersor. Vomitó el plato y el mantel, se dobló sobre su cuerpo y siguió arrojando violentamente el contenido de su estómago sobre la alfombra.

—Matilde, por favor… —la recriminó mi suegro mientras cogía la copa de vino.

No nos quedamos a los cafés.

I

Cuando regresamos del funeral del abuelo, supimos que entre nosotros había un asesino. No fue algo de lo que nos enteráramos de inmediato, claro está. Al inspector Pambley le costó explicárnoslo. Tartamudeaba bastante y aquel aspecto suyo, pelirrojo y pecoso, como de niño malo de una escuela, no contribuyó a que nos lo tomáramos demasiado en serio. Tampoco ayudó su apellido, que mi abuela ni siquiera supo pronunciar. Su ayudante, la agente Gloria, solo acertó a decirnos que ella se había mareado en el camino, por lo que apenas pronunció palabra.

Les habíamos encontrado a los dos a la puerta de casa cuando llegamos del cementerio, quietos sobre el felpudo, con las ropas húmedas. Nos asustaron. ¿De dónde habían salido? Nosotros, vestidos de negro, parecíamos una bandada de cuervos tristes.

Fue la tía Paula Blas la que, como siempre, se hizo cargo de la situación. Se sonó la nariz y se metió el pañuelo en la manga de la chaqueta. Luego invitó a pasar a los agentes y se encargó de acomodar en el salón a la abuela y a tía abuela Clara; les puso un par de cojines en los dos sillones contiguos y les besó las manos. «Están rotas de pena», explicó tía Paula Blas mirando a los agentes e indicándoles el sofá donde podían sentarse. Pambley se levantó a los pocos segundos, palpó el sofá con los dedos, comprobó que estaba húmedo, hizo un mohín de asco con la boca y volvió a sentarse (pronto descubriría que sentarse en aquel sofá era como hacerlo sobre un sapo viscoso). El resto nos quedamos de pie, la mayoría con los brazos cruzados. Tío Jorge se quitó lentamente la cinta japonesa que llevaba atada a la frente, la misma que los kamikazes se ponían antes de emprender sus misiones suicidas. Con suma habilidad, la ocultó entre sus dedos.

El inspector Pambley carraspeaba y masticaba constantemente

pastillas de regaliz que se sacaba del bolsillo (gesto que llegó a desesperarnos). Mientras nos explicaba, iba echándole vistazos furtivos a la casa. Las ventanas de madera por las que se colaba el frío, los bastoncillos sucios manchados de cera sobre la mesa, los sillones arañados por el gato, el busto de Mahler en el aparador, la chimenea llena de zapatos y papeles de periódico. Tío Angus encendió un puro y se dirigió al tocadiscos como si nada estuviera pasando. «Mi padre ha muerto y estos dos no me van a joder el réquiem», dijo Angus ante la mirada escrutadora de mi padre. Y así, la música de Mozart flotó en el salón. Mozart, aquella palabra en la que se resumía todo. El llanto sordo de mi abuela también nos acompañaba.

—Lamento… lamento las circunstancias —pronunció entrecortadamente Pambley—, pero estas cosas son así. Aunque, miren, ha sido una suerte encontrarles a todos juntos.

El inspector ni siquiera necesitó el codazo de la agente Gloria para arrepentirse inmediatamente de lo que acababa de decir.

—¿Ha sido una suerte que nuestro padre haya muerto? —preguntó tío Angus con el ceño fruncido.

—No, no, perdonen. Quería decir… quería decir una casualidad.

Sí, había sido una casualidad encontrarnos allí a todos juntos. De la misma forma que había sido una casualidad que hubiéramos estado allí todos (o al menos casi todos) varias semanas antes, justo el día por el que nos preguntaba. Cuando Pambley se enteró, se le atragantó la pastilla de regaliz y la agente Gloria tuvo que darle unos golpecitos en la espalda. El inspector sacó una libreta del chaquetón de cuero, se rascó las cejas y empezó a hablarnos de interrogatorios y registros. Leonor, mi hermana, miró su reloj de muñeca, emitió un largo suspiro y se dirigió a la puerta.

—¿Dónde va, señorita?

—Al pasillo a llamar por teléfono. ¿O no puedo? ¿Tengo que pedirle permiso?

—No, pero…

—Bien.

Y, sin más, Leonor y su coleta negra y su vestido negro desaparecieron.

—Perdónela, inspector, son problemas personales —se apresuró a disculparla mi madre con la celeridad de un cometa.

El *Réquiem* de Mozart llegaba al *Dies irae* y a tío Angus, con el puro en la boca y el humo enredándosele en la barba, se le caían unas lágrimas como melocotones. Tía Paula Blas había traído una bandeja con tazas de café. «Tranquila, mamá», le dijo a la abuela posando una mano sobre su hombro.

Pambley dio un saltito en el sofá cuando, de repente, tía abuela Clara se puso a dar palmas. Mi abuela, entre sollozos, le agarró las manos y le advirtió que no era el momento. Clara empezó a reírse y le susurró que estábamos todos muy feos.

—Yo había pensado en tocar el violín —dijo tímidamente mi primo Lucio.

—¿Perdón? —inquirió Pambley volviéndose hacia él.

—Por lo del abuelo. Pero no sé si con esto…

—¡Claro! —gritó mi primo Jonás, irritado por la ocurrencia de su hermano—. ¿Y por qué no se pone tío Jorge a hacer desaparecer gente? ¡Que nos están acusando de asesinato, joder! ¿No os dais cuenta?

El largo mechón de Jonás le llegaba hasta la barbilla, le tapaba el ojo izquierdo (o, mejor dicho, el cristal izquierdo de las gafas) y le partía la cara en dos. Desde que habíamos entrado en la casa no había dejado de mirarme, al igual que yo a él. Jonás estaba irritado y serio. Eso me hizo pensar, de forma estúpida, que las cosas no andaban mal del todo.

—¿De… desaparecer gente? —preguntó el inspector.

2

Estaba sentada en una cafetería cuando leí la noticia. Era la primera vez, en varios días, que me había atrevido a salir de casa. Trataba de tomar pausadamente un café y me dedicaba a mirar las fotografías y los nombres de las firmas, pero entonces vi el titular. Me tembló la mano y dejé la taza sobre el periódico. «HALLAN MUERTO EN LA PLAYA DE SANTA CLARA AL CARPINTERO DESAPARECIDO. *Una prueba de ADN ha confirmado que el cuerpo hallado el día 15 de febrero se corresponde con el de Antonio Trigo, de 66 años*».

Era el cadáver que el padre de Matías había encontrado el día que le conocí. De aquello habían pasado varias semanas, las suficientes para realizar las pruebas de identificación y que la familia se sintiera con fuerzas para hacerlo público en un comunicado. Las suficientes para que Matías y yo ya no estuviéramos juntos.

Durante algún tiempo pensé que aquel día simplemente había sido una pesadilla, como los fuegos del ártico o las piedras negras de Feroe. Esa clase de malos augurios que creen ver los pescadores en los mares del Norte. Pero la prensa decía que aquello era real.

Agarré el periódico entre las manos y comprobé que la huella redonda de la taza había dejado un círculo de café en el titular de la noticia, como quien marca con rotulador el anuncio de un piso que quiere alquilar.

Llevaba días atrincherada en casa. Ni siquiera la limpiaba, solo vagaba por ella y apartaba a patadas lo que encontraba a mi paso. Nunca guardaba nada de lo que sacaba. Las sobras de la comida se me pudrían en los platos. Cuando llené la encimera de la cocina, empecé a apilarlos en la bañera. La mayor parte del tiempo lo

pasaba sin moverme del sofá. Trataba de leer, pero no podía. Abría los libros y apenas conseguía entender qué decían las primeras frases, así que los tiraba al suelo y los pisaba sin querer cuando tenía que levantarme para ir al baño. Tenía el cerebro embotado, saturado de vacilaciones que se traducían en una repentina incapacidad para leer una sola página. Era como un insomnio raro. Cambiaba el canal de la televisión constantemente porque no lograba concentrarme en lo que echaban en ninguno. Solo podía poner una y otra vez la misma canción, la versión de *My favorites things* de John Coltrane. Como si ya no existiera más música en el mundo, porque realmente ya no existía. Apenas existía nada.

Siempre pensé que, si llegaba un momento en la vida en el que no pudiese leer, sería el momento en que empezaría a volverme loca.

II

Pambley les dijo a mis padres que no hacía falta que se quedaran. Al fin y al cabo, ellos no habían estado la noche de la fiesta. «Mamá, por Dios, vete y no armes un escándalo», suplicó Leonor y me miró para que la apoyara. Era extraño, porque mi hermana no solía buscar mi apoyo. O, al menos, necesitarlo. Al verla tan de negro me recordó a una araña majestuosa. Leonor últimamente no era la misma, y creo que eso era lo que a mis padres realmente les preocupaba. Fue curiosa la rapidez con la interiormente empezamos a sospechar los unos de los otros sin decir nada.

La agente Gloria dijo que les acompañaría y, tambaleándose, con la mano alrededor de la boca para reprimir una arcada, se fue con ellos. Antes de cerrar la puerta, mi madre se quedó un rato mirándonos. Aún llevaba en la mano una pequeña corona de flores con un lazo malva que no nos había cabido en el cementerio.

—Solo queremos hacerles unas preguntas, nada más —dijo el inspector volviendo a sentarse en el sofá y arrugando el chaquetón de cuero, una vez que mis padres se marcharon.

El color plomizo de la tarde se iba colando en la sala y a nadie se le ocurrió encender la luz. Pambley apuntaba nuestros nombres en una libreta, mientras tía Paula Blas se ponía sobre los hombros una mantilla de ganchillo y traía otras dos idénticas para la abuela y Clara. «Esta ni siquiera hoy enciende la calefacción», me susurró Leonor. A mí me extrañó aquella confidencia de mi hermana, precisamente por su cotidianidad, pero lo cierto es que yo empezaba a tener la nariz fría y me dolían los pies por los zapatos nuevos que me había tenido que comprar para el funeral. Por un

momento me asustó que fueran esas mis preocupaciones. Qué inconscientes somos ante lo que nos supera.

El disco de Mozart había acabado y tío Angus se acercó a la repisa. Pero en vez de levantar la aguja y quitar el vinilo, se limitó a dejarlo puesto y coger la licorera que estaba junto al tocadiscos. Ni siquiera necesitó un vaso. Le pegó tal trago que el líquido ámbar comenzó a gotearle por la barba y las mejillas rojas. Hacía tiempo que Paula Blas había cambiado el *whisky* de aquella botella por té para prevenir estos arranques de Angus. Hacía tiempo que mi tío ni siquiera sabía distinguir lo que bebía. Angus se limpió aparatosamente su boca carnosa con el antebrazo.

En el momento en que la agente Gloria volvía a entrar por la puerta, se oyó un quejido como de chelo desafinado y una bola de pelo huesuda apreció rodando por la alfombra. Genoveva, disimuladamente, se tapó con la falda los arañazos de las medias y trató de que no se notara que había sido ella quien le había pegado una patada al gato.

—¿Quién? ¿Qué pasa? ¡Minino, Minino! ¿Qué le pasa al Minino? —Tía abuela Clara se había incorporado en el sillón, con sus pequeños ojos azul transparente abiertos y asustados.

—Nada, Clara, no te preocupes —trató de apaciguarla la abuela.

—¿Pero quién es esta gente? ¿Qué le hacen al gato?

—Vienen a investigar un asesinato —dijo apocadamente, como dejando caer las palabras, mi primo Lucio, que se había sentado en el reposabrazos del sillón.

Angus golpeó con la mano abierta el cuello de su hijo. «¿Pero tú para qué coño le dices nada?». Lucio se encogió de hombros y se frotó el cuello. Pero nuestra atención se centraba en Clara, a quien los ojos empezaron a girarle como un tiovivo mientras se columpiaba hacia delante y hacia atrás en el sillón.

—¡El muerto! ¡El muerto! —empezó a exclamar la tía abuela con los brazos levantados—. ¡Nosotras no hemos sido! ¿A que no, Tana? Preguntádselo a mamá. ¡A mamá! Tana, díselo tú. Diles que solo lo enterramos en la huerta —bramaba como ida cogiendo a la abuela de las manos.

—Clara…

Pero la abuela ni siquiera podía hablar, solo sollozaba e intentaba abrazar a su hermana y hundirla en su pecho.

—¡Lo prometimos, Tana! —gritaba Clara cruzando los dedos.

Tía Paula Blas se puso las manos sobre el corazón tapado con la mantilla. «Ay, la mar. Mira de lo que se acuerda esta ahora», susurró. Las dos ancianas de negro balanceándose juntas, abrazadas en los sillones contiguos mientras lloraban a gritos. Todos mirábamos a Clara, y tío Jorge se frotaba los brazos como quien siente frío porque ha visto un fantasma.

El inspector Pambley tenía la boca abierta y se veía en su lengua la pastilla de regaliz pegada.

3

Me fui con John Coltrane a la cocina. Aparté envases vacíos, unos cuantos limones y la tapa de una olla para poder desplegar sobre la mesa el periódico que había comprado en un quiosco tras salir de la cafetería. Como no me apetecía encender la lavadora, me había vuelto a poner uno de los pijamas sucios. Me ajusté las gafas sobre la nariz y leí más detenidamente la noticia.

«Antonio Trigo, el vecino desaparecido del barrio de Maravillas, ha sido hallado muerto en la playa de Santa Clara, según ha hecho público la familia en un comunicado.

Una prueba de ADN ha confirmado que un cadáver hallado el 15 de febrero en Santa Clara se corresponde con el del carpintero de 66 años. La última vez que se le vio, salía de su carpintería. La policía había estado investigando en la zona del puerto, donde se registró su señal de móvil por última vez.

La familia ha explicado que tienen "el corazón destrozado" por la pérdida, aunque al mismo tiempo se sienten "felices" porque "al menos" ya conocen dónde se encuentra. Asimismo, los familiares han agradecido la "magnífica tarea desarrollada por los diversos cuerpos policiales, entidades y autoridades, que han colaborado y trabajado muy duro en la búsqueda"».

Eso era todo. No hablaban ni de cómo se había encontrado el cuerpo ni de las causas de su muerte. Nada sobre el padre de Matías. Por lo que decía el texto, supuse que la desaparición de aquel hombre había sido noticia durante varias semanas. Me imaginaba a los familiares saliendo cada dos por tres en las páginas de sucesos locales. Me hubiera enterado si hubiese leído el periódico. Pero hacía meses que no lo leía, mucho antes de lo de Matías y de que fuese incapaz de concentrarme en los libros. Aquel día me había obligado a mí misma a bajar a la cafetería a leerlo.

Era uno de los pequeños pasos que trataba de dar para volver a la calma y la lectura. Pensé que, de alguna forma, la familiaridad me ayudaría. La razón por la que había dejado de leer el periódico local era porque me habían despedido de él. Esa tarde había decidido empezar a enfrentarme a mis monstruos. Lo que no sospechaba es que en aquellas páginas me iba a encontrar de frente con uno de ellos.

Encendí un cigarrillo y miré fijamente la fotografía que ilustraba la noticia. Era una del muerto, de Antonio Trigo, sonriente, con las mejillas coloradas. Probablemente la habían recortado de otra instantánea de mayor tamaño que los familiares habían cedido días antes con la esperanza de que alguien reconociese al desaparecido. Traté de imaginar cómo aquella cara risueña llegó a convertirse en el túmulo putrefacto que el padre de Matías nos había descrito. Recordaba muy bien aquella descripción. Cómo olvidarla. También recordaba otra cosa que nos había dicho.

III

Cuando era niña, mi abuela vivía con su hermana y su madre en una casa con huerta al lado del manicomio. Desde allí, podían ver el jardín por el que sacaban a pasear a los locos. Durante la guerra, mi bisabuela Pina decidió huir de aquella casa con sus dos hijas porque allí se estaba produciendo una matanza. La vanguardia republicana trataba de tomar la loma y ocupar el psiquiátrico, que era donde se albergaban las tropas de regulares. Mientras duró aquella batalla, ellas vivieron en la ciudad con unos parientes que más tarde emigraron a Suiza. Pero mi abuela de eso no se acuerda, porque aún era muy pequeña como para recordar la guerra.

Puedo ver perfectamente a tía abuela Clara de niña, porque realmente nunca ha sido otra cosa. Se pasa todo el día hablando con el gato (que es el único ser vivo, junto con mi abuela, que parece reconocer), dice que no puede dormir porque un hombre se pasa toda la noche tocando la gaita y para que se trague las pastillas hay que decirle que son caramelos. No nos conoce, piensa que somos viajeros que venimos a hacerle visitas, así que se empeña en darnos galletas. Cuando no le gusta la comida la escupe sin pudor y llama a voces a su madre, que murió hace más de cincuenta años. «No tardará mucho en llegar, nunca me deja sola», nos dice. Y se sienta a esperarla en los bancos del porche.

A mi abuela, sin embargo, soy incapaz de imaginarla de niña. Ni siquiera de joven.

Cuando la guerra terminó, pensaron que había acabado el peligro y decidieron volver. La casa blanca de techo azul seguía en pie y mi bisabuela Pina, con una niña en cada mano, suspiró aliviada. Entraron para ver cuánto les habían saqueado, aunque ellas no habían dejado nada en la huida más que somieres y algunas sillas viejas. Clara corrió hasta la parte trasera de la casa donde

estaba la pequeña huerta. Quería saber si seguían allí sus caracoles.

Mi bisabuela cogió la escoba que aún estaba detrás de la puerta de la cocina y se puso a barrer. Entonces apareció Clara, arrastrando los pies, con la cabeza gacha y la boca enroscada. «¿Qué te pasa, hija? ¿Ya no están tus caracoles?». «No», dijo Clara lloriqueando. «Tranquila, se marcharían como nosotras, pero ya volverán». «No, no volverán. Les asusta el hombre que está durmiendo». Y en ese momento se oyó el grito de mi abuela que venía de la huerta.

Tras la casa, donde plantaban repollos y patatas, había un soldado muerto. Iba vestido con el uniforme republicano y aún conservaba su petate. La camisa estaba acartonada por la sangre seca que le había manado de la herida en el pecho. Apenas tendría veinte años y su nariz estaba llena de pecas. «Pero si solo es un niño…», musitó mi bisabuela Pina. Mi abuela nos contaría años después que muchas noches cerraba los ojos y podía ver con claridad aquel rostro; a veces soñaba que el soldado se despertaba y le decía algo; otras, que la agarraba y quería tirarla al suelo para que estuviera con él. «Yo creo que los muertos están muy solos», suele decir mi abuela. Pero la primera vez que lo vio, allí tirado, cerca de sus pies, cuando tenía unos cuatro años, no sintió por él compasión sino un miedo atroz que la paralizó por completo y que solo la dejó moverse para temblar. Y eso sí lo recuerda bien, porque aquel muerto fue el primer recuerdo de la vida de mi abuela. «Despiértale, mamá, despiértale, que me asusta los caracoles», decía Clara agarrándose al mandil de su madre.

Decidieron enterrarle debajo del ciruelo.

Mi bisabuela Pina se echaba las manos a la cabeza y sollozaba. «Ay, Dios mío, que una madre no sabe que tiene aquí a su hijo muerto». Dejaron de plantar debajo del ciruelo y prohibió a Clara que volviese a jugar allí.

Una noche, mi bisabuela se despertó de golpe y le entró miedo. ¿Y si algún día encontraban a aquel hombre enterrado en su casa y pensaban que lo habían matado ellas? Levantó a sus hijas de la cama y les hizo prometer que no le dirían a nadie que había un muerto en la huerta. Las niñas, restregándose los ojos, asintieron con la cabeza.

Dicen que Pina falleció con miedo y angustia. El miedo de que la

acusaran a ella de asesina y la angustia de que aquella madre nunca supiera dónde estaba su hijo. Después de su muerte, mi abuela se trajo a casa a aquella hermana suya con los pensamientos del color del cristal y decidió cuidarla como a uno más de sus hijos. «Mírala», dice mi abuela llena de pena viendo cómo su hermana mayor intenta cazar mariposas con las manos y llorando porque su cuerpo torpón de anciana se lo impide. Siempre está vigilando a Clara porque tiene miedo de que se escape y se caiga por el acantilado.

Cuando nos marchamos al hospital con mi abuelo tuvimos que dejar a Clara sola viendo la televisión y comiendo barquillos. Mi abuela se quejó entonces, como tantas veces, de lo horrible que era vivir en un lugar tan aislado. «Si al menos tuviéramos algún vecino que le pudiera echar un vistazo…».

Todos sabíamos la historia del muerto en la huerta. Mi abuela se persigna y suspira cada vez que nos la cuenta. «¿Y nunca supisteis quién era?». «Nunca». Jonás le preguntó un día que por qué no habían mirado en su petate, tal vez hubiera algún papel que lo identificara. Mi abuela se encogió de hombros. «En aquellos tiempos…». Y esa parecía ser su respuesta para casi todo.

Clara, en más de sesenta años, jamás había hablado del muerto en la huerta. Pero lo hizo aquella tarde en la que vinieron a investigarnos por un asesinato y, al hacerlo, tenía los dedos cruzados como quien rompe una promesa.

4

Una periodista en paro no es nada. Es tan inservible como un cuchillo de madera. A mí me encantaría saber hacer algo práctico como, por ejemplo, arreglar grifos, coser heridas, realizar cuentas o construir puentes. Que cuando me preguntasen, supiese decir con certeza y objetividad, sin rodeos, qué puedo lograr, para qué estoy preparada, para qué sería útil si formara parte de un grupo que ha naufragado en una isla desierta. Pero yo solo sé escribir. Y ni siquiera cualquier cosa. Me volvería loca si tuviera que enfrentarme a una novela o una obra de teatro; ni que decir tiene a un poema, un acta notarial o un discurso institucional. Incluso dentro de mi profesión soy limitada. No entiendo los tejemanejes de los ayuntamientos, no sabría por dónde empezar a documentarme en una investigación, ignoro quién ocupa los cargos políticos. Me empezarían a sudar las manos si tuviese que hablar con los vecinos de un bloque en el que se ha cometido un homicidio. Yo, básicamente, me dedicaba a hacer *Las crónicas de Dora*, y mi orgullo era que la sección llevara mi nombre. Se trataba de una serie de artículos y críticas literarias, musicales y cinematográficas; trabajaba en Cultura. Puedo entrevistar con los ojos cerrados a un escritor o un músico, hacer reportajes sobre una compañía de teatro o sobre los fondos inacabables de un anticuario. Ese tipo de cosas. Pero nada más. Es lo único que siempre quise hacer, lo único a lo que me he dedicado desde que acabé la carrera y ahora, ocho años después, me doy cuenta de que no sé manejar ningún otro lenguaje, de la misma forma que no sé manejar un destornillador o un bisturí.

Cuando empezaron los recortes, comenzaron por mi sección. Primero me quitaron la nómina y me propusieron trabajar desde casa como *freelance*. Aquello duró un tiempo. Luego, el director del periódico me dijo: «Dorita, antes está el pan que el circo». Me vi con

treinta años, en paro y, lo peor de todo, fui consciente de lo inútil que era. Lo que había ocurrido en mi periódico también sucedía en otros medios de la ciudad y de todo el país. Así que me hice esta pregunta: «¿A qué puerta llamo?». Y la respuesta fue el silencio. No se me ocurría ninguna aldaba que tocar. Comenzaron las horas muertas deambulando por casa, poner el despertador para marcarme un horario y comprobar que despertarse para no tener nada que hacer era irritante. Las mañanas se hacían largas y las tardes perezosas. Una vagancia envolvente y pesada hundía mis huesos hacia abajo y me costaba levantarme hasta para tender la ropa. Incluso salir a la calle suponía un gran esfuerzo. Entonces me acordé de García Márquez. El día en que, tras haber escrito durante dieciocho meses desde las nueve de la mañana a las tres de la tarde, logró terminar su primera novela, lo hizo de forma intempestiva: a las once de la mañana, mucho antes de que acabara su jornada de trabajo. Su mujer, Mercedes, no estaba en casa, y el escritor no pudo encontrar por teléfono a nadie para contárselo. Su desconcierto fue entonces total; no sabía qué hacer con el tiempo que le sobraba y estuvo tratando de inventar algo para vivir hasta las tres de la tarde. Así me sentía yo. Sobreviviendo hasta las tres de la tarde. Inventando algo para vivir hasta esa hora, que era cuando llegaba Matías del trabajo y entonces podía dar mi existencia por justificada. Pero aún no había llegado la desesperación. No, porque por aquel entonces yo tenía a Matías, las películas, los libros y toda la música del mundo. De alguna forma, y no lo ignoraba, seguía siendo feliz.

La desesperación vino luego. Porque la desesperación es la nada. La desesperación es el vacío. La desesperación es no tener nada que esperar y que nunca lleguen las tres de la tarde.

Ya no tenía a Matías, pero tenía a Antonio Trigo. O, mejor dicho, su cadáver. Era el único vínculo con la vida que había llevado hasta entonces. Cuando su cuerpo apareció en la playa fue el día en que todo empezó a romperse. El guijarro que golpea la luna de un coche y acaba por resquebrajar el cristal entero.

IV

La abuela fue a acostar a Clara y se quedó un rato con ella. Algo para lo que Pambley, por supuesto, nos dio permiso. Tío Jorge también se encargó de llevarle el gato a la habitación.

En la esquina del salón, junto al reloj de cuco, Angus abroncaba a su hijo con esa forma de reprender que tiene él, escupiendo al hablar y amenazando con su dedo gordo y descarnado. Lucio, encorvado como de costumbre, asentía mirando hacia la chimenea. El luto hacía que mi primo pareciera aún más pálido.

—¿También quiere culparnos a nosotros de esa muerte, inspector? —preguntó mi hermana, que caminaba en círculos sobre la alfombra y había sido la encargada de explicar el chocante drama que se había producido.

—No, no, claro, yo… pero entiendan… —Pambley tragaba saliva e intentaba desviar su mirada de los pechos de Leonor, apretados bajo la camisa oscura.

—Mira, Jonás, puedes escribir otro guion sobre esto —dijo mi hermana apoyándose contra la pared y cruzando los brazos—. Ahora sí que tienes una película.

A mi primo la mención de su nombre le sobresaltó, o tal vez fuera la de su obra. Sentí su temblor porque lo tenía a mi lado. La cara se le había quedado del color de la tiza y aún se estaba sonando la nariz con un pañuelo de papel usado que había sacado del chubasquero. Era el único que no se había puesto traje para el entierro, a pesar de las quejas familiares. En ese momento tuve la impresión de que el mechón que le llegaba hasta la barbilla era realmente un tajo en su cara. A él le afectaba especialmente el sorprendente recuerdo de Clara, que su mente de agua no lo hubiese olvidado si no que mantuviera su promesa hasta la vejez. Llevaba años, desde niño, escribiendo sobre aquella historia.

—Estoy haciendo un guion para cine —acertó a explicarse Jonás —. Se llama *El muerto que asustaba a los caracoles*.

—Oh, muy interesante, sí, interesante —dijo Pambley con una atención que no parecía fingida.

La temprana noche de invierno se nos había caído encima y al fin a alguien se le ocurrió encender la luz del salón. Pero cuando Angus apretó el interruptor, la lámpara del techo no se iluminó. Mi tío volvió a pulsar varias veces con su dedo orondo, pero el efecto seguía siendo el mismo. Me sorprendió comprobar que, estúpidamente, todos mirábamos hacia el techo mientras escuchábamos el clic-clic del botón.

—La bombilla se fundió hace meses —dijo tía Paula Blas con desgana.

—¿Y por qué cojones no la cambiasteis? —rezongó Angus.

—Para qué queremos aquí tanto —contestó la tía mientras tiraba de la cadena que encendía la lámpara de pie junto al sofá.

El *Réquiem* volvía a llegar al *Lacrimosa*. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que alguien había vuelto a poner el disco. Paula Blas preguntó si querían que fuera a la cocina a hacer más café. A la agente Gloria le pareció buena idea, puesto que no acababa de recuperar el color, y para nosotros básicamente era un bulto transparente.

—Espere, espere un momento, Gloria —dijo Pambley (aquella luz ambarina acentuaba aún más su pelo naranja)—. Vamos a centrarnos, porque creo que me estoy perdiendo. Voy a leer el nombre de todos ustedes a ver si tengo bien los datos, y luego les hago a cada uno un par de preguntas. Como les he comentado, no será más que cerciorarme de lo que estaban haciendo la noche de autos. ¿De acuerdo?

Hubo un silencio. Algunos de nosotros simplemente afirmamos con la cabeza. El inspector tragó la pastilla de regaliz.

—Bien. Corríjanme si me equivoco, por favor. —Pambley pasó las hojas de su libreta y empezó a llamarnos por nuestros nombres —. Augusto Larfeuil, Jorge Larfeuil, Genoveva Dubois…

—*Dubuá* —pronunció la mujer de tío Jorge.

—Ay, perdone, a mí nunca se me dio muy bien el francés. Para los idiomas soy como una gallina. Esto… sí, sigamos. Paula Larfeuil…

—Paula Blasa Larfeuil —corrigió mi tía. Era la primera vez que revindicaba su segundo nombre, el que incluso llegó a querer quitarse en los juzgados. Los demás entendimos por qué lo hacía. Aquel gesto, que pretendía ser emotivo, me pareció patético.

—Vale —contestó Pambley garabateando en la libreta—. Paula B-l-a-s-a. Bueno, continúo. Lucio Larfeuil, Jonás Larfeuil, Leonor Larfeuil, Guillermo Larfeuil, Sebastiana Alonso, Clara Alonso. ¿Es correcto?

Yo pensé (y creo que lo pensamos todos) que, si teníamos que ser rigurosos, en aquella lista faltaba un nombre. Pero nadie comentó nada.

—Hombre, inspector, a mi tía puede borrarla. De ahí no va a sacar nada. Como ha visto, está totalmente senil.

—No digas eso, Jorge. Sabes que ella nació así.

Nos volvimos para ver a la abuela, que acababa de entrar por la puerta. Se había puesto las zapatillas, pero aún llevaba el traje de chaqueta negro y el collar de perlas. También se había lavado la cara y deshecho de la mantilla.

—Siéntate, mamá —dijo Paula Blas con ternura, palmeando los cojines del sillón.

Tío Jorge lucía una mueca aún más enrevesada de lo que ya de por sí era su rostro. Él nunca acusaría de senilidad a la mente de tía abuela Clara, porque adoraba que jamás hubiese dejado de ser una niña. Pero solo lo había dicho para exculparla. Genoveva, en un gesto hacia su marido más protocolario que cariñoso, cogió del brazo a tío Jorge.

—Bueno, bien —continuó Pambley—. Ahora hablaré con cada uno de ustedes por separado mientras mi compañera se queda con el resto. Veamos, empecemos por… —El inspector se puso a hacer círculos en el aire con su bolígrafo—. Por Guillermo Larfeuil, mismamente.

—Soy yo —contesté.

5

Me levanté temprano para ir a la biblioteca. Tuve que repetirme esta frase, como tomando conciencia de algo que me parecía increíble: *Hoy me he levantado temprano para ir a la biblioteca*. Me puse el poncho que tenía tirado sobre el bidé, me ajusté en la cabeza la gorra negra y fui calzándome las botas mientras bajaba las escaleras. Mi bolso tenía un agujero por el que se me iban cayendo los bolígrafos.

Ni siquiera recordaba que a primera hora de la mañana se escucharan las gaviotas ni que se las veía tan claramente planear sobre los tejados. El frío con el que empezaba el día me molestaba porque era muy parecido a la tristeza. Y desde hacía un tiempo eso era lo único que tenía: frío. En casa tiritaba incluso con la manta del sofá sobre los hombros.

A la encargada de la hemeroteca casi le asustó que tuviese que atender a alguien; estaba muy concentrada completando un crucigrama. En su mostrador había una enorme pila de autodefinidos. Me dio la impresión de que hacía tiempo que había dejado de ocultarlos. Le pedí los periódicos de las últimas semanas. «En papel, por favor», maticé cuando la vi venir con los discos. Me miró como si le hubiese pedido un clavicordio. No me gustaba leer en el ordenador porque eso era algo que me recordaba al trabajo. Y ahora que no lo tenía, los recuerdos eran aún peores. Por no hablar de mi opinión sobre la edición digital del periódico: sentía que era la culpable de mi despido. Consultarla sería como darle la mano a un enemigo.

Me senté en una mesa a la que le tuve que soplar el polvo y empecé a silbar *My favorites things* mientras leía. Era la única persona en la sala.

Como había imaginado, la noticia de la desaparición de Antonio

Trigo había ocupado varias páginas. La primera de ellas hacía casi un mes, cuando se dio la voz de alarma. Luego continuaban los artículos: *«Diez días de la desaparición de Antonio Trigo», «La familia del carpintero de Maravillas descarta que se haya ido voluntariamente»*. Había desaparecido un sábado, un sábado cualquiera. Había ido hasta la carpintería, como siempre, y se había marchado a la misma hora de todos los días. La última vez que le vieron fue precisamente así: bajando la reja de su negocio. Y luego se había esfumado.

Era un artesano de los de antes y no tenía empleados a su cargo. Por lo tanto, los únicos que le habían visto aquel día eran los vecinos de la carpintería. Trigo, afirmaba su familia, era un hombre tremendamente rutinario. Jamás llegaba tarde a casa, no solía pasear solo y por las tardes, al salir del trabajo, iba al bar de siempre en el que pasaba exactamente el mismo número de horas. Cuando en la radio sonaban las señales horarias de las nueve de la noche, Trigo entraba por la puerta y su mujer, unos minutos antes, ya le estaba poniendo la cena sobre la mesa. No tenía enemigos conocidos ni portaba dinero encima el día de su desaparición. Ni siquiera se había llevado su medicación; una prueba más de que no podía haberse marchado por voluntad propia. Llevaba treinta y cinco años casado, tenía un hijo delineante y dos nietas pequeñas, gemelas. Era un hombre normal con una familia normal. Hasta su apariencia era normal.

La última señal de su móvil se marcaba en el puerto, aunque su familia insistía en que él jamás paseaba por esa zona ni tenía conocidos por allí. Todos los que vivíamos en la ciudad sabíamos que las aguas del puerto eran peligrosas. Era una zona únicamente permitida para las barcas de pesca y los pequeños botes. Pero esto, claro, no lo traía el periódico. Habría sido actuar con muy poca delicadeza para con la familia. Además, un periodista nunca insinúa, solo dice. Al menos uno bueno. Santiago Guardado, quien firmaba ese artículo, lo era.

Finalmente, al cuerpo de Antonio Trigo lo habían vomitado las aguas. Realmente sí que estaba allí metido, en el mar. Lo que más o menos podría interpretarse en aquel artículo era que el carpintero podía haber tropezado en el puerto o podía haberse tirado. Si hubiese sido esto último, ya no habría más noticias sobre él, porque los periódicos nunca sacan a los suicidas. Pero yo sabía que no era

así. Recordaba con claridad las palabras del padre de Matías: «No creo que se ahogase. Los ahogados suelen echar espuma por la boca».

V

El arlequín de porcelana colocado en lo alto de la estantería puso a Pambley nervioso. Lo noté nada más entrar en el cuarto. El inspector debía de ser esa clase de gente a la que le asustaban los payasos. En la minúscula habitación de tía Paula Blas había una estantería llena de muñecas con la cara de porcelana, un crucifijo en la pared, un enorme reloj antiguo, una mecedora de madera y una cama pequeña vestida con una deshilachada colcha infantil, que era la misma que mi tía había tenido desde que era niña. Sentí una repentina vergüenza por aquella habitación. En general, por toda la casa.

Pambley le echó a todo un rápido vistazo y me dijo que me sentara en la cama, mientras él trataba de permanecer recto en la mecedora. Pero no parecía lograrlo. El pelirrojo se balanceaba en la mecedora tratando de mantener el equilibrio; se iba de atrás hacia delante mientras me hacía preguntas y apuntaba en su libreta.

De pronto comenzó a sonar una música de pianola que inundó toda la habitación. Era el reloj. Se trataba de un Flötenuhr, un reloj de flauta que mi abuelo le había regalado a Paula Blas hacía muchos años. Se accionaba cada hora tocando una composición de Haydn y nosotros nos fiábamos más de él que del reloj de cuco que teníamos en el salón. Mi tía jamás lo apagaba. Ni siquiera por las noches.

El comienzo de la música sobresaltó tanto a Pambley que la mecedora casi lo tira abajo.

—No parece que este sea el mejor sitio para un interrogatorio —dijo el inspector rascándose la nuca con el bolígrafo, visiblemente irritado.

—Es la habitación con más fácil acceso —alegué, tratando de no dar demasiadas explicaciones sobre la distribución de la casa y las

excentricidades de mi familia—. Pero si quiere…

—No, deje —respondió Pambley sin tener la más mínima idea de lo que le estaba hablando—. Con usted vamos a terminar aquí. Si es que no empieza a sonar alguna otra cosa…

El inspector quería hablar de la noche de la fiesta. Pero antes de que yo empezara a contarle, en un segundo recapitulé en mi cabeza todo lo que sabía. Es curioso lo que se puede pensar en un segundo, tal en dos, tal vez en tres. Las imágenes corren rápidamente por el cerebro, como un proyector de cine acelerado o las páginas de una enciclopedia que pasas a toda velocidad. Y aun así lo entiendes, lo asimilas, lo procesas; ves hasta las comas y los hilos en las agujas. Yo, en aquel segundo (tal vez fueran dos, tal vez fueran tres), comprendí que, efectivamente, un policía me estaba interrogando sobre un crimen y que en mi familia tal vez hubiese un asesino. Tuve que preguntarme en aquel segundo quién mataría, quién no, quién sería capaz y quién no me importaba que lo hubiera hecho. Porque en eso consistía mi familia: en los afectos impostados y en los amores verdaderos. Fue un segundo largo y extraño. Miré el crucifijo, y luego bajé la vista hacia mis zapatos nuevos, negros y brillantes. Lo único que sentía ante aquella situación, para mi asombro, era una total indiferencia.

—Señor Larfeuil… ¿puedo llamarle Guillermo?

—Claro.

—Bien, Guillermo, dígame, ¿cree que pudo haber otra persona en la casa, aparte de los miembros de su familia, la noche de la fiesta?

—No —respondí—. Resultaría imposible. Ni siquiera sé cómo podría haber llegado el hombre al que, según usted dice, asesinaron aquí.

6

Lo difícil es escribir sobre una persona normal y no sobre un ser insólito. Resulta más complicado describir una nariz común que una ganchuda y quebrada atravesada por venas; es más sencillo definir a un jorobado que a un hombre con la espalda tan recta como cualquiera. Es como en el amor: nadie se enamora de una persona a la que considere sin elementos extraordinarios. Por eso a mí, al principio, me resultó tan difícil obsesionarme con Antonio Trigo. Con aquel hombre corriente que lo único que había tenido de inusual era su muerte (si es que esta, como yo imaginaba, se había producido realmente en extrañas circunstancias).

He dicho que me resultó difícil obsesionarme con Antonio Trigo como si la obsesión fuera algo que te empeñas en inocularte y no algo que te posee sin que tu voluntad interceda. Pero yo *quería* obsesionarme con él, deseaba que con tenaz persistencia asaltara mi mente y no dejara sitio para ninguna otra cosa. Porque solo una obsesión puede desplazar a otra. Necesitaba llenarme de algo. Me agarré a aquel cadáver que había venido a descomponer mi vida, y que tal vez era lo único que tenía para llenarla.

Generalmente no me suelen salir demasiado bien las cosas en las que pongo más empeño. Pero en aquella ocasión triunfé. Llegó un momento en el que todo lo que me ocurría guardaba relación con Antonio Trigo, o me remitía a él o lo comparaba con él. Solo fueron unos días y, sin embargo, constituyeron una época de mi vida. Un tiempo al que yo, internamente, llamo «el tiempo de Antonio Trigo». Un tiempo que no solo fue obsesivo, sino también extraño. Sobre todo, porque hice cosas que pensé que jamás haría y ahora, al mirar atrás, me parece que las hizo una persona ligeramente parecida a mí. Una persona que, en muchos sentidos, fue más hábil, más valiente y más astuta que yo. Y también, por qué no decirlo,

más manipuladora y más mentirosa. Aunque tal vez estas dos cualidades siempre hubieran estado en mí y yo las tuviera en barbecho.

En la cocina de mi casa revisaba las noticias de los periódicos que había fotocopiado de la biblioteca, dejando caer la ceniza al suelo y mascando unas mondas de limón, que era lo único que no se me había podrido en la nevera. Estaba inoculándome ya la obsesión y por eso comencé poco a poco a comportarme como esa otra persona que no era yo.

Necesitaba saber más de lo que decían los periódicos, solo un poco más, lo suficiente para cerciorarme. Así que, casi sin darme cuenta, con un gesto mecánico, encendí el teléfono, ignoré las llamadas perdidas y todos los mensajes deseándome una pronta recuperación (me había inventado una gripe como coartada para aislarme del mundo y no tener que explicarle a nadie lo que me estaba sucediendo) y marqué el número de mi antiguo trabajo.

En otras circunstancias, por supuesto, no lo habría hecho. Aunque fuera por puro pudor. A Santiago Guardado no me unía ningún tipo de amistad más que el afecto que se establece entre dos personas que trabajan en la misma oficina; ese compañerismo que se crea cuando el lugar de trabajo es tan peculiar como un periódico. En mi caso, también sentía cierta admiración por Guardado, por su forma pulcra y limpia de escribir los sucesos y, sobre todo, por aquella maña con la que manejaba teléfonos de policías y bomberos y se colaba con profesionalidad en funerales y tanatorios.

Los periodistas culturales solemos ocupar un lugar curioso en las redacciones. Los de política nos dicen que nosotros rellenamos las páginas que a ellos les sobran y nos miran con cierta piedad y también con cierta preponderancia porque presuponen que nuestra labor es fácil y divertida, además de perfectamente suprimible. Así, los periodistas culturales somos de alguna forma los bufones de los periódicos, esos seres grotescos que leen, acuden a musicales, no saben lo que es sudar y llenan las páginas de colores. Porque para ellos eso es lo que hacemos: colorear. Y de esta manera nos tratan, como compañeros inocuos y risueños, parapetados en una torre de

marfil que no le importa a nadie. Esto era lo que me unía a Guardado que, como tantos otros, me consideraba inofensiva y estrafalaria, y de vez en cuando me preguntaba qué libro le podía regalar a su suegra por Navidad.

—¿Dora? —me preguntó al otro lado del teléfono con un tono de sorpresa que yo entendí perfectamente.

—Hola, Santiago. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Por aquí como siempre, hija. ¿Qué tal tú? ¿Cómo lo llevas?

—Bien.

—¿Ya te ha salido algo?

—No, aún no.

—Bueno, tranquila, está todo el mundo igual. Yo también ando temblando.

—Qué va, si tú eres una institución.

—Torres más altas han caído, Dorita.

Es incómodo hablar con una persona con la que no tienes la suficiente confianza, pero tampoco estás totalmente exento de ella. Es esa ambigüedad tan desconcertante en la que no hay lugar para la profundidad, pero tampoco para la banalidad, y no sabes exactamente qué pregunta o confesión rayará alguno de los límites. En esas estábamos Guardado y yo. Fue Santiago quien, más preocupado por la prisa que por la prudencia, atajó la conversación.

—Dime, Dora, ¿para qué me llamabas? —inquirió con ese miedo del que sabe que ciertas llamadas únicamente tienen el propósito de pedir extraños favores.

—Verás… —Ni siquiera sabía por dónde empezar o cómo plantearlo—. Es por la noticia de Antonio Trigo, el muerto que apareció en la playa.

—Dime…

Noté por su tono que Santiago, de pronto, parecía tener mucho interés.

—Yo… quería saber si… si se ahogó.

Hubo un silencio.

—Vamos a ver, Dora, ¿por qué me preguntas eso?

No supe definir si en la voz de Santiago había un matiz molesto o intrigado.

—Porque tú escribiste la noticia.

—Sí, pero, quiero decir, ¿conocías a ese hombre de algo?

—No, bueno… No exactamente.

—¿Tú sabes algo de esto?

—¿De qué?

—De la desaparición y la muerte de este hombre.

—No, no, Santiago, no. Es que… había oído a mis conocidos hablar de él y cuando vi tu noticia… decía que había sido hallado muerto en la playa de Santa Clara, pero no si se ahogó o si le dio un infarto o cualquier otra cosa.

Guardado carraspeó y, de fondo, pude escuchar el trajín de la redacción, ese murmullo de teléfonos y teclas que para mí era uno de los sonidos de la melancolía.

—Dora, ¿seguro que no estás trabajando para otro medio?

Tenía que hacerme esa pregunta, y hubiese desconfiado de mí si yo no hubiera sido un ser estrafalario e inofensivo. Por eso me creyó cuando le dije que no.

—Es muy curioso que me llames precisamente para preguntarme por esa noticia, porque hace un rato estaba hablando justamente con mi contacto en la comisaría. ¿Seguro que no sabes nada?

—Te juro que no, Santiago.

—Pues la noticia saldrá mañana.

Podría haberle dicho en aquel momento que me la adelantara. Pero yo ni siquiera me atrevo a pedirle más hielo al camarero de un bar cuando me pone una copa. Fue Santiago Guardado, el periodista Santiago Guardado siempre buscando alianzas y fuentes, quien se adelantó.

—Bien, te lo digo, pero si te enteras de algo, de cualquier cosa, me llamarás, ¿no?

—Por supuesto —mentí.

—Pues no, Antonio Trigo no se ahogó.

Apreté con fuerza el teléfono entre las manos.

—Entonces, ¿cómo murió?

—Tenía un agujero en el corazón.

VI

La isla de Or tiene 4,6 hectáreas, alcanza los 48 metros de altitud, se encuentra en el centro de la bahía de la ciudad y cualquiera que la mire desde el paseo de la playa pensará que es el caparazón de una tortuga gigante que mantiene su cabeza escondida bajo el mar. La distancia aproximada hasta la costa es de algo más de mil metros, y un nadador experto podría llegar con facilidad hasta ella si no fuera porque las aguas que la rodean, además de ser oscuras y heladas, están llenas de remolinos y las corrientes hacen que alcanzar la isla a nado sea poco más que un suicidio.

En el siglo XVI empezaron a trasladar a la isla a los contagiados por la peste, aislándolos así del resto de la población. No era un lugar al que los llevaran para intentar curarlos, sino un sitio donde los dejaban para que murieran sin que pudieran contagiar a nadie. No se molestaban en acercarles comida, porque realmente lo que hacían era enterrarlos vivos en aquella tumba sobre el agua. Muchos morían de sed, que curiosamente es la forma de morir más parecida a la peste. El hedor se podía oler desde la playa. En aquella época Or se ganó el sobrenombre de la Isla de la Muerte.

Los lugareños descubrieron de esta forma el poder de aislamiento del islote, tan lejos y tan cerca, y decidieron aprovecharlo. A finales del siglo XIX se construyó sobre la isla una pequeña edificación que serviría como un improvisado hospital para pacientes de viruela. Tenía únicamente doce camas.

Más tarde, el edificio se transformó en un manicomio para enfermos mentales agudos. Estos eran atendidos de forma precaria en las salas de observación de los hospitales provinciales. Sin posibilidad de altas suficientemente ágiles, iban acumulándose rápidamente en sus atestadas instalaciones, y eran trasladados una y

otra vez a otras instituciones pensadas para más largas estancias. Or se convirtió en una de aquellas instituciones. La estancia allí generalmente duraba hasta la muerte del paciente y la única medicina de la que disponían era el aislamiento. El director del servicio de alienados del Hospital Provincial defendió que mantener a los enfermos mentales agudos recluidos en la isla resultaba lo más conveniente, pues lo contrario daría muchos disgustos. No por los enfermos, ya que los dementes no eran peligrosos, sino por los sanos, que se meterían en la calle con ellos; los chicos les perseguirían a pedradas, servirían de mofa, no les dejarían vivir. Por lo tanto, lo mejor sería el tratamiento de encierro y reposo. En las doce habitaciones se hacinaban casi cuarenta enfermos. Las tres enfermeras que se hacían cargo de los pacientes dormían en un sótano insalubre sin ventilación, ni luz, ni agua.

Ya en el siglo XX, el alcalde de la ciudad tomó una polémica decisión sobre el uso de la isla: pondría allí el Conservatorio. Los motivos, por supuesto, fueron electorales. La antigua escuela de música se encontraba en pleno centro, en el barrio de los Palacios. Numerosos vecinos de la zona se quejaron al corregidor por el «ruido ensordecedor» que tenían que padecer. Por eso el alcalde decidió trasladar el Conservatorio a aquel lugar vacío en el que no se podía molestar a nadie. Las obras del edificio duraron meses y se decidió pintarlo de rosa para espantar su pasado aterrador.

Fue una de las decisiones políticas más estúpidas que se recuerdan en la ciudad. Los estudiantes se subían a los botes agarrando sus violonchelos de la misma forma que se acercarían al cuerpo una pareja de baile. Era la única manera de que en la pequeña embarcación cupieran elfos, sus instrumentos y el marinero que les llevaba. El embarcadero era tan minúsculo que únicamente admitía botes de igual tamaño. Tres diminutas embarcaciones que iban y venían trasladando a los músicos desde el puerto hasta la isla. Al principio, sobre todo, los estudiantes no se acostumbraban a aquel vaivén marino y acababan arrojando el contenido del estómago por la borda y, en ocasiones, por descuido, también los instrumentos. Por eso era frecuente encontrar flotando en el mar violines, flautas y saxofones.

Nombraron a mi abuelo director del Conservatorio. Él, que era tan rígido como la batuta que dominaba, exigió vivir en su centro

de trabajo y no tener que someterse diariamente a aquella travesía. Así, reformaron un par de salas de música y las convirtieron en la casa del director. Mi abuelo llevó hasta allí a su jovencísima esposa, con quien acababa de casarse. Mi abuela por entonces era casi una niña que había contraído matrimonio con un hombre que bien podía ser su padre. Sin embargo, con el paso del tiempo, sus edades parecieron igualarse y mi abuela aparentaba ser tan mayor, en gestos y rostro, como su marido. Daba la impresión de que el viento salado del mar la había ido erosionando de la misma forma que se comía la pintura de las casas. Me pregunto si mi familia será como es por haber vivido siempre en este aislamiento, aunque tal vez todas las familias sean de la misma forma, aunque se hayan criado en un jardín ruso o en la quinta planta de un edificio de ladrillos.

Cuando trasladaron de nuevo el Conservatorio a la ciudad (a un edificio mucho más amplio cuyo acceso no supusiera un calvario para los estudiantes ni hubiese que pagar a ningún botero) la isla, por supuesto, siguió siendo propiedad municipal, pero mi abuelo logró que le arrendaran el edificio por noventa y nueve años. No encontró mucha resistencia porque a aquellas alturas Or ya no le interesaba a nadie. De vez en cuando mi abuelo salía de la isla para dirigir alguna orquesta en un concierto benéfico, y hasta que su vista y sus dedos se lo permitieron ejerció la luthería, oficio que había aprendido de niño en el taller de su padre y a raíz del cual nació su pasión por la música. Hizo unas reformas en la casa que por poco arruinan a la familia: convirtió las salas del Conservatorio en habitaciones y salón, amplió la cocina y para él se reservó lo que antiguamente había sido la Sala de Cámara; allí dispuso su taller, el lugar donde se pasaba las horas construyendo, ajustando y reparando todo tipo de instrumentos de cuerda. Lo que realmente hizo fue convertir aquel edificio en un disparate. Tiró salas enteras, levantó paredes en lugares insólitos creando habitaciones minúsculas con formas triangulares, y transformó las estancias en una especie de laberinto en el que para llegar a una había que atravesarlas prácticamente todas. A la abuela solo le gustaba el porche que habían construido junto a la puerta.

La isla de Or es, por tanto, nuestra casa familiar, donde viven los

abuelos y Paula Blas, donde se criaron nuestros padres y tíos, donde de niños pasamos los veranos y las fiestas de guardar. Un lugar no solo detenido en medio del mar, sino también en el tiempo, porque da la impresión de que todo allí dentro lo han dejado morir. Desde que yo tengo uso de razón, jamás han cambiado los muebles ni las alfombras, y apenas las bombillas. La humedad del mar se lo come todo. Las paredes y el suelo de la casa tienen tacto de ciénaga, los sotas y las sábanas están perpetuamente calados, los muebles parecen hechos de papel mojado. Mi abuela decía que había dejado de vivir junto al manicomio nuevo para ir a mudarse al suelo en el que había estado el antiguo psiquiátrico, y que de los locos no se había podido librar nunca. Sabíamos que lo decía por Clara, pero tal vez no fuera solamente por ella.

De niño pensaba que todos los abuelos del mundo vivían en una isla. Tardé más tiempo del que me gustaría reconocer en entender que solo era cosa nuestra. Desde la ventana observábamos a la gente en la playa, paseando, bañándose, libres. Tan lejos y tan cerca de nosotros. Cuando algún barquito de vela pasaba cerca de Or, nos escondíamos tras las paredes húmedas para que no nos vieran vestidos con las ropas viejas de los abuelos. Si durante una época resultó divertido pasar temporadas en una isla como un pirata en una casa con una habitación secreta, a mí cada vez se me fue haciendo más pequeña. Creo que a todos. Mis primos y yo dábamos vueltas alrededor de la casa, les tirábamos piedras a las gaviotas y subíamos y bajábamos por los acantilados cuando la abuela y Paula Blas no nos veían. Pero eso era todo. Cada día estábamos más convencidos de que la isla era un lugar sin escapatoria. Leonor ni siquiera era una adolescente cuando comenzó a negarse a pasar temporadas en Or, y cuando Leonor se negaba a algo no había nada que hacer. Yo no tuve tanto valor, o me impidieron tenerlo, y me daba la impresión de que mis padres me abandonaban allí, me dejaban en Or como prenda, tratando de disculpar que ellos no fueran casi nunca. Si no hubiera sido por mi primo Jonás, me hubiera vuelto loco. Jonás, que decía que era imposible vivir mucho tiempo en un sitio en el que no pudieras ir al cine. Como nunca nos llevaban, ya que los abuelos y tía Paula Blas jamás nos sacaban de la isla si no era imprescindible, Jonás y yo nos inventábamos las películas sentados en el porche. El mar hacía de pantalla.

En el pequeño embarcadero de la isla sigue habiendo solamente tres botes. Diminutas lanchas con cabina, suelo de madera, mugrientas boyas salvavidas atadas con cuerdas en el casco como esperpénticos adornos de Navidad y el mismo olor de las algas que están mucho tiempo pegadas a las rocas. Nadie diría que son botes de paseo, sino embarcaciones que los viejos pescadores usan para faenar después de jubilarse. Aunque todos tengamos las llaves de los tres, nos los solemos repartir. En uno de ellos, el blanco, viajan los abuelos, Clara y tía Paula Blas que, desde hace tiempo, es prácticamente la única que entra y sale de la isla. El verde es el que emplean tío Angus, Lucio, Jonás, tío Jorge y Genoveva; es el más grande. El más pequeño, el azul, es el nuestro, el reservado para mis padres, Leonor y yo. Aquella noche, la noche de la fiesta, los tres botes estaban en el embarcadero de la isla porque todos los que los usábamos nos encontrábamos allí. Todos menos mis padres. Por eso Leonor y yo habíamos navegado solos.

Era imposible llegar a la isla sin bote y no se podía atracar en ningún otro sitio más que en aquel embarcadero que en toda la noche no perdimos de vista, ya que cenamos en el porche. No había allí nadie más que nosotros. Pero, al parecer, sí lo había.

Cuando fuimos a Or después del funeral del abuelo, el inspector Pambley trató de explicárnoslo como pudo, comiendo pastillas de regaliz y rascándose la nariz pecosa. Estaba tan nervioso como nosotros, como aquel cortejo fúnebre que le miraba intentando entender lo que nos estaba diciendo. Por un instante, pensé que venían a vendernos lotería de la policía o a recriminarnos una multa. Angus, de malas formas (remangándose la chaqueta y dejando ver unos brazos fuertes llenos de pelo negro), le preguntó a Pambley si aquello tenía algo que ver con la licencia municipal de la casa, porque en ese caso, desde luego, no habían elegido el mejor momento. Pambley meneó la cabeza y dijo que no, que no se trataba de eso.

Empezó a hablarnos de un oceanógrafo llamado Curtís Ebbesmeyer (el inspector tuvo que repetirle tres veces a mi abuela aquel nombre para acabar diciéndole que tampoco era demasiado importante), quien se hizo famoso por estudiar las corrientes

oceánicas rastreando el destino final de miles de patitos de goma arrojados accidentalmente al mar. «A pesar de las gigantescas dimensiones del océano, existen patrones bastante precisos capaces de descubrir el destino final de un objeto flotante que viaja perdido», dijo Pambley de memoria, como si hubiese sido una frase que se hubiera estado aprendiendo esa misma mañana para que nos sonara reveladora. Nosotros seguíamos expectantes. Continuó diciéndonos que, gracias a las simulaciones por ordenador de Ebbesmeyer, se podía, por ejemplo, al hallar un cadáver, desvelar el origen y el camino recorrido por el cuerpo. Añadió algo sobre que una vez habían encontrado un cuerpo en Hawái y, debido a los hallazgos del oceanógrafo, descubrieron que aquel cuerpo había caído al mar unos tres años antes en Alaska. Pambley respiró hondo, miró de reojo a la agente Gloria, medio desmayada en el sofá por el viaje en lancha, y se tomó de golpe tres pastillas de regaliz como quien toma un trago de una petaca. Entonces su tono explicativo cambió; se llenó de gravedad. El inspector nos dijo que habían encontrado un cadáver que había sido arrastrado hasta la playa de Santa Clara y que, por el tiempo y las mareas, todo indicaba que el cuerpo había sido empujado por las olas desde Or la noche exacta en que nosotros celebrábamos nuestra fiesta.

7

Antonio Trigo y yo, los dos, teníamos un agujero en el corazón. El suyo le había matado y el mío estaba devorándome. Ahí, cuando supe que le habían asesinado, fue cuando mi obsesión comenzó a ser tan tenaz que empezó a trasladar mi angustia, mi nada, como un piano que desplaza a una mesa de caoba como parte central del salón. Me sentía sola, desesperadamente sola, y, como las almas débiles y perdidas que siempre están dispuestas a que les capte cualquier creencia, yo estaba dispuesta a hermanarme con cualquiera.

Había colgado a Santiago Guardado (creo que sin despedirme) y seguía teniendo las manos heladas. Apagué de nuevo el teléfono, regresé a la cocina, exprimí los limones en un vaso, los mezclé con ginebra, encendí un cigarrillo, abrí la ventana para escuchar a través del patio de luces los ladridos del perro de los vecinos y volví a mirar en el periódico la fotografía de Antonio Trigo que los familiares habían cedido con la esperanza de que alguien le reconociese. Cuando aún no era un cadáver, sino un desaparecido. Aquel hombre sonriente (sonrisa probablemente extraída de una foto mayor, una estampa en la que posara con sus nietas o con una tarta de cumpleaños o con sus antiguos compañeros de la mili) no tenía una nariz ganchuda, ni una joroba ni ningún rasgo lo suficientemente atrayente o descriptible más que cierto rubor en las mejillas, unas gafas metálicas y enormes y una apariencia más anciana de la que marcaba su edad, como si en su infancia ya fuera uno de esos niños viejos. También descubrí que aquel hombre guardaba algo más en su aspecto: la pinta de artesano. No porque supiera que era carpintero, sino porque presentí mediante aquel rostro afable y curtido, como troquelado por el tiempo y el esfuerzo, que ese hombre debía de tener unas manos fuertes y destrozadas,

unas manos callosas de trabajador incansable con un tacto de papel de lija tan rasposo que probablemente hiciera daño a sus nietas al acariciarlas. Eso fue lo que presentí, o tal vez fuera la ginebra.

El caso es que me puse a llorar. Me puse a llorar como se llora a un muerto que es tuyo, allí, en la cocina, con los ladridos del perro entrando por la ventana, y la cabeza apoyada en la ceniza y la mierda y los platos sucios. Me puse a llorar por Antonio Trigo, por aquel pobre hombre que probablemente nunca se hubiera leído un libro, cuyas nietas huían de sus manos, unas manos que solo podían trasmitir honradez. Porque eso fue lo que decidí, que el carpintero de Maravillas era un hombre bueno, *machadianamente* bueno, y lo habían asesinado, le habían arrebatado sus pequeñas cosas tal vez en un segundo, y deseé que en ese segundo al menos no hubiera tenido dolor ni miedo. Lloré pensando en su puntualidad y en su rutina, en su bar de siempre, en su forma de echar el cierre del negocio, en el olor a madera de ese taller, en su mujer poniéndole la cena cuando la radio anunciaba las nueve de la noche, en el poco dinero que llevaba en la cartera, en su indefensión. Lloré por Antonio Trigo y lloré también por mí, porque nadie se apena con fuerza de la desgracia ajena si no es porque de ella algo le toca. Lloré porque alguien, premeditadamente, había asesinado al carpintero; no había sido un accidente ni un infarto, sino los dedos de alguien los que le habían quitado la vida, y en aquel gesto me parecía que se concentraba toda la sevicia humana, toda la crueldad sin sentido y el espanto, todo el invento de horror; porque en el momento exacto en que el asesino cometió el crimen comenzaron a articularse los acontecimientos que empezaron a descomponer mi vida. Lloré por la injusticia del asesinato de Antonio Trigo, lloré por la injusticia de mi soledad y lloré porque todas las penas del mundo en aquel momento eran mías.

Estaba borracha. Estaba sola. Decidí entonces, como quien alarga el brazo para buscar consuelo en la mano de un amigo, que tenía que ir a buscar a Antonio Trigo.

Y luego empezó la lluvia. Y luego empezó todo lo demás.

VII

Pambley estaba tratando de apuntar mis palabras en su libreta sin balancearse cuando tocaron en la puerta y, antes de esperar respuesta, entró al cuarto tía Paula Blas, de luto, con la mantilla de ganchillo sobre los hombros, rígida, delgada y tosca. Me dio la impresión de que la presencia de mi tía era la pieza del puzle que faltaba para completar su esperpéntica habitación.

—Perdone, inspector, me preguntaba si podría interrogar ya a mi madre, que tiene ganas de acostarse.

—¿Cómo dice? —Pambley observaba a mi tía hundido en la mecedora.

—Es mayor, ha tenido un día muy duro. —Paula Blas enfatizó esta frase clavando sus ojos en los diminutos ojos de Pambley, como chantaje o reproche—. Y está cansada.

—Pero, señora, esto es una investigación policial…

—Seguro que a Guillermo no le importa. ¿Verdad, Guille? Anda, levántate de ahí y déjale el sitio a la abuela.

Los pocillos de porcelana (la mayoría con el asa rota y pegada con churretones de pegamento amarillo) estaban ya vacíos sobre la mesa del salón cuando volví a entrar. Leonor se encontraba junto a la ventana abierta mirando hacia el mar oscuro. Lucio se frotaba los brazos y se quejaba entre dientes del frío que entraba. Tío Jorge se había apoyado contra la pared y Genoveva daba vueltas en círculo sobre la alfombra. Fue ella quien levantó la cabeza al sentir que yo retornaba al salón.

—¿Qué te han preguntado? —inquirió con tono impaciente.

—A todos les llegará su turno —atajó la agente Gloria, que más que a mi familia parecía estar vigilando la chimenea llena de

zapatos y periódicos. Laura Gloria (como más tarde nos enteramos que se llamaba realmente; de Pambley nunca llegaríamos a conocer su nombre de pila) era pequeña y gruesa, con el pelo negro cortado a lo *garçon*.

Yo me callé, como así parecían estar mandándome, y me senté en el sofá junto a Jonás, que me dio una palmada en el hombro en un gesto cómplice y conciliador. El resto parecía escrutarme, dudando no sobre lo que me habían preguntado, sino sobre lo que yo habría sido capaz de decir. Como si pudiera haber inculpado a alguno de ellos por mi propia voluntad o mis palabras fueran realmente las que se inventaran al asesino. Afirmé con la cabeza, intentando expresar que todo iba bien. Aquello debió de tranquilizarles, porque inmediatamente volvieron a concentrarse en sus pequeñas tareas.

Tío Angus continuaba con la licorera en la mano y la boca húmeda y pegajosa. Se tambaleaba junto al tocadiscos y, torpemente, logró poner el concierto para piano n.º 5 en mi bemol mayor de Beethoven interpretado por Rubinstein. En ese momento entró tía Paula Blas rezongando algo sobre la abuela y hacer más café no sin antes ir a ver cómo estaba Clara. Y con la misma velocidad absurda con la que había entrado diciendo palabras al aire, volvió a desaparecer. Angus había cerrado los ojos, aquellos ojos de los que seguían cayendo lágrimas espesas que parecían sucias al correr por su rostro y por su barba, e iba dirigiendo a Beethoven usando la licorera como batuta.

«Esta vez la tía no ha cambiado el *whisky* por té. Mi padre está borracho de verdad», me susurró Jonás sin apartar los ojos de Angus. No supe distinguir si en su tono había cierto agradecimiento hacia Paula Blas porque decidiera reponer el licor para aliviar a su hermano la pena por la muerte del abuelo, o cierto rencor porque quisiera que ante la familia reunida en momentos cruciales Angus siguiese pareciendo un alcohólico.

—Así que supuestamente hemos matado a alguien que ni siquiera sabíamos que estaba aquí —comenzó a decir en alto tío Jorge jugando entre sus largos dedos con la cinta de kamikaze que se había sacado del bolsillo—. Nadie sabe cómo llegó y nadie sabe quién era. Solo apareció y desapreció. Je. Cualquiera diría que yo soy el principal sospechoso.

Lucio comenzó a reírse de la ocurrencia del tío con sus dientes pequeños y aquella risa suya de anormal.

—¡Jorge, por Dios! ¿Crees que estamos para bromas? —chilló Genoveva mirando de reojo a la agente Gloria.

La luz de la bombilla comenzó a renquear y Jonás golpeó la lámpara de pie haciendo que parara el titubeo. En aquel momento, tío Angus extendió los brazos a lo alto en un gesto aparatoso y escénico, como si fuera una bailarina gorda, y con voz agónica empezó a exclamar «¡El Emperador, El Emperador!» para luego desplomarse sobre el tocadiscos.

—Señor, ¿se encuentra bien? —preguntó la agente Gloria encaminándose hacia él.

—*El Emperador* es como se conoce popularmente este concierto de Beethoven —dijo aleccionadoramente Leonor sin apartar la vista de la ventana.

También era como el abuelo llamaba a Angus.

8

Escuché una vez más a John Coltrane antes de salir de casa. Lo hice tan rápido como pude; sabía que si tardaba un poco más, jamás saldría. Había que aprovechar el ímpetu de la ginebra. Me puse las botas de tacón (porque eran las que estaban tiradas junto a la puerta), la gorra roja y el abrigo negro, que era el único que tenía.

Cuando me paré en un semáforo me di cuenta de que ni siquiera me había quitado el pijama. Pero estaba empezando a llover y me daba pereza volver a casa.

Había estado alguna vez en Maravillas como supongo que lo habían estado todos los habitantes de la ciudad: por obligación. Era un barrio pequeño y periférico que no hacía ningún honor a su nombre, y al que jamás acudían los turistas ni nadie que quisiese dar un paseo. Se encontraba en la parte opuesta al puerto. Estaba lejos del mar y, en realidad, lejos de casi todo. Ni siquiera el progreso de la industrialización había llegado a la zona dotándola de esos enormes bloques de edificios asépticos e iguales que parecían la metáfora de las chimeneas de las fábricas. Maravillas estaba lleno de casas pequeñas con fachadas sucias, de mercerías, ultramarinos y talleres. Los negocios no habían cambiado con el tiempo porque allí las necesidades tampoco habían cambiado. El hecho de que Antonio Trigo viviese en ese barrio acentuaba más mi ternura hacia él y reforzaba mi creencia en su bondad. Esa convicción, absurda y condescendiente, de que los humildes siempre son buenos, y a la que en aquel tiempo, porque me venía bien, me agarré con fuerza.

Como tengo un pésimo sentido de la orientación, no estaba muy segura de si lo que tenía que hacer era subir o bajar e ignoraba qué calles tendría que atravesar, así que fui preguntando por el camino. Tuve que hablar con cinco personas, fingiendo un acento extraño

para que no se dieran cuenta de que era tan estúpida que no sabía llegar a un barrio de mi propia ciudad. Mientras caminaba rogué por no toparme con algún conocido. Esa era precisamente una de las razones por las que no salía de casa: no quería encontrarme con alguien que me preguntara por Matías. No quería dar explicaciones. Nadie conocía la noticia, todavía seguían pensando que tenía la gripe. Aún no estaba preparada para responder preguntas. Porque no quería creerlo. Porque me daba vergüenza admitirlo.

Caminaba por la ciudad como una criminal, con la cabeza gacha y los ojos clavados en la acera, para que no me reconocieran y no tuviera que cruzar mi mirada con nadie. Tuve que preguntar más veces de las necesarias, incluso para mí, porque al no alzar la vista pasaba de largo el nombre de las calles. La lluvia tampoco facilitaba las cosas. Lo más sensato hubiese sido coger un taxi, pero en aquellos momentos, si algo me faltaba, era sensatez. Me movía por una especie de lucidez paranoide.

Cuando escuché el silbato del afilador y vi un balcón adornado con claveles de plástico supe que había llegado a Maravillas.

Había ido hasta allí por el morbo absurdo y humano de acercarse hasta el lugar en el que ha habido un terrible accidente o peregrinar hasta la tumba de alguien famoso, esa jactancia sórdida que nos da la cercanía de una desgracia. También porque sentía que Antonio Trigo, aquel hombre bueno con el corazón agujereado, aquel cadáver putrefacto que había aparecido en la playa, era la persona a la que en aquel momento me encontraba más unida y eso hacía que me sintiese menos sola. Y, sobre todo, porque me había tomado dos ginebras y cualquier idea me parecía una buena idea. Incluso sentir la compañía de un muerto desconocido.

La ginebra también fue la razón por la que decidí ir al bar que frecuentaba Antonio Trigo. La verdad es que me interesaba más que su taller, los alrededores de su casa o el lugar de su desaparición. En el bar servían copas.

Al principio pensé que me había equivocado. Me habían indicado exactamente esa dirección y, lo que era más revelador, encima de la puerta, sobre la pared, un cartel pintado con letras rojas y desteñidas decía: CASA AMALIA. Era el nombre que el periódico reseñaba como la parroquia habitual del carpintero. Pero aquella puerta me desconcertaba. Era una puerta como de cuadra;

madera gruesa, clavos y aldaba. Decidí empujarla para comprobar si estaba abierta.

Cuando vi lo que había en el interior, por un momento pensé que tal vez había bebido demasiada ginebra y que lo mejor sería dar la vuelta.

VIII

Cualquiera que haya conocido a Augusto Larfeuil siendo un adulto, le llamaría Augus. Pero todos en la familia, excepto los abuelos, le llamamos Angus. Este apodo que juega con las letras de su nombre se lo pusieron sus hermanos de niños. Mi padre, tío Jorge y, sobre todo, tía Paula Blas comenzaron a llamarle así para mortificarlo. Porque Angus viene de angustias.

Cualquiera que haya conocido a Augusto Larfeuil siendo un adulto no podría ni empezar a imaginar el niño que fue. Ese hombre macizo de barriga dura, brazos montaraces y velludos, dedos gruesos y rojizos, barba salvaje y cabello de animal. Ese hombre con modales rudos y teatrales, voz grave de barítono y apariencia de levantador de piedras fue realmente un niño enteco y asustadizo de piel casi azulada (a pesar de las muchas veces que me lo han contado, me sigue costando imaginarlo). Se esforzó tanto por ocultarlo que creció en dirección contraria, virando su cuerpo hacia un aspecto de bestia.

Angus, de niño, sufría terrores nocturnos y la mitad de las noches tenía que dormir con su madre. De día no era muy distinto; se pasaba las horas acurrucado en cualquier esquina, le sangraba la nariz si le levantaban la voz y se meaba encima cuando se asustaba. Mi padre, Jorge y Paula utilizaban sus rarezas contra él para torturarlo y le contaban historias siniestras sobre el alma de los locos y los enfermos que aún habitaban en Or. En una ocasión Angus se tiró sobre la alfombra revolviéndose, gimiendo, gritando que tenía la peste y que iba a morirse. A la abuela le llevó varias horas calmarlo, las mismas que limpiar el pis que había dejado en la alfombra. Cuando la tía abuela se mudó a Or, Angus pensaba al principio que Clara era un fantasma (su estampa espectral, sus ojos vacíos) y si se la topaba por las habitaciones comenzaba a gritar

aterrado, lo que asustaba a Clara, quien también comenzaba a gritar, y los dos salían corriendo y abriendo puertas en direcciones opuestas.

Una tarde mi abuelo se cansó de escuchar a su hijo mayor gimoteando tirado sobre la alfombra y cogió a Angus por el cuello de la camiseta, arrastrándole, insensible ante los gritos del niño. Le encerró durante tres días en la Sala de Cámara, en su taller, aquella habitación privada y secreta donde no entraba nadie más que él. Le dejó allí durmiendo y prohibió a la abuela que le llevase comida. Nadie supo nunca qué fue lo que le dijo en aquel tiempo mi abuelo a Angus, ni qué pasó en ese cuarto. Tío Jorge dijo una vez que aquello debió de ser algo parecido a lo que le sucedió a Alexander von Humboldt cuando de niño se cayó a un lago helado, pero ninguno de nosotros entendimos qué quería decir (ni siquiera sabíamos quién era Alexander von Humboldt). Mi padre y mis tíos se arremolinaban de vez en cuando junto a la puerta tratando de escuchar, pero lo único que oían era el concierto para piano número 5 de Beethoven y, al fondo, como un instrumento que no cuadra, la voz grave y constante de mi abuelo.

La abuela estaba en la cocina friendo patatas cuando entró Angus y se sentó a la mesa, justo al lado de tía abuela Clara, que manoseaba el gato de entonces.

—Hola, Clara.

—Hola, señor.

—Hijo, ¿ya te ha dejado salir tu padre? —preguntó mi abuela volviéndose hacia él con alegría y limpiándose las manos en el mandil.

—Sí, mamá. ¿Podrías, por favor, ponerme un plato? —dijo el niño señalando con el dedo la sartén burbujeante.

—Claro, Augusto. ¿Cuántas quieres?

—Angus, mamá. Llámame Angus.

Y lo pronunció como si en aquel nombre no hubiese más burla o miedo, sino una marca que indicaba todo lo contrario.

Fue ese el momento en el que Angus comenzó a crecer en dirección contraria. Con sus hermanos empezó a establecer un régimen de crueldad que era muy parecido a la venganza. El abuelo permanecía impasible ante las quejas de sus otros hijos, y lo único que le decía a Angus cuando cometía una tropelía contra alguno de

sus hermanos era «¿Cómo está el Emperador? ¿Está hoy bien el Emperador?». Angus comenzó a llamar a su hermana por su nombre completo: Paula Blasa. Y pronunciaba el Blasa arrastrando las dos sílabas, con asco. Probablemente si no fuera por el empeño de Angus en que la conociésemos así, nadie se había enterado de que mi tía llevaba pegado el nombre de la bisabuela, un capricho de su padre en el registro. Creo que ese nombre de anciana de algún modo conjuró la prematura vejez de Paula.

Y así, Angus comenzó a ser realmente Angus y lo fue durante mucho tiempo. Era la diversión de sus amigos, porque aquel tipo con pinta de leñador y humor incombustible, cuyos dedos grasientos eran capaces de tocar a Vivaldi a una velocidad vertiginosa, podía beberse de un trago una pinta de cerveza, recitar a Juvenal y decir siempre lo más inconveniente. De joven solía llevar a su pandilla hasta la isla y se pasaban los fines de semana escuchando música y tirando botellas vacías al mar. De vez en cuando seguía entrando al taller del abuelo y se pasaba las tardes con él encendiendo puros. Era el único al que el abuelo le permitía entrar. También creo que Angus fue el único que realmente quería al abuelo. O, al menos, que le quería sin temerle. Porque el resto de nosotros (cada uno a su manera) profesábamos un amor por el abuelo basado en el miedo que nos daba y en la absurda y constante necesidad de congraciarle.

Luego, Angus conoció a Luisa y se casó con ella vestido con una camisa azul de chorreras y botas de vaquero. A su primer hijo le llamó Lucio por Ludwig van y al segundo Jonás, por Johan Sebastian. Recuerdo a tío Angus por entonces, cuando yo era aún un niño pequeño. Recuerdo cómo me alzaba en brazos y me rozaba la mejilla contra su barba. Olía a humo y a sudor y me gustaban sus carcajadas. Sospecho que mi tío Angus me parecía entonces tan fenomenal como a sus amigos.

Al tercer hijo iban a llamarle Amadeo, pero entonces ocurrió el accidente.

A partir de aquel momento, Angus se convirtió en un colosal animal herido. Ni su padre pudo aplacarlo. Tía Paula Blas, por orden de los abuelos, se mudó un tiempo a su casa para cuidar a Lucio y a Jonás. Cuando mi tía llegó se encontró con las lámparas rotas, los muebles tumbados, los colchones de las camas volcados,

pedazos de porcelana y cristal repartidos por los pasillos y sus dos sobrinos sucios y a medio vestir. Al principio tía Paula Blas pensó que todo aquel caos provenía de la furia de su hermano, pero luego comprobó que Angus simplemente se limitaba a llegar a casa de madrugada y a dormir borracho y en calzoncillos sobre el sofá. El desorden lo habían causado los niños. Estaban solos. La cocina apestaba a comida podrida, la nevera llevaba varios días abierta, las baldosas manchadas de leche agria, en la mesa la carne putrefacta cubierta de diminutos huevos blancos de mosca. En la tapa del retrete y sobre los azulejos del baño había restos de heces blandas. Los niños habían tratado de escribir con ellas esparciéndolas con unas tijeras. Lucio tiró de la falda de la tía y le preguntó si podían hacer un agujero en el suelo del cementerio para darle comida a su madre. Paula Blas vomitó en el cubo de la basura.

Decidió esperar despierta a que regresase Angus, decirle que entendía su dolor por la muerte de su esposa y las extrañas circunstancias en que había sucedido, pero no podía dejar solos a los niños y que se criaran como unos salvajes. Debía hacerse cargo. Tío Angus entró en casa de madrugada totalmente ebrio, bamboleando su cuerpo de mastodonte, la baba le colgaba de la boca carnosa, los ojos rojos como los de las vacas degolladas, los nudillos descarnados y llenos de sangre, probablemente de haber estado golpeando algo durante horas. Paula Blas no le dijo ni una palabra. Se acurrucó con los niños en la habitación, juntó las piernas con fuerza y se abrazó los pechos. Podía oír en el salón los ronquidos de su hermano y sus gritos desgarrados en plena noche.

Poco a poco, tal vez por el tiempo o por el alcohol, tío Angus se fue lentamente aplacando y comenzaron a vivir en él los dos que era. Porque el miedo y la indefensión seguían en el exilo, pero los terrores nocturnos habían regresado. Y también la angustia. Jamás volvió a hablar de Luisa. De hecho, nadie en la familia volvió a mencionarla.

Una tarde, tiempo después de que Paula Blas hubiese vuelto a la isla, mi madre abrió la puerta y se encontró con Jonás. Se había escapado de casa para venir a verme. Mis padres telefonearon a Angus y nos dejaron en mi habitación jugando a las canicas. Yo estaba feliz por tener conmigo a mi primo. Era como una fiesta. «Guille, quiero volver a casa», me dijo de pronto. «¿No quieres

terminar la partida?». «Quiero volver a casa», repetía mi primo mirando al suelo. Una canica azul chocó contra su rodilla. «El tío vendrá ahora a buscarte», contesté molesto y con el orgullo herido sin entender por qué Jonás me rechazaba. «No quiero irme con él, lo que quiero es volver a casa». Levanté la vista de las canicas y miré a Jonás, pálido y perdido. Entonces le entendí. Comprendí que lo que realmente quería era volver a aquella casa donde estaba su madre y que se había destruido tras su muerte. Comprendí que ese era el hogar de Jonás y no podía volver a él. Desde ese día siempre he pensado que no hay mayor dolor que el de intentar regresar a un lugar que ya no existe.

9

El bar era pequeño y oscuro, sin ventanas, emanaba un tufo insufrible a fermentación y vejez, y una bombilla pendía del techo como un ahorcado. Encima de la barra de madera había una caja de cerillas, unas cuantas velas verdes y dos botellas de vino sin etiquetas. En una repisa descansaba una radio enorme sobre un tapete de ganchillo. A la izquierda, atado de una pared a otra, colgaba un tendal con pequeñas chaquetas de lana, mantillas y bufandas. A la derecha, junto a una mesa camilla, una anciana sentada en una silla de mimbre tejía al lado de una estufa de hierro.

La anciana levantó pesadamente la vista por encima de sus gafas cuando me oyó entrar. Llevaba un mandil gris y unas zapatillas a cuadros sobre unos gruesos calcetines.

—¿Querías algo? —dijo ajustándose las gafas.

—¿Esto es un bar? —pregunté estúpidamente, con la sensación de que me había colado en el sótano de alguien.

—También puedes comprar algo —dijo la mujer señalando las prendas del tendal con su barbilla llena de pelusa.

—Preferiría un vino, si no es molestia.

La anciana suspiró con cansancio, dejó la labor sobre la mesa y, al levantarse, le dio sin querer una patada al ovillo de lana que rodó casi hasta mis pies. Se rascó la cadera de forma zafia, se puso detrás de la barra, sacó un vaso gordo de cristal con varias huellas de dedos marcadas y volcó sobre él la botella de vino con tal ímpetu que varias gotas salpicaron el mostrador.

—Gracias —acerté a decir.

La vieja se sorbió unos mocos invisibles.

—Estás empapada. Siéntate donde la estufa, a ver si te secas.

—Gracias.

Cogí el vaso sucio lleno de aquel vino que olía ácido y fui hasta

la silla de mimbre, que estaba suave y pulida por el uso. El calor de la estufa me abrasaba la mejilla y comenzó a levantarme dolor de cabeza.

—Como no te quites ese abrigo mojado, vas a coger un catarro —me dijo desabridamente la anciana observándome desde la barra.

—Estoy bien así, gracias.

—No me des tanto las gracias, que te voy a cobrar igual. Y quítate el abrigo.

—Preferiría no hacerlo —contesté apretando los botones, aferrándome a aquella prenda que escondía mi pijama.

—Pues yo preferiría que te lo quitases.

En aquellas palabras noté que la vieja realmente me estaba dando una orden. Me miraba con unos ojos llenos de desconfianza que me penetraban hasta los huesos.

Dos hombres entraron en ese momento por la puerta charlando con aire de gravedad, cerrando los paraguas y colgándoselos del brazo. Fueron goteando hasta la barra. Los dos se me parecían a Antonio Trigo, y puede que al resto de habitantes de Maravillas. Tenían esa edad incierta en la que ya no eran jóvenes para trabajar, pero trabajaban como burros. Las caras amoratadas, las manos fuertes de uñas abombadas y sucias, pantalones de paño, canas mal teñidas de negro cuervo por tintes caseros, casados que no llevan anillos en los dedos porque les molestaban trabajando, la apariencia de pasarse horas sentados con el codo apoyado en la barra mirando la radio sobre el tapete sin ningún otro tipo de diversión ni interés.

—Amalia —dijeron al unísono a modo de saludo con el mismo tono de gravedad y pesadumbre con el que venían hablando.

—Hola —contestó la mujer, sacando un par de vasos y rellenándolos de vino.

Mientras la anciana realizaba esta tarea, los hombres abrieron la caja de cerillas y encendieron dos velas verdes, una cada uno. Antes de llevarse el vino a la boca, el más alto, que tenía una nariz gruesa y nudillos peludos, reparó en mi presencia. Se quedó observándome, mirando a aquella mujer mojada acurrucada entre la estufa y una mesa con agujas y lana.

—Coño, tenemos compañía —dijo volviéndose de nuevo a Amalia.

—No la conozco de nada. Debe de estar esperando a alguien —

contestó la anciana, hablando de mí como si yo no estuviera delante.

—¿A quién va a estar esperando esta? ¿Al Rufo? —añadió, mordaz, el otro hombre.

Amalia encogió los hombros y se rascó con fuerza la barbilla vellosa.

—Yo qué sé. Mira que pinta tiene. No me gusta nada.

Los tres volvieron los ojos hacia mi esquina y me escrutaron. El calor de la estufa me abrasaba la cabeza, pero yo estaba tan paralizada que ni siquiera acerté a quitarme la gorra. Probablemente sí me había colado en la sala de estar de alguien, o en un nido de traficantes o en una ceremonia privada. No entendía qué ocurría en aquel sótano ni por qué aquella gente me hostigaba y me trataba como sospechosa. ¿Aquello no era un bar? ¿Sabrían que yo era una intrusa en la muerte de Antonio Trigo? Sentí angustia y vergüenza; solo quería irme, deslizarme por una puerta y ser invisible.

—¿Y tú qué cojones haces aquí, hija? —preguntó el más alto con una inquisitiva violencia.

Quién es usted y qué hace aquí. Dos preguntas que siempre temí que me hicieran. Cada vez que en una película una linterna iluminaba a alguien en la oscuridad y le formulaban estas preguntas, yo compartía con él la angustia de no saber qué responder. Estaba ebria, asustada, confusa, avergonzada y no podía moverme. El calor me abrasaba la cara. No había sido buena idea ir allí. Nada había sido una buena idea. Aquel acoso fue la gota que colmó el vaso para que me desbordara.

—Mi novio y yo hemos roto.

Lo dije sin saber lo que decía. Lo dije pronunciándolo en alto por primera vez, cerciorándome de que eso era exactamente lo que ocurría. Lo dije porque era la verdad. Comencé a acurrucarme en la silla. Me ardía la garganta.

—No sabía adónde ir.

Había empezado a llorar tanto, a llorar tanto por segunda vez en el día, que me estaba ahogando con mis propias palabras. La confesión resultaba un cuchillo que me atravesaba la laringe.

—No sabía…

Amalia y los tres hombres se miraron con incredulidad. Les

había dejado de piedra. El más alto posó el vaso sobre la barra, vino hasta mí, se arrodilló a mi lado y pasó su brazo por mis hombros en un gesto que trataba de ser consolador pero que a mí me pareció invasivo.

—Vamos, mujer, tranquila —comenzó a decirme tan cerca de la oreja que pude notar su aliento agrio. Alrededor del cuello llevaba una cadena de oro con un Cristo colgando que se le enredaba en los sudorosos pelos del pecho—. Nosotros pensábamos que igual eras una *jonqui* de esas, que aquí vienen solo para líos.

—Las *jonquis* no están tan gordas —rezongó la anciana desde la barra.

—¡Y esta tampoco está gorda, Amalia! —gritó el hombre sin soltarme—. Pues claro que no, que tú eres muy guapa. Si sabré yo de mujeres.

—¿Y por qué va en pijama? —barbotó la anciana continuando con su sospecha.

Me miré las piernas y observé que los pantalones de osos azules se veían por debajo de mi abrigo, enrollados y apretujados en las botas de caña.

—No me acordé de vestirme —confesé patéticamente.

—Pues vaya día que ha elegido esta para venir a llorarnos —escuché que refunfuñaba el hombre más bajo, dándole vueltas al vaso.

El otro continuaba agarrándome, meciéndome como si estuviera acunando a un niño. Y aun así, en que aquel gesto generoso y tierno, yo encontraba algo repulsivamente lascivo.

—Perdón —dije titubeando, tratando de exculpar mi embarazo porque unos desconocidos tuvieran que consolarme.

—Por estar triste uno no tiene que pedir perdón —me dijo el hombre que me agarraba—. Además, hoy aquí estamos todos tristes.

—¿Por qué? —pregunté levantando la cara y mirándole.

—Porque a nosotros se nos ha muerto un amigo.

IX

Pambley entró en el salón con aire dubitativo, mirándolo de arriba abajo por si se había equivocado de habitación. Debía de llevar largo rato dando vueltas por la casa. Al comprobar que era la correcta, se encontró con tío Angus desmayado sobre el tocadiscos mientras la agente Gloria le abanicaba con uno de los periódicos viejos y todos hacíamos un círculo en torno a él.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el pelirrojo.

—Creo que le ha dado un síncope, inspector —dijo la agente sin dejar de menear los papeles sobre la cara de mi tío—. Ha bebido demasiado.

—No, si realmente es té —explicó tío Jorge.

—¿Pero qué té? —exclamó Jonás—. ¿No ves que está borracho como una cuba?

Tía Paula Blas se puso las manos en el corazón y se volvió apresuradamente hacia Pambley.

—Inspector, ¿dónde está mi madre?

—En el baño. —Pambley señaló con el brazo a algún lugar incierto.

—Voy a ir a acostarla. Ver este espectáculo era lo único que le faltaba —dijo la tía atándose la mantilla y saliendo a pasos largos del salón.

Jonás, Pambley y yo conseguimos remolcar a tío Angus hasta el sofá. Pesaba como un rinoceronte muerto. Tenía el traje de pana negro lleno de babas y su corbata roja de terciopelo estaba mareándome (apestaba a crisantemos; Angus se había tirado sobre ellos en el cementerio). Cuando logramos tumbarle en el sofá, se quedó espatarrado. La corbata descolocada le colgaba sobre las solapas como la lengua de una vaca.

—Esperad, dejadme a mí —dijo Lucio sentándose a horcajadas

sobre Angus y propinándole una serie de bofetadas alternando la mejilla izquierda y la derecha—. ¡Papá! ¡Papá!

Noté que Jonás se tapaba la cara avergonzado y a Genoveva se le escapaba la risa. Angus comenzó a levantar sus párpados pesados.

—A veces necesita un poco de ayuda —dijo Lucio triunfante, bajando de la cadera de su padre.

—Señor, ¿se encuentra bien?

—¿Eh? —Tío Angus miraba a Pambley con unos ojos que parecían dos peceras vacías.

El inspector sacó de su bolsillo la caja redonda de regalices, agarró el mentón barbado de Angus y tiró hacia abajo para abrirle la boca. Depositó la pastilla oscura en la lengua gruesa de mi tío, pero a Angus le dio una arcada, escupió el regaliz y se quedó pegado en la rodilla del inspector.

—¿Alguien podría ir a hacerle un café a este hombre? —preguntó Pambley con cansancio, frotándose los pantalones.

El reloj de cuco marcó la hora en punto y nadie se movió de su sitio.

—¿Alguien, por favor? —repitió el inspector.

—Iré yo —contestó Leonor descruzando los brazos, y a todos nos sorprendió la predisposición de mi hermana.

—Gracias.

«Guille…». La voz susurrante de mi primo sobre mi oído me estremeció. «¿Puedo hablar contigo un momento?», me preguntó Jonás sin apartar los ojos de Pambley. «Sí», susurré yo también. Los dos comenzamos a caminar lentamente hacia atrás, intentando simular que no pretendíamos desligarnos del resto. Nos detuvimos al llegar a la ventana. Allí el oleaje sonaba tan fuerte que resultaba dificultoso hablar. «¿Recuerdas…?», comenzó a decirme Jonás restregando sus manos, gesto que siempre hacía cuando estaba nervioso. Pero no pudo seguir porque en ese momento la abuela entró en el salón tratando de desembarazarse de tía Paula Blas, que intentaba cogerla de los brazos.

—Que no, hija, déjame, que no pienso acostarme. Eso son cosas tuyas.

—Mamá, por Dios…

—¿Cómo quieres que me acueste con lo que tenemos aquí?

Tío Jorge se puso frente al sofá, intentando tapar la estampa

desmayada de Angus, pero su delgado cuerpo no pudo eclipsar la figura gruesa de su hermano.

—¡Augusto! —gritó mi abuela llevándose las manos a la cara—. ¿Pero qué te ha pasado?

—Tranquila, señora, no es nada grave —la tranquilizó Pambley, sentado aún junto a mi tío—. Le ha dado un arrechucho por la emoción. Le van a traer ahora un café y seguro que se recupera pronto.

—¿Un café? —preguntó inquisidora la tía—. ¿Y quién ha ido a hacerlo?

—Leonor —contestó Genoveva.

—¿Leonor? Si ni siquiera sabe dónde está la cafetera.

Lo que realmente quería decir tía Paula Blas es que, aparte de ella, ninguno de nosotros sabía dónde estaba nada en aquella casa.

Pambley se levantó para dejarle el sitio a la abuela, quien se sentó junto a tío Angus y, cogiéndole de las muñecas, le besó la palma de las manos.

—Guillermo —me dijo el inspector poniéndose a mi lado junto a la ventana y sacando la libreta de la cazadora—. ¿Le parece que continuemos donde lo habíamos dejado?

—Sí, por supuesto —contesté preparándome para volver de nuevo al cuarto. Traté de no mirar a Jonás de reojo.

Un estrépito llegó del pasillo, como si alguien hubiera dejado caer con violencia una caja llena de tuercas. Creo que todos en aquel momento dimos un pequeño salto.

—Santa Gadea, ¿y ahora qué ocurre? ¡Gloria, vaya a ver lo que ha pasado! —exclamó Pambley tan cerca de mí que pude verle la glotis.

—Sí, inspector.

El ruido pareció espabilar a tío Angus, que se irguió un poco en el sofá.

—No será nada —dijo tío Jorge—. Probablemente otra vez el gato.

—¿Tienen ustedes un gato o un tigre? —repuso Pambley notablemente irritado, mientras volvía a guardar su libreta en la cazadora de cuero y se desabrochaba el cuello de la camisa, dejando ver su piel lechosa salpicada por unos rizos rubicundos.

—Inspector —dijo la agente Gloria apareciendo por la puerta—.

Es la chica. Ha destrozado el teléfono.

10

Para los parroquianos de Casa Amalia, como para Santiago Guardado, yo era un ser estrafalario e inofensivo. Una chica joven con el corazón roto que había entrado despistada en cualquier lugar buscando refugio. Creo que mi presencia incluso les entretuvo. Así fue como me colé entre ellos. Amalia, más tarde, me contaría que un mes atrás un muchacho había tratado de atracarla con una navaja que llevaba escondida en el anorak. «Aquí —dijo agarrándose el cuello pellejudo—. Aquí me la hubiese clavado si no llega a entrar Jaime». Jaime, el hombre que me había estado abrazando, hinchó el pecho ante mí con orgulloso gesto de héroe. «Si es que las cosas ahora están muy malas». Para tranquilizarles, y como ya me habían descubierto, me quité el abrigo para mostrarles que no llevaba nada oculto, y me quedé en pijama.

Pero no solo era por eso su reticencia. Casa Amalia era un bar, pero realmente era un bar para unos pocos. La anciana regentaba aquel sótano sin licencia casi exclusivamente para los amigos. Ni siquiera había caja registradora; Amalia se guardaba las monedas en el bolso del mandil. «Es mejor que tejer sola», dijo. No siempre había sido así. Durante muchos años el sótano había sido una tienda en la que Amalia vendía tanto galletas como azafrán, alpargatas de esparto, arroz o algunas de sus prendas de lana, sobre todo para los niños (me pregunté qué madres comprarían para sus hijos esas prendas mustias y apestosas). De aquel tiempo procedían las letras rojas pintadas sobre la puerta. Los hombres del barrio que iban a la tienda a comprar botellas de vino se acostumbraron a quedarse allí bebiendo en compañía. Aquel humilde ultramarinos era un lugar para la tertulia. Cuando a Amalia dejó de resultarle rentable seguir trayendo mercancía, continuó ofreciendo vino y asilo y tejiendo junto a la estufa.

Rufo, al que se suponía que yo podría estar esperando, se unió poco después a nosotros. Era un hombre orondo y terriblemente estrábico que recordaba a un sapo feo. Rápidamente le explicaron lo que yo estaba haciendo allí. Rufo pareció no darme la más mínima importancia, me hizo un gesto de saludo con su cabeza gruesa y se tiró a la barra a encender una vela verde. «Son por Antonio», dijo Herpiano, el hombre bajo, mirando fijamente a la llama. «A él le gustaban estas cosas. Velas verdes para los amigos muertos, la tradición de Maravillas». Antonio. Ahí estaba. El amigo muerto. Pensé que se me iba a parar el corazón. Hubo un silencio y todos bajaron la cabeza. Amalia, sin que nadie le pidiera nada, nos puso a cada uno un vaso de vino. Incluso se sirvió uno para ella.

—¿Qué le ocurrió? —pregunté tímidamente. Estaba tan nerviosa que me temblaba la mano con la que sujetaba el vaso.

—Se ahogó —dijo Jaime volviendo a pasarme el brazo sobre los hombros—. Se ahogó, hija, se ahogó. Encontraron su cuerpo en la playa.

—Tuvo que ser un infarto —repuso Rufo con los ojos puestos en dos velas.

—¡Si Antonio estaba sano como un roble! Ni siquiera bebía, cojones.

—No bebía por lo del hígado, Herpiano, que pareces nuevo.

—¿Pero qué ostia haría Antonio en el puerto?

—Cuando aquella tarde no vino ya me suponía yo que algo malo rondaba.

—No sabes los días que hemos pasado, hija —me dijo Jaime apretándome contra su pecho—. No lo sabes.

—Siempre supusimos que estaba muerto. ¿Dónde coño iba a ir Antonio?

—O que se lo habían llevado.

—Eso le dije yo a la policía. Que por su pie no se había marchado.

—Yo me limité a contestar lo que me preguntaban, bastante nerviosa estaba ya, que pensé que me iban a cerrar el bar y meterme presa.

Herpiano, que tenía unas patillas gruesas y pobladas que casi le llegaban hasta la mandíbula, sacó una cajetilla de Winston del bolsillo de la camisa y nos ofreció a todos.

—En el fondo, hemos descansado.

—¡Rufo! ¡Por los clavos de Dios!

—¡Es verdad, cojones! Hasta para la familia ha sido un descanso.

—¿Habéis hablado alguno con la mujer?

La puerta de Casa Amalia se abrió, dejándonos escuchar la tormenta que acribillaba la calle, y entró un hombre que a mí no me pareció como el resto. Llevaba un Montgomery azul marino y unas grandes gafas de concha. Lucía una barriga redonda y una descuidada barba de intelectual. Me recordaba a aquellos hombres que en los años 70 conspiraban contra la Guerra Fría o leían las primeras ediciones de Onetti fumando Ducados.

—Profesor —dijo Amalia notablemente reconfortada por la nueva entrada—. No sabíamos si ibas a venir hoy.

—¿Cómo no iba a venir? —El hombre se quitó la capucha forrada a cuadros rojos. Tenía la cara totalmente descompuesta—. Ni siquiera he deshecho la maleta. Vine para aquí nada más llegar. —Comenzó a abrazar al resto de parroquianos en un gesto de saludo que casi parecía de despedida. Se agarraban fuertemente y se palmeaban las espaldas como se consuelan entre sí aquellos que se encuentran en un funeral. Y creo que eso era exactamente lo que estaba ocurriendo.

—Esta es Dora. Su novio y ella han roto —dijo Jaime cogiéndome de la mano y resumiendo mi presentación.

—Ah —contestó algo desconcertado el hombre del Montgomery mirando mi pijama—. Encantado. Yo soy Cosme.

En un segundo, Cosme se olvidó de mi presencia. Se apoyó en uno de los taburetes y comenzó a tocarse la frente con las dos manos.

—Aún no puedo creerlo. Yo todavía… todavía guardaba la esperanza…

—Cuando nosotros nos enteramos ayer estábamos igual.

Amalia se rascó la cadera, le acarició el brazo a Cosme y sirvió una nueva ronda antes de que todos comenzaran a hablar de Antonio Trigo.

Creo que les serví como excusa. Hablaban entre ellos, pero de alguna forma simulaban que me lo estaban contando a mí, desahogándose, repitiendo lo que ya sabían, narrándoselo a alguien nuevo. Por eso, de vez en cuando, decían mi nombre y parecían

reclamar mi atención para contar su historia. «Porque Dora, siempre se van los mejores, hija. Y Antonio lo era. No vivía más que para su familia y para su negocio. Él sacó adelante a su madre cuando solo era un niño, después de todo lo que había pasado aquella mujer en la guerra. Y la había cuidado hasta el final. Su mujer, Aurora, que es una santa, no se merece esto. Qué va a hacer ella ahora… —Amalia se limpió la nariz con el mandil y se apartó las gafas para quitarse una lágrima de los ojos arrugados—. Cada vez que levanto la vista, pienso que lo voy a ver ahí, en la esquina —añadió sorbiéndose los mocos, agarrando la botella—. Quién iba a decir que Antonio acabaría así, como un perro, tirado en una playa». «La última vez que lo vi, fue aquí mismo —dijo Herpiano señalando un lugar concreto del bar que todos miraron con reverencia—. Estaba como siempre, como un chaval. Si incluso últimamente silbaba mucho. Coño, Antonio, coño. Cómo pudo ser. Tal vez estuviera peor de lo del hígado, pero eso quién lo sabía, como si Antonio llorase alguna pena, todo lo guardaba para él, nunca quiso molestar a nadie».

Intenté que no se me notara la impresión que sentía porque alguien me hablase de Antonio Trigo, porque estuviesen confirmando todas y cada una de las suposiciones que había hecho sobre él desde que me había despertado para ir a la biblioteca. Fui a Maravillas para encontrarle y casi pude verle entre ellos, entre nosotros, oía claramente su voz y también sentía la angustia de su ausencia. Cada vez que Amalia volvía a rellenar los vasos, nos íbamos acercando más, agrupándonos más. Brindábamos al aire y chocábamos con fuerza nuestros vasos por Antonio. Encendíamos con emoción y torpeza las velas verdes, quemándonos las yemas de los dedos. Otra más, otra por Antonio. Otra vela, otro vaso. Fumábamos un Winston tras otro en aquel bar clandestino en el que estaba permitida cualquier cosa y los hombres salían a mear a la calle.

Noté que los demás estaban tan tambaleantes como yo. A mí se me torcían hasta los tacones. Apreté los labios con fuerza porque temía que el alcohol me hiciera revelar mi secreto. Aquella gente no tenía la más remota idea de que alguien había asesinado a Antonio Trigo, y yo me sentía traidora por no decírselo. Me pregunté cómo reaccionarían al día siguiente cuando vieran la noticia en el

periódico, el desgarro que supondría el enterarse de que la muerte de su amigo realmente había sido un crimen. Ni siquiera pude sospechar que alguno de ellos, tal vez, pudiera ser el asesino. Porque allí estaba yo: infiltrada, espiándolos, brindando en pijama en un sótano mohoso con estufa de hierro, agujas y lana, sintiéndome amparada por primera vez en mucho tiempo. Y yo les quería, les quería muchísimo, aquellas eran las mejores personas con las que podía contar en el mundo.

No sé a qué hora decidió cerrar Amalia. La noche había caído fuera y estaba demasiado oscuro, porque en Maravillas las farolas no abundan y son pequeñas como candiles. Decidimos continuar la fiesta en la calle, gritando. Amalia nos regaló unas botellas de vino y a Rufo se le ocurrió que cada uno de nosotros llevara una vela. Íbamos bebiendo a morro, sin rumbo, bajo la noche y la lluvia que trataba de apagarnos las velas que los cinco portábamos en la mano como si fuéramos la Santa Compaña.

Algo pareció morderme el tobillo y me caí estrepitosamente al suelo. Sentí el golpe en la cara y la humedad de las baldosas. Había metido el tacón izquierdo en la rendija de una alcantarilla. Ignoro cuánto tiempo pasé allí postrada. Si por mí hubiera sido, me hubiese quedado dormida en aquella postura con la vela verde que incomprensiblemente aún sujetaba en la mano. Alguien tiró de mí, y cuando logró levantarme sentí, de nuevo, el abrazo de Jaime y su aliento agrio. Al incorporarme me di cuenta de que estábamos los dos solos. Escuchaba a lo lejos las voces de los otros. Probablemente ni siquiera se percataron de que nos habíamos rezagado.

Jaime me arrastró hasta un banco, porque me costaba moverme por mí misma y él creo que no hubiera aguantado remolcándome mucho más tiempo. Me ofreció un trago de la botella de vino y los dos bebimos. Empezó a contarme que había sido revisor de trenes y que aquella fue una buena vida, pero derruyeron la estación y había tenido que meterse de albañil, y que la vida era puta, muy puta, mucho. La cercanía de aquel hombre que tenía la edad de mi padre comenzó a incomodarme. Dijo algo sobre que en el mar había muchos peces, y noté su rodilla rozando la mía. Puso su mano sobre mi muslo y empezó a acariciarlo.

X

Si me hubiese ocurrido a mí, a nadie le hubiera extrañado. Mi padre dice que heredé un poco de locura de la tía abuela Clara, y tal vez tenga razón. Pero no me pasó a mí, fue a ella, a mi hermana.

Cuando Leonor cocina jamás hecha una pizca o un puñado, sino que pesa con precisión de alquimista los gramos que indica la receta. Sabe planchar los pantalones de pinza, suma sin calculadora, se encarga de poner en hora todos los relojes de la casa y, cuando yo era pequeño, me cogía de la mano para cruzar la calle y que no me atropellaran los coches. Leonor siempre anda con paso de legionario y a mí, todavía hoy, me cuesta seguirla. A los pocos hombres que admitió a su lado los echó muy rápido porque alegaba que le desordenaban demasiado la casa. Mi madre suele decir que no entiende cómo sus dos hijos le han salido tan distintos si nos ha dado la misma leche y nos ha puesto las mismas canciones. Mi hermana Leonor es de esa clase de mujeres que cuando sale del trabajo en las tardes que empieza a hacer calor se va a una terraza con sus amigos a tomar martinis con las piernas cruzadas y el maquillaje perfecto. Esa clase de personas que otras personas envidian, odian y compadecen a partes iguales; las que nunca han sentido la soledad, ni la angustia, ni el miedo. O al menos no lo sienten todo el rato.

Empezó una de esas noches en las que Leonor llegó a casa de madrugada sin haber podido emborracharse a pesar de haberlo intentado. Después de tomarse cinco martinis, no le apetecía reír ni se veía más guapa en los espejos, así que cogió un taxi y se fue a casa. Se desmaquilló en el baño, se puso su pijama blanco de seda y se tumbó en la cama frustrada y sobria. Fue en ese momento cuando empezó a escuchar la tuba.

Lo primero que hizo fue comprobar si había conectado la radio.

Pero la radio seguía apagada y los números rojos continuaban centelleando en la oscuridad. La música se escuchaba más fuerte cada vez, era como si la sirena de un barco le estuviera bramando en la oreja. Dedujo que era su vecino, al que le había dado por ejercer de instrumentalista en plena noche. «¿Pero qué especie de gilipollas se pone a tocar la tuba a las cinco de la mañana?», rugió mi hermana. Leonor comenzó a aporrear la pared de su habitación. Pero ni caso, la tuba seguía sonando. «¡Se lo advierto, voy a llamar a la policía!», gritaba. Y la tuba seguía sonando, y sonando, sin ninguna melodía, como si fueran notas juntas tocadas el azar. Mi hermana, agotada, terminó por dormirse a pesar del ruido.

A la noche siguiente, Leonor se acostó a las 23:30 y, cinco minutos después, el sonido de la tuba le abrió los ojos. Volvía a sonar como la noche anterior, fuerte, sin melodía, atronadora. Se levantó de la cama, salió de la casa descalza y llamó al timbre de la puerta de al lado, pero nadie le abrió la puerta. Contenta, pensando que al fin su vecino había captado el mensaje, volvió entre las sábanas. Pero nada más meterse, de nuevo, volvió a sonar la tuba.

«¡Maldito cabrón, si no me dejas dormir, tampoco vas a dormir tú!», gritaba Leonor quemando el timbre de su vecino con el dedo. La policía no tardó mucho en llegar y se encontró a mi hermana descalza y en pijama en medio del rellano, llamando al timbre y pegando patadas en la puerta. «Señora, sus vecinos se han quejado del ruido que está metiendo. No les deja dormir». «¿Yo? Querrá decir él. Él es el que no me deja dormir a mí y me atormenta con su tuba», rugió Leonor. Los policías se miraron entre sí.

A las ocho y media de la mañana Juan Vázquez, el presidente de la comunidad, le abría la puerta a mi hermana en calzoncillos y quitándose las legañas de los ojos.

—Leonor, ¿pero qué quieres a estas horas? ¿Te encuentras bien?

Mi hermana tenía unas enormes ojeras violetas, grandes como la marca de un puñetazo, y por primera vez la encontraba despeinada.

—Si es por lo de anoche…

—Hay que echarle, Juan, debemos hacer una junta.

—¿Echar a quién?

—A mi vecino. No deja de atormentarme por las noches tocando la tuba.

—¿Te refieres al del tercero A?

—Exactamente.

—Pero, Leonor, si se marchó del piso hace dos semanas. Ahora está vacío.

Juan Vázquez comenzó a rascarse la barba aún sin afeitar y a intentar apreciar en la camisa de mi hermana la silueta redonda de sus pechos.

—Precisamente el dueño me ha dado a mí las llaves para que se lo enseñara a alguien que quiera alquilarlo. Mira, Leonor, no es por juzgar tus hábitos, pero…

Mi hermana ya no escuchó más. Tiene ese don para dejar de oír lo que no le importa. Creo que por eso no suele hacerme mucho caso.

—Déjame las llaves.

—¿Qué?

—Déjame las llaves, te las devolveré.

Leonor estaba convencida de que aquel piso había sido tomado por okupas. Unos que fumaran *crack* y tocaran la tuba. Pero cuando entró, no encontró rastro de nada; en aquella casa solo había parqué en el suelo y clavos sin cuadros en las paredes. «Entrarán por la noche», pensó. Así que se quedó hasta la madrugada sentada como un indio delante de la puerta esperando a sus torturadores, clavándose el felpudo en los muslos y mirando papeles del trabajo para pasar el tiempo. No apareció nadie. Como se le estaban cerrando los ojos por el sueño acumulado de las noches anteriores, decidió marcharse a su casa. Pero al meterse en la cama, de nuevo comenzó a sonar la tuba.

Daba igual lo que hiciera Leonor, que el piso estuviera vacío o que la radio siguiese apagada, la tuba siempre seguía sonando. Se le metía por los oídos, se le incrustaba en la piel, le retumbaba en su caja torácica. Intentaba taparse con la almohada o con la manta o con las dos cosas a la vez, pero nada daba resultado. Se compró unos tapones para los oídos y, como no le sirvieron para nada, fue a la mañana siguiente a la farmacia a por el libro de reclamaciones por vender material defectuoso. Probó hasta con cinco marcas distintas, pero no había tapones capaces de acallar a la tuba.

Leonor empezó a pasarse las noches mirando al techo, con las manos cruzadas sobre las sábanas, escuchando unas notas anárquicas que al parecer no provenían de ninguna parte, una tuba

misteriosa que salía de las paredes pero que no existía. Apenas conseguía dormir un par de horas por las noches y comenzó a sufrir el agotamiento del insomnio. Nunca estaba del todo dormida, pero tampoco estaba nunca del todo despierta. Las cosas pasaban a una velocidad lenta y pastosa; de repente había mucha luz, se quedaba embobada mirando la punta de un lápiz o una hormiga que caminaba por la planta del despacho.

En la oficina comenzaron los rumores.

Era tal su desesperación que un domingo, cuando vino a comer a casa, nos contó la historia de la tuba. Y eso para mi hermana era como arrancarse el bazo y dejárnoslo en un plato, porque Leonor ni siquiera contaba que estaba enferma, que le habían subido el sueldo o que había roto otra vez con un novio. De hecho, ni siquiera sabíamos cuándo tenía novio; aparecía un día con alguien de repente y mi madre sacaba más comida de la despensa. Aquel domingo, cuando se confesó con nosotros, mi padre le recordó que tía abuela Clara decía que un hombre no la dejaba dormir porque se pasaba toda la noche tocando la gaita.

—¿Me estás llamando loca? —dijo mi hermana con su voz de militar, mirándonos con unos ojos llenos de venas rojas.

Dejó la cuchara sobre el plato de lentejas, y lo hizo con tal fuerza que salpicó el mantel. Cogió el bolso que tenía colgado en la silla y se marchó.

Leonor estuvo sin hablarnos al menos dos meses, a pesar de que mi madre convenció a mi padre de que la llamara por teléfono para disculparse. Pero lo que ignorábamos entonces es que Leonor rompería su silencio con nosotros y nos llamaría para decirnos algo que no esperábamos.

La verdadera razón por la que mi hermana se enfadó con mi padre fue que este le dijo algo que ella temía y, al igual que todos, Leonor no soportaba que le pusieran ante sí un espejo. Comenzó a acudir a médicos, le hicieron pruebas, escáneres, test, le sacaron sangre. Cuando le aseguraron que en su cerebro no había nada raro, Leonor no supo si sentirse aliviada o si preocuparse aún más.

Una noche se dio cuenta de que aquellas notas atronadoras comenzaban a tener sentido, que iban uniéndose para formar una melodía. Y la música era algo que a Leonor no podía escapársele. Avisó en la isla de Or que aquel día pasaría por allí después del

trabajo. «¿Vienes tú sola?», preguntó la abuela. «Sí», respondió mi hermana. En la isla ya empezaron a suponer que ocurría algo extraño. Leonor llegó como siempre, sin que un pelo se le moviera de su sitio en el viaje; ella, por supuesto, era la que mejor navegaba. Por aquel entonces el abuelo aún no había empezado a enfermar, pero tampoco tenía su habitual energía. Leonor se sentó a su lado y comenzó a tararearle la melodía que oía por las noches, a ver si era capaz de reconocerla.

—¿El concierto para tuba de Vaughan-Williams? —le preguntó el abuelo con cierto desdén—. No sé por qué escuchas esas cosas. Os he repetido mil veces que los compositores británicos no valen un pimiento.

Y ahí mi hermana dio por concluida la tarde. Se marchó de la isla tan rápido que ni siquiera probó el bizcocho que tía Paula Blas le había dejado sobre la mesa.

Un día, tomando un cortado en una cafetería y hojeando el periódico, Leonor vio algo que le detuvo la circulación del cuerpo. En la página doce, en la esquina izquierda, al lado de un anuncio de gafas, había otro que decía: «¿Escucha usted instrumentos musicales?». También venía una dirección y unos horarios.

—Perdone, ¿qué dice aquí? —le preguntó mi hermana al camarero señalando el anuncio del periódico.

—¿Escucha usted instrumentos musicales? Eso es lo que dice.

—Muchísimas gracias.

Cuando Leonor llegó a la dirección que indicaba el periódico, se encontró con un piso que era exactamente igual a como ella se había imaginado una sala de Alcohólicos Anónimos, o al menos como había visto en las películas americanas. Era un salón muy amplio con ventanales, el suelo de baldosa y las paredes blancas. A un lado había una especie de barra con una cafetera, un par de jarras de zumo y una bandeja con pastas baratas. El centro del salón estaba ocupado por unas cuantas sillas rojas de plástico dispuestas en círculo. «Así que es un trauma», pensó Leonor respirando fuerte, convencida de que aquel era un grupo de terapia. «Probablemente haya sido producido por el estrés».

En el círculo de sillas había sentadas una media docena de personas, hombres y mujeres de edades distintas que parecían haber sido elegidos al azar mediante una encuesta telefónica. Leonor se

sentó al lado de un hombre grueso con aspecto de hipopótamo y unas gafas que le resbalaban hasta la punta de la nariz. Parecía uno de esos dibujos infantiles de animales que tienen aspecto de humanos. Enfrente de él había una mujer rubia con anchas raíces negras que jugaba con su anillo de casada, un hombre enjuto y arrugado que se rascaba el oído con el dedo índice, y un muchacho, casi un adolescente, que leía una revista de coches. Más dispersos en el círculo de sillas se sentaban un hombre con chándal azul marino y una mujer de avanzada edad que le ofreció caramelos de eucalipto. A mi hermana le dio la impresión de que todos y cada uno de ellos olían a sudor.

—Buenas tardes. —A Leonor la asustó un poco la voz femenina porque, desde que no dormía, cada sonido imprevisto le parecía como una pieza de artillería que caía a su lado. La voz pertenecía a una mujer pequeña y rubia, con una cicatriz en el labio y una carpeta de papeles en la mano. «¿Así que esta es la psicóloga?», pensó mi hermana con cierta desconfianza, porque para Leonor no basta con ser algo, también hay que parecerlo.

La mujer se sentó en una de las sillas y puso sobre sus rodillas la carpeta de papeles.

—No hace falta que digan sus nombres, aunque pueden decirlos si quieren. Eso no es lo importante. Lo que sí importa es que no mientan. Aquí han venido todos a decir la verdad, por muy estúpida que suene o, aunque tengan miedo de que nadie les crea.

En ese momento, la puerta se abrió de un golpe, y Leonor casi se cae de la silla del susto.

—Perdón —dijo un hombre rascándose el cuello—. ¿Es aquí lo de los instrumentos?

—Aquí es —contestó la supuesta psicóloga asintiendo con la cabeza.

El hombre entró y se sentó en una de las sillas. Llevaba la ropa ancha y de colores, un zurrón de cuero cruzado en el pecho, el pelo revuelto, la piel muy morena, casi del color del chocolate con leche. A mi hermana no le gustó aquel aspecto desaliñado, como si hubiera dormido toda la noche entre gatos.

—Decía —continuó la mujer mirándole— que no hace falta que digan sus nombres…

—Yo soy Pedro —dijo el hombre desaliñado que acababa de

entrar.

Leonor esperaba que todos a coro dijeran «Hola, Pedro». Pero no fue así.

—Bien, también podemos decir nuestros nombres si queremos. Pero yo les estaba hablando de decir la verdad. Sé que lo que les ocurre no es habitual, que tal vez teman decirlo. No se preocupen. Están en un sitio seguro. Aquí nadie les juzgará. —La mujer carraspeó—. Bueno, empecemos. Por ejemplo, a usted, ¿qué es lo que le pasa?

—¿A mí? —dijo el hombre hipopótamo señalándose con su dedo gordo.

La rubia asintió.

—Pues verá, cada vez que abro una puerta escucho a Verdi. Miren, miren.

El hombre se levantó, abrió la puerta por la que habían entrado todos y sonrió.

—¿No lo escuchan?

El grupo, en silencio, negó con la cabeza.

—Pues qué pena. Es una música muy hermosa.

Y el hipopótamo con gafas volvió a su sitio y comenzó a tararear *Celeste Aída*, aunque nadie más que Leonor supo apreciarlo.

El adolescente confesó que cada vez que iba al baño escuchaba la guitarra española, pero él hubiera preferido que fuera la eléctrica porque desde niño lo suyo era el heavy metal, aunque no lo pareciese, ya que su madre no le dejaba llevar el pelo largo y le había quemado todas sus camisetas negras porque decía que parecía un asesino en serie. La mujer del pelo desteñido afirmaba que siempre escuchaba la misma melodía cada vez que se desnudaba: la sinfonía n.º 5 en mi menor de Tchaikovski. «Y también es muy hermosa», le susurró al hombre hipopótamo mientras le guiñaba un ojo.

—Bien, hemos acabado por hoy. Seguiremos la semana que viene.

«¿Ya?», pensó mi hermana. Había escuchado a aquella patética panda durante una hora, había aguantado al proyecto del delincuente juvenil obsesionado con su madre, al gordo solitario y grasiento, a la divorciada neurótica… ¿Y? ¿Qué les pasaba? ¿Cuál era la terapia? ¿Qué pastillas había que tomar?

—Perdone —dijo mi hermana golpeando el hombro de la supuesta psicóloga, que estaba tomándose un café en la barra improvisada y mordisqueando una pasta con una guinda confitada.

—¿Sí?

—¿Qué es exactamente lo que tenemos? O, mejor dicho, ¿cómo se cura? Verá, está muy bien todo esto de hablar y compartir y demás, pero yo necesito dormir porque…

La rubia levantó su mano con la pasta mordisqueada.

—No siga. Cuando le llegue el turno, nos contará a todos su problema.

—A ver, vamos a ver si lo entiende. Supongo que es un trastorno producido por el estrés, vale. Pero lo que yo quiero saber…

—A su tiempo.

—Oiga, ¿usted exactamente qué estudios tiene?

—Verá, señora —dijo la rubia arrancando con los dientes la guinda de la pasta—. No me culpe a mí. Eso es lo más fácil. Pero el problema no está en mí.

Mi hermana tuvo que contenerse apretando los puños.

—Lo que importa —continuó la mujer— es que ahora ya no está sola.

—Sí, claro, eso es lo que importa.

Leonor bajó las escaleras de cuatro en cuatro, apretando el bolso contra el cuerpo, resoplando, mordisqueándose los labios y acabando con su barra color champán. ¿Qué se pensaba aquella furcia? ¿Que había venido para hacer amigos? ¿Que era una chalada en busca de chalados como ella para organizar un guateque? En el portal, apoyado contra una esquina, estaba Pedro, hurgando dentro de su zurrón.

—Oye, espera —le dijo a mi hermana, que abandonaba el edificio como un tren de alta velocidad.

Leonor estaba furiosa y lo último que le apetecía era aguantar a aquel *hippie* trasnochado, así que ni siquiera se detuvo y siguió caminando con su velocidad de legionario. Pero entonces sintió que una mano fuerte la cogía del brazo.

—Oye, ¿qué instrumento escuchas tú?

Pedro caminaba a su lado y sonreía. A mi hermana le extrañó la rapidez con la que la había alcanzado.

—Si no me sueltas, me voy a poner a gritar.

—Estoy convencido de que escuchas un instrumento de viento.

—¿Cómo lo sabes? —contestó Leonor volviendo la cabeza tan rápido que le dio a Pedro con la coleta en la cara.

—Porque yo también lo escucho.

Hacía una de esas tardes calurosas, en el momento justo en que las calles parecen más hermosas y más anchas.

Pedro escuchaba la armónica. Y, al igual que Leonor, lo hacía por las noches. Pero mi hermana oía la tuba únicamente cuando se acostaba, y Pedro cuando empezaba a anochecer. No paraba hasta que salía el sol. A diferencia de mi hermana, él dormía siempre que quería porque la armónica no le molestaba.

Leonor rompió su silencio con nosotros el día que nos llamó para decirnos que aquel domingo iría a comer a casa y nos hablaría de Pedro.

Ninguno de los dos había vuelto a ir a terapia. En vez de eso, se reunían todas las tardes en casa de uno de ellos y veían películas viejas, preparaban la cena tomando vino, jugaban a las damas y hacían el amor. Y esto, aunque parezca increíble, fue lo que Leonor llegó a contarnos. Mi padre se levantó de la mesa y dijo que iba a la cocina a buscar más agua.

Pedro se había marchado a hacer un viaje de negocios (trabajaba en algo relacionado con la fotografía, aunque Leonor tampoco nos explicó exactamente en qué) y mi hermana empezó a impacientarse porque ya había pasado demasiado tiempo y aún no tenía noticias suyas. Desde el despacho llamó a Pedro, pero al otro lado de la línea nadie cogió el teléfono. «Ya volverá», se dijo colgando el auricular.

Esa noche, cuando fue a acostarse, se tapó con las sábanas y, de repente, pasó. Ya no oía la tuba.

Se incorporó en la cama y volvió a escuchar con más atención. Pero en la habitación, en toda la casa, en su cuerpo entero no había nada más que silencio. Entonces sí. Entonces fue cuando llegó la soledad, y la angustia, y el miedo.

11

Al despertarme, creí que alguien había metido mi cabeza en una llave inglesa que iba ajustándose cada vez un poco más en torno a mi cráneo. Tenía la lengua pastosa como si me hubiera pasado la noche lamiendo el lomo de un perro mojado, el tabaco adherido a la piel y los pulmones, el pijama lleno de manchas de vino y un olor nauseabundo a bodega y podredumbre pegado a las sábanas. Los días anteriores, cuando bebía sola en casa, a cualquier hora, hasta caerme, había tenido otro tipo de resaca; unas resacas salvadoras que me impedían pensar durante un rato porque mi cerebro estaba demasiado ocupado sintiendo cómo se clavaban en él los tornillos. Pero aquel día era una resaca distinta, cansada, abrasadora.

Cuando Matías se fue empecé a beber por algo por lo que hasta entonces nunca había bebido: por pura tristeza. Porque la angustia es la nada y cuando estás borracho algo eres capaz de sentir, aunque sea difuso, aunque sea más nada aún, una nada que es tan sólida que puedes tocarla. O tal vez simplemente se trate de un anestésico. El que se utiliza cuando ya ni siquiera puedes leer.

La noche anterior había bebido con desconocidos por tristeza, sí, pero también porque quería confraternizar con aquellos que podían hablarme de Antonio Trigo. No esperaba encontrar en ellos refugio, complicidad o consuelo, pero lo hice. Aquellos desconocidos, aquellos hombres de barrio que habían perdido a un amigo, fueron las únicas personas que me habían amparado y a las que yo pude confesarles mi pena.

Desde luego, a la luz del día, vi las cosas muy distintas y me tapé la cara con vergüenza sin salir de la cama. Había hecho el más absoluto de los ridículos. Pero mi mente comenzó a procesar todo lo que había descubierto sobre Antonio Trigo y fui lentamente deslizando la sábana por debajo de la nariz. Tenía que bajar a

comprar el periódico.

Saqué los platos sucios de la bañera, quité los restos de cebolla atascados en el desagüe y la limpié de grasa. Puse *My favorites things*, abrí el grifo y comencé a ducharme. No recordaba la última vez que me había lavado. Cuando entré en Casa Amalia debía de apestar como un hurón. Si no hubiese sido por el agua de la lluvia, la gorra se me hubiese quedado pegada en la grasa del pelo. Comprendí entonces el sentimiento de recelo que causó mi presencia en el bar; apestosa, mojada, en pijama.

Al frotarme con la esponja se me despertó un dolor en las costillas, fruto sin duda de mi caída al suelo, y me acordé del encontronazo con Jaime. Cuando empezó a tocarme en el banco me levanté rápidamente apartándole la mano, le di la gracias, me fui cojeando bajo la lluvia y hui en plena noche. No sabía dónde estaba, todo eran sombras, no sé cómo llegué a mi casa.

Bajo la ducha, una punzada de asco me revolvió el estómago. No solo por lo incómoda que me había resultado la situación, sino porque me pregunté si para eso había quedado yo, si ese sería mi destino, el de atraer a viejos borrachos. ¿A quién más iba a ser capaz de seducir? Recordé los nudillos peludos y las uñas sucias de Jaime; recordé los hombros blancos y suaves de Matías, su espalda lisa, sus pies de niño, cuando decíamos que si nos arruinábamos nos dedicaríamos a masturbar a la gente por las mañanas porque era lo que mejor se nos daba a los dos. Me imaginé masturbando a Jaime, imaginé a Jaime masturbándome a mí. Otra vez la arcada de asco. Me temblaron las piernas en la ducha.

El artículo de Santiago Guardado no se extendía demasiado. Era claro y simple, tan aséptico y riguroso como la autopsia de la que hablaba.

LA POLICÍA SOSPECHA QUE EL CARPINTERO DE MARAVILLAS PUDO HABER SIDO ASESINADO.

La Policía Nacional sospecha que el hombre de 66 años que ha sido hallado en la playa de Santa Clara pudo haber sido asesinado, según han informado fuentes de la Jefatura Superior de Policía.

Antonio Trigo, vecino del barrio de Maravillas, fue visto por última vez echando el cierre a su carpintería el mes pasado. La policía había

estado investigando en la zona del puerto, donde se registró su señal de móvil por última vez. Tras varios días desparecido, el cadáver de Trigo fue hallado el 15 de febrero en la playa de Santa Clara.

La autopsia practicada ha revelado que Trigo mostraba un pequeño orificio en el corazón, causado por un objeto que aún no se ha podido precisar. Este hallazgo hace sospechar a la Policía que dicha muerte pueda tratarse de un crimen.

La familia de Antonio Trigo no ha querido hacer declaraciones y ruega respeto.

Poco más decía el artículo de lo que Guardado me había adelantado el día anterior. Cuando la familia no quiere hablar, los detalles de una investigación se vuelven opacos para los medios y el caso solo retorna a los periódicos para anunciar la detención del criminal. Y muchas veces ni siquiera eso. Pero seguía necesitando a Antonio Trigo y ahora todos sabían, como yo, que había sido asesinado.

XI

Noté que Pambley ya había domado la mecedora de tía Paula Blas y se balanceaba en ella lentamente, de forma pensativa y misteriosa, como chupan las pipas los detectives de los libros.

—¿Así que lo de su hermana es por un hombre? —me preguntó alzando las cejas como dos orugas rojas.

—Sí. No logra localizarlo —contesté, sentado de nuevo en aquella cama infantil de colcha a cuadros rosa. El arlequín me miraba fríamente—. Creo que los nervios por esta situación han acabado por desequilibrarla completamente.

Omití que el día anterior, cuando Leonor fue a cenar a casa, mi madre trató de arrancarle el móvil de la mano para que dejara de llamar intentando encontrar a Pedro y no se volviera más loca, y en el forcejo el teléfono acabó cayendo y rompiéndose. Entonces Leonor se abalanzó sobre mi madre con una fiereza de perro de presa y mi padre y yo tuvimos que separarlas. Todo eso ocurrió después de que llegáramos del tanatorio.

Pambley se frotó con fatiga los ojos haciendo restallar los párpados. «Santa Gadea», musitó.

—¿Diría usted —inquirió el inspector deteniendo la mecedora en seco— que su hermana ha tenido últimamente un comportamiento extraño?

—Supongo —repuse irónicamente, como si todo lo que le hubiera contado no hubiese reafirmado ya la situación inestable de Leonor.

Mi hermana, en plena investigación policial, había tirado al suelo el teléfono de Or en un ataque de ira porque su amante no le contestaba. La noche anterior, después de que su móvil se rompiera, también lo hizo con el fijo de nuestra casa.

Me encontraba con Pambley en aquel cuartucho sin ventanas

que olía a ropa interior antigua y perfumada. Un olor al jabón duro con el que frotaban las ancianas sus combinaciones, ese olor que procedía de vez en cuando de tía Paula Blas y recordaba al del incienso, a tocador e iglesia, a enagua de seda llena de polillas. Y yo, probablemente, lo que estaba haciendo era acusar a mi hermana. ¿Me hubiera parecido imposible que Leonor hubiese atacado al hombre que decían que habíamos asesinado? No. No lo esperaba ni lo deseaba, pero tampoco lo descartaba. Después de todo, a mi madre casi le saca los ojos en un arrebato con sus dedos de uñas limadas. Los arrebatos también eran algo común en tío Angus. Hacía años, cuando tocaba, solía romper las cuerdas de los violines porque no se daba cuenta de la fuerza que tenía; las partía como si fueran zanahorias cocidas. Angus siempre se volvía imprevisible, ya fuera para el desmayo o para la furia. Además, solía comportarse a veces como un enemigo, sobre todo con sus hijos, y eso es algo que nunca podré perdonarle. Tía Paula Blas era una mujer que se dislocaba la mandíbula de tanto apretar los dientes y que nunca había salido de aquella habitación detenida en el tiempo. ¿Me la imaginaba como una asesina? Ni remotamente. Pero tampoco defendería esta postura contra viento y marea, solo me extrañaría que fuese así. De Lucio y su mente blanda podía esperarme cualquier cosa, al fin y al cabo, no era la primera vez que se sospechaba de él en un asunto semejante; la familia había tratado de olvidar aquella historia y enterrarla en un pozo, pero, al final, como los cadáveres, esas historias emergen de las profundidades y aparecen flotando. Tía abuela Clara no sabía dónde vivía ni si estaba estrangulando al gato o tomando un té. De Genoveva desconocía si sería capaz de matar o no, y tampoco me importaba porque, a pesar de los años, poco o nada sabía nada de ella. Pero tío Jorge, ese hombre destinado a los prodigios, de manos ágiles y mente voladora, que vivía al otro lado de lo real, que siempre admiré y envidié y procuraba tenerlo a mi lado, no podría haber matado a nadie. Como tampoco la abuela, el corazón tierno de la familia, y mucho menos Jonás. Estaba tan seguro de que mi primo no había cometido el asesinato como lo estaba de que no había sido yo mismo. Además, si lo hubiera hecho, me lo habría dicho; hubiese necesitado de mi complicidad porque jamás urdíamos nada importante el uno sin el otro.

En ese momento el corazón se me paró como si me hubieran tirado una piedra sobre él. Jonás y sus ojos huidizos. Jonás frotándose las manos, mirando al vacío. Jonás y el extraño comportamiento que había tenido casi toda la noche. Había intentado hacernos ver la gravedad de lo que ocurría, nos advirtió de que nos estaban acusando de asesinato. Y luego apenas dijo nada más. Él, que nunca suele estar callado. Jonás reclamándome junto a la ventana, preguntándome si recordaba. ¿Si recordaba qué?

—Guillermo —dijo el inspector interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Puede hablarme de la noche de la fiesta?

Jonás, pensé. Jonás. La piedra sobre el corazón casi me impedía respirar. De repente toda la extraña indiferencia que mostraba ante aquella horrible situación, esa especie de membrana que me envolvía y lo transformaba todo en irreal, comenzó a resquebrajarse.

—¿Qué… qué es lo que quiere que le cuente exactamente?

El reloj de flauta comenzó a emitir de nuevo su música de pianola marcando la hora en punto. Esta vez, Pambley no se sobresaltó.

12

El barrio de Maravillas ya no tenía la calma del día anterior. Había sido asaltado por las furgonetas de la televisión, las cámaras, los periodistas con micrófonos y grabadoras, los que llevaban libretas y preguntaban a los vecinos, los que se quedaban fumando junto a la carnicería y compartían informaciones. El barrio estaba plagado de prensa, como si aquello fuera uno de los lugares del mundo en el que se había producido un bombardeo. La exclusiva de Guardado sobre el asesinato de Trigo había disparado las alarmas y los periodistas se habían desplazado allí en enjambre. Nada es tan atractivo como un buen crimen.

En la puerta de un taller de coches un hombre vestido con mono azul hablaba con un chico que le acercaba una grabadora a la boca. El mecánico encogía los hombros, se frotaba las manos con un paño lleno de grasa y movía negativamente la cabeza. Junto a Casa Amalia se amontonaban cuatro cámaras de televisión. Una mujer con un micrófono amarillo en la mano golpeaba con sus nudillos la puerta de madera; un grueso candado lleno de herrumbre colgaba de ella. Me quedé mirando aquella puerta cerrada cerciorándome si era el mismo lugar en el que había pasado la noche, de la misma forma que al día siguiente observas la cara del que duerme a tu lado e intentas buscar en ella rastros de la persona que estuvo bailando contigo en la fiesta.

Estar rodeada de colegas me incomodaba. Además, temí encontrarme con alguno conocido. Decidí irme a buscar a Antonio Trigo a otro lugar donde pudiese hacerlo a solas. O al menos eso esperaba. Y me encaminé hacia el puerto, el último lugar donde había estado.

A pesar de que me encontraba en la otra punta, el mar es prácticamente el único sitio de la ciudad al que puedo llegar sin

preguntar a nadie; casi todas las rutas llevan a él. Además, solo hay que seguir el olor a sal, que aumenta en las calles cercanas a la costa, y el viento espeso que proviene del agua. Como rastrear el aroma a palomitas para llegar a un cine. Me metí las manos en los bolsillos del abrigo, bajé la cabeza para evitar a la gente y el aire helado, y me interné en una ciudad que parecía otra, una con más suerte. Atravesé el puente del río lleno de farolas y fui dejando atrás los hoteles, el teatro, la catedral, las enormes casas que parecían antiguos balnearios o diminutos palacios, y los elegantes edificios con gorros de bruja cuyas cúpulas picudas se reflejaban en los charcos.

En la playa los bañistas entraban y salían rápidamente del mar congelado. Casi todos eran ancianos reumáticos que, tras el baño, continuaban sus ejercicios en la arena. Sobre las olas, a poca distancia de la playa, se erguía una isla que parecía el caparazón de una tortuga dormida con una casa en su cima que durante unos años sirvió de Conservatorio. A la izquierda de la bahía se levantaba el monte Sancuo, en cuya cúspide habitaban un faro enano, una batería de guerra olvidada y un pequeño parque de atracciones abandonado. Me puse a caminar en dirección contraria, hacia la derecha, y, siguiendo la barandilla blanca del paseo marítimo, llegué hasta el puerto.

El barrio de los pescadores está en una esquina de la ciudad. Parece arrinconado, como si los elegantes edificios se avergonzaran de él. Es pequeño como una cáscara de nuez y da la impresión de que cabe en la palma de una mano. Lo conforman varias casas unidas y cada ventana es de un tamaño distinto. También son diferentes sus colores; algunas están pintadas en rojo, otras en verde, y la mayoría tienen la vieja madera al aire, ya que el viento y la sal han ido comiendo la pintura. Debajo de las casas unidas hay una serie de soportales bajo los que se guardan carros y redes y se agolpan los pequeños bares en los que comer sardinas asadas. Todo huele a vísceras crudas de pescado. No era un día de faena y el puerto se encontraba vacío, solo estábamos el frío y yo. Ni agentes ni periodistas.

Me acerqué hasta el muelle de piedra. Estaban amarrados varios botes de paseo y algunos barcos de pesca pequeños pintados en rojo y en verde, los mismos colores que las ventanas de las casas.

Temblaban sobre el agua como el reflejo de las estrellas tiembla en el mar nocturno. La policía había estado investigando esa zona porque fue donde se registró por última vez la señal del móvil de Antonio Trigo. Tal vez se le hubiese acabado la batería o tal vez fuese el propio Trigo quien lo apagase. Tal vez algo (un golpe) lo detuviera. Tuvo que ser allí donde lo mataron. Donde alguien, quizá, le clavase en el corazón una de esas agujas con las que se tejen las redes de los pescadores, un objeto punzante que en el puerto estaba a mano, y luego le arrojase al agua. Me quedé mirando al mar y, por un momento, juraría que pude ver las ondas que el cuerpo de Antonio Trigo había producido al caer.

Recorrí despacio todo el muelle, como si mis botas pudieran presentir el lugar exacto en el que se había cometido el asesinato. ¿Pero qué iba a hacer allí Antonio Trigo? ¿Qué fue lo que le convocó al lugar de su muerte? ¿Por qué rompió su rutina inalterable para ir a un lugar que, según los que le conocían, jamás frecuentaba? ¿Qué buscaba allí? O, mejor dicho, ¿a quién? ¿Habría quedado con su asesino?

Una mujer con rulos en el pelo abrió una de las ventanas rojas. Miró al cielo, se ató la bata de guatiné, se frotó los brazos y después volvió a meterse en el interior de su casa. Yo también tenía frío, así que decidí irme. Además, aún sentía el cuerpo reventado por la resaca. El dolor de cabeza era un latido en el fondo del cráneo, como si otro corazón se hubiese colado allí dentro.

XII

El abuelo se moría. Era algo que no solo marcaba su enfermedad, sino también sus años. Resultaba improbable que su cuerpo siguiese aguantando más tiempo todas aquellas dolencias que le habían encadenado a una silla de ruedas. A él, que había estado rígido y ponderoso dirigiendo una orquesta.

Por eso la fiesta. Si no erguido, al menos quería que lo recordásemos consciente; incluso su recuerdo en nosotros trató de imponernos. Después de aquella noche nos prohibió que volviéramos a visitarle a Or. Y así fue. Pero mi abuelo no sospechaba que a los pocos días caería en coma y que la última imagen que tendríamos de él sería tumbado en la cama de un hospital rodeado de cables.

La fiesta no le pareció una buena idea a todo el mundo. A tía Paula Blas, por ejemplo. Aunque me cuesta trabajo encontrar algo que le haya parecido bien alguna vez. Tampoco a la abuela, que trató de quitarle la fiesta de la cabeza a su marido, desesperadamente y hasta el último momento. Lo cual era bastante extraño en ella, que jamás le contradecía en nada, pero nos dijo que aquello le alteraría, que le robaría energía y quería mantenerlo con vida junto a ella todo el tiempo posible. Aunque sin duda el que se opuso con más vehemencia a la fiesta fue Angus. Alegaba que él no pensaba celebrar la muerte de su padre como si fuera Nochebuena ni convertir Or en una barraca. Pero al final, por la insistencia del abuelo, acabó cediendo.

Mis padres tampoco estaban del todo de acuerdo, pero no con la fiesta, sino con la fecha. Coincidía con un curso en la universidad que ambos tenían que impartir en Gotemburgo. Temían que el abuelo montara en cólera o les exigiera abandonar sus trabajos. Pero parece que la cercanía de la muerte debió de aplacarle. El

abuelo les dijo que no se preocupasen, que no podía retrasar más la fiesta porque temía no estar en condiciones y que más adelante comerían juntos y también celebrarían. Como así ocurrió unos días después, los últimos en que el abuelo se mantuvo despierto.

A mí no me agradaba que mis padres no acudiesen esa noche, más que nada porque eso significaba que tendría que viajar en el bote a solas con Leonor. Y en la situación en la que se encontraba mi hermana era lo que menos me apetecía en aquel momento. Pensé incluso en llamar a Jonás para que nos acompañara, pero no quise que mi primo tuviera que pasar por ese trance.

Sin embargo, aquella tarde Leonor llegó tranquila. Escuché a lo lejos sus tacones oscuros y, al girarme, la vi aparecer meneando con el trote la coleta negra, embutida en una falda de tubo, la camisa blanca desabrochada hasta donde le empezaban los pechos, oliendo a crema y a colonia. Esa absoluta pulcritud en su aspecto. La saludé y le dije que aún no había llegado nadie. «¿Y qué esperabas? —me soltó con su habitual tono desabrido—. ¿Que alguno fuera puntual? Anda, sube al bote».

Leonor se colocó delante de los mandos y yo me senté metiendo las manos entre las piernas. El suelo de madera estaba lleno de cagadas secas de gaviotas y ese día el aire venía muy salado. Deseé que se desencadenara una tormenta o que de repente bajara la niebla para poder suspender la travesía.

—¿Me dejas tu móvil? —me dijo mi hermana sin volverse, con la vista fija en el horizonte, en la isla.

—¿Qué?

—Que me dejes el móvil —repitió Leonor soltando la mano izquierda del timón y alargándola hacia atrás, como si ya estuviera navegando, aunque ni siquiera había arrancado el bote. Lo hacía constantemente, pedirnos a todos los teléfonos. Creo que Leonor sospechaba que Pedro lo cogería si el número que veía en la pantalla era desconocido.

Supuse que sería aún peor enfrentarme a ella (o más bien no me atreví a hacerlo), así que saqué el teléfono del bolsillo, me levanté y se lo puse sobre la palma de la mano. Mi hermana, vista al frente, marcó por enésima vez el número de Pedro, se acercó el móvil a la oreja y, ante el previsible silencio al otro lado del auricular, lo arrojó hacia atrás. Tuve que cogerlo en el aire, como si me hubiese

lanzado un pez escurridizo, y por poco se me cae por la borda. Mi hermana encendió el motor.

Yo sabía que el mar no estaba calmado, pero nadie lo diría por la forma de navegar de Leonor, hábil como un viejo pirata. Me pregunté cuál sería el momento en que naufragaríamos, en el que mi hermana virase para hacer que nos estrelláramos contra las rocas, o cambiaría la dirección para internarnos mar adentro y que nos comieran vivos los cormoranes, o tal vez se tiraría al agua dejándome a la deriva.

En contra de todas mis suposiciones, llegamos al embarcadero de la isla. La nueva llamada infructuosa no pareció afectar mucho a mi hermana, que amarró el bote con un nudo perfecto y ascendió en tacones toda la pendiente. Nunca he logrado acostumbrarme a ese camino en vertical lleno de piedras que tenemos que subir desde el embarcadero a la casa; me tritura las rodillas. Leonor siempre sube delante de mí porque dice que mis pasos de idiota la ralentizan. «¿Es que han puesto la mesa en el porche?», preguntó horrorizada mientras ascendíamos. Tuve que apartarme a un lado para mirar porque la figura de Leonor estaba tapándome la casa. «Pues eso parece», dije. «¿Pretenden que cenemos fuera con este frío? Pero a quién se le ocurre», protestó Leonor, y siguió protestando hasta que llegamos arriba. Efectivamente, habían cambiado los bancos del porche y en su lugar habían puesto un tablón encima de dos caballetes, lo habían cubierto con un mantel de hule a cuadros bancos y rojos y distribuido sobre él once platos, once cubiertos, once copas.

Tía abuela Clara estaba sentada pacíficamente en el sofá del salón acariciando al gato. Se notaba que se habían esmerado en arreglarla. Llevaba el pelo blanco peinado con colonia y el vestido celeste que la abuela le ponía las pocas veces que la sacaba de la isla.

—¡Hola! —nos dijo con su alegría infantil mirándonos con los ojos azules e idos—. ¿Quiénes sois?

—La policía, tata, somos la policía —respondió Leonor atravesando el salón sin detenerse. Resulta irónico lo premonitorias que fueron aquellas palabras de mi hermana.

—Uy, pues no me llevéis a la cárcel, que a mí me dan mucho miedo los ratones. Ratones no. No, no, no.

Y la dejamos meneando la cabeza en el salón.

La cocina parecía una especie de campo de batalla. Pieles de ajo como pétalos blancos esparcidos por la mesa, restos sangrantes de pimiento y tomate por todos los sitios, la tabla de cortar manchada de pimentón, de restos de pollo y de tierra de las patatas. En el fuego tres ollas hervían y escupían su contenido burbujeante. El fregadero estaba abarrotado de cuchillos sucios, cucharas y platos. Todo olía a caldo grasiento. Tía Paula Blas barría del suelo las mondas de las patatas y los cristales rotos, diminutos como insectos transparentes, que crujían bajo las pantuflas de mi tía cada vez que esta los pisaba. La abuela, con los dedos llenos de cortes, iba secando las copas y los vasos que habían sacado de la alacena del salón y colocándolos ordenadamente en el poco espacio que quedaba en la encimera sin restos de verdura, sangre o sal, mientras Paula Blas le reprochaba que como siguiera rompiendo más copas acabaríamos quedándonos sin vajilla. Cuando se dieron cuenta de que habíamos llegado, mi tía dejó la escoba y corrió a abrazar a Leonor con uno de esos abrazos de Paula Blas que lo único que consiguen es clavarte todos sus huesos en tu cuerpo.

—¿Cómo estás, preciosa? —le preguntó a Leonor en ese tono maternal lleno de afectación que siempre ha utilizado con nosotros.

—¿Por qué coño está la mesa puesta en el porche? —soltó mi hermana por toda respuesta.

—Tu abuelo lo quiere así —explicó la abuela encogiéndose de hombros mientras seguía limpiando las copas.

—Vamos a congelarnos vivos ahí fuera.

—Hemos preparado mantas —dijo mi tía soltando a Leonor y dándose la vuelta.

—¿Mantas?

«Como siempre», pensé. Yo no creía que hubiese demasiada diferencia entre cenar en el porche o hacerlo dentro de una casa fría y húmeda. Tal vez, si acaso, el viento. Tía Paula Blas rebuscó en un cajón de la cocina, sacó un mandil y se lo tiró a Leonor como si fuera una pelota.

—Póntelo, que te vas a manchar la ropa. Guille, espera, que te busco ahora uno para ti.

Leonor y yo cruzamos nuestras miradas con profunda estupefacción. En nuestra vida habíamos acercado si quiera un vaso

al fregadero en aquella casa.

—No os quedéis ahí como dos pasmarotes —ordenó Paula Blas al arrojarme el segundo mandil—. Hay mucho que hacer.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Leonor con las cejas alzadas.

—Vendrán a la hora de cenar.

—¿Y tenemos que ayudar *nosotros*?

—¿A quién querías que llamásemos? ¿A Genoveva? Nosotras dos no podemos solas con todo.

El contenido burbujeante de las ollas amenazaba con salir disparado como la lava de un volcán sin que nadie reparara en que había que bajar el fuego.

—Déjalo, hija —contestó mi abuela piadosamente restregándose con el paño las manos cortadas—. Si nosotras nos apañamos bien. Pueden ir a hacerle compañía al abuelo.

Tía Paula Blas se volvió furiosamente hacia la abuela.

—¿Pero qué dices, mamá? ¿Ahora me sales con esas? Si además papá está durmiendo. En esta casa siempre es igual. Siempre Paula acaba siendo el ogro. Siempre Paula acaba encargándose de…

—Voy a llamar por teléfono —dijo mi hermana arrojando el mandil sobre una silla llena de pimientos rojos.

Cuando la cocina se quedó sin Leonor, se llenó de calma. La abuela bajó el fuego, y ella y Paula Blas aprovecharon para sonsacarme, confidencialmente, cómo se encontraba mi hermana. Yo no supe qué responderles. Me preguntaron si seguía escuchando la tuba. No, eso no. «Gracias a Dios», susurró la abuela.

Tía Paula Blas me ató un mandil de flores a la cintura y me embutió las manos en unos guantes rosas de goma. Luego me colocó ante el fregadero como quien sitúa a alguien en el lugar que le corresponde en una coreografía.

La abuela, que estaba sacando botellas de vino de las bolsas de plástico del supermercado, comenzó a abrir y cerrar armarios metiendo la cabeza en ellos.

—Paula, ¿dónde has escondido el *whisky*?

—¿El *whisky*? —preguntó mi tía alzando el cuchillo de cortar cebollas—. ¿Para qué necesitas *whisky*? Con el vino tenemos bastante y hasta demasiado. ¿Quieres que Angus nos monte una escena?

La abuela se quedó mirando para ella con unos ojos que imploraban clemencia.

—Siempre le dejas hacer cualquier cosa, y así le va —continuó refunfuñando mi tía mientras balanceaba el cuchillo—. Entre papá y tú habéis creado un…

—Paula, por favor.

—¡En el salón! ¡En el armario al lado de la chimenea! A mí qué más me da. Haced lo que queráis.

La abuela se acercó al fregadero y me quitó la cuchara enjabonada que tenía entre las manos.

—Guillermo, anda, vete a por la botella y de paso le echas un vistazo a Clara. Deja, que esto ya lo sigo haciendo yo.

Tuve que apartar un busto de Brahms, un par de atlas viejos, un costurero, una caja llena de monedas y un par de saleros rotos para encontrar el *whisky* que mi tía había escondido al fondo del armario. El olor a pollo hervido se había colado en el salón y se juntaba con la pestilencia de los cojines meados por el gato. Me senté junto a tía abuela Clara, que olía más a pis y a rancio que el resto de la casa. Pero cualquier cosa era mejor que volver a la cocina. Me quedé allí respondiéndole una y otra vez a las mismas preguntas (no, no quería galletas; no, los ratones no iban a morderle los pies), con el mandil de flores sobre el pecho y sujetando la botella de *whisky* con los guantes rosa que ni siquiera me molesté en quitarme, como queriendo aparentar que simplemente había interrumpido mi tarea y no alejarme definitivamente de ella.

Después, comenzaron a llegar los demás.

13

Lo peor de salir de casa era tener que regresar. Volver para encontrar de nuevo el absoluto silencio y los espacios vacíos que habían dejado las cosas de Matías. Ni siquiera el desorden era capaz de tapar esos huecos. Me acostumbré a mirar lo que no estaba.

Fue precisamente esta costumbre o esta fustigación la que hizo que se me ocurriese una idea cuando llegué del puerto. Avancé por el pasillo apartando con las botas los libros desparramados, los jerséis, los paquetes de tabaco vacíos y las mantas, cogí un lápiz de ojos medio gastado, le di la vuelta a una de las facturas del gas y empecé a escribir una lista con mis conocimientos sobre Trigo, procurando dejar un amplio espacio entre un punto y el siguiente.

Su cadáver había aparecido en la playa de Santa Clara.
Era carpintero.
Vivía en el barrio de Maravillas.
Tenía 66 años.
La última vez que se le vio, salía de su carpintería.
Era un hombre rutinario.
No solía pasear solo.
No tenía enemigos conocidos.
No llevaba encima dinero la tarde de su separación.
No llevaba su medicación.
35 años casado.
Un hijo delineante.
Dos nietas gemelas.
La última señal de su móvil se marcaba en el puerto.
Su familia insistía en decir que él jamás paseaba por esa zona ni tenía conocidos por allí. ¿Qué ostia hacía Antonio en el puerto?

Tenía un agujero en el corazón.
Se desconocía el arma empleada.
La familia no ha querido hacer declaraciones y ruega respeto.
La tarde de su desaparición no fue a Casa Amalia.
No bebía debido a un trastorno hepático.
Era honrado.
Cuidaba de su familia.
Tenía los mismos amigos desde hacía muchos años.
Carácter reservado.
Le importaban las tradiciones.
Últimamente silbaba mucho.

Dudé si debía poner el nombre de Cosme en esa lista. No porque me resultara relevante, pero sí extraño. Su presencia en Casa Amalia llamaba poderosamente mi atención. Era el que más callado había estado de todos, moviendo la cabeza de un lado a otro, con la vista fija en el suelo y, aun así, prestando suma atención a todo lo que se decía, apurando los vasos hasta el final, lleno de pena. Fumaba los Winston de Herpiano lentamente, sin ansia. Tenía unas manos de uñas cuidadas con un anillo dorado en el dedo. En ningún momento se llegó a quitar el Montgomery azul marino y le daba vueltas nerviosamente a los botones con forma de cuerno. Olía a papel y le llamaban profesor. Yo no tenía ni la más remota idea de qué le uniría al resto de parroquianos.

Finalmente, añadí su nombre casi sin darme cuenta y puse punto final a la lista. Eso era todo lo que objetivamente sabía de Antonio Trigo, y ahora me tocaría completar los espacios en blanco, los renglones que había dejado sin escribir, lo que faltaba, como si fuera un crucigrama y tuviera que ir llenándolo de letras para completar las palabras ocultas. Tenía que mirar lo que no estaba.

Por un momento, aquella frivolidad me asustó. Resolver la muerte de un hombre como si fuera un pasatiempo. Jugar a los detectives como una Sherlock Holmes de baratillo. Infiltrarme entre la gente que realmente quería a Antonio Trigo. Pero yo lo necesitaba, necesitaba aquella obsesión. Y el dolor nos vuelve a todos egoístas. Además, si la conciencia azuza, la acallamos usando como excusa nuestra pena, ese escudo que nos exime de cualquier

responsabilidad. Porque cuando alguien abre *Moby Dick* y lee *Llamadme Ismael, Llamadme Ismael, Llamadme Ismael*, así hasta cuatro veces más y no puede pasar de esta frase y ni siquiera llega a entender qué significan estas dos palabras, es que tiene el cerebro bloqueado por la desesperación. Y los desesperados somos intocables y tenemos derecho a las peores acciones, y las personas que empiezan a silbar sin ningún motivo es porque están contentas.

XIII

El abuelo, sentado en la silla de ruedas con una manta a cuadros sobre las rodillas, miraba el mar. Fue de lo que más le costó despedirse. A la música no pudo decirle adiós porque la llevaba tan dentro como la sangre o los humores, imposible separarla de él; sabía que al morir se llevaría el vino del Rin que llegó demasiado tarde para Beethoven, la clave de sol que aprendió a hacer de niño, el cirujano ambulante que dejó ciego a Bach, el temblor de una orquesta cuando empieza el concierto, las cuatro manos de las danzas húngaras, los paseos de Brahms por los bosques de Viena, la magnificencia de una obra completa, el invierno de Wagner en Venecia, un cortejo fúnebre que espontáneamente empieza a cantar el coro de los esclavos, la inmortalidad que se siente cuando se escucha una ópera. Porque cuando muere un músico, no muere del todo; es como una nota que se toca y al segundo desaparece en el aire. No está, pero tampoco se ha ido. O al menos eso era lo que el abuelo creía.

Aquel fue un momento extraño para nosotros. Todos callados, sentados alrededor de la mesa bajo el porche, con una bombilla pobre que colgaba de una viga y apenas acertaba a iluminar los platos. El abuelo mirando fijamente el mar oscuro, despidiéndose de él. Aquella inmensidad negra y bamboleante que nos rodeaba, su pequeño rugido nocturno. Nos extrañó la música que el abuelo eligió para esa ocasión. No se trataba de una pieza clásica, sino de una canción de Charles Trenet, *L'âme des poètes*. Incluso a tío Angus le costó encontrarla entre los discos que se guardaban en la isla. Pero al final logró traerla al porche, junto con la antigua gramola que aún funcionaba. El abuelo le pidió a Genoveva que se sentara a su lado y la fuera traduciendo. Sé que a tío Jorge aquello le hizo sentirse orgulloso, pero a los demás nos molestó que fuera ella

quien ocupase ese puesto. *Mucho mucho mucho tiempo después de que los poetas hayan desaparecido, sus canciones recorren aún las calles*, susurraba Genoveva para no entorpecer con su voz la música. *La multitud las canta distraída, ignorando el nombre del autor, sin saber por quién latía su corazón cuando las compuso*. El tono triste de Trenet iba inundando el porche, y el mar, y los ojos del abuelo, y los tres botes de abajo meciéndose en el embarcadero, y las estrellas tiernas, y a nosotros, que temblábamos como las olas, con mantas viejas sobre los hombros. Incluso tía abuela Clara guardó silencio. Tal vez porque le impresionaba mucho la noche. El humo del puro de tío Angus parecía un fantasma que nos iba rodeando … *la luz de su alma son sus canciones, que hacen tristes a los alegres, a los niños y las niñas, a los artistas, burgueses o vagabundos*, concluyó Genoveva y terminó Trenet. Cuando acabó la canción, el abuelo al fin se volvió hacia nosotros. «¿Cenamos?», nos preguntó.

Pero eso fue después. Antes tuvieron que llegar tío Angus, Lucio y Jonás para verme sentado junto a tía abuela Clara con un mandil de flores, unos guantes de fregar y una botella de *whisky* en las manos, y reírse de la estampa. O mejor dicho, solo se mofó Lucio con su risa nerviosa de anormal. Mi tío me reprochó mi aspecto, pensó que era una broma, me chilló que no estábamos para disfrazarnos y que hiciera el favor de comportarme como un hombre, si es que sabía hacerlo. Todo esto me lo dijo mientras me levantaba del sofá y me zarandeaba, y cuando Angus te zarandea es como si estuvieras en mitad de un combate. Leonor apareció por el salón con su paso de legionario, para defenderme o para poder gritar a alguien, exigiendo a Angus que me soltara, recriminándole que el único que estaba dando un espectáculo era él. En mitad de los chillidos, tía abuela Clara se tapó las orejas con las manos y comenzó a emitir con la boca un bramido de sirena de barco mientras se mecía hacia delante y hacia atrás. La abuela llegó para disolver la pelea, tranquilizar a Angus y a Leonor, coger la botella de mis manos y llevarse a Clara. «¡Cállate, Lucio!», soltó mi tío mientras se marchaba del salón a zancadas.

Jonás y yo nos quedamos solos. «Creo que lo que le ha puesto nervioso es ver el *whisky*», dijo Jonás sentándose a mi lado. «Por

cierto, estás muy guapo». Le di las gracias mientras me quitaba los guantes y le pregunté por tío Jorge y Genoveva. Me dijo que se habían quedado fuera, probablemente discutiendo. «¿Qué tal está Leonor?», se interesó Jonás, bajando la voz. «No tengo ni la más remota idea. Al menos ha navegado bien». «Tenías que haberme llamado. Hubiese venido con vosotros. Tenía pensado meterme en vuestro bote». Jonás sonrió y supe que esa sonrisa significaba un cambio total de tercio. «Mira lo que me ha llegado hoy —dijo metiendo la mano en el interior de su impermeable verde y extrayendo un DVD—. ¡*La noche del cazador*! —exclamó—. ¿Te puedes creer que nunca he visto *La noche del cazador*?». Me quedé mirando durante un momento a Jonás, sus ojos encendidos, el mechón que le llegaba hasta la barbilla. A veces hacía estas cosas. Daba igual que el abuelo estuviese muriéndose, que mi hermana hubiese enloquecido o que su padre quisiera matarme. Él siempre solía escaparse al otro lado de la pantalla porque sentía que el cine era más importante que todo eso. Y no le culpo, era un punto de fuga al que se había acostumbrado desde niño. Pero a veces resultaba desquiciante. Jonás miró de reojo hacia la puerta que daba al pasillo, se levantó casi de un salto y abrió el aparador en el que se guardaba la televisión y el reproductor de DVD. Ver ese aparato en la isla de Or era como encontrarse un saxofón en el Museo Arqueológico, pero Jonás se lo había regalado a Paula Blas unas navidades para que estuviera entretenida. La tía, por supuesto, puso un mohín de disgusto y alegó que, en todo caso, de ese aparato disfrutaríamos nosotros las pocas veces que fuéramos. Y no andaba muy desencaminada. «¿Pero qué coño haces?», le pregunté a mi primo cuando vi que introducía la película y agarraba el mando. «Vamos a verla». «¿Ahora?». «¿Es que tienes otra cosa mejor que hacer?». No, esa era la verdad. Miré hacia la puerta de la misma forma que antes había hecho mi primo, y me ovillé en el sofá para ver la película.

Comenzaba con una anciana que leía la Biblia a los niños. *Les advirtió firmemente: no juzguéis si no queréis ser juzgados. Y luego nuestro Señor siguió diciendo: desconfiad de los falsos profetas que se cubren con pieles de cordero pero que en su interior son fieros como lobos. Por sus obras les conoceréis*. Cuando en la pantalla vimos a Robert Mitchum apretar su puño izquierdo con la palabra *odio*

tatuada en sus dedos y meterlo en su bolsillo como quien guarda un arma, aparecieron tío Jorge y Genoveva hablando entre ellos sobre la mesa que estaba puesta en el porche. Genoveva se frotaba los brazos y negaba con la cabeza. Llevaba un abrigo largo y abotonado hasta el cuello. Lo que no llevaba era el rictus de asco que solía traer cada vez que venía a Or. En su lugar, lo había sustituido por una resignación que hasta ella misma consideraba injusta y que acabó por desaparecer del todo cuando el abuelo le mandó sentarse a su lado y traducirle a Trenet.

—Gran película —dijo tío Jorge a modo de saludo señalando la televisión con su dedo largo y huesudo.

Genoveva, por el contrario, nos miró con reprobación.

—¿Habéis ido a ver al abuelo? —nos preguntó.

En Or siempre nos trataban así, como si siguiéramos siendo niños.

No, no habíamos ido.

De hecho, no había ido nadie.

Creo que la primera imagen que tuvimos todos del abuelo aquella noche fue ya sentado en el porche, con la mirada fija en el mar, atado a su silla de ruedas, como si hubiera aparecido de pronto y nadie le hubiese tenido que arrastrar hasta allí. Eso, antes de la enfermedad y el plomo de los años, era muy propio de él. Podías estar en la isla durante horas sin saber si se encontraba allí o no. La abuela tenía que mirar el bote amarrado en el embarcadero para cerciorarse de que él estaba en casa. Más tarde, cuando ya no pudo navegar solo y necesitaba a Paula Blas en el timón, aquella forma de volatilizarse ya no fue absoluta. Aun así, nunca sabíamos por dónde aparecería el abuelo, si entraría por el porche o si se encontraba en el interior de la casa. Yo envidiaba aquella capacidad intocable que tenía para aislarse o marcharse de Or, de aquel sitio en el que tenías que dar explicaciones y pedir permiso para alejarte de él. Sobre todo en mi caso, porque yo soy uno de los pocos miembros de la familia que no sabe navegar.

Empezamos a cenar en silencio y muertos de frío. Solo se escuchaba el oleaje del mar y los grillos. Tío Angus cerró los ojos con fuerza, como si estuviera tratando de contener una presa, y se

levantó de la mesa tan violentamente que casi tira el mantel y todos los platos. Un mutis trágico para que todos nos diéramos cuenta de que no quería que le viéramos llorar. Minutos más tarde, Lucio trató de emular el gesto de su padre, aunque sin tanta espectacularidad.

La abuela siempre ha cocinado espantosamente mal; todo lo que hace sabe rancio. Demasiado aceite, las verduras muy hechas, blandas y grasientas en la boca, el pollo salado y blanco, sin cocerse por dentro, casi sangrante alrededor del hueso. Para colmo, la abuela siempre insistía en meternos las sobras en tarteras y cuando llegábamos a casa teníamos que tirarlas por el retrete. Aun así, Paula Blas entraba y salía trayendo ollas y fuentes de patatas reblandecidas con gran dignidad, como si nos estuviera ofreciendo un festín propio de reyes. Mientras cogía nuestros platos e iba distribuyendo en ellos la comida con una espumadera, me fijé en la belleza de mi tía. Puede que fuera la tristeza plácida de su rostro o la luz extraña del porche la que hizo que resurgiera. Sucedía a veces, aunque solo duraba un momento. Porque tía Paula Blas era la única guapa de toda la familia. Sus enormes ojos garzos, su cuerpo delgado y blanquísimo, su pelo abundante que permanecía eternamente anudado en un moño en forma de cebolla a la altura de sus orejas. Pero tenía una delgadez que le devoraba la carne alrededor de las mandíbulas dándole a su cara un aspecto enjuto y asténico, macilento. Las pupilas totalmente apagadas, el cuerpo escondido bajo ropas de vieja. La boca, los brazos, las manos y el cuello siempre rígidos, tensionados como la cuerda de un arco a punto de disparar. Cuando posó el último plato sobre el mantel, el espejismo de la belleza de tía Paula Blas ya se había esfumado.

La fiesta. Eso dijo el abuelo que haríamos: celebrar una fiesta. Aunque aquello parecía cualquier cosa menos eso. Callados, ateridos, engullendo una comida espantosa, incómodos, buscando cualquier excusa para levantarnos de la mesa y respirar un momento. Esperando. Cuanto hacíamos era un preludio de algo y por eso no le dábamos importancia a los minutos. En algún momento tenía que llegar la celebración. Aguardábamos a que el abuelo golpeara la copa con el cuchillo y diera un discurso, o que se fuera despidiendo de cada uno de nosotros como había hecho con el mar. Pero no dijo una palabra en toda la cena. Le temblaba el tenedor en la mano al pinchar las verduras y masticaba con suma

lentitud. Me pregunté qué estaría pensando. Si nos estaría juzgando a todos, como siempre. Si una vez más rumiaría la tristeza inmensa que le había producido el que nadie de su familia se dedicara a la música. Porque el único que pudo hacerlo dejó de tocar cuando murió su mujer, y al resto nos faltó talento, paciencia y ganas. Lucio rascaba el violín sin ningún arte, y los demás ni eso. Tía Paula Blas dejó de tocar el piano casi cuando era adolescente y únicamente se sentaba ante él para congraciar a su padre. El abuelo, como venganza, decidió vender el piano del salón. O más bien regalarlo, porque tuvieron que desmontarlo pieza a pieza para sacarlo de la isla. Paula Blas se quedó en el acantilado mirando cómo se alejaba el bote que llevaba su piano desmembrado, llorando por la decepción que ella había supuesto. Me pregunté si sería por este motivo por lo que el abuelo solía charlar durante horas con personas prácticamente desconocidas (con ellas era un gran conversador), mientras que a nosotros apenas nos hablaba. ¿Sería aquello una venganza tácita, como lo había sido destruir el piano?

No pude seguir pensando porque tía abuela Clara, que hasta entonces había estado tan callada y ausente como un muerto, dio una estrepitosa palmada al aire. «¡Mariposas!», dijo. «¡Mariposas!», repitió mientras se levantaba con su gesto infantil y torpe, persiguiendo seres invisibles en el aire, metiéndose en la casa y dando palmadas. Mi abuela suspiró hondamente, se limpió la boca con la servilleta y fue tras su hermana mayor.

Hubo pocos momentos en los que todos estuviéramos juntos. Era como si quisiéramos espantar la noche fría que se nos posaba en los hombros. Eso y el silencio del abuelo. Esperábamos unas palabras que no acababan de llegar y alrededor de aquellos platos nos despedíamos de alguien para siempre. Era demasiado peso. Tía Paula Blas iba a la cocina cada cinco minutos a por las cosas más innecesarias (pan, un cuchillo, el pimentero, aunque ninguno de nosotros había echado nunca pimienta a la comida). Leonor se levantaba constantemente para llamar por teléfono, y Jonás se disculpaba cada dos por tres para ir al baño alegando que últimamente andaba con diarrea. Pero cada vez que mi primo entraba en casa, yo escuchaba cómo en el salón se accionaba la voz doblada de Robert Mitchum.

Lo peor fue cuando solo quedamos en la mesa tío Jorge,

Genoveva, el abuelo y yo rodeados de sillas vacías y platos con sobras. Genoveva tiritaba, trataba de abrigarse con la manta que solía estar a los pies de la cama de los abuelos, y los labios se le iban tornando azules. A mí no se me ocurría ninguna excusa para levantarme, pero hubiese deseado tenerla para no estar allí. Más que nada porque no sabía qué conversación, despedida o disculpa se iba a producir entre ellos, si es que algo se producía, y eso aumentaba la tensión. El abuelo y tío Jorge habían estado años sin hablarse, pero no sin verse. De joven, Jorge siempre iba de visita a Or cada vez que regresaba de uno de sus viajes. Ahora, que apenas se movía de la ciudad, iba a la isla con la misma frecuencia que cuando era nómada. El silencio del abuelo no había logrado apartarle del resto de su familia. Se acostumbraron a encontrarse sin palabras, como si eliminándolas entre ellos también disolvieran sus rencores. Después, la aversión entre los dos se fue suavizando y llegaron a poder hablar coloquialmente. Se querían de esa forma, rodeados de gente. Y, aunque se quisieran también en la intimidad, ninguno de ellos lo demostraba y ambos se sentían cómodos con aquella relación cordial en la que no era necesario perdonarse. Tío Jorge, aquella noche, tenía las palabras en la garganta, pero no le salían. Jugaba nervioso a hacer equilibrios con los cubiertos y, casi sin darse cuenta, realizó con ellos una pirámide sobre el mantel. Tratando de romper el silencio espeso y sin apartar la mirada de la mesa, comenzó a contarnos al abuelo, a Genoveva y a mí, que en una tumba de Egipto se había encontrado un papiro llamado Westcar Papyrus, donde se relataba que el egipcio Dedi, en el palacio de piedra de Memphis, solía cortar la cabeza de un ganso con un cuchillo, la cual colocaba en el suelo mientras decía unas extrañas palabras; seguidamente, el ganso volvía nuevamente a caminar como si nada hubiera ocurrido. El abuelo le preguntó si iba a hacer con él lo mismo que con el ganso, porque si sabía resucitar a los muertos, entonces le iba a ser muy útil. Jorge le miró con sus inmensos ojos oscuros.

—Voy a por más vino —dijo mi tío levantándose de la mesa.

Pero hay algo que tú odias, Señor, los seres perfumados, suaves como encaje, de cabellos delicados, oí decir a Robert Mitchum dentro de casa cuando Jorge abrió la puerta.

Nadie pudo tragarse el pastoso arroz con leche del postre (tío

Angus llegó a arrojar sobre él la ceniza del puro), sin embargo aquella fuente de cristal con azúcar requemado pareció congregarnos a todos de nuevo alrededor de la mesa. Revolvíamos con las cucharillas la masa blanca tratando de simular que nos la estábamos comiendo. «Sebastiana, llévame allí», dijo el abuelo de pronto recolocándose el reloj en la muñeca. Sabíamos que *allí* era el eufemismo que utilizaba para referirse al baño. La abuela empujó su silla de ruedas y, cuando ambos estaban cruzando el umbral, el abuelo, ya de espaldas, dijo al aire: «¡Mozart!». Y ambos desaparecieron dentro de la casa.

Tía Paula Blas apenas esperó unos segundos para levantarse como un rayo y quitarle a Angus el plato de arroz con leche.

—La próxima vez te metes el puro por el culo —le dijo señalando la ceniza en el postre.

—La próxima vez mejor te dedicabas a poner ceniceros en la mesa que a preparar esta mierda —le contestó Angus.

—¡Lo ha hecho mamá!

—Pues por eso. Para qué la dejas, si sabes que lo que cocina es infumable. ¿Eso es lo que querías que cenara papá esta noche?

—Mira quién me lo va a decir, como si tú te preocuparas de algo.

Angus dio un sonoro puñetazo en la mesa que hizo temblar las copas y comenzó la enésima discusión entre él y Paula Blas. Lucio les miraba con la boca abierta. Tío Jorge se quitó la manta sobre los hombros para abrigar con ella a Genoveva (temblaba tanto que podíamos escuchar el castañeo de sus dientes). Tía abuela Clara no había vuelto de su excursión en busca de mariposas (la abuela la habría acostado) y Jonás aprovechó para poner sus pies sobre la silla vacía. «Una sobrecogedora atmósfera», me susurró mi primo. «No sabes las ganas que tengo de marcharme de aquí de una puta vez», le dije yo, asintiendo. «Guille, que me refiero a la película. Sobrecogedora y metafórica. Desde luego, Laughton filmó una obra maestra».

—No va volver.

Los gritos de tío Angus y tía Paula Blas se detuvieron, y todos nos volvimos hacia Leonor. Mi hermana tenía las piernas cruzadas y miraba el mar.

—«¡Mozart!» fue lo último que dijo Mahler antes de morir. —

Leonor lo explicó con soberbia y hastío, incapaz de creer que ninguno de nosotros nos hubiéramos dado cuenta—. El rondó final perfecto para el abuelo.

Angus se propinó un sonoro golpe sobre el pecho, justo en el corazón, y se mordió los labios. La abuela salió al porche. Sola. La miramos. Negó con la cabeza. Cerró unos ojos llenos de dolor. Eso fue todo.

Pero, al parecer, no fue todo.

14

La alegría, como la tristeza, es demasiado potente, jamás logramos controlarla del todo. La alegría y la tristeza son porosas y, por más que intentemos ocultarlas completamente, siempre habrá algo que se escape por un pequeño orificio y nos delate. Probablemente algo inconsciente que está fuera del alcance de nuestra mente domadora. Supuse que era lo que le había pasado a Antonio Trigo y por eso silbaba. ¿Por qué un hombre empieza de pronto a silbar si no es porque el corazón le canta? Este pensamiento me hizo gracia y lo apunté en la lista; parecía un verso malo de Machado.

Bien, ya lo tenía. Eso es lo que había cambiado en la rutinaria vida de Antonio Trigo: una escondida alegría. Ya lo tenía, pero me había quedado sin tabaco, así que poco más iba a tener. Sorprendentemente no me costó nada bajar al bar de la esquina a por una cajetilla.

Apenas me enteré del trayecto de las escaleras, el portal, la calle, el bar, la máquina expendedora, la calle, el portal, las escaleras. Si hubiera empezado a nevar o un coche hubiese ardido en la carretera, ni siquiera me hubiese dado cuenta. Estaba demasiado concentrada en mis pensamientos. Había encontrado algo que de nuevo creía que me hermanaba con Trigo. A él se le escapaba la alegría y a mí la tristeza, solo que el carpintero sabía mantenerla oculta y yo no. Sin embargo, ninguno de sus amigos se había dado cuenta de lo que significaban sus silbidos. Y probablemente yo me estuviera agarrando a un clavo ardiendo y construyendo una teoría a raíz de un minúsculo detalle, sobreestimándome en exceso. Pero era mi teoría e iba a agarrarme a ella aunque me abrasara las manos. Además, de momento no podía descartar que alguno de los parroquianos del bar ocultaran pruebas porque estuviesen

relacionados con el crimen, por muy descabellado, increíble y nauseabundo que esto me resultara. Parecía de lo más improbable que cualquiera de aquellas personas tuviera mínimamente que ver, no ya con el asesinato del carpintero, sino con cualquier otro. Aunque en la gran mayoría de los casos el criminal resulta ser alguien relacionado con la víctima; el asesino suele encontrarse precisamente entre todo ese desfile de personas que estrechan la mano a la familia y les dan el pésame. Yo había leído lo bastante sobre los nazis para saber que cualquiera puede ser un monstruo. Esta fue una de las grandes enseñanzas que dejaron sin querer Hitler y sus secuaces: que el horror no reside exclusivamente en las mentes putrefactas de los degenerados, sino en la de cualquiera de nosotros. Solo hay que insuflarle el odio suficiente y convencerla de que hay un motivo.

Pensar en los nazis y ponerlos de ejemplo moral y ejecutorio para casi todo era algo bastante habitual en mí. Para una periodista cultural resultaba casi imposible escaparse de ellos. Cada semana llegaban a la redacción decenas de libros cuyo tema era precisamente sus monstruosidades noveladas. Desde las vivencias de la cocinera de Dachau, la enésima biografía de Magda Goebbels, la historia de cómo dos matemáticos habían sobrevivido encerrados en un sótano del gueto de Varsovia jugando al ajedrez durante años o la vida de un maquinista que había conducido uno de los trenes hacia Auschwitz, hasta el descubrimiento de un mentalista con poderes paranormales que las SS habían perseguido por toda Hungría por expreso deseo de Führer o las vivencias de un transexual que había trabajado como guardiana en Treblinka. Si bien es cierto que existían cientos de libros necesarios narrando el horror con mayúsculas que la Segunda Guerra Mundial había supuesto para el mundo, hoy en día podríamos decir que esta parecía un género novelístico en sí y que Adolf Hitler se había convertido casi en un personaje literario cuya sola mención disparaba las ventas del libro, al igual que poner una esvástica en la portada se consideraba todo un reclamo. Llegó realmente a asquearme esta mercantilización del horror y la fascinación por los detalles más sórdidos del mismo. Cuando me enviaron a la redacción el libro *Mimos durante la Segunda Guerra Mundial: la historia de los cómicos del gesto en los campos de concentración* de

Albus Gordon, y dos días después *El jardinero de Eva Braun* de S. Pendergrass, pensé que ya era la hora de hablar de este fenómeno y escribí una de mis crónicas sobre él. Durante un tiempo sospeché que aquella columna pudo haber precipitado mi despido, pero más tarde comprobé que los criterios económicos pesan más que cualquier provocación.

Titulé el artículo *Cola Cao y Hitler*, ya que alegaba que esas dos cosas eran lo mejor para dormir bien: prepararse un chocolate caliente antes de irse a la cama y leerse un buen libro de nazis. ¿Por qué? Porque las dos cosas reconfortan. Parece una *boutade* descomunal decir que Adolf Hitler puede reconfortar a alguien, pero lo hace, al menos literariamente hablando. Los seguidores de Hércules Poirot, Alatriste, Sam Spade o Marco Tulio Falco vuelven a casa cada vez que leen un nuevo ejemplar sobre las aventuras de estos personajes: todo es conocido, los protagonistas, sus motivos, su gente, sus manías y sus lugares. Lo mismo ocurre con Hitler y su séquito de nazis, cuyos nombres son tristemente célebres y sabidos por todo el orbe. Son los protagonistas de una saga inmensa. Leyendo sobre ellos pisamos tierra sólida y, como el vino que estás acostumbrado a beber, nunca fallan. Resultan unos villanos perfectos, porque nadie en el mundo ha tenido una mente suficientemente perversa para crearlos, porque el Horror es un invento de la humanidad y no de los escritores. Así, cada vez que leemos sobre ellos, que tenemos nuevos datos, nos vamos reafirmando en su rosario de espantos y no suelen defraudarnos. Seguimos compulsivamente buceando en sus mentes y sus actos tratando de encontrar respuestas, motivos, descubriendo cada vez más una crueldad excesiva que parece no tener fin. Y esto, hallar algo tan complejo y trágicamente hipnótico sobre lo que parece que nunca se escribe suficiente, es el sueño de cualquier escritor de sagas. Reconforta, sí, reconforta y diría que hasta infunde vigor leer sobre nazis, como al seguidor de Montalbán le estimula volver a leer una aventura de Pepe Carvalho.

Pero no solo es por eso. Hablar de Hitler, por ejemplo, en una sobremesa, siempre es una conversación segura, animada y participativa. Participativa, porque casi todo el mundo dispone de los mínimos conocimientos necesarios para seguirla o, al menos, para prestarle atención, como si las palabras *Segunda Guerra*

Mundial estuvieran plasmadas en atrayentes luces de neón. Animada, porque resulta imposible hablar sobre el Führer desapasionadamente, con frialdad, ya que sus actos solo pueden producir espanto, sus campañas militares polémica, y su capacidad dialéctica y propagandística absoluto terror por lo manipulable que es la masa humana y porque algo así pueda volver a suceder. Y segura, porque no puedes encontrar a nadie que vaya en contra, no genera debate. En un mundo complejo en el que los conflictos bélicos suelen librarse por motivos ocultos y son varios los intereses políticos y económicos que se expanden por los mapas de movimientos de tropas, la Segunda Guerra Mundial fue casi exclusivamente la única contienda en la que sabíamos a ciencia cierta quiénes eran los malos. Fue una lucha maniquea que pocos pueden rebatir. Y en el caso de que encuentres partidarios de Hitler en la mesa, lo mejor sería huir de allí.

«Además —terminaba mi artículo— la Segunda Guerra Mundial, esta lucha épica del Bien contra el Mal, este poema homérico, se ha convertido en una suerte de clásico que ocupa hoy día el lugar que se reservaba para las gestas narradas por Virgilio o en el *Amadís de Gaula*, y engloba una preocupación histórica, literaria y filosófica que cualquier ciudadano mínimamente ilustrado debería tener. En la actualidad, para medir el nivel cultural de una persona ya no es necesario someterla a un pedante interrogatorio sobre el Tratado de Versalles, Faulkner o la dualidad del hombre en Hume. Basta con preguntarle si sabe quién es Adolf Eichmann».

Después de publicar aquella columna empezaron a lloverme todo tipo de cartas indignadas en las que se me llamaba de todo, y la mayoría me tildaba de cínica. Todas aquellas quejas me deprimieron: si no me habían entendido, es que yo no había sabido explicarme. Encajo bien las críticas, pero no la hostilidad. Soy de esa clase de personas que no sabe defenderse. Cuando el director se aproximó a mi mesa con un puñado de cartas en la mano, traté de esconderme detrás de la pantalla del ordenador. «Vaya, Dorita, no sabía que te leía tanta gente», me dijo sonriente y complacido, meneando el correo en la mano. Supongo que las cosas funcionan así.

XIV

—¿Y Genoveva? —me preguntó Pambley.

—¿Perdón?

—Todos los miembros de su familia se ausentaron de la mesa durante la cena, al menos un momento. ¿Genoveva estuvo siempre sentada?

Parpadeé. ¿Yo había dicho eso? ¿Les había inculpado a todos? La corbata me estaba haciendo daño en el cuello. Le reconocí al inspector que no estaba seguro. De hecho, no estaba seguro de nada. Pambley chupó la punta del bolígrafo y apuntó en la libreta mientras se balanceaba en la mecedora.

—Pero le repito que estuvimos todo el rato en el porche, justo enfrente del embarcadero. Si hubiese venido algún bote, lo hubiésemos visto. Así que no entiendo cómo…

—Sí, eso ya me lo ha dicho varias veces —atajó el inspector.

Pambley me hizo entonces dos preguntas. La primera, si Angus había estado muy borracho aquella noche. No, yo no lo creía así. La segunda, cómo se las apañaba mi abuelo para «desaparecer dentro de la isla».

Cuando me levanté de la cama de tía Paula Blas, los muelles emitieron un chillido y la manta infantil quedó rebotando. Le pregunté a Pambley si quería que llamase a alguien, pero me dijo que él mismo me acompañaría hasta el salón.

Al entrar, el inspector miró a la agente Gloria, que movió la mano en señal de que todo estaba bien. Angus parecía haber recobrado la consciencia. Había vuelto a poner el *Réquiem* de Mozart y fumaba un puro apoyado contra el tocadiscos. Alguien se había llevado la licorera. En la esquina del sofá a la que le habíamos remolcado se encontraba ahora Leonor (como si ese lugar en el salón estuviera reservado para los que se desquiciaban). Tenía

las piernas cruzabas, se frotaba una herida que se había hecho en la mano (probablemente al golpear el teléfono del pasillo) y, más que avergonzada, parecía totalmente aburrida. Una majestuosa araña adormecida. A su lado había un vaso con agua y una tableta de pastillas vacía. Traté de imaginarme cómo entre todos habrían logrado que se tomara los tranquilizantes. La abuela, junto a ella, la miraba con piedad.

La música de Mozart no despertaba entre nosotros el efecto luctuoso de la primera vez que Angus la había puesto. Más bien hacía que el salón y sus habitantes pareciéramos los protagonistas de una opereta fúnebre. El único que parecía hacerle caso era Lucio, acurrucado contra la ventana como un hurón, tarareándola de vez en cuando y volviendo los ojos hacia Angus para comprobar si su padre le estaba mirando.

—Jonás, por favor —dijo Pambley.

Mi primo, diligentemente, se separó de la pared y se acercó al inspector, que le esperaba junto al quicio de la puerta. «¿Cómo decía que se titulaba el guion que estaba escribiendo?», escuché que le preguntaba Pambley tratando de fingir camaradería o insuflar calma. «¿Qué? Ah. *El muerto que asustaba a los caracoles*», contestó Jonás frotándose las manos. «Sí, eso. Interesante. Muy interesante».

Esperaba poder hablar con mi primo cuando regresara, poder susurrar con él en un rincón y que me explicase qué era lo que le ocurría. Decidí prepararme para lo peor, pero no supe cómo hacerlo. Nadie puede prepararse para lo que ni siquiera es capaz de imaginar.

—Como cerdos al matadero. Así nos llevan, uno por uno —dijo Angus cuando Jonás y Pambley salieron.

—Son los procedimientos habituales, señor —contestó la agente Gloria.

—¿Sabe por dónde me paso yo los procedimientos habituales, señorita? —alegó mi tío mordiendo el puro.

—Hijo, por Dios —dijo la abuela desde el sofá.

—*Dulce bellum inexpertis* —rezó Angus mirando con furia a la agente. Nadie entendió el latinajo de Píndaro y se dio por concluido aquel minúsculo enfrentamiento.

Tía Paula Blas se puso a recoger los pocillos sucios de la mesa evitando tocar las asas rotas con chorretones de pegamento. El

viento aullaba en las ventanas de madera mal ajustadas.

—Al menos hoy no hay niebla —dijo la tía acumulando las tazas pequeñas entre las manos.

«Al menos hoy no hay niebla» era la frase que se utilizaba en mi familia como consuelo a todas las cosas. «Hace un frío de muerte», «Sí, pero al menos hoy no hay niebla»; «No nos ha tocado ni el reintegro de la lotería», «Bueno, al menos hoy no hay niebla»; «Clara ha estrangulado a otro gato», «Ya, al menos hoy no hay niebla». Porque cuando había niebla espesa, dejábamos de existir. Una telaraña algodonosa envolvía toda la isla. No se nos veía desde la bahía y para nosotros el mundo era solamente humo blanco. Un humo blanco que se te colaba en los huesos y los reblandecía. Nos quedábamos más aislados de lo que ya de por sí estábamos. De niños nos inventábamos historias sobre buques fantasmas que navegaban a nuestro alrededor sin que lo supiéramos. Al día siguiente, al despejar, salíamos de casa con la esperanza de ver barcos destrozados contra las rocas. Otra de nuestras suposiciones era que, cuando clarease, descubriríamos que estábamos mar adentro, la isla vagando a la deriva, internándonos en el océano como un barco sin timón. Cuando no puedo dormir, no sé por qué, esta imagen se me viene a la cabeza: subido en la isla, que va flotando sobre las olas a toda velocidad. Cada vez que teníamos que ir a Or, esperaba la llamada de Jonás diciéndome: «¡Guille, hoy hay niebla!». Eso significaba que no podíamos navegar, así que, para no perder la visita familiar, Jonás venía a dormir a mi casa y nos quedábamos allí, calientes y tranquilos, con mis padres. Nunca le he tenido más aprecio a mi casa que aquellos días en los que podía quedarme en ella ante la opción de Or.

Tía Paula Blas, con los pocillos en las manos como una equilibrista, me preguntó si quería que me hiciese una infusión. Le dije que no hacía falta. Miré a tío Jorge dando vueltas por el salón, con las manos a la espalda y la cabeza baja, como debían de pasear los astrónomos cuando pensaban. Miré a Lucio, de pie junto a la ventana. Miré a Genoveva, apoyada en el aparador apolillado. Miré a todos a los que supuestamente había acusado. Me pregunté por qué Pambley habría llamado a Jonás justo después de mí, si había sido una casualidad o si yo habría dicho algo que le hubiese inculpado. Me sudaron las manos. La corbata estaba a punto de

estrangularme. No podía pensar con claridad. Paula Blas se equivocaba; ojalá aquel día hubiese habido niebla.

Me acordé de mis padres. Se habían librado de aquella situación. Me alegró y me liberó que ellos no fueran sospechosos de nada, pero me hubiera gustado que estuvieran a mi lado. Sin ellos, allí en Or, me sentía tan indefenso como cuando era niño. A solas con mi familia y sin Jonás. Me los imaginé regresando en el bote sin entender nada, mi madre aferrándose a una corona de flores que no nos había cabido en el cementerio. Los dos en casa aún con la ropa puesta, mirando el teléfono, esperando que alguien les contase qué estaba ocurriendo.

Tío Jorge, de pronto, se paró ante el espejo. Su silueta alta y delgada lo tapaba casi por completo. Se quedó allí un rato mirándolo, con las manos aún enlazadas en la espalda. Parecía estar escrutándolo. Allí, tan alto, tan de negro, conjurando una superficie pulida, me recordaba a John Dee asomado al espejo de obsidiana que utilizaba para la adivinación. Mi tío nos había contado esa historia muchas veces.

Cuando el abuelo enfermó, prohibió a la abuela que lo llevase por esa parte del salón porque no quería verse reflejado en el espejo sentado en la silla de ruedas. Pensé en lo patético que me resultaba todo, incluso la fiesta. De niños, mientras jugábamos en el porche, el abuelo salía y se sentaba a la mesa a escribir partituras con pluma y tinta, y a bufarnos porque le distraíamos. Pero en realidad, si estaba tratando de componer allí y no en la Sala de Cámara, era para asegurarse de que nosotros le estábamos viendo. Hizo lo mismo la noche de la fiesta. El abuelo, hasta el último momento, había intentado llenarse de gloria, representar una despedida pomposa mientras Genoveva traducía en voz alta para nosotros una canción que hablaba del alma inmortal de los compositores (aunque realmente el abuelo, y aunque le pesara, nunca compuso nada digno de recordar), hacer una salida triunfal, dejar una palabra para la posteridad en la que supuestamente se resumía todo. Pero nosotros éramos vulgares, teníamos frío, discutíamos por la comida, nos picaban los pies, y más tarde le veríamos agonizar en la cama de un hospital rodeado de cables, con la boca abierta y un tubo incrustado en la garganta. Porque la vida y la muerte eran así, tan miserables, tan exentas de honor y tan llenas de cotidianidades, de situaciones

que jamás saldrían en una ópera.

Tío Jorge se dio la vuelta lentamente, girando sobre sí mismo, dándole la espalda al espejo y volviéndose hacia nosotros como si estuviera a punto de empezar una actuación.

—Es un error —proclamó con voz solemne.

—¿Qué? —acerté a preguntar.

—Es un error —repitió tío Jorge—. Probablemente ese hombre se cayó por la borda desde una lancha que navegaba cerca de la isla. Por eso marca el programa ese nuestra situación. ¿Cuadraría, no?

A la agente Gloria ni siquiera le dio tiempo a encoger los hombros.

—¡Pues claro que es un error, Jorge, cojones! ¿O qué te pensabas? —bramó tío Angus elevando los brazos, dejando caer sobre la alfombra la ceniza del puro—. ¿Que nosotros íbamos a matar a alguien?

—Sí, como en las películas —dijo Lucio irónicamente.

Yo sabía perfectamente a quién iba dirigida esa humillación indirecta, aunque Jonás no estaba allí para oírla. O precisamente por eso su hermano se atrevió a decirla.

—Y esta puta gente —continuó Angus— nos tiene aquí como en un campo de concentración jodiéndonos el luto. ¡Jodiendo a mamá!

—Hijo… —Eso era lo único que parecía saber decir mi abuela, vestida con el traje del funeral, el collar de perlas en el cuello, las zapatillas rosas desgastadas en los pies.

—¡Hagan su trabajo de una vez y déjenos en paz! —siguió chillando mi tío dirigiendo sus ojos vacunos hacia la agente Gloria —. ¡Vayan a buscar a esos criminales donde estén! ¿Por qué tenemos que aguantar nosotros esta mierda? Los plutócratas siempre jodiendo a la gente decente. Inútiles de los cojones.

—Angus —dijo Genoveva sin apartarse del aparador, para apaciguarle—, todos sabemos que es un error. Así que cálmate, que esto se resolverá pronto. Nadie quiere estar en esta situación.

—Ni que a los demás nos gustase —protestó tía Paula Blas—. Venir a decirnos que hemos tirado a un hombre al mar… Por favor, a quién se le ocurre. Menos mal que papá no ha visto esto.

¿Eso era lo que pensaban todos? ¿Que se trataba de un error? ¿Y por qué no lo pensé yo? ¿Por qué lo primero que hice fue tratar de

buscar culpables en mi mente? Les inculpé a todos, no defendí a nadie, acepté desde el principio lo que había dicho la policía sin ponerlo en duda, me envolvió una membrana de total indiferencia. ¿Quién se cree inmediatamente una historia rocambolesca en la que su familia resultaba ser una asesina? Puede que no me hubiese librado del todo de la locura hereditaria. Empecé a marearme. La corbata era una boa que trataba de constreñirme la garganta. Pero, entonces, ¿por qué nos mirábamos todos con desconfianza? Tal vez porque así nos mirábamos siempre.

—Que tengamos que estar pasando por esto por un programa de ordenador… —Tía Paula Blas suspiró tan hondo que parecía que se le iban a romper las costillas—. Si además al Centeno ese no le conocíamos de nada.

—Trigo.

—¿Qué dices?

—Trigo —repetí—. Así dijo el inspector que se llamaba el muerto que encontraron en la playa. Antonio Trigo.

15

Al día siguiente tuve que comprar en el quiosco varios periódicos. Nacionales y regionales, todos hablaban sobre el supuesto asesinato de Antonio Trigo. Sin embargo, apenas aportaban más información de la que ya tenía. La mayoría resumían el caso, la desaparición, el hallazgo del cadáver en la playa, el agujero en el corazón y añadían declaraciones de los vecinos conmocionados por la noticia.

Hay una vanidad sórdida en la cercanía de una desgracia; la gente se siente importante manifestando lo próximos que han estado a una víctima. «A mí me hizo una cómoda para el salón», «Era buenísimo, nunca daba problemas a nadie», «Coincidíamos en el parque cuando venía a pasear con las nietas. Era un abuelo muy cariñoso», «Todavía hace poco le vi llamando desde la cabina cerca de mi casa. Aún no me lo puedo creer», «Me compró un rollo de carne para asarla el día de su santo», «Siempre abría la carpintería muy puntual», «Si le ha pasado a él, le puede pasar a cualquiera». Incluso el artículo de Santiago Guardado contenía el mismo resumen e idénticas manifestaciones de incredulidad y cercanía. No le había visto por Maravillas el día anterior, así que supuse que Guardado habría ido más tarde o simplemente se había dedicado a llamar por teléfono a los comercios de la zona. Ni una palabra de Jaime, Rufo, Herpiano, Cosme o Amalia. La familia seguía sin querer hacer declaraciones.

La incertidumbre es una caja llena de cosas en la que, por más que te empeñes en vaciarla, nunca llegas a ver el fondo. Era lo que a mí me ocurría con Antonio Trigo, con aquel hombre que, accidentalmente, había cambiado mi destino. Nunca sabía lo suficiente, porque cuanto más sabía, más cosas aparecían en aquella caja y más me empeñaba en ver el fondo. En despejar todas aquellas

incógnitas y entender de una vez qué hacía Antonio Trigo aquel día en la playa, por qué motivos se puede llegar a matar a un hombre bueno. La razón de su asesinato realmente me importaba más que la identidad de su asesino, persona a la que probablemente yo ni siquiera conocía. ¿Qué pudo haber hecho Antonio Trigo para que alguien le agujerara su corazón? ¿Su bondad era acaso una farsa? ¿Algo le transformó? ¿O simplemente fue todo una casualidad? ¿Estaba en un lugar equivocado? ¿Le confundieron con otro? ¿Así, por azar, se acaba con una vida, se destrozan varias?

Traté de agarrarme a lo que ya sabía, a ese delgado hilo casi invisible que creía haber encontrado: sus silbidos, su escondida alegría. Algo debía de haber cambiado su mundo. Y, sin darme cuenta, me sorprendí silbando *Across the universe* y buscando una cinta de los Beatles.

XV

«No seré yo quien le lleve la contraria al maestro Hitchcock cuando dijo que trabajar con animales, niños y Robert Mitchum es como poco desaconsejable», le estaba contando Jonás a Pambley cuando los dos entraron por la puerta. «Pero qué obra de arte se habría perdido el mundo si Charles Laughton hubiera pensado lo mismo. Su carisma es hipnótico. Y el personaje en sí, una maravilla». El inspector asentía sin tener demasiada idea de lo que le estaban hablando. Por un momento temí que Jonás, en vez de contestar a las preguntas sobre la noche de la fiesta, le hubiera estado narrando a Pambley *La noche del cazador* plano por plano, mientras este le miraba alelado desde la mecedora.

Hubiese intentado hablar con mi primo si no fuese por el revuelo que había causado la llegada de tía abuela Clara. Había entrado al salón descalza, con sus pies varicosos y viejos de uñas gordas y sucias, con un camisón blanco que le transparentaba los pechos decrépitos, el pelo totalmente disparado, gritando que dejáramos de una vez de tocar la gaita. Leonor pareció despertar de su letargo, los ojos se le llenaron de venas rojas y nos observó desafiante, amenazándonos por si se nos ocurría mirarla a ella. Aun así, todos le echamos a Leonor un furtivo vistazo.

—No te preocupes, Clara, no pasa nada —dijo mi abuela levantándose para abrazarla.

—¡Que se callen, Tana! ¿Quién es esta gente? ¿Son una banda? Que vayan a tocar a otro sitio.

—Sí, Clara, sí, ahora se van.

La abuela la sentó junto a ella y colocó la cabeza de Clara sobre sus rodillas, mesándole los cabellos cenicientos y desordenados. Leonor se levantó de allí como si huyera de una peste y tuvo que apoyarse en la chimenea porque estaba visiblemente mareada. Tía

Paula Blas me dio un codazo indicándome que ocupara el lugar de mi hermana y ayudase a la abuela. Me senté allí sin saber muy bien qué hacer, y tío Jorge se arrodilló junto al sofá para decirle cosas al oído a Clara y acariciar con sus dedos largos la cara de la abuela. La bombilla volvió a renquear, dejando el salón en un extraño claroscuro. Lucio le pegó tal patada a la lámpara de pie que por poco la tira abajo. Pero hizo que volviera la luz.

Fue en ese momento cuando Jonás y Pambley entraron por la puerta.

—Inspector, con usted queríamos hablar, porque ya veo que esta no pinta nada —dijo tío Angus señalando a la agente Gloria.

—Oiga, haga el favor de tener un respeto —exigió el pelirrojo.

—¿Respeto? ¡Respeto ténganoslo a nosotros! —bramó Angus golpeándose las solapas de su traje de pana negro.

En un segundo, tía Paula Blas, Genoveva, Angus e incluso tío Jorge, que se había levantado de la alfombra, rodearon a Pambley como si fueran un enjambre y empezaron a hablar de la lancha desde la que se había caído el hombre por la borda, de la absurdez de acusarnos por un programa que señalaba un punto en el mar, de la injusticia que se estaba cometiendo con nosotros y del mal trago que nos estaban haciendo pasar. Pambley se frotó la frente sudorosa y ni siquiera acertó a coger del bolsillo su caja de regalices. Se apoyó contra la mesa (a mí me dio cierta vergüenza comprobar que nadie había quitado de allí los bastoncillos sucios manchados de cera) y empezó a hojear nerviosamente la libreta.

—Antes de nada —comenzó Pambley levantando la cabeza—, entiendo su reacción y quiero volver a pedirles perdón nuevamente, porque sé que están pasando por un mal momento. Sobre todo a usted, Sebastiana. Lamento profundamente que tenga que enfrentarse a esta situación después de enterrar a un marido. Supongo que debe de estar destrozada.

—Destrozada lo estuve todo el tiempo que le atendí, inspector. Usted no sabe lo que es cuidar de alguien que está agonizando —dijo mi abuela sin apartar los ojos de su hermana, acariciándole el cabello casi transparente—. Él también lo quería así. Su muerte ha sido un descanso.

—Mamá, por Dios, no digas eso —le reprochó tía Paula Blas, que se abrazó a la mantilla como si alguien hubiese dejado la puerta

abierta y por ella entrase el frío.

—Tiene razón, no lo sé —continuó Pambley carraspeando—. Sebastiana, su marido era *luter*, ¿no?

—*Luthier* —corrigió tío Angus con aire de mofa.

—Sí, eso, perdón, *luthier*. Ya les he dicho que yo con los idiomas…

«En manos de quién estamos, joder. Estos no saben ni hablar», refunfuñó tío Angus.

—En fin, que construía y reparaba instrumentos de cuerda, ¿no es así? —preguntó Pambley.

Todos asentimos mecánicamente con la cabeza. Supuse que algunos añadirían que también había sido director de orquesta y alma del Conservatorio, pero Pambley continuó sin darnos oportunidad de desgranar el currículo del abuelo.

—Sebastiana, ¿sabría usted dónde compraba su marido la madera para construir los instrumentos?

—A mí Uil nunca me decía nada —contestó la abuela con los dedos enredados en el pelo de Clara.

Uil. Así lo llamaban. Así conocía todo el mundo de la música a mi abuelo, por la última sílaba de su apellido. Fonéticamente sonaba como el diminutivo de Guillermo en inglés. De ahí mi nombre.

—¿Lo sabría alguno de ustedes? —preguntó Pambley mirándonos en panorámica.

Encogimos los hombros y el reloj de cuco marcó la hora en punto.

—¿Podría ser que la comprara en una carpintería del barrio de Maravillas? —inquirió el inspector.

—Ah, sí —dijo tía Paula Blas rascándose la mejilla—. Ahí la compraba. Le llevé alguna vez.

—Es verdad, no me acordaba —añadió tío Jorge.

—Creo que había hecho un trato con el carpintero para que le trajera la madera de Europa Central. Papá siempre trabajaba con lo mejor —apostilló Angus.

—Pícea para la tapa y arce para el fondo y la voluta —matizó apuradamente Lucio.

De repente, todo el mundo pareció saber la respuesta a una pregunta que momentos antes todo el mundo parecía ignorar.

—Pues bien —dijo Pambley, y creo que había algo triunfante en sus palabras—. El carpintero de Maravillas, el hombre al que el señor Larfeuil le compraba la madera, era Antonio Trigo, el finado.

En el salón hubo un silencio espeso, paralizante. Incluso Mozart parecía sonar más bajo. Tía abuela Clara comenzó a rascarse el pubis sin ningún recato. La abuela le golpeó la mano para que se detuviera.

—¿Y qué? —preguntó tío Jorge—. ¿Nos está diciendo que mi padre lo trajo hasta aquí, sabe Dios cómo, y le arrojó al mar porque le había vendido madera defectuosa? ¿Mi padre, que estaba impedido en una silla de ruedas y no podía ni ir solo a mear?

—Por esa regla de tres, todos nos conocemos en la ciudad —dijo Genoveva intentando poner racionalidad en la burla de su marido —. Al panadero, a la modista o al hombre que conduce el autobús que solemos coger.

—Lo que digo, señores, es que un miembro de la familia conocía a la víctima y que justo desde este punto tiraron su cadáver al mar una noche en la que estaban todos reunidos. Motivos más que suficientes para investigar. Espero que ahora comprendan la importancia de nuestra presencia aquí, y les pediría encarecidamente que no sigan poniendo trabas. Nadie gana con eso.

Pambley cerró la libreta de un golpe poniendo fin a su discurso. Se acercó hasta Angus y le pidió que le acompañara para continuar con los interrogatorios. Mi tío chasqueó los dedos, haciendo que los nudillos resonasen como las ensambladuras de la madera en una hoguera.

—Vamos, Augusto —le dijo el inspector intentando cogerle pacíficamente del brazo.

Angus apartó de un guantazo la mano de Pambley con tal furia que parecía estar defendiéndose de alguien que trataba de apuñalarle.

—¡A mí no me toque, sujeto! —chilló.

La agente Gloria, alertada por la violencia de Angus, se acercó a ellos, pero Pambley la detuvo con un gesto y esta se quedó parada junto al sofá.

—Augusto, solo son unas preguntas.

—¡Unas preguntas! Lo sé, los procesos habituales, ¿verdad? En manos de ustedes estamos, que ni siquiera saben hablar. Nos llevan

como cerdos al matadero. —Angus escupía mientras gritaba y sus labios gruesos iban llenándose de grumos de saliva—. Unas preguntas. Los procesos habituales. Je. ¿Cree que no lo sé? ¿Cree que no he pasado ya por esto? Cuando murió mi mujer lo único que consiguieron fue volvernos locos. Mentecatos. Inútiles de mierda.

Angus se ajustó el cinturón, blasfemó un par de veces más, y a grandes zancadas abandonó el salón, desfilando como un teatral soldado. Pambley suspiró, se tomó una pastilla de regaliz y fue tras él.

En el salón, la atmósfera que dejaron era irrespirable. Cargada como un café que te impide dormir durante cinco noches. Junto a la ventana, la piel blanquísima de Lucio había enrojecido. Se metió las manos entre los muslos y comenzó a acurrucarse. La respiración acelerada de Jonás empezó a oírse por toda la habitación. Los demás nos mirábamos furtivamente, tratando de encontrar ojos cómplices en el silencio. Estuvimos callados mucho rato. No sé si por la revelación del carpintero o porque tío Angus, por primera vez desde su muerte, se había referido a Luisa.

—Yo… yo no fui —tartamudeó al fin Lucio, rompiendo el silencio.

Nadie dijo nada.

—¡Dejad de mirarme así! ¡No fui yo! —repitió en un tono más alto.

Ninguno miraba a Lucio, pero mi primo sabía que en el fondo, de alguna forma, todos le mirábamos.

—¿Cuál de las dos veces? —le preguntó Jonás desde la otra esquina del salón.

16

Mientras sonaban los Beatles, leí una y otra vez la lista, leí una y otra vez los artículos. Algo no acababa de encajarme, como si algún detalle entre ambos textos se contradijese. Lo descubrí con el tercer cigarrillo. Era la declaración de una de las vecinas de Maravillas. «Todavía hace poco le vi llamando desde la cabina cerca de mi casa. Aún no me lo puedo creer». La última señal del móvil de Antonio Trigo se registraba en el puerto, lo que, entre otras cosas, nos venía a decir que el carpintero disponía de un teléfono propio. Así pues, ¿por qué llamaría desde una cabina? ¿Habría perdido su móvil? ¿Alguien se lo habría robado? Si fuera esto último, significaría que la policía habría estado siguiendo una pista falsa. En mi mente volví a ver las ondas imaginarias que el cuerpo de Antonio Trigo había producido en el agua al caer desde el muelle. Y, de pronto, las ondas desaparecieron.

En el mismo momento en que el mar volvía a la calma en mi cabeza, sonó el timbre. Lo ignoré, como siempre. Pero al otro lado alguien comenzó a aporrear la puerta y sucumbí a la insistencia.

Al abrir me di cuenta, por primera vez, de que Matías también se había llevado el felpudo. Era suyo. Tenía la forma de dos dados rojos de casino. Me quedé mirando el suelo, el sitio que antes ocupaba el felpudo y ahora lo hacían los zapatos de plástico deformados por los juanetes de la gorda Anita, quien traía cara de muy malas pulgas. El rellano olía a lejía y a repollo hervido.

—Nena, ¿estás muerta? —me soltó mi vecina.

—¿Perdón?

—¡Que si estás muerta!

—No…

—Pues baja a vaciar el buzón, que ya no te caben más cartas. ¡Parece un estercolero!

—Lo siento mucho —respondí servilmente—. Claro, ahora mismo bajo.

Y la gorda Anita comenzó a descender las escaleras refunfuñando algo incomprensible.

Nunca he sido buena en los enfrentamientos. Ni siquiera con las viejas dementes que me chillan sin motivo y se meten en asuntos que creen suyos pero para nada les competen. Suelo pensar que la culpa es mía y, aunque no sea así, tampoco tengo demasiado valor para rebatirlo. Además, las pocas veces que lo hago suelo derrumbarme. Como me derrumbé en Casa Amalia cuando me acorralaron. Esa poca cosa era yo. Esa poca cosa que ahora estaba más sola que nunca e investigaba un asesinato.

La gorda tenía razón. Mi buzón estaba tan lleno que muchas de mis cartas se desperdigaban por el suelo del portal. No porque tuviera mucha afluencia de correo, sino porque hacía semanas que no lo miraba. Comencé a limpiarlo, a arrojar a la papelera del portal todo aquel rosario de publicidad, propaganda y recibos que ni me molesté en abrir. Pero una de las cartas me sorprendió: era del periódico. Al rasgarla descubrí un cheque. Eso significaba que el último artículo que había dejado en la nevera ya se había publicado o estaba a punto de publicarse.

El dinero me reconfortó, pero me olvidé del cheque tan pronto como lo metí en el poncho, abrí la puerta del portal y me fui a Maravillas a buscar una cabina de teléfono.

XVI

Jonás recordaba el grito. Solía escucharlo dentro de su cabeza. A veces le despertaba en plena noche. Otras, era lo primero que oía cuando se levantaba. Un día, mientras tomábamos algo en un bar, Jonás se sobresaltó tanto que dejó caer su copa. «El grito», dijo sin más, mirando los cristales en el suelo y cubriéndose media cara con el mechón. Con eso bastaba para que yo entendiera. A Jonás no le gusta hablar de aquello. Ni siquiera conmigo.

Luisa estaba subida a una escalera limpiando las estanterías del salón y Lucio jugaba sobre la alfombra con un camión naranja de juguete. Jonás se había quedado en su habitación buscando un cromo que no encontraba por ninguna parte. Se metió debajo de la cama a rebuscar entre las pelusas y entonces oyó el grito. Antes, probablemente, también habría escuchado el golpe, pero eso no lo recuerda. Cuando llegó al salón, su madre ya estaba muerta.

El niño que esperaba Luisa tampoco sobrevivió. Ella se partió el cuello y Amadeo se quedó flotando asfixiado en su vientre sin vida.

Hubo una investigación policial. Me acuerdo del revuelo que había en casa esa semana, de mis padres murmurando tras la puerta de la cocina. Las imágenes del cementerio son confusas. Angus tirado sobre la tumba. El abuelo tratando de levantarle. La abuela con Lucio y Jonás de cada mano. Luego fuimos todos juntos a Or y nos quedamos allí durante horas. Al regresar ya era muy tarde y me dormí en el bote.

Nunca estuvo claro cómo logró caerse Luisa. Puede que tropezara. Puede que Lucio, jugando, chocase contra la escalera y la hiciera trastabillar. Él solo era un niño pequeño. Nadie le culparía. Pero Luisa ese día le había reñido. Le había gritado, le había pegado una bofetada. Lucio ni siquiera lloró. Se quedó sentado en la silla frotándose la mejilla sin decir nada. Jonás dice que eso lo recuerda

bien. Al igual que recuerda bien los azulejos manchados de las espinacas que su hermano había escupido. La última vez que vio a su madre, ella limpiaba aquellos azulejos. Luego se fue a buscar el cromo por toda la casa. Después, el grito. Y eso era todo.

Cuando Jonás contó lo de la pelea, mis padres supusieron que Angus mataría a Lucio de una paliza, que le sonsacaría a base de golpes qué era lo que había ocurrido con su madre. Pero Angus no hizo nada.

Tía Paula Blas relataba los dos meses que estuvo en casa de Angus, tratando de poner orden y cuidar a los niños, de la misma forma que se cuentan los relatos de brujas: con la mano sobre la boca y los ojos vigilando las esquinas. Insistía en que lo peor de todo fue Lucio. El primer día decidió meterle en la bañera para quitarle toda la mugre que llevaba encima. Fue entonces, frotándole con la esponja, cuando le vio el pito. Aquel miembro pequeño, blanco, flácido, casi huidizo. Aquel no era un pene de niño, sino de hombre, de hombre extraño. Tía Paula Blas se convenció de que dentro de Lucio habitaba algo retorcido.

Puede que fuera eso o que simplemente sospecháramos que Lucio había empujado a su madre como venganza, algo que nos inspiraba profundo terror. Jonás aseguraba que tía Paula Blas no era más que una chiflada que no había visto un pito en su vida. Insistía en que la tía no podía saber que Lucio poseía un miembro de hombre, ya que no tenía con qué compararlo, y que había sido la visión del sexo lo que la había traumatizado y no otra cosa. Después de ver desnudo a Lucio, también se negó a vestir a Jonás. Tía Paula Blas les dejaba a los dos la ropa planchada encima de la cama y, cuando llegaba la hora de lavarse, les metía en el baño, llenaba la bañera de agua caliente, señalaba la esponja y les decía: «Ya sabéis lo que tenéis que hacer». Luego cerraba la puerta y se marchaba corriendo.

Tal vez Lucio fuera un niño horrorizado porque había visto morir a su madre delante de él o uno aterrado porque sin querer había tropezado con ella y se sentía responsable de su muerte. A todo eso habría que sumarle los cuchicheos de su familia, esos susurros que los adultos creen que los niños no entienden, pero les van envolviendo y aislando, esos ojos de piedad y terror en la nuca de Lucio cada vez que se daba la vuelta. Y la desconfianza de

Angus, una tácita sospecha que jamás demostró, pero nunca llegó a desmentir. Puede que por eso Lucio se dedicara con ahínco a tratar de congraciar a su padre, para borrar la sombra de la duda o resarcirle de alguna forma; para anular al asesino o la víctima que él era. O puede que simplemente mi primo tenga ese estigma familiar de buscar desesperadamente la aprobación de aquellos que nos rechazan. Una vez mi padre apuntó, creo que con acierto, que Lucio de adulto se parecía mucho a como era Angus de niño, solo que nadie se había preocupado de educarle, y que en realidad eso era todo lo que ocurría con él.

Fuera como fuese, la familia, para protegerlo o protegerse, decidió no hablar del tema; enterrarlo como habíamos hecho con el cadáver de Luisa. Solo Paula Blas, de vez en cuando, sacaba a relucir sus días de infamia en casa de Angus y el pito retorcido de Lucio como una prueba más de su abnegación por la familia. «Con todo lo que yo he hecho por vosotros», solía recriminar la tía a mis primos. Entonces Jonás la miraba con los mismos ojos de furia que su padre: odiaba que Paula Blas luciera la medalla de falsa madre postiza y la utilizase como arma arrojadiza. La abuela, asegurándose de que el abuelo no estuviera presente, también sacaba el tema para defender a Lucio delante de nosotros. Decía que no teníamos ni idea de la impresión que causaba ver a un muerto, y que si ella nunca pudo borrar la imagen del soldado cuando apenas tenía cuatro años, qué no le ocurriría a Lucio con su madre. La abuela, por supuesto, omitía todo tipo de responsabilidad o premeditación por parte del niño en la muerte de Luisa, pero un singular rictus en su boca descubría que esta omisión la hacía más por protección a su nieto que por verdadera convicción.

De la misma forma que nunca hemos sabido qué papel jugó Lucio en el accidente de su madre, también desconocemos qué fue creciendo en su interior. Ni siquiera Jonás lo sabe. Al principio los dos niños se unieron en aquel estado salvaje, en aquella soledad en la que les había dejado su padre. Disfrutaban destrozando libremente la casa, mordiéndole las piernas a tía Paula Blas y preguntándole cuándo volvería su madre, sin relacionar del todo el accidente del salón con la ausencia de Luisa. Transcurrió un tiempo hasta que lo entendieron. Entonces se distanciaron. Lucio no pudo perdonarle a su hermano que hubiese contado la discusión por las

espinacas (tal vez porque le delataba, tal vez porque injustamente le inculpaba). Jonás no comprendía por qué su hermano había dejado de hablarle, por qué su madre no regresaba, por qué su padre parecía no verlos. El día que al fin entendió lo que estaba ocurriendo se escapó para verme y, jugando a las canicas, me confesó que quería volver a casa. Jonás y Lucio crecieron culpándose el uno al otro con un rencor que pronto se convirtió en mutua indiferencia. Aunque yo siempre he pensado que este origen oscuro de la hostilidad entre mis primos se desdibujó hace años y que lo sucede es que dos personas tan distintas no están hechas para soportarse, ni mucho menos para compartir algo tan profundo como el dolor.

Desde que murió Luisa, Jonás se refugió en mí y en el cine y nunca dio la más mínima prueba de orfandad. De niño estaba todo el día a oscuras en su cuarto, con la persiana bajada, iluminado por la luz azul de la pantalla, sentado como un indio frente al pequeño televisor que tenía junto a la cama, poniendo una y otra vez las cintas del videoclub en el VHS que le habían regalado mis padres. Siempre he admirado esa fortaleza de mi primo, la de vivir con dos enemigos y poder olvidarse de todo cuando enciende la televisión. Estudió filología inglesa, reparte *pizzas* de vez en cuando, ha colaborado en cortos, montado cine-clubs y puesto copas en los bares. No ha conseguido mantener un trabajo lo suficientemente estable o remunerado para marcharse de casa y sus guiones nunca salen adelante. Los escribe de noche, en su cuarto, bajo el póster de *Vértigo*, mientras escucha al otro lado a Lucio arañar el violín. Angus, de vez en cuando, le abre la puerta para decirle que es un vago.

Jonás no recuerda haber visto a su madre en el suelo. Tampoco recuerda qué cromo estaba buscando. Ni siquiera se acuerda de haber coleccionado cromos alguna vez. Nunca le vi mirar con envidia a los niños que caminaban de la mano de sus madres o emocionarse especialmente en los filmes que trataban la muerte de alguno de los progenitores. Pero a veces, mientras vemos una película, coge el mando y sube el volumen hasta agotar todos los puntos. Yo no me quejo. Sé que lo único que mi primo quiere es acallar en su interior el grito que escuchó en el salón la tarde en la que murió su madre. El grito de Lucio.

17

En Maravillas podías encontrar ferreterías cuyo dependiente llevaba un lápiz sobre la oreja y en sus escaparates se mostraban embudos, fuelles para sulfatar y tapas de ollas de metal. Mercerías que lucían fajas color carne, bragas de perlé y camisetas interiores de felpa. Bares grasientos con barra de fórmica y máquinas tragaperras. Talleres que tenían en la puerta el bombo de una lavadora. Una cabina de teléfono, vieja y desconchada en medio de la calle, con la ranura para meter las monedas oxidada y los botones casi hundidos. Era la cabina desde donde había llamado Antonio Trigo, porque por más que busqué no encontré otra en el barrio, y ya era un milagro del tiempo que aquella hubiera sobrevivido.

La policía tenía que saber si alguien le había robado a Antonio Trigo el móvil o si no lo llevaba encima el día de su desaparición. En primer lugar, porque yo no me consideraba más lista que la policía, y en segundo lugar, porque la familia lo habría notificado. Además, no resultaba tan descabellado que el último sitio en el que hubiera estado fuese el puerto, ya que su cadáver había estado días flotando en el mar. Como decía Guillermo de Ockham, nada complace tanto a la verdad como la sencillez a la hora de explicarla. Así que lo más probable es que Trigo llamase desde la cabina porque se hubiese quedado sin batería o sin saldo en la tarjeta, o tal vez ni siquiera fuera él y resultara tan solo la alucinación de una vecina con ganas de salir en el periódico. Hacía días que yo misma había desconectado el móvil porque no quería hablar con nadie, ni esperar llamadas que no llegarían, ni caer en la absurda tentación de llamar a Matías.

Miré una vez más la cabina, pasé mis dedos por el auricular verde y gastado tratando de convocar a quien había hablado por él y decidí seguir buscando lugares que me acercaran a Antonio Trigo.

Como los médiums que necesitan tocar las pertenencias del espíritu con el que quieren comunicarse: esa misma estupidez estaba haciendo yo.

Paseé por las calles de Maravillas y no me costó demasiado encontrarla. La carpintería. El Taller de Madera Trigo. Alguien debía de haber entrado, ya que la última vez que se había visto al carpintero fue bajando la reja de su negocio, y en ese momento la reja estaba subida. Probablemente la policía habría estado echando un vistazo. Me alegró que en aquel momento estuviera sola en la calle; me imaginaba que me encontraría a una serie de transeúntes señalando la carpintería, mirándola de reojo, haciendo exactamente lo mismo que yo hacía. Cuando iba a cruzar la acera para acercarme, de pronto alguien salió de la carpintería. Era un hombre joven, alto, de rasgos angulosos. El corazón se me aceleró de pronto, y rápidamente enfilé calle abajo sin detenerme, deseando que no se hubiera percatado de mi espionaje.

Debía de ser su hijo, el delineante. Un hombre bien vestido que no había heredado la pinta de artesano de su padre ni su oficio con las manos. Porque seguramente Antonio Trigo se había dejado las yemas de los dedos para que su hijo optase a una vida mejor, a un trabajo de oficina, y que pudiera dar ese salto lejos de las calles con mercerías viejas y bares grasientos. Mientras caminaba a pasos largos calle abajo, mientras huía, se me iba haciendo un nudo en la garganta. Antonio Trigo sonriendo, llevando a sus nietas al parque, acariciándolas con unos callos que les raspaban la cara. Antonio Trigo orgulloso de su familia, yendo con su mujer a conocer el piso que probablemente su hijo se había comprado con vistas al mar, acercando el oído a las puertas y golpeándolas con el puño para saber si eran de madera buena, gesto que quizás a su hijo le avergonzase. Esa gente humilde y honrada me parecía inmensamente mejor que yo. Porque las personas sencillas están más cerca de la sensatez y de la lógica profunda de la vida. Y qué sabía yo de todo eso. Me sentía una estafadora. Alguien torpe que jamás tuvo la necesidad de ser útil, que ganaba dinero escribiendo sobre que le gustaba, que cuando se le acabasen los ahorros simplemente tenía que extender la mano para recoger el fajo que le tendieran sus padres. Alguien que había crecido en una casa con calefacción, licoreras de cristal y estanterías llenas de libros, yendo

al teatro y cenando en restaurantes los sábados por la noche. Alguien, en definitiva, que se creía superior porque había leído a Faulkner y sabía quién era Adolf Eichmann.

Y lo peor de todo es que en aquellos momentos lo que más hubiese deseado hubiera sido que el hijo de Antonio Trigo se hubiese vuelto hacia mí y me hubiera dicho: «Han asesinado a mi padre. Estamos destrozados. Entre, que se lo cuento todo». Sí, yo era un ser infame. Deseaba inmiscuirme en el dolor de los demás para olvidar el mío. Quería infiltrarme en la carpintería como me había infiltrado en Casa Amalia. Y hacia allí decidí dirigirme de nuevo, porque a veces, para calmar una emoción, lo que realmente necesitamos es empacharnos de ella.

XVII

Cada vez que alguien en las películas dice «voy a hacer café, esta va a ser una noche muy larga», Jonás levanta el brazo y toca en el aire una campana invisible, como si hubiera ganado un premio. Una frase que, según demuestra mi primo, se repite indefectiblemente en la historia del cine. Me acordé de ella viendo la cafetera vieja y quemada, con el asa negra reblandecida por el calor y el uso, que Paula Blas había dejado sobre la mesa del salón encima de un trapo de cocina. No debía de haber suficientes pocillos, por lo que la tía había traído todo un surtido de dispares recipientes: vasos, tazones para el caldo, cuencos de plástico. La agente Gloria revolvía con una cucharilla el café negro en una copa de vino.

Angus había llegado ajustándose la corbata roja. Lucio trató de acercarse a él. Tío Angus le apartó con la mano. «¿Y a ti qué coño te pasa? ¡Deja de montar numeritos ante esta gentuza, joder!». Lucio le miró con sus ojos de pescado muerto. «Es por el abuelo», mintió. «Ah», repuso tío Angus dulcificando el gesto (si es que esto en Angus era posible) y atrajo a su hijo hacia sí para palmearle la espalda. «Aquí parece ser que se han olvidado muy rápido de él», dijo tío Angus dramáticamente mirándonos a todos, y se acercó al tocadiscos para volver a poner a Mozart. Colocó la aguja sobre el vinilo con su dedo grueso, un dedo con el que perfectamente podría sostenerse colgado únicamente de él en una viga.

Nadie había hecho ningún comentario sobre la acusación velada de Jonás, que había quedado flotando en el aire. En aquella tarde extraña todos nuestros muertos salían a relucir. Tío Jorge se había colocado a su lado para ponerle una mano en el hombro, gesto que sé que Jonás agradeció. Cuando Pambley llamó a Jorge para declarar, yo ocupé su puesto junto a mi primo, y así Jorge y yo dejamos claro nuestro apoyo. Jonás no paraba de restregarse las

manos con la mirada clavada en la punta de sus botas. «Oye —le susurré—, ¿qué era eso que me querías preguntar antes?». Jonás levantó la vista, observó a tío Angus buscar la licorera detrás del tocadiscos refunfuñando algo sobre Paula Blas, a Lucio ayudándole en la búsqueda, a la agente Gloria vigilándonos a todos con pose de búho. «Ya te lo digo luego», dijo volviendo los ojos de nuevo hacia las botas. Supuse (o quise suponer) que lo que tenía que decirme no era tan importante, y la corbata dejó de apretarme tanto.

En aquel silencio denso, sin que nadie hablara del carpintero, ni de Luisa, ni de nada, pero con todo ello en la estancia, transcurrió parte de la velada. Solo lo interrumpían los ronquidos de tía abuela Clara, las cucharillas chocando contra los vasos y los golpes a la lámpara.

Leonor, vencida por los tranquilizantes, se había quedado dormida junto a la chimenea con la boca abierta y la saliva colgando. En aquella postura imposible, la falda se le había subido y dejaba ver las bragas blancas a través de las medias oscuras. Esa visión me desagradó. A Pambley no pareció disgustarle del todo y, con cierto rubor, trató de despertarla para el interrogatorio. Cuando Leonor regresó, se tomó un vaso entero de café de un solo trago.

La abuela había tapado a Clara con el abrigo de Angus, grande como una carpa de circo. Siempre me ha deprimido llevar los abrigos puestos en casa, pero en Or era algo constante. Los abuelos y tía Paula Blas desfilaban por la isla vestidos con varias batas una encima de otra, con gabardinas viejas o mantas anudadas al cuello. Así nos vestían a nosotros cuando estábamos allí: con antiguos jerséis de nuestros padres, chaquetas de punto de la abuela o albornoces raídos. El frío, unido a aquel incómodo aspecto de espantapájaros, aumentaba la incomodidad en la isla. Una noche de Semana Santa llegué a dormir con tres calcetines en cada pie. Nunca entendí para qué se molestaron en instalar una calefacción que jamás encendían.

En la sala había una ansiedad que se notaba en el aire y era tan visible como el humo que sale de una tetera. Es difícil definir la sensación de irrealidad de aquella noche, la tensión, la corriente alterna de la tragedia que se notaba en el aire. Podíamos decir sencillamente que se debía a que unas horas antes habíamos enterrado al abuelo y ahora se nos estaba investigando por

asesinato, a la incredulidad por la situación o por la sospecha. Pero no bastaba con eso; aquella situación era inasimilable. Recordaba a la forma en la que se espera en un hospital durante horas a que alguien querido que acaba de sufrir un accidente salga del quirófano. Esa misma sensación de angustia y agotamiento, de incredulidad, de incertidumbre.

Tía Paula Blas fue la última en declarar. Al regresar al salón junto a Pambley, la mayoría de nosotros instintivamente miramos nuestros relojes.

—¿Ya nos podemos ir a casa? —preguntó tío Jorge con ansia.

—A estas horas, hijo, mejor os quedabais aquí a dormir —repuso la abuela.

—Esperen, esperen un momento.

Pambley se puso en el centro del salón y a mí me recordó al abuelo dirigiendo una orquesta. Esa misma pose grave y crucial antes de levantar los brazos y que empezara la música.

—Todos ustedes insisten en que es imposible llegar a la isla sin una embarcación, y que aquella noche en el embarcadero solo estaban los tres botes de la familia.

—Si quiere se lo digo cantando —apuntó tío Angus.

—No se moleste, no hará falta —contestó el inspector—. Lo que sí hará falta es bajar a inspeccionar esos botes.

No fue la impresión por la inspección lo que me hizo sentir pesadumbre, sino el descubrir que aquello aún no había acabado. Que tendríamos que seguir allí esperando, muertos de fríos, cansados, con ropa de funeral. Los detalles mínimos son los que te desalientan, al menos al principio. Se oyeron suspiros en el salón. «Por el amor de Dios. ¿Es que esto no va a terminar nunca?», sentí decir a tío Angus mientras se desplomaba sonoramente sobre uno de los sillones. Jonás, que ya se había separado de la pared, volvió a apoyarse en ella.

—No creo que puedan.

—¿Por qué dice eso, Leonor? —preguntó Pambley mirando a mi hermana.

Leonor apretaba el vaso de café vacío e intentaba abrir mucho los ojos.

—Porque mis padres se han llevado el nuestro.

El inspector se puso a pasar las hojas de su libreta y se detuvo en

una de sus primeras páginas, señalando algo con el dedo. Levantó la vista para mirar a la agente Gloria, que afirmó con la cabeza.

—¿Su bote es el azul? —preguntó Pambley a mi hermana.

—Sí.

—Entonces, no se preocupe. Ese bote sigue aquí —dijo el inspector cerrando la libreta—. La agente Gloria se encargó de decirle a sus padres que, por favor, tomaran el blanco para su regreso.

—¿El nuestro? —preguntó tía Paula Blas—. ¿Por qué?

—Porque, según el centro de control de tráfico del puerto, ese bote no estuvo en el muelle el día de autos.

«Llevaos las linternas», advirtió la abuela antes de que bajásemos al embarcadero.

18

Amalia estaba tejiendo junto a la estufa. Sentado a su lado en otra silla de mimbre, Rufo, con sus ojos desorbitados, fumaba echando el humo solamente por un lado de la boca, tamborileando los dedos sobre la pequeña mesa camilla. El bar tenía un aspecto aún más lúgubre que la primera vez que había entrado, más oscuro. Las prendas de lana tendidas se me antojaban ahora como diminutos y primitivos fantasmas. Sobre la barra, llena de cera fría, brillaban dos velas verdes y se amontonaban los vasos sucios y vacíos.

La anciana volvió a levantar la vista sobre sus gafas para mirarme.

—Mira quién ha venido. La otra —replicó Amalia colocando sus ojos de nuevo en el punto.

—Coge una silla si quieres —dijo Rufo.

Contra la pared había una silla de cocina y dos taburetes de madera que la otra noche estaban junto a la barra y supuse que los habían apartado a aquella esquina para barrer el suelo. Opté por la silla y la coloqué en la mesa como si los tres fuésemos a echar una partida a las cartas. Me quité la gorra roja y saqué del poncho un cigarrillo. Rufo, rápidamente, encendió su mechero para prendérmelo.

—Es una suerte que haya un bar donde aún se pueda fumar —dije echando el humo y cruzando los piernas.

—¿Y por eso vienes? —soltó Amalia con tono mordiente.

No respondí nada y el silencio se hizo entre nosotros, solamente alterado por las agujas de Amalia, mis caladas y los dedos sobre la mesa de Rufo. Me pregunté si el hijo de Antonio Trigo habría estado alguna vez allí, si conocería el lugar donde su padre pasaba las tardes. Me lo imaginé solo en el taller, buscando entre las cosas de

su padre pistas sobre su asesinato, o simplemente tratando de ordenar la carpintería, leyendo los pedidos que su padre había escrito. Esos son los cansinos trabajos que una muerte nos deja, como retirar del armario la ropa del difunto. Al menos en una muerte normal; desconocía cuáles eran los rituales de un asesinato o si estos existían.

El silencio en Casa Amalia era tan denso como el calor que emanaba de la estufa de hierro. Los tres sentados mirando hacia abajo, sin hablar. Creo que casi se podía escuchar el paso de las manecillas del reloj de Rufo. Ese tic-tac entre nosotros. Las zapatillas de Amalia estaban agujereadas por los lados y no sabía si por allí le saldrían los dedos o un par de babosos caracoles. La anciana emanaba una especie de tufo a pepinillos en vinagre. Me pregunté, de nuevo, qué estaba haciendo yo allí.

De pronto, Rufo hinchó las aletas de la nariz, alzó las manos y golpeó con ellas la mesa, estallando.

—Que nos lo han matado. ¡Que nos lo han matado, Amalia!

Amalia me miró a mí y luego a Rufo, como si le estuviera advirtiendo de que había ciertas cosas de las que no se hablaban delante de otros.

—Eso no se sabe —replicó la anciana volviendo a tejer, esta vez con más fuerza, más rápido; por un momento temí que se travesara un dedo con la aguja—. La gente habla mucho. Vamos a esperar a que vengan estos, a ver qué les han contado.

—Si nos han llamado, por algo será.

Rufo, aquel hombre con aspecto de descomunal batracio, también guardaba ese mismo parecido en su voz. Más que hablar, croaba. Tenía un timbre roto y desagradable. Meneaba su enorme cabeza de un lado a otro, con desesperación.

—Dicen que lo de Antonio ha sido un asesinato —me dijo mirándome con sus inmensos ojos bizcos.

—Lo sé —respondí—. Lo he leído en el periódico.

Herpiano y Jaime aún tardaron un tiempo en aparecer. Lo hicieron de la misma forma que la tarde en la que les había conocido: entraron los dos juntos por la puerta, acompasados, como si fueran una pareja de baile. Ver a Jaime de nuevo me hizo

sentirme incómoda. Supuse que él también se sentiría avergonzado. Sin embargo, pareció alegrarse mucho de que me encontrase en Casa Amalia y, al darse cuenta de mi presencia, cambió por un momento el gesto descompuesto que traía de la calle.

—¡Hombre, mira quién está aquí! Hoy estás mucho más guapa.

Me lo dijo con una alegría cómplice, como si pensara que la otra noche había existido realmente un flirteo entre nosotros que podía ser el principio o la promesa de algo. Sentí asco y piedad por él. Pero comprendí que aquella especie de atracción imaginaria que solo existía en su cabeza, esa absurda idea de llegar a mantener un romance conmigo, lo convertía en mi protector y me daba una excusa perfecta para seguir yendo a Casa Amalia. No me echarían si sabían que Jaime quería tenerme cerca. Por eso, tal vez, habían dejado que me sentara. Inmediatamente me di cuenta de lo que estaba pensando y también sentí asco y piedad por mí.

—¡Déjate de leches, Jaime! —bramó la anciana tirando la labor sobre su regazo—. ¿Qué os han dicho?

—Nada —contestó Jaime cogiendo uno de los taburetes altos y sentándose a mi lado. Mi cabeza quedó entonces a la altura de su axila—. ¿Qué nos van a decir?

Herpiano entró detrás del mostrador, cogió una botella de vino y, haciendo equilibrios, logró traerla a la mesa junto a los cuatro vasos sucios que había en la barra.

—¿Algo os preguntarían, no? —dijo con preocupación Rufo.

—Primero déjanos beber, que lo de hoy ha sido mucho —contestó Herpiano.

—Sí, lo que hemos pasado… —pronunció Jaime en tono solemne, bebiéndose el vaso de vino de un trago y poniendo una mano sobre mi hombro. No sé si buscaba consuelo o admiración.

—¿Pero no decís que no os dijeron nada? ¡Aclaraos de una vez, cojones! —Rufo gesticulaba tanto que por poco se le sale un ojo de cada lado.

—Ese inspector pelirrojo, que ni me acuerdo cómo se llama, nos preguntó lo mismo que la otra vez —contestó Herpiano, quien había decidido quedarse de pie entre Amalia y la estufa—. Que si habíamos visto a Antonio el día que desapareció, que si le habíamos notado algo extraño últimamente o nos había comentado si tenía problemas con alguien, que si le conocíamos algún enemigo. No,

no, no y no.

No habían comentado que Antonio silbaba.

—Lo peor fue ver a la mujer, a Aurora. Estaba allí, en comisaría, con la nuera, totalmente rota, hecha un cisco —añadió Jaime meneando la cabeza.

—¿Y qué hacía allí? —preguntó Amalia sorbiéndose los mocos.

—Pues lo mismo que nosotros, supongo. Volver a declarar. Qué sé yo. Me acerqué a darle un abrazo y no fui quién a decirle nada.

—¿Os dijeron algo de a qué hora tenía que ir a declarar yo?

—Pues no. ¿A ti a qué hora te dijeron que fueras?

—Sobre las ocho.

—Pues vete a esa hora, Rufo, cojones. ¿Para qué coño preguntas?

—Qué sé yo…

—Cosme nos dijo que a él le habían mandado ir sobre las siete y media.

—Menos mal que le ha tocado los días que da clases aquí. Si no, tener que venir hubiera sido un palo.

—Claro, como si esto no lo fuera.

Herpiano se rascó sus patillas de bandolero. Miró a Jaime y después volvió a bajar los ojos.

—También nos preguntaron otra cosa.

—¿El qué? —inquirió la voz de sapo de Rufo.

Noté a mi lado cómo el cuerpo de Jaime se tensaba como la cuerda de un tendal.

—Si sabíamos de alguien que tuviera motivos para matar a Antonio.

Amalia dio un grito, se tapó la boca con las manos y sus rodillas dejaron caer al suelo las agujas con la lana.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios! Que es verdad, ¡que nos lo han matado!

Yo, que hasta entonces había ejercido de convidada de piedra, traté de calmar a la anciana, le dije con voz dulce que se tranquilizara mientras Herpiano la sujetaba.

—¡Cómo voy a tranquilizarme! ¡Asesinos! ¡Criminales! Si esto es lo que trae la vida. ¡Asesinos! ¡Mal rayo les parta! —gimoteaba la anciana, que lloraba y gritaba y se palpaba la garganta.

—¿Pero quién, Amalia? ¿De quién hablas?

—De los ladrones, Jaime, de eso hablo —contestó—. De la mala gente. ¿Por qué iban a matar a Antonio si no era para robarle? ¡Parecéis bobos!

—Pero si Antonio no tenía nada.

—Yo tampoco y quisieron cortarme el pescuezo —dijo Amalia agarrándose el cuello.

XVIII

El frío y la humedad nos iban cortando los huesos mientras bajábamos la pendiente de la isla siguiendo el chorro de luz de las linternas. Pambley tropezó un par de veces. Dijo que todo hubiese sido más fácil si fuera de día, pero así eran las cosas. Resultaba difícil deslizarse a oscuras por el caparazón de la tortuga. Leonor iba al frente; ella podía bajar sin luna y con los ojos cerrados, a pesar del amodorramiento de las pastillas. Por eso precisamente, por ese aturdimiento de mi hermana, había bajado yo. Pero Leonor insistió en estar presente mientras el inspector revisaba el bote. Era ella quien sabía lo que era el centro de control de tráfico del puerto, quien conocía los rincones de la embarcación, quien advertía que no se podía navegar sin un motor de achique, sin luces y sin un sistema de flotación adecuado. En definitiva, era Leonor quien se ocupaba del bote. Yo únicamente me montaba en él de la misma forma que se suben los niños en los coches. Lucio, al que habían convertido en supuesto responsable del bote verde, venía detrás de mí.

El sonido de las piedras batidas por las olas seseantes nos envolvía a los cuatro bajando la pendiente. Sabíamos que existía el mar por el sonido. Me iba manchando de tierra los zapatos nuevos y las piedras me hacían daño al clavárseme a través de las suelas blandas. Lucio iba mascullando algo sobre que los abuelos deberían haber puesto farolas en la cuesta porque un día nos íbamos a matar en la oscuridad (protesta que Angus solía hacer). Pambley, delante de mí, iba con los brazos ligeramente levantados como un equilibrista torpe y caminaba despacio, sopesando cada paso. En aquel momento, mirando su pelo rojo iluminado por la linterna, me di cuenta de que no era el inspector despistado que nos había hecho creer. No había venido únicamente a cerciorarse de lo que

estábamos haciendo la noche de autos, como nos dijo; previamente se había informado sobre nosotros. Sabía la posición exacta de nuestros botes, de antemano había previsto registrarlos, y conocía la relación entre el abuelo y el carpintero muerto. Había mucha más premeditación en él de lo que yo en un principio creí. Pambley ya había venido a la isla suponiendo que éramos culpables. Por primera vez en la noche no desconfié de mi familia, sino que desconfié de él. Tuve el deseo loco de cogerle la linterna a Lucio y atizarle a Pambley con ella en la nuca.

Llegamos al embarcadero y los tablones de madera crujieron bajo nuestros pies. El inspector soltó un suspiro de alivio. Los dos botes se mecían sobre el mar negro. Pambley me preguntó si podría sujetarle la linterna y sacó de la cazadora un par de guantes azules de látex. Mientras observábamos cómo se los ponía, creo que a los tres nos entró un escalofrío. Ese gesto que solo habíamos visto en las películas, de cirujano a punto de operar o de sicario preparándose para estrangular, fue un golpe de realidad en toda la incredulidad de aquel día. Era un policía buscando pruebas de un asesinato en nuestro bote. Entre nosotros. No resultaba fácil de asimilar a pesar de las horas transcurridas. Esa mañana habíamos asistido al funeral del abuelo y me daba la impresión de que ese entierro había sucedido hacía años, que incluso había transcurrido en otra vida. Tío Angus tenía razón al afirmar que rápidamente nos habíamos olvidado del abuelo y de su muerte.

—No sé qué piensa encontrar ahí —susurró Leonor en un tono tan bajo que no creo que lo dijese para nadie.

Pambley había decidido empezar por nuestro bote. Lucio había soltado un bufido que no supe entender. «Pues es el más pequeño», masculló.

El inspector saltó a la embarcación con cuidado portando su linterna en forma de bolígrafo. Mi hermana y Lucio le alumbraban desde el embarcadero. Dos chorros de luz que chocaban contra el casco del bote.

Pambley fue deslizando sus manos por la cubierta, por los mandos, apuntando con la linterna. Le perdimos de vista cuando se arrodilló y yo supuse que estaba palpando las tablas del suelo. El olor a algas podridas debía de estar perforándole la nariz. Se levantó y comenzó a palpar el lugar donde nos sentábamos durante

las travesías. Golpeó la tapa con los nudillos.

—Suena a hueco. ¿Esto se abre? —gritó Pambley desde el bote para que le oyéramos por encima del mar.

—Sí, claro —contestó Leonor en idéntico tono—. Es un baúl para guardar mapas y aperos.

Pambley levantó la tapa con dos dedos, se puso la linterna entre los dientes e introdujo dentro la mitad de su cuerpo. Solo le veíamos las piernas. Al cabo de un rato salió con algo en la mano. La levantó en el aire, se sacó la linterna de la boca e iluminó lo que llevaba entre los dedos. Era un teléfono móvil, grande, viejo, gris.

—Este teléfono no pertenece a nadie de la familia, ¿verdad? —preguntó el inspector.

Oí un golpe. Al momento pude ver los zapatos de tacón de Leonor iluminados por la linterna que había dejado caer al suelo.

19

Sentados juntos y en penumbra alrededor de aquella mesa camilla parecíamos los participantes de una sesión de espiritismo. Amalia mascaba algo de forma incomprensible, como si se hubiera quitado la dentadura postiza y le diera vueltas dentro de la boca. Se revolvía, nerviosa, en la silla. Herpiano se agachó para recogerle las agujas y la lana, pero Amalia las apartó de un manotazo.

«¿Y tú qué?», me susurró Jaime desde las alturas de su taburete, intentando crear una especie de intimidad entre nosotros. «Por aquí ya ves lo que hay». Pronunció estas palabras de una forma que aspiraban a ser atrayentes, como si la tragedia fuese un imán que uniese a todos los que se veían salpicados por ella. «Bien, estoy bien», contesté, ruborizándome, en un tono aún más bajo que el que había utilizado él. «Es horrible lo que le ha pasado a vuestro amigo», dije para volver a concentrar la conversación en Antonio Trigo y participar de alguna forma en el duelo.

Rufo miró el reloj por enésima vez y esta parecía ser la definitiva. Carraspeó con fuerza para aclarar la garganta, pero el enronquecimiento de su voz de sapo seguía siendo la misma. Se levantó, se lamió la mano, se la pasó por el pelo para alisarlo y se recolocó los cuellos de la camisa.

—¿Podéis acompañarme hasta la comisaría? —Casi rogó con sus inmensos ojos estrábicos, asustados como los de un niño con un parche.

—Venga, Rufo, no jodas.

—A mí estas cosas me ponen muy nervioso. Y vosotros fuisteis juntos —reprochó de una manera casi infantil.

—Anda, Jaime. —Herpiano apagó el cigarrillo en los posos de vino y señaló con su cabeza hacia la puerta—. Vamos un rato con él.

Amalia y yo nos quedamos solas en la penumbra. La anciana estaba encorvada en la silla de mimbre, con la cabeza gacha, jugando con sus dedos arrugados como si aún tuviera en ellos las agujas. Parecía una de esas viejas silenciosas que rezan el rosario. No sabía si mi presencia la incomodaba, o si por el contrario la agradecía. El calor de la estufa mecía el bar y a nosotras. Al estar a solas con Amalia noté con más fuerza el olor avinagrado que desprendía, a sudor rancio y fermentado.

De repente, la anciana se sorbió unos mocos invisibles, como recomponiéndose, y levantó su barbilla llena de pelusa.

—Hace cuatro días, como quien dice, estábamos con él en el cementerio enterrando a la madre y ahora esto. Ahora esto.

—Ya —acerté a decir como todo consuelo.

—¿Ya qué? —me preguntó la anciana.

—No… nada. Ya. Que ya entiendo que es horrible, quiero decir.

—Menos mal que va a venir Cosme —masculló Amalia.

Ignoraba si lo había dicho porque así no estaría sola conmigo o por si Cosme sería capaz de dominar la situación.

—¿De qué es profesor? —pregunté encendiendo un cigarrillo, tratando de mantener una conversación para desviar la tensión entre nosotras y, de paso, saciar mi curiosidad.

—¿Por qué? ¿Te gustan los profesores? —dijo Amalia cargada de reproche, mirándome tras las gafas con sus ojos viejos de bolsas pellejudas, sus ojos sucios llenos de manchas, casi de mugre—. Claro que te gustan, cómo no te van a gustar. Mucho más que los albañiles.

Jaime, antes de irse con Herpiano y Rufo, me había dicho que le esperara allí. Lo dijo tocándome el hombro con la palma de la mano.

—Hay algunos que tiene la cabeza… no sé yo dónde la tienen —refunfuñó la anciana sobándose los muslos y alisando el mandil gris de cuadros—. De la universidad, nena. Cosme es profesor de la universidad. Y está casado —recalcó.

—¿De qué facultad? —continué la conversación tratando de simular que no me estaba insultando.

—¡Qué sé yo de qué facultad! Eso se lo preguntas a tu amigo Jaime, si quieres.

—No, es que me extraña que en Maravillas…

—¡Qué Maravillas ni qué Maravillas! Si Cosme ni vive en la ciudad. Viene dos veces por semana a dar clases de… de eso que él da. Pero es importante, ¿eh? Lo que él enseña es muy importante. Y no hay una semana que no venga aquí —dijo Amalia, orgullosa, clavando su dedo en la mesa camilla—. Aquí como un reloj.

—Sí, se nota que les quiere mucho —afirmé intentando halagarla.

—No lo sabes tú bien. —La anciana cruzó los brazos por debajo de sus pechos—. Y a Antonio… a Antonio le adoraba.

Amalia tragó tanta saliva que pude ver cómo un bulto le iba bajando por la garganta. Levantó las gafas para limpiarse los ojos con la punta del mandil.

—Amalia, lo siento mucho, de verdad.

—¡Qué lo vas a sentir tú, si ni siquiera le conocías! —Volvió a suspirar tratando de calmarse—. Él se crio en un sitio como este, ¿sabes? —El tono de Amalia fue entonces conciliador, como si intentara hacer las paces conmigo porque, con lo que tenía encima, necesitaba más aliados que enemigos.

—¿Antonio?

—No. Cosme.

—¿En un sótano?

Me miró como si la hubiese ofendido.

—No, nena, en un bar.

Fue una suerte que en ese momento el propio Cosme entrara por la puerta. Llevaba de nuevo el Montgomery azul marino, las mismas gafas de pasta de espía setentero o de lector de Onetti, la barba de intelectual y el olor a papel. Arrastraba los pies; parecía que la tristeza había convertido sus zapatos en plomo. Amalia se levantó de la silla con la misma pena pesada que atenazaba los pies de Cosme y los dos se abrazaron. Allí, en mitad del bar, en penumbra, con las velas verdes haciéndoles sombras chinescas en la espalda. El profesor y la anciana de zapatillas rotas. Porque realmente la tragedia sí es un poderoso imán que une a quien ha sido afectado por ella y los naufragios crean extraños compañeros de bote.

A mí también me alegró ver a Cosme. Los tres sentados ya parecíamos otra cosa, como si su presencia convirtiera aquella mesa camilla y aquellas sillas de mimbre en un lugar más seguro y no en una especie de escenario de vodevil. El profesor me trató con

afecto, agradecido porque le estuviera haciendo compañía a Amalia, y este trato me resultó reparador. Cosme en sí me resultaba reparador. Tal vez porque creyera que se parecía a mí. Se desplomó en la silla que antes ocupaba Rufo y adoptó una postura que poco recordaba a los profesores universitarios: las manos sobre la barriga redonda, las piernas abiertas, las enormes gafas en la punta de la nariz. Amalia continuaba con sus lamentos, limpiándose los mocos con el mandil, hablando de los ladrones y maldiciendo, llevándose las manos al corazón cuando pronunciaba el nombre de Antonio. Y cuando lo pronunciaba, Cosme musitaba «no me lo puedo creer» y movía la cabeza de un lado al otro. El dolor por la muerte del carpintero iba y venía en extrañas oleadas.

Al final, el profesor preguntó por los otros, pero la anciana solo decía cosas deslavazadas. Fui yo la que tomé la iniciativa y le narré a Cosme el interrogatorio de Jaime y Herpiano, las preguntas que les hicieron, la compañía a Rufo, y así logré sentirme útil.

—¿Eso fue todo lo que les preguntaron? —inquirió Cosme encendiendo el cigarrillo que yo acababa de darle. Le temblaban las manos.

—Sí. Al menos eso fue lo que contaron —contesté.

—Claro. La nuera aún no había entrado.

—¿La nuera?

Los hilos de humo del cigarrillo del profesor subían hasta el techo y se convertían en nubes. No lo fumaba, solo lo sostenía entre los dedos.

—Me preguntaron por algo que la nuera le había escuchado decir a Antonio.

De nuevo el nombre. De nuevo el pellizco en el corazón de la anciana, en la cabeza del profesor.

—¿Qué? —pregunté azuzada por la curiosidad.

Cosme miró a Amalia, y sé que en lo que dijo estaba buscando respuestas.

—La nuera le contó a la policía algo que no había mencionado cuando Antonio desapareció. No le había dado importancia, o se le olvidó, o qué sé yo. Supongo que hizo lo mismo que los demás: cuando supimos que le habían asesinado, repasamos en nuestra mente hasta el último detalle. —Cosme, al fin, le dio una calada temblorosa al cigarro—. Beatriz, la nuera, vio a Antonio hablando

desde una cabina de teléfono días antes de que desapareciera. Se acercó para saludarle, pero cuando oyó lo que estaba diciendo, pensó que discutía por algo del trabajo, no quiso interrumpir y subió a casa a dejar a las niñas con la abuela.

—¿Y de qué hablaba? —pregunté con el corazón como una locomotora.

—Beatriz no logró escucharlo, simplemente le vio alterado y oyó una frase suelta. Le oyó a Antonio decir: «Ya he esperado demasiado».

XIX

Leonor me tenía agarrado con tal fuerza que me estaba clavando las uñas en la muñeca. Era imposible librarse de ella y, de algún modo, le agradecí que tan rápidamente hubiese decidido considerarme su aliado. Lo que ignoraba era el porqué.

Pambley había dejado el teléfono móvil metido en una bolsa transparente sobre la mesa del salón, al lado de la cafetera. Tía Paula Blas sacó sus gafas de leer y se las colocó en la punta de la nariz para observarlo. A la abuela ni siquiera le hizo falta levantarse para negar que fuera suyo. Tío Jorge y Genoveva lo miraron inquisitivamente, como si trataran de contar las caras de un poliedro. A tío Angus le bastó un rápido vistazo, mientras Lucio le cuchicheaba algo al oído. Todos se habían ido acercando hasta la mesa y uno por uno fueron negando que les perteneciese.

—Es un modelo idéntico al que tenía Antonio Trigo —dijo el inspector carraspeando—. De hecho, todo indica que fuera el suyo.

—Algo que confirmaremos cuando lo llevemos al laboratorio y puedan encenderlo —se apresuró a apostillar la agente Gloria.

—Sí, sí, claro, por supuesto —afirmó Pambley—. También hay que tener en cuenta que la última señal registrada del teléfono de Trigo fue en el puerto, el lugar desde el que zarpó el bote.

No le hizo falta decir más para que entendiéramos, al menos para que yo le entendiera. Mi hermana lo había entendido ya en el embarcadero al ver el teléfono en la mano de Pambley. Me llené de pánico al pensar que la noche de la fiesta había viajado con un hombre agazapado debajo de mí.

Recordé cómo Leonor me había pedido mi móvil antes de zarpar para lograr localizar a Pedro. Me imaginé a aquel hombre escuchándonos, dándose cuenta de que él también tenía un teléfono y su sonido podría descubrir su escondite; apagándolo retorcido en

la oscuridad, dejándolo fuera por descuido. Me entraron ganas de vomitar. Estaba totalmente aterrado. Un hombre se había escondido en nuestro bote, había navegado con nosotros, debajo de mí, y le habíamos traído hasta la isla. Eso era lo que me asustaba: ese hombre siniestro encogido bajo mi cuerpo. ¿Cuántas horas había estado allí esperándonos? Tuve que apoyarme contra la pared. Tenía tanto miedo que ni siquiera me percaté de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. No lo hice hasta que Leonor me clavó las uñas en la muñeca y entonces la escuché chillar.

—¡Nos habéis tendido una trampa! ¡Nosotros no lo sabíamos! ¿Verdad, Guillermo? —dijo mirándome con los ojos idos.

Yo no supe qué contestar.

—Inspector. —Ante mi silencio, mi hermana se volvió hacia Pambley—. Ha sido uno de ellos, que nos metió a ese hombre en el bote. Nosotros no hemos tenido nada que ver.

Fue entonces cuando los miré. Se habían separado como si los hubiese dispersado una explosión. Angus, con su carnosa boca abierta de la que colgaba la colilla de un puro apagado, y Lucio detrás de él; tío Jorge y Genoveva apoyados en el aparador; la abuela y Clara sentadas; tía Paula Blas con las manos sobre el respaldo del sofá tras las espaldas de ambas; Jonás solo, contra la pared (me miraba, yo debía estar con él, pero la sujeción de Leonor me lo impedía). El *Réquiem* de Mozart flotando, despoblado, en el aire. La sorpresa y la sospecha habían caído en el salón como un par de bombas. Todos se habían acercado a alguien y también se habían alejado de alguien. La estancia entera comenzó a oler a sudor.

—Leonor, por el amor de Dios, pero qué estás diciendo —acertó a pronunciar Genoveva, la única que parecía mantener la cordura aquella noche.

El resto aceptaba parpadeando las acusaciones de mi hermana, incapaces de pronunciar palabra. Sobre todo Angus, que en otra ocasión habría estallado, pero que entonces parecía totalmente desvaído de fuerza, como si algo de él se hubiera marchado y solo hubiese quedado en el salón la enorme carcasa de su cuerpo.

—Lo que digo es que nos habéis metido a ese hombre en el bote, y Guillermo y yo no teníamos ni idea. Eso es lo que estoy diciendo, que habéis tratado de inculparnos.

No entendí por qué Leonor estaba tan segura de que yo no había

tenido nada que ver en el asunto. Tal vez simplemente necesitase un aliado, o puede que en ella se despertase un sentimiento, inmediato y hasta entonces dormido, de protección hacia mí. La miré, tiesa en el salón como una escoba, agarrándome la muñeca y uniéndome a ella, sin darme opción a ponerme en su contra. Me pregunté entonces si Pedro existiría. Si había existido aquel extraño grupo de terapia, o todo habría sido un espejismo de su mente. En aquel momento de terror me puse a calibrar la cordura de mi hermana.

—Inspector, no le haga caso. Esta niña está desquiciada.

—No soy una niña, tío, y me encuentro perfectamente —dijo Leonor, sorprendentemente calmada, como si la tranquilidad le hubiera llegado en un solo segundo—. Pero no creo que ese hombre saltara a nuestro bote por casualidad y acertara a abrir el baúl para meterse dentro y viajar hasta aquí.

La fría racionalidad con la que mi hermana se puso a inculpar a la familia fue mucho peor que sus gritos, más real, más aterradora. Como saber, a ciencia cierta, que el hombre asesinado había estado encogido debajo de mí.

La abuela, con el rostro demacrado, alzó los brazos hacia Leonor y trató de incorporarse, pero Paula Blas puso la mano sobre sus hombros y volvió a hundirla en el sofá. «Tranquila, mamá —susurró la tía—. Tranquila». Tía abuela Clara se puso a morder la manga del camisón llenándolo de saliva.

—Y según usted, Leonor, ¿quién cree que pudo decirle a Trigo el lugar en el que debía esconderse en el bote? —preguntó Pambley mientras tragaba una pastilla de regaliz.

—Cualquiera. Todos conocen el bote y todos sabían que íbamos a venir en él —respondió mi hermana con tremenda frialdad.

Un viento helado que venía de ninguna parte nos recorrió la espalda. Tenía razón. Existiera Pedro o no, mi hermana estaba en lo cierto. Las pruebas hablaban por sí mismas y ya era imposible negarlo. Ahora solo nos quedaba unirnos o resquebrajarnos. Leonor fue la primera fisura.

—Bueno, ya está bien. —Tía Paula Blas pronunció estas palabras con tristeza, como si las hubiera estado guardando para ella durante mucho tiempo en una de sus enaguas llenas de polilla—. Yo no quería decir nada, pero…

Ante la expectación de todos, tía Paula Blas se sacó un pañuelo

de tela de la manga, se sonó la nariz y comenzó a jugar con él entre sus dedos. Luego, apoyó las manos en el respaldo del sofá y volvió su cabeza hacia el aparador.

—Jorge, de verdad, si tienes algo que ver en todo esto, dilo. Si fue un accidente, algo que te salió mal, estos señores lo entenderán.

20

Mi cocina. Junto al radiocasete, discos de los Beatles, de los Rolling y de Dizzie Gillespie. Toda la noche por delante. Primera copa de ginebra.

Antonio Trigo no sabía usar el móvil, había dicho Cosme, siempre se liaba. Apenas llegaba a ver los pequeños números de las teclas; para eso, decía, tendría que cambiar de gafas o cambiar de ojos. Su hijo le había comprado el teléfono como precaución, para poder localizarle. Tenían miedo por su enfermedad hepática. Suponían también que, en caso de necesidad, Antonio haría un esfuerzo y llamaría a casa. Sabía darle a la tecla verde de coger y a la tecla roja de apagar. No era extraño, por tanto, que llamase desde una cabina. Pero sí lo era. Yo sabía que lo era. Lo supe mucho antes de que la nuera hubiese dicho nada. Nadie llama desde una cabina cerca de su portal para hablar de trabajo. Para eso se llama desde casa o desde el taller. Antonio Trigo no quería que nadie le escuchara decir que ya había esperado demasiado.

Yo no esperé. No esperé a Jaime, como me había pedido. Me marché de Casa Amalia antes de que regresaran. Dejé las velas verdes, y a Amalia, y a Cosme y la estufa, y me alejé. Me alejé del hombre que vendría con su aliento agrio y sus manos peludas a tratar de completar esa supuesta promesa entre nosotros. Traté también de alejarme de mí, de esa mujer tramposa que propiciaba todos los equívocos.

Antonio Trigo silbaba. Antonio Trigo llamaba desde una cabina telefónica. Antonio Trigo decía que ya había esperado demasiado. ¿Por qué un hombre súbitamente feliz se escondía para hablar por teléfono y ya no quería seguir esperando? Tal vez tuviese una aventura. Pero no, Antonio no. Antonio, así, como lo llamaban sus amigos. Él no podría. Engañar a Aurora, dejarse matar en el puerto

por una mujer de uñas afiladas con quien hacía el amor en las barcas. Porque para las personas como Antonio Trigo aquel amor no existía, el rojo, el brutal, por el que se mata; porque para las personas que nunca han leído un libro y trabajan con las manos desde niños solo existía ese amor cotidiano como de cemento, zapatilla o gotera con el que se crea y se sustenta a las familias, y la mujer es la que te pone la cena a las nueve en punto, y te acompaña al hospital cuando hay un familiar enfermo, y te cría los hijos, te hace la cama y se preocupa de que tomes la medicación, porque todo lo demás únicamente existe en las canciones que ellos ni siquiera conocen y no se parece en nada a la lógica profunda de la vida. No, ese amor no existía para la gente como Antonio Trigo. Todo era mucho más simple. Pero ¿existía tal vez para mí?

¿Existiría para su hijo? Aquel hombre alto y guapo, vestido a diario como su padre únicamente vestiría para las bodas. Aquel hombre que se hizo cargo de todo, que le dijo a la prensa que tenían el corazón destrozado por la pérdida, pero al menos ya sabían dónde estaba Antonio, porque un muerto es mejor que un desaparecido, porque la incertidumbre es una caja que nunca se acaba de vaciar y es muy duro pasarse la vida sacando cosas para no ver el fondo, como si no importaran las certezas, solo los espacios en blanco que dejan. Como los espacios en blanco de mi lista. La familia no hace declaraciones y ruega respeto.

¿Por qué se llevan las cosas en silencio? ¿Por qué se esconden si no hay nada que ocultar? ¿No es mejor gritar las penas? Tal vez alguien responda. Nadie sabía qué pasaba por el corazón de Antonio Trigo. Las dos nietas que crecerían y dirían en el patio del colegio: «Asesinaron a mi abuelo». Y lo dirían con el orgullo que da el misterio y la exclusividad de un crimen en la familia, sin pena porque no podrían recordar a aquel hombre que las llevaba al parque, sin que nadie hablara de ello en casa, de las atrocidades que deben de estar lejos de los niños, de la rabia, de un asesino que puede que por entonces aún siga sin tener nombre, de la razón por la que lo mataron. Qué lleva a un hombre a romper con su rutina y acercarse a un lugar donde nunca iba y encontrar la muerte. Qué hace que empecemos a silbar y lo cambiemos todo. Por qué paulatinamente nos vamos convirtiendo en otros.

Somos incapaces de pensar que alguien bueno puede llegar a

hacer algo malo. Aunque solo haya que insuflarle el odio suficiente y convencerle de que existe un motivo. Y en el caso de que encuentres partidarios de Hitler en la mesa, lo mejor sería huir de allí. ¿Realmente estaba hablando de Antonio Trigo?

Ultima copa de ginebra. La cara entre los pechos, imposible levantarme, noche acabada. KO. técnico.

XX

Cada Navidad y cada cumpleaños esperábamos, más que nada, los regalos y las historias de tío Jorge. Sobre todo, cuando éramos niños y Jorge viajaba tanto. Su presencia en Or era motivo de fiesta y sus sobrinos le tirábamos del pantalón para que se pusiera sobre la frente su cinta de kamikaze y comenzara a mover los dedos. Cada vez que esto ocurría, el abuelo se marchaba a otra habitación.

Algunos años, cuando estábamos todos reunidos en Nochebuena y tío Jorge se encontraba de viaje, llamaba a Or para felicitarnos y para mandarle un beso a tía abuela Clara. Hacíamos cola en el pasillo, con la cena enfriándose sobre la mesa, y nos íbamos pasando el teléfono para saludarle.

Solía explicarnos cómo eran los lugares a los que iba a trabajar. Aunque tío Jorge habla francés, inglés y un poco de alemán, siempre cuenta que el idioma no es lo importante de un país porque lo esencial se adivina. Nos contaba cosas como que en Holanda, mires donde mires, siempre hay agua o que el cielo de Roma se llena de pájaros negros al atardecer. Pero su lugar favorito en el mundo era París. Explicaba que en París pasear resultaba mejor que ir al cine o a un museo. Tío Jorge se metía las manos en los bolsillos, se llevaba un paraguas negro y se ponía a andar por la rue de Seine, pasando por el arco que da al Quia de Conti, recorría el Ponts des Arts, se iba a husmear en los portales viejos del *guetto* de Marais y disfrutaba con el olor de las patatas y las salchichas calientes que las vendedoras mostraban en el Boulevard de Sebastopol.

Cada vez que iba a París no tenía que dormir en un hotel, sino que se quedaba en casa de Genoveva, una antigua compañera de instituto que tras acabar los estudios había decidido irse a vivir a la ciudad de su padre. La casa de Genoveva era un pequeño

apartamento con un baño decorado en amarillo y con otra habitación en la que convivían el dormitorio, la televisión y la cocina. Tenía una sola ventana que daba a un patio interior estrecho y húmedo lleno de tendales con sábanas. Mi tío dormía en el sofá y Genoveva le tiraba la almohada desde la cama cada vez que le oía roncar.

En una de las ocasiones en las que mi tío tuvo que viajar a París, Genoveva hizo el viaje inverso y regresó a casa para ver a su madre, no sin antes dejarle la llave a Jorge debajo del felpudo. Y mi tío, que estaba acostumbrado a viajar por medio mundo, se sintió solo. Necesitaba tener cerca a su amiga, aunque no fuera más que para sentir sus pasos o el ruido que hacía cuando tiraba de la cisterna (tiempo más tarde, Jorge se daría cuenta de por qué había sentido aquella soledad inmensa en esa casa sin Genoveva y cuál era el verdadero motivo por el que París le resultaba su lugar favorito en el mundo).

Aquella noche, cuando volvió de trabajar, encendió el fuego azul de la cocina y abrió la ventana para sentirse acompañado. Revolvía los huevos para que no se le pegaran cuando empezó a oír una música que venía del patio. Retiró la sartén del fuego y se asomó a ver lo que pasaba. Los inquilinos de la casa de enfrente no eran los mismos que en su anterior visita, sino tres inmigrantes negras de ojos grandes que daban palmas cada vez que se reían. Encima de la nevera tenían un radiocasete y bailaban sin parar al ritmo de la música. Ese espectáculo divirtió mucho a Jorge y aquella noche cenó la tortilla asomado a la ventana.

Las inmigrantes comenzaron a llenar la soledad de mi tío. En aquella casa se vivía un trajín furioso y la ventana de su cocina siempre estaba abierta. En el fuego solían tener una olla hirviendo con arroz. Colgaban constantemente ropa en aquel patio mohoso llenándolo de color, aunque los propios colores de la ropa se iban quedando desteñidos y casi transparentes de tantos lavados. A veces venían otras mujeres de visita, otras inmigrantes muy parecidas a ellas que las abrazaban y siempre traían algún dulce envuelto en papel de periódico. Se quedaban largo rato sentadas en la cocina hablando como locomotoras, llenando de ruido el silencioso patio. Todas hablaban ese inglés africano que mi tío entendía mejor que el de Oxford; pronunciaban cada palabra como si acabaran de

aprenderla.

A cualquier hora del día empezaba a rugir el viejo calentador que estaba sobre el fregadero, síntoma de que alguna se estaba duchando. Luego, con la toalla enrollada en la cabeza, se asomaban a la ventana a fumar y el patio se llenaba de la fragancia del champú y el olor a tabaco.

Jorge comenzó a mirar tanto desde su ventana a la ventana de al lado que por poco se olvida de Genoveva. Las inmigrantes tenían horarios extraños, como si nunca durmiesen o como si lo hiciesen al revés. Solían llevar zapatillas con los talones descalzos y su chancleteo sobre las baldosas retumbaba en todo el patio. Pronto empezó a distinguirlas; una tenía un tajo violeta en la cara y siempre canturreaba cuando pasaba la fregona deshilachada por el suelo de la cocina; la más bajita, y a pesar de eso la que tenía los huesos más grandes, solía asomarse a la ventana para fumar, pero su mirada nunca coincidía con la de mi tío Jorge, por más que él lo intentara, ya que parecía abstraída, como si estuviese contemplando formas invisibles flotando en el patio; la otra, la más guapa, era la que hacía más ruido, la que siempre que entraba en la cocina encendía la radio y la que menos tiempo pasaba en casa.

Una tarde, en la que mi tío estaba tirado en el sofá viendo un concurso de preguntas y respuestas, escuchó cómo el horror llegaba a la casa de las inmigrantes. Y el horror tenía voz de hombre. Cuando se asomó a la ventana, vio a un negro corpulento que revolvía la cocina, tiraba al suelo las sartenes, las ollas, los platos, abría con fuerza los cajones y las puertas. Hasta que sacó del fondo del armario una caja de galletas. Al abrirla, encontró unos cuantos billetes que sostuvo un rato en la mano, como enseñando la prueba de algún delito, y luego se lo metió en el bolso. Las tres mujeres estaban arrodilladas en el suelo, dobladas, con la frente pegada a la baldosa y temblando. «¿Queríais engañarme?», entendió mi tío que decía el hombre mientras enseñaba unos dientes grandes. «¿Creéis que podéis engañar a la bruja Osanrenkoe? Sabéis que, si la traicionáis, os matará a vosotras y luego a vuestra familia». Las tres inmigrantes suplicaban desde el suelo a aquel hombre colosal.

Antes de marcharse, le propinó a cada una de las tres una patada, como si fueran dos besos de despedida.

Jorge pronto entendió todo el horror que había presenciado y

que le mantuvo asomado a la ventana con los puños apretados. Conocía de sobra el engaño dañino de la magia negra. No le fue difícil imaginarse a las tres vestidas de blanco, en una chabola de arcilla roja, con las manos cogidas y sentadas en el suelo. Tiritarían como si alguien les hubiera metido en una bañera llena de hielos. En la chabola entraría una mujer gorda y vieja, con los pechos como sacos de maíz. En la cabeza llevaría las plumas de varios animales y sobre el cuello un colgante hecho a base de pelos y dientes. Las tres comprobarían con terror que no tenía pupilas. Al rato vendrían dos hombres fuertes que sujetarían por las patas a una gallina. Uno de ellos le daría a la mujer de los ojos blancos una especie de puro, y de su boca arrugada de dientes podridos empezaría a salir un humo oscuro con el que rociaría la piel de las tres mujeres. Luego, los hombres le darían la gallina y le arrancaría el cuello con sus propias manos. «Bebed», les diría a las mujeres sosteniendo el cuello sangrante. «Bebed de aquí». Los dos hombres les cogerían sus cabezas y las obligarían a chupar aquella sangre marrón que brotaría de la gallina muerta. «Ahora sois de Osanrenkoe», les habría dicho la vieja. Y las tres sabrían que desde entonces la bruja Osanrenkoe, el peor de los espíritus, se había convertido en la dueña de sus vidas. Probablemente las habrían metido en un avión sin dejarlas despedirse. Ahora tendrían que trabajar por su libertad. «A los franceses les gusta la carne oscura —les habrían dicho—. Pagareis pronto la deuda». Era una historia común y repetida. Jorge comprendió entonces por qué los extraños horarios, las duchas constantes, la ropa que se iba a desintegrar por tantos lavados.

Tío Jorge se puso la cinta de kamikaze en la frente, cogió su maletín y salió de casa rumbo a la pastelería de la esquina. Luego, llamó a todas las puertas del tercer piso del edificio contiguo al de Genoveva llevando en la mano una bandeja de pasteles envuelta en celofán. Hasta que al final dio con ellas. La inmigrante más guapa le abrió la puerta, con los ojos húmedos, algo encorvada.

A la semana siguiente, cuando el hombre volvió a por el dinero de la caja de galletas, pasó tanto miedo que pensó que había conocido al diablo. Se fue corriendo hasta su casa, mandó que cerraran todas las puertas y se metió en la cama debajo de las sábanas temblando y rezando. Cuando le preguntaron qué era lo

que le ocurría, respondió: «Osanrenkoe existe, la he visto». «¿Pero dónde?». «En aquella casa. Trajo el fuego y las prendió en llamas». «¿Pero a quiénes?». «Y luego desaparecieron, desaparecieron. Todos estamos malditos. Ellas lo están. Lo estamos todos».

Mi tío, al final, se casó con Genoveva. Se establecieron en la ciudad y Jorge dejó de viajar constantemente. Solo iba a otros lugares cuando le reclamaban o cuando la economía lo exigía. Creo que el recibimiento que le hicimos en Or a Genoveva fue tan frío porque la culpamos a ella de que Jorge hubiese cambiado tanto, de que ya no recorriera sin cesar el mundo, de que cada día trajera menos historias increíbles, de que no nos dedicara todo aquel tiempo y su amor en exclusiva. Creíamos que Genoveva nos había robado algo que era nuestro. Pero puede que fueran los años los que hicieron que nuestro tío más joven creciera, que fue la mansedumbre de la edad lo que le transformó, y el matrimonio simplemente era una de las consecuencias de esta docilidad. Aun así, Genoveva siempre se sintió, e hicimos que se sintiera, una extraña en Or. Aquella tarde, la tarde en que Pambley nos investigaba por asesinato, Genoveva era la única en la isla que no llevaba nuestra sangre.

Pero antes de que sucediera todo esto, mi tío viajó a París muchas más veces, a trabajar y a intentar conquistar a Genoveva. Y cada vez que iba, Befhi Abdú, Merci Edoseghe y Omosefe Ijefurobo se ponían muy guapas para ir a verlo. Se empeñaban en invitarle a comer, le peinaban, le abrazaban, le besaban. Jorge dice que fueron estos gestos de cariño los que despertaron los celos de Genoveva e hicieron que se diera cuenta de que ella también le quería. Yo más bien creo que a ella le conmovió el saber lo que había hecho por las africanas, y eso fue lo que hizo que se fijara en él. Las tres inmigrantes se reían a mandíbula batiente narrándole a mi tío lo que les habían contado, cómo aquel hombre se murió de miedo después de verlas arder. Decían que les hubiese gustado estar allí para mirar cómo temblaba, escupirle, ponerse encima de él con las piernas abiertas y mearle en la cara. Mi tío nos trajo una vez una fotografía de la peluquería africana que habían puesto y nos advirtió que ellas nos cortarían gratis el pelo, aunque nosotros

tendríamos que pagarnos el viaje a Francia.

Hoy Jorge sigue teniendo todavía fieles espectadores en París. Porque las tres nigerianas acuden sin falta al Théâtre de la Ville cada vez que allí se representa el espectáculo de mi tío. De mi tío Jorge, el ilusionista.

21

Estuve merodeando dos días por Maravillas como si fuera un pequeño fantasma. Paseé por la calle en la que se encontraba la cabina de teléfono, la calle de Antonio Trigo. Nunca apartaba el ojo izquierdo del portal para ver si entraba alguien conocido o tal vez una mujer joven con dos niñas idénticas, una en cada mano.

Alguien, probablemente el hijo, había bajado la reja del taller del carpintero.

Decidí que no iba a volver a Casa Amalia. Al menos por un tiempo prudencial. Jaime y el Cristo dorado que se enrollaba en los pelos sudorosos de su pecho no se me apartaban de la mente. Tampoco los ojos sucios llenos de manchas de la anciana mirándome con reproche. Quería acabar con los equívocos, no seguir alimentando falsas promesas, quitarme de la piel aquella peste a vino y culpabilidad. No me veía capaz de soportarlo emocionalmente en aquellos momentos.

Pero las palabras de Cosme (*oyó decir a Antonio: «ya he esperado demasiado»*) continuaban ahí. Miré la lista escrita en la factura del gas y no se me ocurría otra cosa que añadir, nada con qué completar los espacios en blanco, ninguna flecha que pudiera unir los puntos, nada por lo que Trigo pudiera estar esperando. Además, no quería seguir sola en casa. Así que decidí rastrear Maravillas, un lugar que siempre me había resultado deprimente, pero que en esos momentos era el único que me parecía un refugio y que tal vez me aportase más pistas sobre el carpintero.

Me perdía constantemente por las calles del barrio. Solía acabar en alguno de esos callejones angostos que se creaban entre los edificios, llenos de roña, lavadoras rotas, pedazos de cristal, bicicletas sin ruedas y tendales con ropa en las ventanas. En Maravillas las casas se iban alternando con diminutas huertas de

berzas mustias con las hojas agujereadas que crecían al lado de somieres oxidados y bidones azules de plástico llenos de agua y caracoles. Los hombres fumaban con una cerveza en la mano en la puerta de los bares y a través de las ventanas se veían los destellos de las máquinas tragaperras.

El segundo día entré en la carnicería e hice cola durante un cuarto de hora entre mujeres de mediana edad que me clavaban los codos en las costillas para asegurarse de que esperaba mi turno. Algo muy parecido se repitió en la panadería. Tuve que comprarme un kilo de naranjas para escuchar, al fin, a alguien hablar de Antonio Trigo. El frutero y una mujer joven con mechas rojas comentaban su asesinato. Meneaban la cabeza de un lado a otro, repetían lo bueno que era Antonio, comentaban lo que traía el periódico. No me aportaron ningún dato nuevo, pero comprobé que aquella táctica de indagar en los comercios daba resultado.

Antes de seguir investigando en la pescadería, entré en una ferretería a comprarme un carrito de la compra porque ya no podía con el peso de las bolsas. Cogí uno de cuadros azules y rojos que me recordaba al que mi madre guardaba en la terraza cuando yo era niña. De la pescadería solo saqué una lubina fresca y un ramillete de perejil gratis. Nadie estaba haciendo cola en la pastelería y decidí pasar de largo. En la tienda de ultramarinos me enteré de que iban hacer obras en la plaza de la parroquia.

Iba arrastrando mi carrito por la calle, cuando sentí que alguien me llamaba. Al principio no hice caso y seguí caminando. Quién iba a conocerme en Maravillas. Pero aquella voz cada vez estaba más cerca y pronunciaba claramente mi nombre. Levanté la cabeza y entonces le vi. Estaba en la otra acera y me saludaba con la mano alzada, vigilando los coches para poder cruzar a mi encuentro. Me quedé de piedra. No esperaba encontrármelo. De hecho, no esperaba encontrarme con nadie. Me había descuidado; ya no caminaba con la cabeza gacha como una criminal y me habían reconocido. Al fin pudo cruzar, y se puso a mi lado en dos zancadas.

—Hola, Dora. —Noté por su respiración entrecortada que debía de llevar un tiempo tratando de alcanzarme. O que al menos se había dado prisa en hacerlo—. ¿Dónde te metes? He estado llamándote, pero siempre tienes el teléfono apagado.

—Sí, perdón. Lo tengo estropeado. —No entendía muy bien por

qué le pedía perdón. Supongo que por mentirle—. ¿Qué estás haciendo por aquí? —pregunté tratando de cambiar de tema.

—Qué voy a estar haciendo. Hablar con los vecinos, a ver si les saco algo más. Estoy preparando un artículo para el fin de semana sobre el asesinato del carpintero.

Era lógico. Lo extraño había sido que no me lo hubiese encontrado antes por Maravillas. Santiago Guardado tenía la cara angulosa y arañada. Era uno de esos hombres que aún conservaban cicatrices de acné picándole las mejillas.

—Por eso te he estado llamando.

—¿A mí? —pregunté, estupefacta—. ¿Para qué?

Le había prometido informarle de cualquier cosa de la que me enterase sobre el asesinato de Antonio Trigo y no lo había hecho. Pero desconocía cómo podría saberlo él. Tal vez había sido poco cauta. Puede que alguien me hubiese visto parando en Casa Amalia y se lo hubiese contado. Sentí que habían descubierto mi secreto y me llené de indefensión. No sabía por dónde empezar a contar mi implicación en aquel asesinato y tampoco quería hacerlo.

Guardado fijó sus ojos puntiagudos en mi carrito.

—¿Vives por aquí? —preguntó antes de responderme.

—No. Vengo de vez en cuando a visitar a unos amigos y aprovecho para hacer la compra. Tienen buenos precios. —Me estaba acostumbrando tanto a mentir que la facilidad con la que lo hacía empezó a resultarme preocupante.

Un gesto de desilusión que no supe interpretar afiló aún más la cara de mi colega.

—Ah. ¿Por eso conocías a Antonio Trigo? ¿Por tus amigos del barrio?

No entendía nada. Ni su repentina prisa por localizarme, ni su decepción, ni sus indagaciones. Aquel encuentro con Guardado estaba tornándose de lo más surrealista.

—Algo así. ¿Por qué me lo preguntas, Santiago?

—Pensé que tal vez lo habrías conocido haciendo el reportaje. Por eso te llamaba.

—¿Reportaje? —pregunté—. ¿Qué reportaje?

XXI

Nunca he visto enfadado a tío Jorge. Ni siquiera aquella noche. Se quedó apoyado en el aparador con los brazos cruzados, mirando a tía Paula Blas y parpadeando lentamente, más que con pesadumbre, con cansancio.

—¿Algo que me salió mal, Paula?

La tía revolvía entre sus dedos el pañuelo bordado empapado en colonia.

—Sí, ya sabes, si era alguna de tus cosas. Si la noche de la fiesta querías sorprender a papá…

—¿Sorprender a papá escondiendo en el bote de los chicos a su carpintero para luego tirarlo al mar? Sería un truco bastante extraño, créeme. Más teniendo en cuenta que lo último que haría para congraciarme con papá sería uno de mis trucos.

—Inspector —atajó la agente Gloria dejando el vaso de café sobre la repisa de la chimenea—. Él mismo ha comentado esta tarde que cualquiera diría que es el principal sospechoso de hacer desaparecer un cadáver.

—¡Pero porque es mago, por el amor de Dios! —gritó Genoveva levantando los brazos—. ¡Solo estaba haciendo una broma!

—¿Mago? —inquirió Pambley alzando las cejas.

Me sorprendió que el inspector, que sabía con exactitud dónde habían estado nuestros botes el día de la fiesta y cuál era la relación del abuelo con el muerto, desconociese que tío Jorge era en realidad el Gran Larfe, el ilusionista que representaba su espectáculo dos veces al mes en el teatro de la Bombonera. Supuse que habría muchas cosas que el inspector no habría entendido al desconocer la profesión de mi tío, aunque tampoco se molestó en preguntar por ella. O tal vez fuera otra de sus estrategias, esa forma de hacerse el ingenuo, de no saber pronunciar las palabras, de

mostrar un nerviosismo tal vez fingido que encajaba como un guante con su aspecto de pelirrojo escuálido para intentar que no le viéramos como una amenaza.

Pambley meneó el bolígrafo varias veces señalando a tío Jorge, como el que cree haber reconocido a alguien cuyo nombre tiene en la punta de la lengua.

—¿No será usted por casualidad el que va por los colegios haciendo trucos para los niños?

—El mismo —respondió mi tío poniéndose con celeridad sobre la frente la cinta de kamikaze que siempre llevaba al actuar. Era su signo de distinción. También se la ataba cuando necesitaba estar protegido; de alguna forma creía que aquella cinta le envolvía realmente de magia.

—¡Sí! ¡Ya sé quién es! —dijo Pambley con una alegría victoriosa —. Mi hijo me habló de usted. Me dijo que era genial.

—Muchísimas gracias —contestó Jorge.

Tío Angus, aún despatarrado en el sofá, se puso a aplaudir lentamente con sus manos gigantescas. Cada palmada parecía un bufido.

—Estupendo —dijo Angus—. ¿Ahora nos pondremos a tirar pelotas al aire y a escupir fuego?

—¡Angus!

—¿Qué pasa? Si es lo único que nos falta por hacer esta noche.

—Señor, aunque no lo piense, cada dato se agradece. Y considero oportuno aclarar cuál es la profesión de su hermano. Tal vez pueda estar relacionado con el caso —dijo Pambley.

—Sí, ya veo —repuso Angus—. Dígaselo a mi hermana, que poco ha tardado en acusarle.

Tía Paula Blas se puso rígida bajo su mantilla de ganchillo.

—Yo solo… pensé que había sido un accidente… qué otra cosa…

Tía Paula Blas comenzó a morderse los dedos. Jorge la abrazó y aplastó contra él su cuerpo raquítico (abrazar a Paula Blas era como acariciar a un ratón y sentir sus huesos). La tía hundió la cara en la solapa de su traje, sollozando. «Solo pensaba que había sido un accidente, qué otra cosa, perdóname, Jorge, por favor». El tío le acarició la espalda. «Tranquila, todos estamos nerviosos». Leonor empezó a protestar. No entendía las disculpas y el drama, ya que

Paula Blas simplemente había formulado una hipótesis. Clara se despertó entonces, babeando como un sabueso. Levantó ligeramente la cabeza de las rodillas de la abuela y se quedó mirando a Pambley. «A los pelirrojos los carga el diablo», dijo, y acto seguido volvió a quedarse dormida. La abuela la arropó con el abrigo de Angus y la cubrió casi entera con él, mientras seguía con su llanto sordo, mucho más imperceptible que el de tía Paula Blas.

Todo comenzó entonces a pasar muy rápido, al menos en mi interior. No se me quitaba de la cabeza que había navegado con un hombre debajo de mí. El teléfono aún seguía sobre la mesa en la bolsa de plástico transparente. Tenía el estómago destrozado por el terror, la impresión, la sorpresa y los cafés. Sentía que la habitación daba vueltas como un juguete antiguo de cuerda. Si Leonor no me hubiera estado sujetando con fuerza, me hubiese ido al suelo.

El reloj de cuco dando la hora, los pocillos de café vacíos en la mesa junto a los bastoncillos sucios, la chimenea llena de zapatos y periódicos viejos, el olor a sudor, los sollozos, el viento ululando en las ventanas mal encajadas, la bombilla de la lámpara de pie renqueando. Todo eso, todos ellos, girando a mi alrededor como un mal sueño acelerado. Y, de repente, el *Réquiem* de Mozart se detuvo.

—¿Pero qué cono…? —preguntó Angus girándose hacia el tocadiscos.

Genoveva sujetaba la aguja con la mano.

—Lo siento. Esa música estaba volviéndome loca.

—¿Sí? ¿Estás segura de que es el *Réquiem* lo que te está volviendo loca? —preguntó Angus sacando otro puro—. ¿No que nos estén acusando de asesinato? Ahora resulta que la culpa es de Mozart.

—¡Un robo! —dijo de pronto tío Jorge levantando su dedo huesudo, sin dejar de rodear a Paula Blas con el brazo izquierdo.

—¿Mozart es un robo? —preguntó tío Angus con el habano entre sus dientes de caballo.

—No. Me refiero a que eso pudo haber sido: un robo —explicó tío Jorge, que aún seguía con la cinta de kamikaze atada a la frente—. Ese hombre, el carpintero, sabía, porque se las había vendido, que papá tenía muchas piezas de valor. Pudo colarse en el bote, ir por detrás hasta la Sala de Cámara…

—Pero si papá lo vendió todo cuando se puso enfermo… —

repuso Paula Blas con un hilo de voz, separando su mejilla de las solapas de su hermano.

—Ya. Pero eso, ¿lo sabía el carpintero? —continuó tío Jorge, al que la cinta japonesa parecía infundirle una especie de lucidez—. Además, mejor me lo pones. Cuando entró en la sala y no encontró allí nada de valor, decidió regresar nadando, pero se ahogó en el camino. ¿No pudo ser?

—¿Cómo iba a saber ese hombre que nosotros íbamos a venir en el bote? —preguntó Leonor soltándome, acercándose hacia Jorge con pequeños pasos que dejaban las huellas redondas de sus tacones en la alfombra.

—Tal vez papá se lo contara —contestó tía Paula Blas sonándose la nariz con el pañuelo, alentada por la teoría de Jorge.

—¿El abuelo le contó eso al carpintero, prácticamente un desconocido? ¿Y no le contó que lo había vendido todo? —rebatió sarcásticamente Leonor con aquella frialdad suya tan aterradora.

—Aquí a la gente le gusta mucho acusar —bufó Lucio.

Mi hermana se giró tan rápidamente hacia Lucio que su coleta negra casi emitió un chasquido de látigo. Le lanzó una mirada de cuchillo.

—Los asientos de los botes ni siquiera tienen candado. Pudo perfectamente abrirlo… —comenzó a decir Genoveva, pero la detuvieron los golpes de Angus en los reposabrazos.

—¡El hijo de puta venía a robarnos! —gritó mi tío golpeando con los puños el sillón—. ¡Truhan de los cojones!

—Un momento, por favor. —Pambley levantó los brazos como si estuviera deteniendo una carrera de coches—. Con calma. Les agradezco las teorías, pero ciñámonos a los hechos. No nos adelantemos y déjennos hacer nuestro trabajo. Entiendo los nervios de la situación, pero, por favor, como les he repetido en innumerables ocasiones, esto es una investigación policial y debe seguir su curso. Bien, ¿por dónde íbamos?

—Decían que podía ser un robo, inspector —apuntó la agente Gloria.

—Sí, Gloria, gracias. Pero me refería a antes de eso. —Pambley empezó a rascarse su entrecejo color panoja—. De todas formas, Jorge, aunque su teoría del atraco frustrado no es descartable, le diré que sí lo es lo de la muerte fortuita en la huida.

—¿Por qué? —preguntó tío Jorge con los brazos cruzados.

—Porque Antonio Trigo no se ahogó.

De nuevo, un silencio espeso, paralizante. Todos habíamos dado por hecho que esa había sido la causa de la muerte de aquel hombre: las aguas oscuras y heladas llenas de remolinos. Pambley, tal vez por descuido o intencionadamente, no nos había dicho nada que indicase lo contrario.

—Entonces, ¿cómo murió? —preguntó Genoveva.

—Le clavaron un objeto punzante en el corazón.

En ese momento todo se volvió negro y confuso. Casi pude notar el olor metálico de la sangre, su espesor caliente brotando de un cuerpo a borbotones. Eso fue lo último que creí percibir antes de que el salón se desdibujara. Acababa de desmayarme.

22

Santiago Guardado miraba constantemente el reloj y trataba de hablarme sin prisa jugando entre sus dedos con el sobre de azúcar que no se había echado al café. A pesar de su aspecto inquietante, parecido al de los criminales sobre los que escribía, había algo en él que inspiraba confianza. Puede que cierta honradez o simplemente muchos años de oficio buscando complicidades.

Me había preguntado si tenía un rato para charlar y yo no supe cómo decirle que para hablar de Antonio Trigo tenía todo el tiempo del mundo. Entramos en uno de esos bares grasientos con barra de fórmica que poblaban Maravillas y Santiago prefirió quedarse de pie. «Dora, ¿seguro que te encuentras bien?». Volví a utilizar mi coartada de la gripe para justificar el estado de *shock* en el que me encontraba. «Con este frío, no me extraña», comentó. «¿Quieres que nos pongamos en una mesa?». «No, no hace falta, tranquilo». En el mostrador flotaban algunos boquerones en un aceite amarillo y la camarera miraba distraídamente la televisión con los brazos cruzados y el mando en la mano.

Recordaba perfectamente el reportaje al que se refería Guardado. No pertenecía exactamente a mi campo, pero para mis jefes Cultura era un inmenso cajón de sastre en el que cabía cualquier cosa. Al llegar a casa, me había sentado con Matías en el sofá para hablar de él. Hacía tiempo que ya no hablaba con Matías del trabajo, pero aquel reportaje y aquella gente me habían afectado mucho. Esa tarde comimos cacahuetes, bebimos cerveza y me puse a revolver entre antiguos libros. Necesitaba desembarazarme de tanta tristeza.

Santiago me explicó que uno de los miembros de la asociación sobre la que yo recientemente había hecho el reportaje había llamado al periódico para explicar que Antonio Trigo colaboraba

con ellos.

—Tampoco me quisieron dar más datos. Se pusieron en contacto conmigo a espaldas de la presidenta. Probablemente lo único que quiere el tipo es que la asociación continúe saliendo en los periódicos, que se siga hablando. Normal, por otra parte. —Guardado le pegó un trago al café y se quemó los labios—. Por eso te llamaba, por si tú habías hablado con Trigo haciendo el reportaje y sabías algo más. Pensé que por eso me habías llamado el otro día, que le habrías conocido por la asociación y por eso te interesabas por él.

—No, lo siento. Yo no tengo ni idea. Solo hablé con la presidenta y telefoneé a algunos miembros, pero ninguno era Antonio Trigo. Ni si quiera sabía que pertenecía a esa asociación. Ya te digo que sabía de él por unos conocidos.

—Nada, déjalo —dijo Guardado haciendo un gesto con la mano como si estuviera espantando alguna mosca—. Es una coincidencia, entonces.

En ese momento entró en el bar un hombre orondo y estrábico que pensé que era Rufo. Pero simplemente se parecía.

—Oye. —Santiago bebió otro sorbo de café y adoptó un tono interesado, como si no hubiese acabado de pedirme lo que quería de mí—. ¿Hiciste buenas migas con la presidenta cuando hablaste con ella?

—¿Con Violeta? Sí, es una mujer encantadora.

Hubiese sido difícil olvidar aquella larga tarde que pasamos juntas mientras me contaba historias, me enseñaba fotos y me mostraba documentos de la ONU. Violeta Grau era una de esas entrevistadas interesantes a la que le había hecho la promesa de llamarnos de vez en cuando, tomar unas cañas, no perder el contacto y que nuestra relación derivara más allá de lo profesional. Me solía pasar. Me enamoraba al instante de la gente y de sus cualidades. De artistas y cetreros, de coleccionistas de antigüedades, músicos ambulantes y misioneros en Burundi. Por eso mis artículos resultaban tan apasionados; creía firmemente en ellos. Pero nunca llegaba a llamarles para tomar algo, tal vez por prudencia, por vagancia o por inercia, y me dedicaba a saludarles afectuosamente cuando nos encontrábamos y a tratar de volver a sacarles en el periódico, como gesto de buena fe, cada vez que tenían algo

mínimamente interesante que decir.

—Pues será contigo, que tienes mano. A mí no me quiso decir ni mu. ¿Te importaría llamarla a ti, que te conoce, a ver si puedes sacarle algo?

No lo creía. Para empezar, porque, al contrario de cómo trataba de halagarme Santiago, yo no tenía ninguna mano con la gente. Era una entrevistadora amable incapaz de sonsacar más de lo que me quisieran decir. Pero decidí omitir todo eso.

—Hombre, puedo intentarlo.

—Hablaré con los jefes para decirles que me ayudaste en esto. Si consigues algo puedo decirles, incluso, que firmen el artículo con el nombre de los dos. ¿Qué te parece? —me dijo Santiago palmeándome el hombro.

A mí la remota probabilidad de que me devolviesen el trabajo me importaba bien poco. Lo único que realmente me importaba es que ahora, con acreditación oficial, formaba parte en la investigación de la muerte de Antonio Trigo.

«Dora —me dijo Guardado cuando salíamos del bar—. Que se te olvida el carro».

Fui arrastrando el carrito por las calles, me perdí cuatro veces, llegué a chocarme con una farola. Al final, decidí coger un taxi para regresar a casa. Trataba de ordenar mis pensamientos, de poner un poco de racionalidad en lo que acababa de suceder.

Los habitantes de ciudades pequeñas vivimos en una especie de telaraña. Círculos concéntricos con rayas que los cruzan. Todos hemos coincidido alguna vez en cualquiera de sus puntos; esperando en un semáforo, en la consulta de un médico, cenando en un restaurante, en la comisaría de policía reclamando una multa. Todos conocemos a alguien que conoce a alguien que conoce a alguien. Esos seis pasos con los que hipotéticamente estás conectado a cualquier otra persona del planeta se quedan muy grandes en una ciudad como la nuestra; basta con dos y, a menudo, basta con uno. Pero estos puntos de unión son microscópicos, no se ven a simple vista, hay que saber buscarlos, hallar con precisión de relojero el momento exacto en el que se produjo el cruce de caminos. Hacía meses yo había realizado un reportaje en el que Antonio Trigo

estaba remotamente implicado. Esto le hubiera pasado desapercibido a cualquiera, incluso a Santiago Guardado. Pero yo le había llamado para preguntarle por el carpintero, y eso fue lo que hizo que relacionara ambos datos. Era la segunda vez que mi vida y la de Antonio Trigo se cruzaban. Había habido otra, pero eso lo descubriría más tarde.

Pensé en la sincronicidad de Jung. Estar hablando de un sueño sobre un escarabajo de oro y que en ese preciso momento un escarabajo dorado se estrelle contra la ventana. Eso era lo que me acababa de suceder; yo vivía obsesionada con el asesinato del carpintero y alguien venía a pedirme que investigase sobre él. Tal vez las casualidades se produzcan simplemente por azar y seamos nosotros los que les aportemos el significado. Cuando nos obsesionamos con algo, todo gira a su alrededor y hace que lleguemos a ser capaces de ver los minúsculos cruces en forma de prodigiosas coincidencias. Sin embargo, yo por entonces creía, y sigo creyendo, que la casualidad es la apariencia en la que se muestra la realidad cuando quiere que nos demos cuenta de algo.

Para abrir mi portátil tuve que apartar revistas, libretas, ropa interior y envoltorios de chicle. Lo había ido cubriendo de cosas, enterrándolo, como el policía retirado que esconde en un cajón su pistola. Me había acostumbrado a vivir sin él. Lo tiré todo al suelo rápidamente y, sin ni siquiera quitarme la gorra y el abrigo, encendí el ordenador y busqué entre mis documentos el reportaje sobre la asociación.

Había nacido en un pueblo de la meseta no hacía demasiado tiempo, pero se encontraba organizada en agrupaciones territoriales totalmente independientes entre ellas, distribuidas por provincias y comunidades autónomas. De la nuestra, la provincial, sobre la que yo había escrito y presidía Violeta Grau, formaban parte unas quinientas personas. La asociación realizaba una triple función: investigación, recopilación de datos y localización. Quien acudía a ella lo hacía para donar, aportar experiencias o solicitar ayuda. Leí atentamente las palabras entrecomilladas de Violeta Grau: «Hay que tener en cuenta que solemos trabajar con gente que tiene más de 70 años y su mente, en muchos casos, está entrecortada». Antonio

Trigo tenía 66 años. Era demasiado joven. Pero había cuidado a su madre hasta su muerte. Tal vez fuera ella la que tuviera algo que decir. Violeta me había narrado la cantidad de tardes que había pasado en los pueblos sentada junto a las cocinas de carbón hablando con ancianos, escribiendo lo que le decían, desgranando sus recuerdos.

Llamé a Grau a la universidad, pero me dijeron que estaba haciendo trabajo de campo y tardaría algunos días en regresar. Y ya no me quedó más que hacer, salvo releer el reportaje y volver a repasar por enésima vez la lista en la factura del gas.

Estaba emocionada, y no por haber descubierto que Antonio Trigo formaba parte de la asociación, ya que, a eso, reconozco, no le di demasiada importancia. Simplemente era una aportación más, como saber que no bebía debido a su dolencia hepática, que tenía dos nietas gemelas o que su mujer se llamaba Aurora. Nada relevante con lo que poder descubrir por qué últimamente silbaba, a qué fue al puerto aquella tarde o a quién le decía que ya había esperado demasiado. Tres datos que yo tomaba como cruciales para resolver su asesinato. Me dejaba llevar por mi intuición, porque hasta entonces no me había defraudado; había acertado con la relevancia de la cabina, había acertado presintiendo su bondad. Eran esos presentimientos, esa conexión, lo que realmente me emocionaba. Por segunda vez la vida hacía que me topara con Antonio Trigo y me involucrase en su asesinato. El padre de Matías podía haber encontrado aquella mañana el cadáver de cualquiera; fue una casualidad que yo me interesara por aquel crimen que había influido en mi destino. Pero una segunda casualidad ya no era una simple casualidad; era la confirmación de que el carpintero y yo, por alguna extraña razón, estábamos conectados.

Apunté en la lista que Antonio Trigo pertenecía a la asociación. Achaqué aquella participación a alguna historia con su madre, a su bondad o a la importancia que les daba a las tradiciones (*velas verdes para los amigos muertos. A Antonio le gustaban esas cosas*). Aquel nuevo dato no aportaba información sobre algo inusual o secreto, sino que reafirmaba todos los puntos sobre la personalidad de Trigo. Me quité la gorra y el abrigo, me puse el pijama y fui a la entrada a recoger el carrito que había dejado tirado.

Pasé la noche entera cocinando. Asé la carne, confité las

naranjas y maceré la lubina mientras acercaba las manos al fuego para calentarlas, fumaba y escuchaba en la radio programas en los que dedicaban canciones antiguas. Apagué el horno a las cinco de la mañana.

Al día siguiente ya no tuve nada que hacer. Violeta Grau aún no había vuelto. Pensé en regresar a Casa Amalia, descubrir si los amigos de Antonio sabrían algo más sobre su muerte. Luego pensé en Jaime y en las pocas excusas que me quedaban para seguir acudiendo al bar, así que descarté la idea. Deambulaba por el salón con la bata puesta sobre el pijama, leía la lista, hacía mis cébalas, no sabía de qué hilos seguir tirando. Comencé a escuchar de nuevo a Coltrane. Volví a escuchar los pasos de Matías en el pasillo, acercándose a mí por detrás. Pero cuando me daba la vuelta, estaba sola y Matías jamás volvería a apoyarse en el quicio de la puerta para mirarme. Ese desesperante sentimiento de irreversibilidad.

Seguía necesitando a Antonio Trigo. Y había un lugar relacionado con su muerte al que hasta entonces no me había atrevido a ir.

XXII

Sentí en la nuca los dedos fríos de la agente Gloria y al abrir los ojos me topé de cerca con sus gafas negras. «¿Se encuentra bien, señor?», me dijo inclinada sobre mí. Tras su pelo corto vi las cabezas de Leonor y Jonás. Las de tía Paula Blas y tío Jorge se peleaban como dos carneros por verme. Todo olía a sudor. Apenas habían pasado unos segundos, como si hubiese cerrado los ojos en un larguísimo parpadeo y hubiera perdido el equilibrio.

—Gloria, acompáñele al baño —dijo Pambley—. A ver si conseguimos que esta noche nadie más se indisponga.

Fue como volver a poner los pies en el suelo después de haber estado dando varias vueltas subido al caballo de un tiovivo. Tuve que guiar a la agente Gloria por el pasillo, mientras ella me sujetaba del brazo. Íbamos a oscuras porque yo no acertaba a encontrar el interruptor de la luz, así que tropezamos contra varias esquinas. El mareo aumentaba mi desorientación e intenté disculparme como pude.

Pasamos junto al teléfono que había destrozado mi hermana, pisamos algunos trozos de plástico que aún estaban en el suelo, y al fin llegamos al baño. Le dije a la agente Gloria que me encontraba lo suficientemente bien como para entrar solo. Ella asintió con la cabeza y me dijo que me esperaría en la puerta.

Abrí el grifo, pegajoso por la humedad y las manchas de pasta de dientes, y me mojé la cara. En el pequeño espacio triangular del cuarto de baño se escuchaba el viento con más fuerza y hacía aún más frío que en el resto de la casa. El cubo de la fregona junto a la taza del váter, los albornoces raídos colgando de la puerta verde, las cajas de medicamentos ocupando las estanterías al lado de un bote

de colonia prácticamente acabado, una pera roja de goma y varios supositorios derretidos. El desagüe del lavamanos estaba taponado por una masa compacta de pelos mojados y, junto a los grifos, había una pastilla de jabón rosa y una piedra pómez. El mar se escuchaba furioso tras el espejo del lavabo.

Me miré la cara, totalmente blanca. Tenía unas ojeras del color de las ratas. Debajo de mí había viajado un hombre agazapado al que luego habían atravesado el corazón con un objeto punzante. Me dio una arcada y escupí en el lavabo una flema gorda y amarilla. Como aún estaba algo mareado, me senté sobre la tapa del váter, fría como una lápida. El cubo de la fregona apestaba a lejía. Aproveché para quitarme los zapatos y dejé respirar a mis talones, que estaban llenos de llagas. Recordé cómo esa misma mañana había sacado los zapatos de la caja y les había quitado el papel blanco del interior. Cuando aún no sabía nada del asesinato y creía que lo peor que me iba a ocurrir ese día era tener que ir al cementerio. Sentí nostalgia de aquel momento.

Descalzo, sentado sobre el retrete, a lo lejos oía la distorsionada voz de Pambley en el salón. Habíamos matado a un hombre. No en gesto imprudente, como hubiera sido empujarle al borde del acantilado, sino que lo habíamos asesinado con saña, apuñalándole el corazón. Un hombre que, tal vez, como decía tío Jorge, hubiese venido a robarnos, que hubiese salido del bote en mitad de las sombras y hubiese rodeado la casa mientras nosotros preparábamos la cena. Aquel hombre merodeando por la isla, apoyado en las paredes tras las que nos encontrábamos para que no le viéramos por las ventanas, alejándose de los barrancos con el viento del mar azotándole la cara. El carpintero que le vendía madera al abuelo, un hombre que debía de ser fuerte y terrible y oscuro, que podría haber salido de su escondite en la lancha y estrangularme en medio del océano. Hubiese sido fácil asustarse de él al encontrarlo en la isla, un lugar al que no podía llegar nadie, donde no podía haber nadie más que nosotros. Nos había alarmado encontrarnos a Pambley y a la agente Gloria a la puerta de la casa porque cuando llegamos la lancha de la policía ya se había ido, y no podíamos imaginar cómo habían llegado allí dos personas aparecidas de la nada. Qué no hubiéramos hecho si nos hubiésemos topado en la isla con un hombre en mitad de la noche. Si me lo hubiese encontrado

yo probablemente lo que hubiese hecho hubiera sido desmayarme, morirme de miedo en el acto. Si hubiese sido otro, como había pasado, probablemente se hubiera defendido. Nos hubiera defendido.

La noche de la fiesta fue extraña y todos teníamos un comportamiento raro. Cualquier gesto fuera de lo común lo habríamos achacado a aquella sensación de despedida y perplejidad. Sin embargo, en el baño me di cuenta de que algo no cuadraba. De que aquella tarde, con el inspector, alguien había dicho o hecho algo que no se correspondía con lo que realmente había ocurrido. Pero no sabía exactamente qué. Era una impresión. Como cuando entras en una habitación que tienes perfectamente ordenada y solo de un vistazo sabes que te han movido una pieza, pero no puedes precisar con exactitud cuál es el objeto que han descolocado. Solo sabes que algo no está en su sitio.

Tío Jorge tenía razón en una cosa: la única forma que tenía el carpintero de entrar en la casa era por la Sala de Cámara. Pambley también debió de darse cuenta. Me había preguntado cómo se las apañaba el abuelo para *desaparecer*. «Por su taller», le respondí. Esa habitación que para nosotros era un misterio.

Sin pensarlo, mecánicamente, como si alguien dentro de mí hubiese encendido un interruptor, me levanté de la taza y abrí la puerta del baño. Pero no por la que había entrado y tras la que me esperaba la agente Gloria, sino por la que estaba enfrente, la verde llena de albornoces colgados.

Dejé los zapatos junto al retrete.

23

La playa de Santa Clara poseía esa tristeza y a la vez esa hermosura que tienen las playas pequeñas en invierno. La arena estaba fría y húmeda, compacta. Sobre ella se marcaban las huellas de una pala que había hecho un montón con los escombros (ramas, algas, algún envase de plástico), el cual parecía una enorme hoguera mojada. Donde acababa la arena empezaban los prados verdes y al fondo se veían los tejados de las casas, altos y picudos, con veletas y tragaluces.

Santa Clara había seguido manteniendo su tradición decimonónica, cuando aún se encontraba allí el balneario donde las clases altas pasaban las vacaciones tomando las aguas. Está a poco más de diez kilómetros de la ciudad y cuando se habla de gente opulenta es muy común oír la frase: «Tiene una casa en Santa Clara». Realmente nadie vive allí, solo es un lugar destinado a los veranos, los fines de semana y las jubilaciones. Por el invierno suele tener el mismo aspecto que unos muebles caros y antiguos tapados con una sábana. Del diminuto pueblo pesquero original ya no queda ni rastro. Todos los terrenos se fueron comprando para construir inmensas casas de piedra con torreones, pórticos y balaustrada, palacetes de tipo nórdico y burdas imitaciones fastuosas de los *cottages* británicos. Algunas de las construcciones eran joyas de la arquitectura de principios de siglo. Tanto es así que muchas de ellas tenían junto a la cancela una placa con el nombre de su arquitecto, el año de construcción y sus principales características arquitectónicas. La casa de los padres de Matías era de las más sencillas y creo que esto, de alguna forma, les acomplejaba. La madre trataba de suplirlo con un jardín inglés en el que se encontraban varios arbustos con forma de herradura, estatuas de ángeles gordos, una pequeña fuente y un banco de piedra blanca.

Recordé la impresión que me causó el jardín y cómo la cariñosa amabilidad de la madre de Matías consiguió hacer que me relajara. Aunque, claro está, eso solo fue el principio. Luego llegó el padre y trajo con él a Antonio Trigo y todo lo demás.

Fui hasta Santa Clara en tren. No había construcciones a menos de quinientos metros de la playa, para tratar de preservar el entorno natural, y los prados que la rodeaban estaban tan cuidados como el césped de un campo de golf. Me aterraba encontrarme tan cerca de la casa de los padres de Matías, así que paseé por la playa con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, temiendo que si elevaba la vista hacia los tejados lejanos me convertiría en estatua de sal como la mujer de Lot. Me pregunté en qué lugar exacto habría vomitado el mar el cuerpo, como esperando que la huella de su cadáver aún siguiese impresa en la arena. Resultaba irónico que Antonio Trigo hubiese acabado allí, en un entorno que solo se hubiese atrevido a pisar muerto y en el que, incluso así, seguía desentonando. Miré el mar, traté de imaginar el recorrido que el cuerpo del carpintero había atravesado desde el puerto. Su pequeño gran viaje. El agua tenía un color gris azulado, adormecido, y la lentitud con la que se movía recordaba a una manta con diminutos animales debajo.

Los ladridos de un perro hicieron que volviera la cabeza. El animal, una cosa diminuta y peluda, correteaba esparciendo arena alrededor de su dueño. Creí que me convertiría en estatua de sal en aquel mismo instante. El padre de Matías y su perro se acercaban a mí paseando con calma.

XXIII

La puerta verde del baño daba directamente a la habitación de los abuelos. Un baño triangular con dos puertas, un pasillo en zigzag, cuartos a los que solo se puede llegar atravesando otros cuartos. Esa era la arquitectura absurda que el abuelo había dispuesto en Or.

La habitación de los abuelos recordaba a una sala olvidada de algún museo en decadencia. Ángeles de cerámica con la pintura desconchada colgando de las paredes, relojes dorados de carrillón, una reproducción en óleo de *Concierto Campestre* de Tiziano, una inmensa cama de bronce con figuras de caballos y varias mantas colocadas a los pies. El olor a polvo y a humedad se mezclaba con un tufo a medicamentos y úlceras. Junto a la cama había un gotero y en una esquina, plegada, la silla de ruedas del abuelo.

Continué abriendo puertas que daban a otras habitaciones, deslizándome por la casa de la única forma que podía hacerse: como si fuera un juego de cajas chinas. El cuarto de tía abuela Clara como una celda monacal: cama, orinal y crucifijo. Las sábanas estaban revueltas y el gato dormía plácidamente sobre la almohada. El cuartito de la costura: un sillón granate, un cojín desgastado, un teléfono góndola, una Singer y una radio a pilas. La habitación que había sido de Jorge, Angus y mi padre, en la que dormíamos nosotros cuando nos quedábamos en Or: cuatro camas pequeñas colocadas como en un hospital o un hospicio, un inmenso armario de luna, una única mesita con una pequeña lámpara marrón de la que colgaban flecos de lana. Otro baño, el nuestro, el que tenía la bañera de patas en la que jamás nos queríamos meter. Allí también guardaban las escobas y el viejo violín de Angus, con las cuerdas rotas. La segunda puerta de ese baño daba a un largo pasillo de baldosas negras y blancas decorado con grandes macetas de plantas

a ambos lados. La mayoría de ellas se había marchitado y el suelo estaba lleno de hojas secas y arrugadas. Pisé algunas, que crujieron bajo mis calcetines, y sentí en los pies el frío de las baldosas.

Al fondo del pasillo estaba la última puerta. La Sala de Cámara. Nunca había entrado en esa habitación.

24

Dicen que todos los trabajadores del mundo se parecen, que los bloques de edificios a las afueras de las ciudades son idénticos en Berlín y en Barcelona, que un obrero holandés come, escupe y sueña de la misma manera que un peón italiano. Yo no estoy demasiado convencida de ello. De lo que sí estoy convencida es de que todos los burgueses del mundo se parecen. Sobre todo, los de cuna; los que llevan apellidos que se remontan a almirantes que lucharon en batallas navales y cuyas familias han fundado fábricas y practicado el mecenazgo. Da igual del país que sean porque todos ellos forman una clase única. Los he visto en muchas ocasiones (recibiendo homenajes, inaugurando exposiciones de pintura, en recepciones oficiales, en entregas de premios) y la verdad es que me cuesta distinguirlos. La misma forma elegante de envejecer, de hablar con rotundidad y calma, de caminar erguidos, de sostener la copa. Esa suficiencia con la que se expresan.

El hombre que se acercaba hacia mí en la playa no era el padre de Matías, pero de lejos se le asemejaba mucho: los dos compartían el aspecto de distinguido jubilado. Incluso llevaba el mismo gorro impermeable, idéntica chaqueta de caza verde con forro a cuadros escoceses y unos zapatos de cordones muy similares. Los inquilinos de Santa Clara se parecían aún más entre sí que los habitantes de Maravillas.

—Buenos días —me dijo con tono cortés cuando pasó a mi lado mientras continuaba su paseo por la orilla. Éramos las dos únicas personas que estábamos en la playa.

El cachorro de *cocker spaniel* venía con la lengua fuera y se paró a olisquearme las botas. El padre de Matías, según me habían dicho, jamás paseaba con su perro. Tenía que haberme dado cuenta antes. Me agaché para acariciar al cocker, que tenía un pelo brillante color

canela tan suave como las alfombras persas. El hombre se detuvo a contemplar el mar mientras esperaba a su perro, con los brazos a la espalda y la correa colgándole de la mano. El agua traía un viento helado que me azotaba la bufanda y el cachorro comenzó a jugar con ella.

—¡Ven! ¡Aquí, Napoleón! ¡Deja de molestar a la señorita!

—No se preocupe, no me molesta. Si soy yo… —contesté sin dejar de acariciar al cachorro.

—Perdónele, es muy juguetón. Aún es muy joven —dijo el hombre colocándose a mi lado, inclinándose para ponerle al perro la correa en el collar.

—¿Qué tiempo tiene? —pregunté levantándome y sacudiéndome las rodillas de arena.

—Cinco meses.

—La mejor edad. Es una pena que luego crezcan.

—Este no crecerá mucho más. No es como los hijos, que hay que aprovecharlos cuando son pequeños. Luego, ya no es que no se dejen coger, es que ni siquiera se dejan acariciar.

El hombre olía a loción de afeitar y tenía los ojos de color coñac. Por debajo de su gorro impermeable asomaba un pelo blanco y lustroso. Hablaba de una forma educada y hasta afectuosa, como supuse que harían los abuelos que leen a sus nietos las historias de Herodoto frente a una chimenea. Fue esta educada calidez que presentí la que me hizo atreverme a preguntar.

—Perdone —dije envalentonándome—. ¿Le importaría que le hiciera unas preguntas?

—Si no son muy difíciles… —contestó el hombre sonriendo.

—¿No sería usted, por casualidad, la persona que encontró el otro día un cadáver en esta playa?

Yo sabía perfectamente que no lo era, pero quería comprobar cuánto conocía del asunto.

—Oh, no, no, por Dios. —El hombre movió las manos como queriendo desembarazarse de algo hediondo—. Y fue una suerte. Yo paseo por la playa todas las mañanas. Me habría resultado espantoso toparme con algo así.

—Claro —asentí.

—¿Es usted periodista?

—Sí, escribo en el periódico local. —Me ajusté la bufanda.

Convertía en presente un verbo que realmente era pasado.

—Mi nieto, el mayor, también es periodista. Pero en Bruselas. Trabaja para el Parlamento Europeo.

—Oh —respondí con la admiración que él esperaba de mí.

—¿Le importaría que fuésemos caminando mientras hablamos?

—En absoluto.

La fina espuma blanca estaba a punto de lamernos las botas. Paseábamos con la misma lentitud con la que el mar se movía. Napoleón, atado a su dueño, trotaba dando alegres saltos de bailarina.

—Estos días han venido bastantes de ustedes. Y la policía, por supuesto. Esto se llenó de policía.

—Ha tenido que ser desagradable.

—Por supuesto. Por aquí no estamos acostumbrados a esas cosas.

Me pregunté quiénes pensaría que sí estaban acostumbrados a toparse con cadáveres en las puertas de su casa.

—¿Lleva viviendo aquí mucho tiempo? —Supuse que esa pregunta le encantaría. No me equivoqué.

—Vivir, lo que se dice vivir, desde hace un par de años, cuando cerré la consulta. Pero llevamos veraneando aquí toda la vida. Podemos decir que soy un autóctono. —Sonrió enseñando los dientes—. La casa pertenecía a mi abuelo, fíjese usted. Es aquella de allí, ¿la ve? La del tejado modernista.

El hombre se detuvo en la arena para señalar un punto a lo lejos. Yo traté de no mirar demasiado, por aquel miedo de convertirme en sal.

—Supongo que será una de las que tienen placa —dije para halagarle.

—Pues sí. La verdad es que sí —contestó retomando de nuevo el paseo—. Es una obra de Luis María Smith, de 1909. De lo mejor de Santa Clara. Villa Rosario. ¿No le suena? Ha salido varias veces en los periódicos. Diversos compañeros suyos nos han entrevistado a mi mujer y a mí.

Napoleón comenzó a ladrar a unas gaviotas y dio un tirón a la correa que hizo que su dueño tuviera que agilizar el paso.

—¿Sí? Pues me encantaría venir en otra ocasión y hacer un reportaje sobre la casa —continué lisonjeándole.

—Pásese cuando quiera. De eso sí que le podría hablar largo y tendido. Pero respecto a lo del cadáver… Ahí no puedo ayudarla. Ni siquiera sé quién lo encontró. Lo único que le puedo decir es que se formó un revuelo horroroso. Yo estuve un par de días sin dar mi paseo por aquí. Hasta que lo limpiaran todo, me refiero.

—Sí, claro, no es agradable para nadie.

—¡Imagínese! Aquí, en Santa Clara, que lo más extraño que ha sucedido es que llegaran a la playa violines arrastrados por la marea. Es cierto que hace algunos años tuvimos aquel horrible asunto del robo de las joyas de la señora de Conte, en la Casa Cisco. No sé si usted se acordará de eso, es demasiado joven. A mi mujer y a mí nos entró mucho miedo por entonces y decidimos poner alarmas nuevas, más modernas.

—No, lo siento, no me acuerdo.

—Al final resultó que el ladrón fue el yerno.

El hombre comenzó a contarme la historia de aquel tipo que había perdido una fortuna en la bolsa y cómo había tratado de esconder aquella ruina robando las joyas de su suegra. Supuso que no se formaría un escándalo y que sus suegros se contentarían con cobrar el seguro, pero la desdichada señora de Conte, al comprobar que habían hurtado sus collares, sufrió una apoplejía que por poco le causa la muerte. Mientras me lo estaba contando me di cuenta de que aquel hombre, a pesar de tener mansión y consulta, no se diferenciaba demasiado de los jubilados que se sientan en los parques a dar de comer a las palomas y aprovechan la mínima oportunidad para contar sus historias a los que se sientan a su lado en el banco.

—Bueno, creo que ya le he robado bastante tiempo —dije sonriendo—. Muchísimas gracias por todo. Lamento haberle importunado.

—Encantado. Y soy yo el que lamenta no poder haberle servido de más ayuda.

Me estrechó la mano. Sus dedos eran suaves y olían a crema. Napoleón y él se quedaron paseando por la playa mientras yo me alejaba.

En el camino de regreso fui prácticamente sola en el vagón.

Tenía una extraña sensación, y no solo por haber estado tan cerca de la casa de los padres de Matías y en el lugar exacto donde empezó todo. Aquel hombre había hablado del cuerpo de Antonio Trigo como si este fuera un estorbo, algo hediondo, olvidándose de que realmente allí había una vida truncada. Lo que le resultó horrible fue la molestia, la paz alterada de Santa Clara, y había esperado a retornar sus paseos cuando lo *limpiasen* todo. Me dolió que hablase con esa desafección de un muerto y, sobre todo, me dolió que hablase así de Antonio Trigo. Pero lo cierto era que tampoco lo había dicho con maldad, sino que simplemente pensaba que las cosas eran de aquella manera. Y eso me sonaba de algo. Recordé entonces las palabras que Matías me había dicho en el coche y cómo me afectaron. *Un muerto asqueroso*. Eso había dicho. Un muerto asqueroso. El cuerpo del carpintero no solo había navegado unas cuantas millas náuticas; había atravesado varios mundos. En un principio me resultó más sencillo, más acogedor, abordar al hombre de la playa que a la gente de Casa Amalia. Luego fue al revés: me sentí más cerca de los parroquianos que del distinguido jubilado. Aun así, con ambos había tenido la sensación de impostura, de adaptación. Esa sensación que ya hacía mucho, demasiado, me atenazaba.

Iba sentada en el tren pensando en todas estas cosas, y en Santa Clara, y en Trigo y en lo que me había contado el dueño de Napoleón. Había dicho que allí lo más extraño que había sucedido es que llegaran a la playa violines arrastrados por la marea. Este comentario, que efectivamente era extraño, a mí no me sorprendió del todo. Ya lo había oído en alguna parte. Pero no lograba recordar dónde.

XXIV

El abuelo no permitía a nadie entrar en su taller. Solo, de vez en cuando, a Angus, que tuvo vía libre desde que le encerró allí tres días de niño. También a la abuela, a la que el abuelo solicitaba ayuda cuando tenía que modelar puentes de guitarra en un trozo de Palo Santo. Algo que él, por supuesto, intentaba ocultar. El abuelo, aunque jamás quiso reconocerlo, nunca fue un *luthier* hábil, ni siquiera demasiado experto. Recibía pocos encargos y estos básicamente eran debidos a sus antiguos contactos con el mundo musical de la ciudad, a profesores e instrumentistas que habían estado bajo su mando, en la orquesta o en el Conservatorio, y se apiadaban del viejo director. Además, a ningún músico le hacía gracia tener que meter su instrumento en un bote y hacerle pasar por una travesía marina. Era absurdo. El abuelo, aunque se había criado en un taller de luthería, sentía en su juventud cierto desprecio hacia el oficio de su padre; se le quedaba pequeño; él no quería ser un reparador de instrumentos, un simple obrero de la música. Lo que realmente deseaba era estudiarla, crearla, dirigirla, ser Beethoven o Wagner y no el artesano sin nombre de manos callosas que construía los violines. Por eso la luthería era realmente la distracción del abuelo, la ficción que le permitía seguir manteniéndose activo cuando ya nadie quiso seguir contratándolo, la excusa perfecta para ensombrecer el verdadero motivo de por qué no dirigía; el anciano músico encerrado en su isla construyendo violas, dignificando el oficio de su padre, reformando el pequeño y polémico Conservatorio que había dirigido para quedarse a vivir en él. Era una historia que a la gente le encantaba. Sobre todo, a mi abuelo. También creo que de alguna forma la luthería le sirvió como coartada para seguir alejado de nosotros. Apartado de la muerte de Luisa, del alcoholismo de Angus, de la presunta

culpabilidad de Lucio, de la locura de Clara, de la soltería de Paula Blas, de aquel oficio indigno de titiriteros que había escogido Jorge manchando su apellido, de todas nuestras penas y rarezas; de su vulgar familia. El abuelo era un hombre aislado en una isla y a la vez aislado en un solo cuarto.

Ni siquiera tía Paula Blas, que había vivido siempre en Or, había entrado en la Sala de Cámara hasta unos pocos meses antes. Nos enteramos una tarde de que vino a casa de visita y tomando un café en la cocina le explicó a mi padre que la abuela y ella habían tenido que desmantelar el taller porque el abuelo, al enfermar, había decidido venderlo todo a otro *luthier* de la ciudad. «¿Por qué no me llamasteis, Paula? —preguntó mi padre—. Os habría ayudado». La tía dijo que no era cuestión de molestar a nadie y luego relató con pelos y señales el infierno que había sido cargar con cajas y tablones de madera para bajarlos hasta el bote, los dos viajes que había tenido que hacer y cómo en el puerto la había estado esperando Federico, el joven *luthier* al que el abuelo le había vendido su material. «Papá debe de estar realmente enfermo. Peor de lo que nos imaginamos —le dijo casi temblando tía Paula Blas a mi padre—. Si no, no es que nunca hubiese vendido sus materiales, es que ni siquiera me hubiese dejado entrar en el cuarto. Y yo, te puedes imaginar en qué situación me encuentro. Con Clara como está, con mamá que cada día anda peor y últimamente lo único que hace es hablar con los parientes de Suiza, y ahora papá, que cualquier día nos deja de caminar. En fin, al menos hoy no hay niebla y he podido salir para visitaros».

El abuelo, rompiendo su aislamiento, dio muestras de su enfermedad. Hasta entonces vivía inmerso en la Sala de Cámara, un lugar negado para el resto, con sus instrumentos y su música. Supongo que nos impedía la entrada no solo para que no le molestásemos, sino para no mezclarse con el mundo real. La Sala de Cámara, como casi todas las habitaciones de la casa, también tenía dos puertas. Una, la que conducía al pasillo con baldosas blancas y negras en el que me encontraba. La otra daba al exterior, a los acantilados, al mar. Era la puerta trasera. El abuelo podía salir y entrar de la casa, rodearla, bajar a los botes y marcharse a la ciudad sin que nadie se enterase. No hacía falta que atravesase ninguna otra habitación. Ni siquiera el salón, donde casi siempre estábamos,

que daba al porche y a la entrada principal. El abuelo se las arreglaba para desaparecer gracias a la puerta trasera de la Sala de Cámara. Por eso tío Jorge (y tal vez Pambley) había supuesto que la única forma que había tenido el carpintero de entrar en la casa sin encontrarse de frente con alguno de nosotros era precisamente por esa puerta. Si es que había entrado. Tuvo que hacerlo. Nadie se cuela en un bote simplemente para pasear por una isla y dar vueltas alrededor de una casa.

Agarré el pomo de la puerta de la Sala de Cámara. Siempre había pensado que el día que entrara en ese cuarto lo haría lleno de emoción, preguntándome si sería como me lo había imaginado (de pequeños fantaseábamos con la idea de que el abuelo tenía allí encerrados invernaderos y minotauros, todo el misterio que puede entrañar para unos niños una habitación secreta). Jonás había conseguido colarse una tarde, mientras el abuelo dormía la siesta. Yo no le había acompañado por el miedo a que nos pillaran. «Bah, es una mierda», me dijo luego mi primo. Al crecer, aquel taller al fondo del pasillo fue perdiendo todo el interés. Aunque de alguna forma siempre quise conocer aquello que me habían negado. Pero la primera vez que entré, el día exacto del entierro del abuelo, no lo hice con emoción y curiosidad, sino tratando de encontrar alguna prueba. En el otro lado de la casa un inspector de policía interrogaba a mi familia. Yo había atravesado las habitaciones descalzo y de puntillas para no hacer ruido.

Cuando entré en la sala me decepcionó su contenido. Era una inmensa ración de nada. Hileras de estanterías vacías. Una gran mesa con una lámpara extensible, un libro abierto, seis tomos apilados y el viejo sombrero que mi abuelo llevaba a los estrenos de las óperas. Las paredes estaban como fusiladas, llenas de clavos de los que probablemente antes colgaban sus utensilios de *luthier*, las sierras, los formones, las gubias, los punzones, todos aquellos objetos afilados con los que yo supuse que perfectamente se podría atravesar el corazón de un hombre. Efectivamente, como Paula Blas había contado, el abuelo se había deshecho de todo. Solo quedaban los muebles desnudos, virutas de serrín en las esquinas, siete libros y un sombrero.

25

El despacho de Violeta Grau estaba lleno de cactus: pequeños, redondos, peludos, en el alféizar de la ventana, encima del mueble archivador, en la mesa junto a la foto de sus hijos. Daba la impresión de que los había rescatado de un jardín botánico que se había ido a la quiebra. En mi anterior visita me dijo que le gustaban aquellas plantas tan difíciles de matar. Cactus, papeles y mapas por todos los sitios, un despacho tan atiborrado que me hizo pensar que, a pesar de su relativa juventud, Grau llevaba bastante tiempo asentada en la Universidad.

Tenía el pelo corto y papada de dinosaurio. El resto de su cuerpo, más menudo, no se correspondía con la gordura de su cara. Violeta me recibió de forma cortés, pero menos amigable que cuando le había hecho el reportaje. Detrás de sus ojos pardos noté algo de desconfianza. Me preguntó cómo me trataba la vida y, sin darme tiempo si quiera a responder, me contó que había estado tres días en el monte intentando completar el mapa de fosas de la zona. Habló largo rato sobre ello y creo que narrarlo le servía como a otras personas les sirve fumar o jugar con un bolígrafo entre los dedos: para calmar los nervios. Cuando concluyó, le tembló un poco la papada.

—Dora —dijo mirando hacia a la ventana, hacia las macetas de arcilla con diminutos cactus—. Sé a lo que has venido. Vas a preguntarme por la implicación en la asociación de Antonio Trigo, ¿verdad?

—Sí —respondí sentada enfrente de ella, las dos separadas por su mesa de despacho.

—Ya. Suponía.

Grau suspiró. Puso aquella mirada de cansancio, recelo y hastío que ponían los escritores jóvenes cuando en vez de por su obra le

preguntaban por su famoso padre pintor o por su ajetreada vida amorosa. Esa mirada que le indicaba al periodista que iba por mal camino y que, a mí, por lo general, me bastaba para retroceder.

—Roberto, el secretario, me dijo que os había llamado. Lo hizo a mis espaldas, y es algo que ya me he ocupado de recriminarle. Entiendo que te manden a ti para preguntarme, pero, como le dije al otro periodista, no voy a hablar con vosotros. Estoy muy agradecida, estamos agradecidísimos, del reportaje que nos hicisteis y, en general, del trato que nos habéis dado. Sé, sabemos, que todo esto no hubiera sido posible sin la repercusión de la prensa, que entre los dos hemos conseguido que salga a la luz. Recuerda, además, que uno de los fundadores de la asociación fue un periodista. Vuestra colaboración es vital para el rescate y para que nuestra labor se conozca. —Violeta Grau me lisonjeaba como yo lo había hecho con el jubilado de la playa. Pero no porque deseara sacarme información, sino porque temía que la negativa que iba a darme supusiera una ruptura entre nosotros y ella sabía lo suficiente de venganzas y rencores—. Pero lo siento, Dora —continuó Grau, y le pesaba decir aquellas palabras—. No puedo darte la información que tengo sobre Antonio Trigo. Si él o su familia no la han hecho pública, que sería otra cosa, siento que estoy violando su confidencialidad.

—Entiendo —asentí.

Imité el gesto de Grau y me puse a mirar los cactus de la ventana.

—Violeta, ¿crees que, de alguna manera, su pertenencia a la asociación podría estar relacionada con el asesinato?

—No, ni remotamente. Aunque te sorprendería toda la miseria que hoy en día estos asuntos siguen levantando. Pero, de momento, la policía ni siquiera se ha puesto en contacto con nosotros y dudo mucho que tengamos algo que ver.

Yo tampoco lo creía. Pero estaba cerca, muy cerca de seguir internándome en la vida de Antonio Trigo. Era como el tiburón que olía sangre e inmediatamente, guiado por el instinto, tenía que encontrar al animal herido. Azuzada por este impulso, decidí hacer lo que nunca hacía por mucho que mis jefes me lo reprocharan: sonsacar. Si no con inteligencia, al menos con súplica.

—Escucha, Violeta —dije poniendo las palmas de la mano sobre

la mesa—. Este es un asunto, digamos, personal. Te prometo que, si me das esa información, jamás saldrá de mí. No la publicaré, no la difundiré. Se quedará conmigo.

Grau me miró sorprendida. Supongo que estaba preparada para la insistencia, pero no de ese tipo.

—¿Lo que vosotros llamáis *off the record*? —me preguntó con aire de misterio.

—Exactamente.

Empezó a tamborilear los dedos sobre la mesa, aquellos dedos con uñas de hombre. Se lo estaba pensando. En el fondo sabía que Grau no quería tener ningún enfrentamiento con la prensa, sino establecer fuertes alianzas. Solo necesitaba un pequeño empujón. Yo ya no trabajaba en el periódico, información que le omití, pero Santiago tal vez pudiera hacer algo.

—Sabré agradecértelo, Violeta.

Hubo un silencio entre nosotras.

—¿Solo para ti?

—Solo para mí.

Me observó pestañeando. Detuvo su tamborileo y dio una palmada en la mesa.

—Está bien. Supongo que dándotelo a ti no estoy haciendo ningún daño. No es algo vergonzoso ni algo que deba esconderse.

Grau abrió el primer cajón de su escritorio y extrajo una carpeta naranja. La tenía allí preparada, a mano, y eso confirmó mis sospechas sobre sus dudas.

—Trigo no se puso en contacto con nosotros a través de la página web, sino por el correo ordinario. Es otra opción que damos porque, como te conté en su momento, la mayoría de los que acuden a nosotros tienen una edad avanzada. No era el caso de este hombre, pero supongo que no estaba muy al corriente de internet. También va incluida una entrevista personal. No se la realicé yo, así que he tenido que buscarla y leerla en los últimos días. Aquí hay una fotocopia de todo.

—Gracias —dije cogiendo con gula aquella carpeta, casi con la saliva cayéndome de la boca.

—Su solicitud todavía estaba en trámite. Como sabes, los procesos por desgracia son muy lentos. Entre todas las cosas contra las que tenemos que luchar también está la burocracia. Una pena,

porque era un caso relativamente fácil. No sabes cuánto lamento que ese hombre haya muerto antes de que lo lleváramos a cabo.

«No murió, lo mataron», quise decir y no dije.

—Dora —me requirió Grau cuando ya estaba levantándome para irme—. Dentro de dos semanas vamos a inaugurar un monolito en la fosa común del cementerio. Te enviaré la convocatoria.

XXV

Abrí la segunda puerta de la Sala de Cámara y me topé con el frío de la noche, el viento silbando en el acantilado y el rugido del mar. Una oscuridad total. Las luces lejanas del paseo y del puerto, aquellas pequeñas luciérnagas, se encontraban al otro lado de la isla. Esa parte era como el patio trasero de Or, el lugar ciego. Había pasado muchas tardes de niño allí con Jonás, conspirando. El abuelo, de vez en cuando, abría la puerta para pedirnos silencio y nosotros tratábamos de averiguar qué se escondía detrás de sus hombros.

En cualquier otra ocasión me hubiese helado, pero me bullía tanto la sangre que no sentía el frío. Tenía los pies totalmente congelados; ni siquiera me dolían. Por allí, agazapado detrás de la casa, debía de haber entrado aquel hombre. Aquella visión me espantó y cerré la puerta de un golpe, como si el carpintero todavía estuviera mirándome ahí fuera.

En el cementerio, Paula Blas, narrando todas las tareas que ahora tenía por delante, había comentado que lo peor sería volver a la Sala de Cámara, ya que desde que la desmantelaron no habían vuelto a entrar, y a ver qué hacían ahora la abuela y ella con aquella habitación enorme. «Pues nada. Lo mismo que habéis hecho hasta ahora», le soltó Genoveva. Los demás no habíamos pisado Or desde la fiesta, así que, si realmente habíamos cometido allí un asesinato, la habitación estaría intacta desde aquella noche. Si es que mi tía nos estaba diciendo la verdad.

En la Sala de Cámara no había ninguna mancha de sangre en el suelo, ni siquiera un arma con la que matar a nadie. Comprobé las virutas; limpias, sin ninguna salpicadura. Caí en la cuenta de que nadie tenía la ropa manchada de sangre la noche de la fiesta, así que quizás el apuñalamiento no había sido la carnicería

sanguinolenta que en un principio imaginé. Pensaba que tal vez alguno de nosotros había escuchado ruidos esa noche en la Sala de Cámara, había venido alertado hasta aquí, se había topado al carpintero y, en un arrebato de terror, le había clavado una gubia en el corazón. Pero no era posible. Nadie podía escuchar ruidos en esa sala porque se encontraba totalmente aislada del resto de la casa. Puede que no fuese en esa habitación donde lo asesinamos. Y yo tenía que volver al salón antes de que se dieran cuenta de que no seguía en el baño.

Pero antes, como queriendo comprobarlo todo para acabar de cerciorarme, me aproximé a la mesa del abuelo para echarle un rápido vistazo. De cerca pude comprobar que el libro que estaba abierto sobre la mesa no era un libro, sino un cuaderno de pentagramas. Al principio de la hoja izquierda, escrita con una letra infantil o deformada por la enfermedad, se encontraba la palabra *Réquiem*. Las notas dibujadas sobre las líneas, negras, acuosas, discontinuas, también habían sido escritas con ese trazo tembloroso. Detrás de los seis libros apilados había un vaso sucio y un bote de tinta. El abuelo escribía sus composiciones con pluma. Decía que así lo habían hecho los clásicos y cualquier otra cosa, incluso un lápiz, supondría una corrupción. Al tratar de descifrar la melodía de aquellas notas, pensé inicialmente que mis escasos conocimientos musicales estaban tan oxidados como una herradura entre la hierba. Pero no, no era eso. Lo que ocurría era que aquellas notas no tenían ningún sentido. Ni siquiera suponían una cancioncilla infantil ni nada que se pudiera tararear. Daba la impresión de que alguien había repartido las fusas y las corcheas sobre aquellas hojas al azar, como quien extiende los naipes en una mesa para hacer un solitario. No había un solo borrón. Tal vez porque la corrección es la encarnación de la lucidez, y en aquellas notas no había sensatez alguna. Volví a leer la palabra *Réquiem* escrita con letra temblorosa. Eso era lo que había estado haciendo el abuelo, escribir una composición fúnebre para sí mismo como lo había hecho Mozart, esa palabra en la que se resumía todo, incluso la muerte. Por eso los seis libros que se apilaban a su lado no eran manuales de luthería ni de música, sino biografías de Wolfang Amadeus. «¡Mozart!», la última palabra de Mahler, la última palabra que el abuelo nos dedicó. Me pregunté si el abuelo, como Mozart, debilitado por la

fatiga y la enfermedad, también le pediría piedad a un Dios que iba a juzgarle. Tuvo que ser así. Tuvo que entender que ya no podía componer y que, probablemente, nada de lo que había compuesto merecía realmente la pena, ni siquiera alguno de los instrumentos que había construido. También que el Conservatorio que dirigió fue realmente un fiasco, la excentricidad de un alcalde, una escuela de música en un lugar pequeño en medio del mar, sin acústica y lleno de humedad. Tuvo que comprender que le habían escogido a él como director porque era el único dispuesto a ocuparse de aquel fraude debido a que ya nadie le llamaba para ponerse al frente de una orquesta. Un engaño en el que decidió quedarse a vivir, dignificarlo y continuar apareciendo en los libros de música no por su talento sino por su extravagancia. Tuvo que saberlo. Y por eso la fiesta y la canción de Trenet y la palabra. Gran parte de lo que hizo después de conocerse su enfermedad fue una representación que nos tenía a nosotros como público, cuando hasta entonces solo habíamos sido sus tramoyistas. A nosotros, su vulgar familia, su último reducto donde sembrar su gloria. Su vulgar familia que había cometido un crimen. Esa era la razón por la que yo había abierto la Sala de Cámara el día de su entierro.

Entonces me fijé en el vaso. El vaso junto al bote de tinta, detrás de los seis libros y el sombrero. Un vaso sucio. No era como los que se guardaban en la cocina, como los que tía Paula Blas acababa de poner en el salón porque se había quedado sin pocillos. Era un vaso de cristal labrado, con dibujos de hojas de parra y los bordes dorados. Una pieza de la vajilla buena, la que en Or solo sacaban en Nochebuena. La que se había usado la noche de la fiesta.

Me quedé sin respiración. La noche del asesinato uno de nosotros había estado en la Sala de Cámara, el lugar donde probablemente había estado aquel hombre. Alguien tuvo que verlo allí. Alguien lo mató. Alguien que se olvidó de recoger aquel vaso.

Supe lo que tenía que hacer. Rápidamente cogí el vaso con restos pegajosos y olor a madera, abrí la puerta y lo arrojé al mar con toda la fuerza de la que disponía. Oí un ruido de cristales rotos. No había caído al agua. Se había estrellado contra las rocas. Con eso sería suficiente.

26

Leí aquella carta llorando. Leí aquella carta con una botella de ginebra a mi lado en la mesa de la cocina. Para volver a leerla por segunda vez decidí encender la calefacción porque quería disfrutarla sin tener las manos frías. Incluso fregué los cacharros para darle algo de dignidad a la cocina.

La carta estaba escrita con una letra esforzada y algo picuda, la misma letra que utilizan los que simplemente están acostumbrados a rellenar facturas y hacen el esfuerzo, casi de colegial, de escribir algo más largo. La letra de Antonio Trigo. El tono en el que estaba redactada también era de novato; algo lioso al principio, embarullado, azorado por no saber explicarse; más claro hacia el final, animado por estar acabando. La piedad que me inspiraba el carpintero era infinita. Sobre todo, por la historia que contaba. Era una historia común y triste, un azote que habían sufrido muchas familias y, entre ellas, la suya. Decía que lo hacía por él, pero sobre todo lo hacía por su madre, que había muerto poco tiempo antes. Aquella madre de la que, según me habían contado y yo había apuntado en la lista, había cuidado hasta el final. No se podía ser más bueno: cuidar de una madre, preocuparse por ella, honrar su memoria, tratar, incluso después de la muerte, de aliviar su pena. Pero ella había fallecido antes de poder llegar a verlo y él, sorprendentemente, también. Sentí toda la piedad del mundo por aquellos dos seres desgraciados, por aquellos dos seres indefensos. También sentí gratitud porque su madre muriera antes de que asesinaran al único hijo que le quedaba.

La entrevista anexa no era tal como yo concibo ese término, sino una especie de informe riguroso y detallado en el que se mostraban datos como fechas, nombres y lugares. Apenas aportaba más información que la carta, pero lo hacía técnicamente.

Mi padre tenía dos años menos que Antonio Trigo y sin embargo compraba por internet las entradas de cine y los billetes de avión. El carpintero ni siquiera supo entrar en la página web de la asociación y rellenar un formulario. Volví a pensar en la fotografía del periódico, en su rostro tremendamente envejecido, como si en su infancia ya fuera uno de esos niños viejos. La edad la marca la forma distinta en que los años nos van desgastando. La carta también indicaba que, probablemente, Antonio Trigo no había solicitado la ayuda de su hijo para acceder a la asociación, porque en ese caso supuse que lo habría hecho a través de internet. Me pregunté si el delineante lo sabría. No la historia antigua, sino lo que su padre estaba tramando. Me parecía demasiado importante como para llevarlo en secreto, pero así era Antonio, todo se lo guardaba para él, y sus amigos tampoco habían comentado nada al respecto. ¿Ese era el motivo por el que silbaba? ¿Saber que al fin vería resuelto algo que llevaba tantos años en la sombra? ¿A eso se refería cuando decía que ya había esperado demasiado?

Pero Grau dijo que aún lo estaban tramitando. Por lo tanto, lo que tenía era la esperanza de verlo. ¿Tanta alegría por algo que aún no está resuelto? Además, aquello no tenía ninguna relación con que Antonio Trigo hubiese roto su rutina, hubiera ido al puerto y allí alguien le asesinara.

Pero a mí me valía. Aquel sentimiento de *voyeur* que tenía con el carpintero se veía satisfecho y feliz. Había entrado en su corazón, lo había revisado con lupa, estaba ante sus palabras y ante su historia. Algo que puede que ni su hijo conociese. Me pareció increíble haber podido llegar hasta allí. Trigo y yo cada vez estábamos más cerca. Se me ocurrió que aquella debía de ser la sensación que experimentaban los biógrafos investigando sobre alguien importante que había muerto hacía años o tal vez siglos; la total cercanía con la otra persona, la identificación, la emoción absoluta por encontrar algo privado que se desconocía.

XXVI

Al cerrar la puerta tuve que apoyarme contra ella para respirar. El corazón me latía como una locomotora, la corbata volvía a asfixiarme. Me sentía como si acabara de cometer un crimen. Y en cierta forma, así era. Destruir pruebas de un asesinato se considera un delito. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Fue un impulso más que un pensamiento razonado. Puede que de esa manera se cometieran realmente los crímenes; por un acelerón irracional en la sangre que consigue que olvides las consecuencias.

Proteger a mi familia. Eso es lo que estaba haciendo. Como tal vez hizo quien mató al carpintero. Aunque solo tal vez. Durante todo aquel día no me había dado cuenta de la gravedad del asunto en el que estábamos metidos. Los acusé a todos con la frialdad aséptica del forense que realiza una autopsia. Incluso llegué a barajar en un solo segundo quién no me hubiese importado que cometiese el crimen. Ni siquiera, como mis tíos, traté de buscar ninguna explicación plausible sobre lo que había sucedido. Empecé a entenderlo en el baño; lo comprendí del todo al ver el vaso. Yo iba a proteger a mi familia. No me asustaba que hubiese un asesino entre nosotros; me asustaba el hombre que había venido agazapado debajo de mí en la lancha. Él era el verdadero enemigo.

No podía regresar al salón en aquel estado. Aún no. Entraría con el rostro descompuesto y a Pambley no le costaría ni medio minuto preguntarme qué había hecho. Pero, si yo no podía siquiera pestañear después de arrojar al acantilado el vaso que nos inculpaba, ¿cómo pudo alguien de mi familia cometer un crimen y volver a sentarse en la mesa del porche con total tranquilidad? ¿Quién tenía una frialdad semejante? Tal vez estaba demasiado acostumbrado a las rarezas de todos, incluso a ignorarlas, como para darme cuenta de un comportamiento que a cualquier otra

persona le hubiera parecido fuera de lo común. Traté de recordar, como si fuera pasando fotograma a fotograma, quién se había levantado de la mesa llevándose un vaso, quién había podido meterse un cuchillo en los pantalones, quién había hecho cualquier mínimo gesto que pudiera inculparlo. Resultaba imposible, no podía recordarlo. Ni siquiera era consciente de haberlo visto.

Comencé a dar vueltas descalzo por la Sala de Cámara, frotándome los brazos. Intenté concentrarme en qué era lo que no me había cuadrado esa tarde, aquella sensación de que algo no estaba en su sitio. Pensé en Jonás y en su silencio, en su comportamiento nervioso restregándose las manos, en aquello que quiso decirme al apartarme junto a la ventana pero que finalmente no me dijo. Se había pasado prácticamente toda la noche de la fiesta en el salón viendo la película de Charles Laughton. Pero yo realmente no le había visto sentado en el sofá, solo escuchaba la televisión desde el porche. Él siempre fue más valiente. Si se hubiese encontrado con un ladrón en la casa, no se hubiese desmayado. Creo que fue esta sospecha, más que nada, la que me hizo arrojar el vaso al mar.

El vaso. El vaso sucio, pringoso, con olor a madera. ¿Quién lleva siempre un vaso en la mano? ¿Quién se levanta de la mesa con él? ¿Quién tendría la furia suficiente para apuñalar a un hombre, la fuerza necesaria para arrojar su cadáver al agua? Pambley me había preguntado por él. Me había preguntado si aquella noche Angus estaba muy borracho.

Empecé a escuchar a lo lejos puertas que se abrían y cerraban.

27

Acabé la copa de ginebra, encendí un cigarro y me puse a escribir detrás de la factura del gas los nuevos descubrimientos. Todavía no había escrito nada sobre la playa de Santa Clara ni sobre mi encuentro con el dueño de Napoleón. Repasé la lista e intenté unir los datos. Estuve allí durante horas tratando de desvelar lo que Antonio Trigo quería decirme. Incluso renuncié a seguir bebiendo para mantener la lucidez.

Descubrí con sorpresa que estaba hambrienta. Era una sensación que no tenía desde hacía tiempo, pero el haber estado comiendo lo que había preparado con lo que compré en Maravillas puede que le devolviera a mi estómago su rutina habitual. Para que empiecen algunas cosas basta simplemente con *empezarlas*. Abrí la nevera, pero volvía a estar vacía. Ya me había comido todo lo que había estado cocinando hasta la madrugada. Bajar a hacer la compra, encender el fuego y volver a ensuciar las sartenes se me hacía un mundo, así que decidí ir a comer a un restaurante. O, mejor, a una hamburguesería. Un sitio lo suficientemente cutre donde no me apenara estar comiendo sola con pinta de viajante.

Solo me acordaba que no tenía dinero cuando lo necesitaba. La visita que tendría que hacerles a mis padres con la mano extendida resultaba cada vez más acuciante. Pero trataba de no pensar en ello. Ni siquiera había reunido el valor suficiente para contarles a mis padres lo de Matías. Así que, impelida por la necesidad, me acordé del cheque que había recibido días antes por correo.

Seguía donde lo había dejado, arrugado en el bolso de mi poncho. Fue al alisarlo cuando lo recordé. Recordé dónde había oído lo que me había contado el distinguido jubilado sobre los violines que llegaban a la playa arrastrados por la marea. No lo había oído, sino que lo había leído; es más, yo misma lo había

escrito (en bastantes ocasiones, además, y la última no hacía demasiado).

Encendí el ordenador por segunda vez y busqué el artículo entre mis documentos. Tenía la vista cansada y no me apetecía leer en la pantalla, así que lo imprimí. Milagrosamente, mi impresora seguía funcionado. Aquella vieja máquina que imprimía como tartamudeando y me escupía con desgana las hojas. No sé por qué, pero el sonido de esa impresora siempre me ha desasosegado.

Me gustaba mucho escribir la sección de Perfiles, breves retratos de las personalidades culturales (o estrafalarias) de la ciudad. Mis perfiles, siempre generosos con el retratado, eran demasiado literarios y esto se debía a que pretendía suplir con retórica la ausencia de datos. Aunque lo deseable era telefonear a los amigos, familiares y colegas de la persona sobre la que escribía para que me hablasen de ella, yo me dedicaba a rebuscar en noticias antiguas, reportajes, entrevistas y libros recopilando datos y elaborando así, de esta manera enlatada, sus retratos.

Uno de los últimos perfiles que escribí, por petición del director, fue el de Augusto Larfeuil. «Dicen que está en las últimas, así que, más que como perfil, tómatelo como una necrológica adelantada». No era la primera vez que en el periódico tratábamos de adelantarnos a la muerte. De Larfeuil no había encontrado demasiada documentación, salvo su trayectoria musical, algunos datos esenciales y alguna entrevista escueta. Director de orquesta, exdirector del Conservatorio y *luthier*. Ni siquiera era un profesional demasiado afamado en su campo. Así que decidí tirar por lo que realmente era conocido e interesaba a los lectores: la isla de Or. Era el motivo principal para que me hubiera referido a él más veces en el periódico. La isla era uno de esos lugares raros y emblemáticos de la ciudad sobre los que nunca estaba mal escribir. Solían encargarme artículos ligeros sobre ella para llenar los huecos de Semana Santa y Navidad. Era un tema popular y recurrente, como los misterios de la catedral o el parque de atracciones abandonado en monte Sancuo. Había suficientes libros que narraban la historia de Or como para logar artículos detallados (que básicamente eran resúmenes de estos libros) y simplemente busqué mis antiguos reportajes, me plagié a mí misma y así comencé el perfil de Augusto Larfeuil, de Uil, como le conocían en el mundo musical.

Después de narrar que en la isla se abandonaban los cadáveres de los apestados, y que había servido de manicomio y hospital para enfermos de viruela, empecé a hablar de cómo logró convertirse en un estrafalario Conservatorio y todo lo que eso conllevaba. Escribí: «Al principio, sobre todo, los estudiantes no se acostumbraban a aquel vaivén marino y acaban arrojando el contenido del estómago por la borda y, en ocasiones, por descuido, también los instrumentos. Por eso era frecuente encontrar flotando en el mar violines, flautas y saxofones». Los violines que eran arrastrados por la marea hasta la playa de Santa Clara, como el distinguido jubilado me había dicho. Volví a imaginarme el cadáver de Antonio Trigo en el mar, pero esta vez rodeado de instrumentos musicales.

Continué leyendo el perfil, más por inercia que por otra cosa, y porque me hacía gracia releer lo que yo misma había escrito. La mitad de las veces ni me acordaba, y me sorprendía que yo hubiese sabido aquellas cosas alguna vez.

Entonces, lo vi. Sobre el papel. Yo misma lo había escrito.

Parpadeé. Busqué rápidamente la carta de Antonio Trigo y la entrevista técnica que le habían hecho. Señalé unas palabras con el dedo e hice lo mismo sobre mi artículo. Las palabras coincidían en los textos. Esas dos palabras coincidían. Esa tarde había leído un par de textos: uno relacionado con Antonio Trigo, otro remotamente relacionado con el lugar donde apareció su cadáver. Y en ambos había una coincidencia. ¿Sería de nuevo otra casualidad? No, las casualidades no existen, la casualidad es la apariencia en la que se muestra la realidad cuando quiere que nos demos cuenta de algo.

Empecé a pensar. Mi cerebro giraba como las ruedas dentadas de un engranaje. El puerto, los violines, Santa Clara… Abrí mucho los ojos, me quedé sin aire y creí haber descubierto algo. ¿Lo había descubierto o me estaba volviendo loca? Pero yo lo veía, lo veía con una claridad pasmosa. Agarré la botella de ginebra y le pegué un trago que me quemó la garganta y me provocó una arcada. Encendí dos cigarrillos al mismo tiempo.

Después de estar un rato sentada sin hacer otra cosa más que fumar y darle vueltas a la cabeza, impresionada por mi descubrimiento, comprendí que tenía que contárselo a alguien. Ya no me valía simplemente con saberlo. Necesitaba compartirlo. Necesitaba anunciar lo que había descubierto. Necesitaba otra

opinión. Tenía que hablar con alguien porque pensé que iba a explotar. No podía estar sola. Tomé otro trago de ginebra. Pensé en llamar a Santiago Guardado, pero le había hecho una promesa a Grau. Pensé en llamar a Matías. Pensé incluso en acudir a la policía. No podía llamar a mis padres ni a ningún amigo. De qué manera empezar a explicarles cómo me había interesado por el asesinato de Antonio Trigo, quién era él y la importancia de mi descubrimiento. Solo había un sitio al que podía ir.

Cogí la carta del carpintero, la entrevista, el artículo, la lista, me puse el poncho, arrugué todos los papeles dentro de él, salí corriendo a la calle y prácticamente me arrojé contra la puerta de un taxi. Entré con tanta prisa que el conductor pensó que estaba huyendo de alguien. La carrera me costó casi todo el dinero del que disponía, apenas me quedaron unos céntimos en la cartera. Pero no me importó.

Bajé del coche y me encontré con la puerta de madera cerrada. Intenté empujarla pero, por más que embestí contra ella, no se abrió. No tenía puesto el candado herrumbroso, así que pensé que tal vez se habían encerrado para estar tranquilos y no contar con clientes despistados. Empecé a aporrear la puerta con ansia, como si se estuvieran acercando cada vez más aquellos que me perseguían. La puerta al fin se abrió y me encontré con un Montgomery azul marino.

XXVII

Venían a por mí. Estaban atravesando la casa en mi busca. No sabía qué excusa poner cuando abrieran la puerta y me encontraran. Ignoraba qué motivo alegar para haberme escabullido del baño y encerrarme en la Sala de Cámara. Tenía la cabeza demasiado ocupada en otros pensamientos. Aquel olor a barniz, la habitación desconocida, el rugido del mar afuera. Ni siquiera tenía fuerzas para huir por la puerta de atrás. Huir hacia dónde.

Tío Angus conocía de sobra la Sala de Cámara. ¿Había sido él? ¿Merecía Angus que yo le encubriese?

Me senté en la silla del abuelo junto a la mesa, apoyé en ella los codos y puse la cara sobre las manos. Ya no podía más. No podía. Entre mis dedos veía en la libreta la palabra *Réquiem* como un absurdo presagio, como una mortaja. *Réquiem, Réquiem, Réquiem*, y unos pasos acercándose por el pasillo. Aquella palabra negra y desdibujada, escrita con letra de moribundo, volando hacia a mí como un cuervo negro. ¿Réquiem? Me aparté las manos de la cara. Miré la mesa. Allí faltaba algo. Dios mío. Faltaba algo y yo sabía lo que era.

Es curioso de lo que se puede dar cuenta uno en un solo segundo. Las imágenes corren rápidamente por el cerebro, como un proyector de cine acelerado o las páginas de una enciclopedia que pasas a toda velocidad. Y aun así lo entiendes, lo asimilas, lo procesas; ves hasta las comas y los hilos en las agujas. Ese momento de lucidez en el que logras encajar todas las piezas.

El inspector no me había preguntado si Angus estaba muy borracho la noche de la fiesta, sino que esa era la intención que pensé que conllevaba su pregunta. Lo que realmente me preguntó fue si había visto a Augusto beber *whisky* la noche de la fiesta. Supe quién había mentido, pero no aquella tarde a Pambley, al que

parecía estar diciéndole la verdad, sino antes a nosotros. Leonor tenía razón: era imposible que un desconocido llegase a la isla la noche en que todos estábamos ocupados, que acertase a meterse en el bote exacto, en el sitio preciso, que supiera cuándo salir de la lancha y rodear la casa, que hallara justamente la puerta que daba a la Sala de Cámara. Resultaba imposible si alguien no se lo hubiera dicho, si no se lo hubiera explicado y planeado con él. La misma persona que no volvió a sentarse a la mesa del porche con toda tranquilidad. Pero Leonor se equivocaba en algo: no todos conocían la hora en que nosotros íbamos a zarpar del puerto.

La puerta se abrió y las ensambladuras restallaron como un petardo.

—¡Guille! ¿Pero qué cojones haces aquí?

Jonás había entrado a la Sala de Cámara jadeando, llevándose la mano al corazón. Cuánto me alegré de verlo.

—Jonás —dije girándome en la silla. Tartamudeaba, apenas podía hablar—. Lo… lo… sé, Jonás. ¡Lo sé!

Mi primo giró la cabeza mirando por encima de sus hombros, vigilando si ya habían llegado bajo el dintel los pasos que se oían en el pasillo.

—Yo también creo que lo sé —dijo en voz baja, con muchísima rapidez, apartándose el mechón de la cara y dejándome ver sus dos ojos por primera vez en aquel día—. ¡El guion!

En ese momento la agente Gloria entró por la puerta.

28

Cosme me preguntó si estaba borracha y yo le pregunté si estaba solo. Yo le respondí *algo* y él me respondió *sí*. Luego nos quedamos mirándonos sin saber cómo seguir la conversación. Yo aún estaba jadeando y el corazón me bombeaba debajo del poncho.

—¿Venías buscando a Jaime? —me preguntó el profesor en un tono que trataba de ser lo menos invasivo posible, como azorado por nuestra supuesta relación y por la excitación apremiante que traía conmigo. Obviamente, él pensaba que estos dos hechos estaban relacionados.

No supe qué contestar, aún estaba demasiado impactada, y me quedé mirando la estufa de hierro, el rincón ahora vacío donde se sentaba la anciana a tejer, tratando de relajarme y de pensar por dónde iba a empezar a contarle. En el fondo, me alegraba que estuviéramos solos, aunque no lo había previsto así.

—Amalia cierra un jueves de cada mes, que es el día que va a la residencia a ver a su hermana —comenzó Cosme—. Cuando coincide que estoy en la ciudad, me deja las llaves para que venga a prender la estufa y me quedo aquí un rato leyendo.

Me fijé entonces en que había un libro abierto sobre la barra, junto a una vela verde encendida. Aquel descubrimiento, no del libro sino del lector solitario, me reconfortó. Como el emigrante que encuentra a un compatriota en un pueblo lejano y perdido.

—Lo siento, pero Jaime no va a venir hoy. —El profesor volvió a usar aquel tono tímido—. ¿Quieres que le llame?

—No, no hace falta. Contigo me vale —dije recobrando el aliento.

Los ojos se le asustaron tras las gafas de concha y se le enrojecieron los mofletes.

—Dora, no sé qué impresión te habremos causado o qué es lo

que buscas exactamente aquí —dijo. Jugaba nerviosamente con los botones en forma de cuerno—. Pero yo soy un hombre casado y…

—¡No, no, por Dios! —exclamé avergonzada—. No es nada de eso. Es que… he descubierto algo sobre la muerte de Antonio.

—¿Sobre la muerte de Antonio? —Cosme levantó las cejas y, tras su barba y sus gafas de concha, puso cara de niño perdido.

Traté de explicárselo como pude, hilvanando mentiras y verdades, dejando lo importante sin mácula. Nos habíamos sentado alrededor de la mesa camilla, con el calor cercano de la estufa de hierro. Él, con el Montgomery azul marino desabrochado, había puesto sobre la mesa la botella de vino y dos vasos, mientras yo, sentada en la silla de mimbre de Amalia, se lo contaba todo. El profesor trataba de no interrumpirme y, aunque parecía que no se fijaba, vertía un poco más de vino cuando mi vaso estaba a punto de quedar vacío.

Empecé mi historia con una mentira: le dije que desde que había entrado por casualidad en Casa Amalia y me había enterado de la historia de Antonio, comencé a interesarme por el caso. Lo demás lo narré fielmente: el repaso a las noticias, el contacto con mi antiguo compañero de trabajo, la asociación, la conversación con Grau, la carta, la obsesión por recopilar datos, el peregrinaje por los lugares relacionados con el carpintero. Íbamos fumando un cigarro tras otro y Cosme me escuchaba atento, concentrado en mirarme. Saqué del poncho las hojas, las desarrugué sobre la mesa y se las enseñé. La lista tras la factura del gas se manchó de vino y fue lo primero que el profesor cogió. Se quitó las gafas y achicó los ojos para leerla. A ambos lados de la nariz las marcas que le habían dejado los anteojos parecían las huellas de un pájaro. Iba siguiendo con el dedo las líneas que leía y murmurando, no como se lee en alto, sino como se reza.

—¿«Cosme»? —me preguntó sorprendido cuando leyó ese punto de la lista.

No recordaba haber apuntado su nombre. Sentí que la cara se me encendía mucho más debido al calor que daba la estufa de hierro.

—Yo… no es que te considerase sospechoso, pero no me

cuadrada del todo tu presencia en este bar. Como te dije, solo apuntaba datos y trataba de darles una explicación.

Cosme se rio y, al hacerlo, le tembló la barriga redonda.

—Pensarás que estoy loca —dije desplomando mi cabeza sobre la mesa.

—No es eso, Dora. Es que hace muchos años alguien también apuntó mi nombre en una lista. Te sorprendería lo que estoy dispuesto a creer.

Y después de este misterioso comentario, el profesor siguió leyendo y bisbiseando, paseando su dedo por la lista. Pensé que de esa forma debía de corregir los exámenes. No entendió la importancia de los silbidos. Le expliqué que nadie empieza a silbar de pronto si no es porque está contento, y que aquello podía reflejar una súbita alegría en su vida, un cambio. Cosme me miró con escepticismo y algo de piedad. De nuevo, volví a sentirme ridícula.

Con la carta de Antonio fue diferente. Se mordió los labios, meneó la cabeza de arriba a abajo, tuvo que parar un par de veces para pellizcarse los ojos y tomar unos sorbos de vino. Trató de recomponerse para leer la entrevista técnica y la necrológica. Yo le miraba atentamente mientras fumaba.

Cuando acabó, el profesor dejó los papeles sobre la mesa camilla, se volvió a poner las gafas y me miró.

—Vas a tener que explicármelo otra vez.

—Sí. —Realmente no deseaba otra cosa—. El último registro de la señal del móvil de Antonio fue en el puerto. Luego el mar arrastró su cuerpo y pareció en la playa de Santa Clara. Por eso pensábamos que lo habrían matado en el muelle y arrojado su cuerpo al agua. Pero no tuvo por qué ser así.

Busqué en los papeles de la mesa e intenté encontrar en ellos las palabras que coincidían.

—La marea arrastraba los instrumentos hasta Santa Clara cuando se caían al agua desde la isla de Or. El cuerpo de Antonio también pudo seguir ese camino. Desde la isla, ¿entiendes?

Le señalé a Cosme el nombre que se repetía en la carta, la entrevista y el perfil que yo había escrito.

—No sabemos si Antonio conocía a alguien en el puerto —continué, deseando crear en Cosme el mismo impacto que había sentido yo—. Pero sí conocía a alguien en esa isla.

XXVIII

La agente Gloria me condujo a través del pasillo y de las habitaciones. Jonás caminaba a nuestro lado sin decir nada. Volvimos a pasar por delante de la bañera, la máquina de coser, el orinal, las camas. Y sin embargo para mí nada era lo mismo. Había hecho un viaje del que no se regresa.

Entré en el salón con la vista clavada en el suelo. De pequeño, cuando me preguntaban dónde se había vuelto a esconder Jonás, yo me esforzaba por no delatarle, pero la mirada se me iba hacia la cortina, el sillón o la alacena; así conseguían encontrarlo rápidamente. Temía volver a caer en esta debilidad, señalar al culpable con los ojos. Además, era lo único que deseaba hacer: mirar, cerciorarme, preguntar por qué. No entendía nada, y lo poco que comprendía hubiese preferido ignorarlo. Me concentré en los zapatos de cordones de tío Angus, en los nudos de lana de la alfombra, en las patas de la mesa arañadas por el gato. No habían vuelto a poner a Mozart, cosa que agradecí. Solo pude escuchar el tic-tac del reloj de cuco y los ronquidos de tía abuela Clara.

—Guillermo, ¿dónde se había metido? —me preguntó Pambley.

Yo continuaba con la cabeza agachada.

—¿Guillermo?

—Estaba en la habitación que da a la otra puerta de la casa, inspector. Lo que llaman la Sala de Cámara —se apresuró a apuntar con tono notarial la agente Gloria.

—Vaya, no me diga… ¿Y qué hacía ahí, Guillermo?

—Si no estaba haciendo nada —oí que decía Jonás a mi lado—. Estaba sentado mirando los papeles del abuelo. Nunca había entrado en ese cuarto, inspector, y tenía curiosidad. Ya se lo dije yo cuando fui a buscarle. ¿Eh, Guille? —Mi primo me dio un leve codazo—. Díselo. Diles que nos prometimos entrar al fin en la Sala

de Cámara cuando el abuelo muriese.

«¿Qué papeles del abuelo?», oí que preguntaba Angus mientras rechinaban bajo su culo los muelles del sillón.

—Le noto muy locuaz, Jonás. Pero prefiero que sea él quien me lo diga. ¿Guillermo? Guillermo, por favor, míreme cuando le hablo.

Levanté la cabeza lentamente y traté de concentrarme únicamente en la figura de Pambley, en su cuerpo menudo, su piel lechosa, la gastada cazadora de cuero y aquel aspecto suyo, pelirrojo y pecoso, que en un principio no contribuyó a que nos lo tomáramos demasiado en serio.

—Así está mejor. Se lo repito otra vez, Guillermo. ¿Qué estaba haciendo en la Sala de Cámara?

—Nada —acerté a decir.

—¿Nada? —Las cejas rojas de Pambley se convirtieron en una interrogación—. ¿Estuvo durante más de media hora sin hacer nada?

Me encogí de hombros.

En el salón se sentía un pequeño murmullo, como de hormigas caminando, que no era otra cosa que el sonido de la tensión acumulada; once personas que no decían nada. Sabía que me estaban mirando aunque yo trataba de no mirarlos, el rumor casi imperceptible de sus corazones latiendo, los fluidos que les recorrían el estómago, alguien mordiéndose las uñas.

—¿Por qué va descalzo? —dijo Pambley señalando mis pies con su bolígrafo.

—Me… me hacían daño los zapatos.

—Hombre, inspector, eso es normal. Llevamos un día muy largo. No creo que nadie esté bajo sospecha por…

—Jorge, por favor. —Pambley ni siquiera miró a mi tío. Simplemente levantó la mano izquierda para interrumpirle. Así supe dónde se encontraba tío Jorge. Debía de seguir apoyado en el aparador—. Déjenle que responda él. Guillermo, se lo voy a repetir otra vez. ¿Qué hacía en la Sala de Cámara?

Bajé la cabeza y volví a encogerme de hombros.

—Está bien. —Pambley pronunció aquellas palabras con disgusto, como si fuera yo el que le estuviera obligando a hacer algo que no quería—. Si me lo pone así, no voy a tener más remedio que pedirle que me acompañe a comisaría. Gloria…

—Inspector, deje al chico.

Levanté la vista y miré a la abuela. Continuaba sentada en el sofá con la cabeza de Clara sobre las rodillas. Aún llevaba el collar de perlas.

—Yo ni siquiera sabía que Antonio había muerto —dijo sin apartar los ojos de los cabellos cenicientos de su hermana.

29

Cosme y yo bebimos mucho. Cuando acabamos la botella el profesor, tambaleante, se levantó y trajo otra hasta la mesa camilla. Seguimos llenando los vasos de vino junto a la estufa de hierro y charlamos durante horas, amparados por la confianza que nos daba el alcohol y las confidencias. Repasábamos los datos, movíamos los documentos sobre la mesa como si fueran los instrumentos de un trilero, manchábamos la lana de Amalia con la ceniza que caía de nuestros cigarros. Leíamos una y otra vez la lista, el artículo, Cosme me volvía a hacer preguntas que yo volvía a contestarle, y empezábamos de nuevo una especie de bucle obsesivo.

Hablé mucho, alentada por el vino, sin duda, pero también por la compañía; un hombre que me entendía y tenía un libro abierto en la barra, ante quien no tenía que fingir ni acomodarme a su lenguaje porque hablábamos el mismo e incluso compartíamos idéntica obsesión por el asesinato, aunque por distintos motivos y con distintos dolores. Esa alegría desbordante que te entra cuando encuentras a alguien con el que puedes hablar con pasión de lo que te interesa. Cosme bebía unos sorbos cautelosos que le producían un efecto inmediato, y casi alarmante, de dulzura. Estar en Casa Amalia también ayudaba a la complicidad: el bar que había sido el templo de Antonio Trigo, un espacio significativo, un diminuto sitio oscuro y cerrado con calor burbujeante que nos aislaba del mundo.

Con la carta entre las manos, Cosme me explicó que él sí sabía que Antonio estaba buscando a su hermano. Le había contado esa historia y, tras la muerte de su madre, le oyó decir que le gustaría encontrar el cuerpo de Adolfo y enterrarlos juntos, dándoles por fin la paz. Pero Antonio hablaba de eso de forma vaga, sin concretar, y a Cosme no le había contado nada sobre que se había puesto en contacto con la Asociación por el Rescate de la Memoria Histórica.

Si lo hubiese hecho, Cosme le habría ayudado.

«Es curioso lo que uno hace después de que los padres mueran —comenzó a decirme Cosme con los ojos brillantes de vino—. Haces más por ellos que cuando estaban vivos. Te hiere no haberte dado cuenta hasta entonces. Pero es cuando lo descubres. Su falta te transforma. Aunque seas un adulto, te descubres necesitándolos, tratando de mantenerlos aún junto a ti, y lo único que te queda es buscarlos en lo que les rodeaba, prolongar su memoria. —Cosme comenzó a jugar con los botones en forma de cuerno de su Montgomery—. Mis padres tenían un bar en el que nos criamos mi hermana y yo —continuó—. Años después de que murieran, un día me encontré con este bar. Tan detenido en el tiempo, que me recordaba al de mi infancia. Por eso me gusta estar aquí, en Casa Amalia. Por eso tú me pusiste en la lista. —Cosme me miró sonriendo con una cara hermosa y melancólica que a mí me apeteció besar—. Y por eso no me parece extraño que Antonio quisiese buscar a su hermano después de la muerte de su madre. Era todo cuanto le quedaba hacer por ella».

Nos quedamos un rato, los dos, mirando la estufa. Él dijo algo sobre su mujer, y a mí me molestó que la nombrase en aquel momento. Yo, como reacción, dije algo sobre Matías, y luego volvimos al bucle de preguntas y respuestas sobre la muerte de Antonio.

—Deberíamos ir a la policía —dijo al fin Cosme.

—¿Tú crees? —pregunté, tratando de esconder que aquella afirmación me resultaba un halago.

—Sí. Tal vez solo sea una casualidad, pero puede ser algo importante.

No le dije que creía que la casualidad era la apariencia en la que se muestra la realidad cuando quiere que nos demos cuenta de algo.

—Aunque hoy no —dijo Cosme dejando el vaso sobre la mesa—. No estamos en condiciones de ir a ninguna parte.

Continuamos preguntándonos una y otra vez para qué iría Antonio a ver a la isla a la persona que conocía, por qué no se lo habría dicho a nadie, qué motivos tendría aquella persona para asesinarle, para agujerearle el corazón. Por lo que habíamos leído en la carta y la entrevista, Antonio y esa persona debían de llevarse bien, había una especie de pacto entre ellos. ¿Era esa persona a la

que le decía que ya había esperado demasiado? Realmente sí que había esperado demasiado. Demasiados años para encontrar a su hermano. Pero ¿esa fue la razón de que lo mataran? ¿Algo que había sucedido más de medio siglo antes? Violeta Grau había dicho que me sorprendería toda la miseria que hoy en día estos asuntos siguen levantando. Y todas estas preguntas solo eran posibles en el caso de que mis suposiciones fueran ciertas.

—A primera hora debo dar una clase y apenas me tengo en pie —dijo Cosme levantándose de la silla—. ¿Vas a ir mañana a la policía?

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe?

Hice un gesto vago con la cabeza. A veces no decimos con rotundidad lo que queremos para que los demás no sepan cuánto lo deseamos.

Yo estaba ebria y ansiosa, excitada por mi descubrimiento, por la aprobación de Cosme y su admiración por mis hallazgos. Ahora tenía un compañero y no quería despedirme de él tan pronto. En el fondo fue eso más que nada; no quería separarme de Cosme, sino seguir compartiendo. Su cuerpo, o tal vez su compañía, emitía un calor extraño.

Le tiré de la manga del Montgomery mientras él cerraba la puerta de madera y ponía el candado herrumbroso. Le dije que nos fuéramos juntos.

XXIX

—¿Pero qué estás diciendo, mamá?

El corazón de tía Paula Blas temblaba bajo su manta de ganchillo. Las aletas enrojecidas y despellejadas de su nariz se hincharon como las de un gorila.

—Fue un accidente. Yo no quería hacerle daño. Nunca le hubiera hecho daño —continuó la abuela jugando entre sus dedos con el cabello de Clara, que dormía plácidamente.

—¡Mamá! ¡Deja de decir gilipolleces de una puta vez!

—Siéntate, hijo, por favor.

—¡Mamá!

—Siéntate, Augusto. Déjame hablar con el inspector.

La abuela volvió los ojos hacia Pambley.

—Cuénteme, Sebastiana. —Pambley adoptó un tono comprensivo, sin recriminación ni asombro. Más que un policía, parecía un confesor.

—Cuando salí de la Sala de Cámara la noche de la fiesta, Antonio estaba vivo. No pensé que le había hecho tanto daño. Luego no volví a saber más de él, pero creí que se había enfadado. —La abuela hablaba lentamente, calmada, arrastrando las palabras, como si estuviera en mitad de un trance hipnótico—. No supe que estaba muerto hasta que ustedes me lo dijeron. No sabía que yo… le había matado. De verdad que solo quería callarle, aplacarle, que me dejara en paz, que no siguiera insistiendo.

—Mamá —dijo tía Paula Blas arrodillándose ante ella—. ¿Ese hombre quiso abusar de ti? ¿Quiso hacerte daño? ¿Fue por eso, mamá? ¿Te defendiste? ¿Verdad que fue por eso?

—No, Paula —contestó la abuela negando con la cabeza—. Antonio me quería.

—Que te quería…

—Sí. Y yo le quería a él.

Se oyeron varios ruidos en el salón. Alguien desmayándose contra un mueble. El busto de Mahler cayendo al suelo. Un golpe seco de las dos manos contra una frente sudorosa.

—Sebastiana —dijo Pambley sin atender a los demás—. ¿Antonio Trigo era su… amante?

—¿Cómo va a tener amantes mi madre? ¡Si nunca sale sola de la isla!

—Aquella noche fue la primera vez que le vi. —La abuela no apartaba la vista de Pambley—. Hasta entonces solo habíamos hablado por teléfono.

Tía Paula Blas la miró con unos ojos llenos de horror, tapándose la boca con el pañuelo.

—¿Por eso estabas todo el día en el cuartito de la costura? ¿Hablando con ese hombre? Pensé que hablabas con los parientes de Suiza…

—No creo que eso sea lo más importante ahora, Paula —dijo Genoveva.

—Mamá, ya está —cortó tío Jorge poniendo una mano sobre el hombro de la abuela—. No digas nada más delante de la policía. Contrataremos un abogado, no te preocupes.

La abuela acarició con gratitud la mano de Jorge.

—Quería decíroslo, hijo. Quería que supierais que fue un accidente.

—Espera un momento. —Leonor, junto a la chimenea, comenzó a dar pequeños pasos amenazadores—. ¿Fuiste tú, abuela, la que le mandó a ese hombre meterse en nuestro bote? ¿Tú?

—No digas nada más, mamá.

—Su hijo tiene razón, Sebastiana —apuntó Pambley—. Está en todo su derecho.

Leonor me miró. «Fue ella», dijo en silencio gesticulando con la boca. Jonás me había puesto el brazo sobre la espalda. Llevábamos así un largo rato. Prácticamente desde que la abuela le había pedido al inspector que me dejase.

—Ahora, como entenderán, tenemos que llamar a la central —dijo Pambley—. Gloria, por favor.

—¿Podrían llamar también a una lancha de la Cruz Roja? —pidió Lucio—. Creo que algo le pasa a mi padre.

Entonces todos miramos a Angus. Estaba con una rodilla hincada sobre la alfombra como si fuera a declararse, encorvado, sujetándose el corazón con las dos manos, la cara abotagada tras la barba espesa, los ojos llenos de venas rojas a punto de salir disparados. A su lado, el puro que había dejado caer al suelo seguía humeando.

30

A los pocos días leí la noticia en el periódico. Sentada en la cafetería, justo en el mismo sitio en el que me había enterado de que el cuerpo que el padre de Matías había encontrado pertenecía a un hombre llamado Antonio Trigo. Esta vez Santiago Guardado había escrito un reportaje a cinco columnas y la foto del carpintero aparecía en la primera página del periódico junto a una de la isla de Or. El homicidio había resultado mucho más importante que su muerte. Mucho más que su vida, porque la desbarataba y la trasmutaba por completo. El camarero deambulaba con la bandeja, las conversaciones fluían en las mesas contiguas, la máquina del café silbaba y yo sostenía una taza, temblando y leyendo. No me había atrevido a leer el periódico sola en casa.

Todo había sido una historia de amor. Eso fue lo que realmente me impresionó. Más aún que la forma en la que lo mataron o lo extraordinario de las circunstancias. También me impresionó que mis sospechas fueran correctas, la forma en la que yo había sido capaz de hilar los datos. Aunque le dije a Cosme que iría, no había acudido a la policía. Solo había sido una absurda y envalentonada promesa de borrachos. Cómo iba a presentarme delante de nadie a contar aquella historia.

Sebastiana Alonso. El nombre repetido que yo había encontrado en la carta de Antonio Trigo a la Asociación por el Rescate de la Memoria Histórica y en mi perfil. Sebastiana Alonso era la propietaria del terreno donde el carpintero aseguraba que se encontraba enterrado su hermano. Sebastiana Alonso era la esposa de Augusto Larfeuil, el director de orquesta fallecido que vivía en Or. Sebastiana Alonso era la mujer a la que Antonio Trigo amaba y había ido aquella tarde a buscar a la isla. Sebastiana Alonso fue la persona que lo mató.

No volví por Casa Amalia. Nunca supe qué impresión les causó a Jaime, Rufo, Herpiano y a la anciana conocer la verdad sobre la muerte de Antonio y su vida secreta. Ni siquiera supe cómo reaccionó Cosme, aunque me lo pregunté varias veces. Mientras nosotros atábamos cabos en un bar clandestino, al mismo tiempo la policía ataba los mismos cabos por otras vías. Cuando le cogí por el brazo aquella noche y le pedí que nos fuéramos juntos, él, afortunadamente, malinterpretó mis palabras y volvió a decirme que a esas horas y en nuestro estado no podíamos ir a ninguna parte, que quedaríamos en Casa Amalia al día siguiente después de su clase, e iríamos a la comisaría. No tuve fuerzas para deshacer el malentendido, ni para volver a realizar una proposición.

Tampoco acudí a nuestra cita ni regresé al bar. Y fue por él. Quería encontrármelo, pero temía encontrármelo. Me asustaba pensar que ese sentimiento que había tenido aquella noche por un hombre casado que me sacaba veinte años fuera real. Aun así, agradecí haberlo tenido. Eso significaba que aún podía sentirlo, que conseguiría repetirlo en mi vida, que Matías no se lo había llevado consigo. De vez en cuando pensaba en Cosme y en su olor a papel y tenía de nuevo esa sensación de haber perdido a un hombre insustituible. Pero en el fondo sabía que todo era un espejismo y había decidido no volver a sufrir por ninguna alucinación. Tal vez Antonio Trigo había muerto precisamente por eso, por creer en ellas.

Comencé a recortar y coleccionar todas las noticias que iban saliendo en los periódicos sobre Antonio Trigo y las circunstancias de su muerte. Fui guardando todas estas hojas en un antiguo álbum de fotos, junto a la lista tras la factura del gas, las fotocopias de la carta del carpintero y el perfil de Augusto Larfeuil. De vez en cuando (de hecho, a diario) abría el álbum y trataba de encajar de nuevo las piezas, trataba de imaginar cómo fue aquella noche en Or cuando sucedió todo, y cómo y de qué manera. Completar al fin los espacios en blanco.

Solía ir hasta el paseo de la playa para mirar la isla, pero la miraba de reojo, sin detenerme, escondiendo que quería mirarla. No deseaba que me confundieran con todos aquellos que se apoyaban en la barandilla blanca y la miraban sin recato, señalándola con el dedo, murmurando. Algunos, incluso, llevaban prismáticos. Los

turistas le sacaban fotos. En toda la ciudad la intriga por esa isla, sus habitantes y el homicidio que se había cometido en ella se expandió como una epidemia. Supe que, a partir de entonces, los reportajes sobre Or tardarían un tiempo en volver a ser de relleno y que aquel crimen estaría para siempre unido a su historia.

No quería que me confundieran con los curiosos, porque yo no era como ellos, porque a mí lo que me importaba era Antonio Trigo y no la isla. Yo, como los Larfeuil (pero del otro lado), también había estado envuelta en aquel suceso, aunque de una forma tangencial. Me sentía una pieza más de esa historia que por derecho pensaba que también era mía. Incluso una vez había entrevistado a uno de los Larfeuil para el periódico, al mago, al Gran Larfe. Recordaba que me había parecido un hombre agradable. Eso me bastó para comprobar de nuevo cómo todos nos cruzábamos en los puntos de la telaraña que formaba la ciudad. La expectación por los Larfeuil era tal que se rumoreaba que se haría una película sobre el caso. Esa mercantilización de la muerte me producía la misma náusea que usar una esvástica como reclamo en la portada de un libro, pero no dejaba de preguntarme qué papel protagonizaría yo en aquella película.

No solo no estaba presa por aquella fascinación sobre los Larfeuil, sino que me molestaba que todos los ojos estuvieran sobre ellos mientras el carpintero parecía pasar desapercibido. Porque a mí Antonio Trigo me seguía interesando y, sobre todo, me seguía doliendo. Me dolía más que nunca, porque en aquellos momentos me sentí traicionada por él.

Creí que conocía a aquel hombre, que estaba cerca de él, aquel carpintero al que le seguí los pasos, al que invoqué cual médium y sentí a mi lado, pude casi hasta escuchar su voz y el tacto rasposo de sus manos acariciando a sus nietas. Por eso no entendí cómo aquel hombre pudo deslizarse entre las sombras y vivir una historia de amor secreto. Yo, que había decretado que para él no existía esa clase de amor, el rojo, el brutal, por el que se mata. Llegué a pensar fugazmente que el motivo más lógico para que un hombre comenzara a silbar y llamara a escondidas desde una cabina era que tenía una amante, pero lo descarté porque no pensé que Antonio Trigo fuera capaz de algo así. La ausencia de juicios nos hace apreciar la realidad y yo tenía todos los juicios del mundo. No

entendía cómo ese hombre fiable y tradicional, de letra esforzada y callos en las manos, ese hombre normal que desde niño había sido viejo, pudo agazaparse en un bote, colarse en una casa en una isla y planear algo con una mujer a la que conocía por teléfono. Ni siquiera entendía cómo el carpintero fue capaz de enamorarse. Llegué a unir los datos que fui encontrando para averiguar dónde se había producido la muerte, tal era nuestra unión. Pero aquella historia no cuadraba con el hombre que yo creía conocer. Por eso me sentí traicionada. Y, cuando te das cuenta de que realmente no conoces a la persona que creías a tu lado, te invade una soledad honda y desértica.

La familia de Antonio Trigo seguía sin querer aparecer en la prensa. Me pregunté cuánto sabrían ellos, si conocerían o sospechaban de antemano la relación que mantendría el carpintero con Sebastiana Alonso. Pensé en mi decepción y supuse que la suya habría que multiplicarla por mil. Ahora yo tampoco quería hacer declaraciones y rogaba respeto. Me los imaginaba encerrados, cabizbajos, sin querer salir a la calle. Llenos de dolor, pero también de vergüenza porque sus miserias fueran de dominio público. Cuando apareció el cuerpo del carpintero explicaron que tenían el corazón destrozado por la pérdida, pero al mismo tiempo se sentían felices porque al menos ya sabían dónde se encontraba. Me pregunté si seguirían manteniendo este sentimiento, el alivio por conocer la verdad sobre su muerte, o si hubieran preferido ignorarlo. Cuál sería el recuerdo de Antonio que quedaría en ellos… ¿El de la vida que habían compartido con él como padre y esposo? ¿O el del hombre que se enamoró de otra y se coló en una isla para dejarse matar? Qué le contarían de él a sus nietas. Tal vez que fue aquellos dos hombres. Tal vez que fue solo uno.

Aquellas tardes, dando paseos junto a la playa y mirando hacia Or de reojo, fui comprendiendo. Como mi mente iba volviendo poco a poco a su sitio, y con ella todos los libros que amaba, recordé unos versos de mi admirado Ángel González: *Cuando es invierno en el mar del Norte / es verano en Valparaíso*. Siempre están ocurriendo cosas en el otro lado que no somos capaces de ver. De la misma forma que los habitantes de la isla estaban viendo una cosa, yo la veía desde el punto contrario: ellos apiadándose del asesino, yo apiadándome del muerto. Todos sorprendiéndonos por lo que no

nos esperábamos.

Nadie puede ver a la vez todos los puntos, ni de una historia ni de una persona. Pensar que sí podemos no solo es un error, sino también una osadía. Siempre habrá una zona que permanecerá en la oscuridad, fuera de nuestro campo visual, que solo podemos conjeturarla, y que en la mayoría de las ocasiones recreamos erróneamente. Muchas veces nuestra imaginación va completando los puntos que no vemos y así nos creamos la imagen que al final acabamos queriendo encontrar. Bien por rutina, bien por necesidad. Solo vemos de los demás lo que ellos nos dejan o lo que nos empeñamos en ver. Cuando hacen algo que nos descoloca, les culpamos sin pensar que tal vez el responsable de nuestra decepción ha sido el espejismo que nosotros mismos hemos montado en torno a ellos.

Realmente yo no conocía al carpintero. Empecé a obsesionarme con él porque su cadáver apareció descomponiendo mi vida. Antonio Trigo murió por una historia de amor, y tal vez no fuera solo su muerte la que acabó con esa historia; puede que, si siguiese vivo, ese amor también hubiese terminado. De la misma forma que puede que si no hubiera muerto, y su cadáver no hubiese aparecido aquel día en la playa, mi relación con Matías también hubiese acabado.

Aunque yo mantuve mi compromiso con Grau de no revelar el contenido de lo que me había dado, la implicación de Antonio Trigo en la Asociación por el Rescate de la Memoria Histórica, por supuesto, acabó saliendo en la prensa. Santiago Guardado aprovechó que yo ya había encendido el teléfono para recriminarme mi silencio, puesto que Grau, finalmente, se lo contó todo. Pero Guardado no fue demasiado duro conmigo; estaba satisfecho por el éxito de sus reportajes y porque le habían llamado de un periódico nacional. Yo, durante aquellos días, pensé que, irónicamente, cuando había dejado de trabajar había hecho justo lo que mis jefes me reprochaban que no hiciera y lo que nunca me sentí capaz de hacer: me había infiltrado entre desconocidos, les había sonsacado información, había sabido buscarla, rastrearla, había suplicado por ella y casi llegué a resolver un crimen. Me pregunté si podría volver a hacerlo o si necesitaba la desesperación para llevar a cabo todas esas hazañas. También descubrí con sorpresa lo útil que resultaba

mi profesión: servía como coartada para las preguntas, creaba acceso a personas e informaciones, proporcionaba una red de contactos, te permitía ver cómo funcionaban ciertas cosas por dentro y conocer los entresijos de la ciudad. Así que yo tampoco era tan inútil como pensaba.

Por aquellos días también me pregunté cuándo tendría las fuerzas suficientes para ir a hablar con mis padres y contarles al fin que había roto la relación con mi pareja. Incluso me pregunté si ya habría pasado el tiempo prudencial para llamar a Matías, si ya habríamos aprendido a vivir el uno sin el otro y podríamos hablarnos sin dolor.

Luego, los días empezaron a ser distintos. Dejé de pasear junto a la playa, ya no buscaba con avidez los periódicos y cada día fui abriendo menos el álbum de fotos. Una tarde me senté en el sofá del salón y abrí *Moby Dick*. Leí durante tres días seguidos hasta que lo acabé. A la mañana siguiente, cogí otro libro de la estantería y, simplemente, seguí leyendo.

XXX

—¿Te has vuelto loco, Jonás? ¿De verdad quieres seguir escribiendo el guion?

—Ahora más que nunca —me contestó mi primo al otro lado del teléfono.

El muerto que asustaba a los caracoles, la historia que a Jonás le obsesionaba desde niño, el guion que durante toda la vida trató de completar y, en definitiva, el principio de toda aquella locura. Quién hubiera podido imaginarlo.

Nosotros nos fuimos enterando poco a poco de lo que realmente había pasado, completando los espacios en blanco con los retazos que conocía cada uno. Con lo que la abuela nos fue contando, lo que averiguamos por la policía, lo que se escribía en los periódicos. Logramos construir aquel inmenso puzle, aunque nunca íbamos a ser capaces de enterarnos de todo. Nunca sabríamos, por ejemplo, qué era lo que la abuela y Antonio Trigo se decían por teléfono.

Cada día venía alguno de nosotros con un nuevo fragmento que tratábamos de encajar. Porque por entonces nos pasábamos los días reunidos. Generalmente, en torno a la cama de hospital de tío Angus. Aunque el médico le había dicho que necesitaba calma y reposo para poder recuperarse de la angina de pecho, Angus juró desollarnos si no le manteníamos al tanto. Por esa amenaza, y sobre todo porque necesitábamos un sitio donde guarecernos, todas las tardes organizábamos una media luna con las sillas en la habitación del hospital, y la enfermera venía cada poco a recordarnos que nos excedíamos en el número de visitantes. Aunque no nos insistía demasiado. Probablemente porque nos tenía miedo, o porque éramos famosos, o porque nos veía oscuros. Eramos los Larfeuil, la familia asesina, la que cada día salía en la prensa y cuya historia era seguida morbosamente por todo el país.

La muerte de Antonio Trigo hizo que todos los focos recayeran sobre nosotros y comenzaran a salir en los periódicos las historias más espantosas, muchas de ellas falsas, o exageradas, o incorrectas. Lo que más nos sorprendió fue la abundancia que parecían tener de confidentes. Hizo que no nos fiáramos de nadie porque las personas más insospechadas salían hablando de nosotros. De una vieja demente, de un mago en horas bajas, de una chica metida en una terapia de grupo porque oía la tuba por las noches, de un fracasado aspirante a cineasta, de un violinista alcohólico que había dejado de tocar tras la muerte de su esposa. Todas aquellas rarezas de mi familia que yo había asimilado con vulgar cotidianidad, como se asimila un calcetín agujereado o una gotera en el techo, parecía que al resto del mundo les resultaban fascinantes. Pero simplemente lo contaban de forma que lo pareciese; la realidad era muy distinta.

Aunque lo que desataba una atracción irresistible, más que nada, era Or. Aquella casa lúgubre en la cima de la isla, totalmente aislada por el mar, a la que solo podíamos llegar con lanchas, en la que siglos atrás arrojaban a los contagiados por la peste. Aquella construcción que había sido un hospital para enfermos de viruela, un manicomio, un Conservatorio y, finalmente, la casa en la que se cometió un homicidio. Or volvió a ser conocida en la ciudad como la Isla de la Muerte.

En mi familia no teníamos la costumbre de leer los periódicos, un vestigio más de la incomunicación en la que nos criamos. Así que no sabíamos si el amarillismo y la saña con la que nos trataba la prensa era habitual. Pambley trató de ayudarnos como pudo. Creo que desarrolló hacia nosotros un sentimiento casi paternal, como si de alguna forma se sintiera en parte responsable por el monstruo que se había creado y él fuera una de las pocas personas que supiera que la bestia era inofensiva.

Ninguno de nosotros podía salir a la calle sin que le señalaran con el dedo. Las murmuraciones nos seguían como arrastran sus colas los cometas. Sobre todo, a Lucio. Porque incluso el asunto sobre la muerte de Luisa salió a la luz. Mi primo tuvo que pedir una baja laboral y atiborrarse a pastillas. Las píldoras le hincharon la cara dándole un aspecto aún más grotesco, pero al menos le quitaron la palidez. Lucio seguía con sus absurdas rarezas, como tener las manos constantemente sudadas, mirarnos con unos ojos

como de animal al que enfocan con una linterna en plena noche y decir ciertas insensateces. Repetía constantemente que la abuela había matado a aquel hombre de la misma forma en la que habían matado a Sissí, a Sissí, insistía y solo cerraba la boca cuando Angus, desde la cama, le ordenaba callar de una puta vez. Sin embargo, Lucio, en aquella habitación de hospital, comenzó a tener otro trato con nosotros, más abierto, más participativo, más normal. De hecho, todos los hicimos. Cambiar nuestro trato. Necesitábamos estar juntos cuando hasta entonces siempre lo habíamos evitado. Pero era nuestra forma de refugiarnos. Y también de consolarnos. Por eso queríamos estar juntos; porque las personas con nuestras mismas lesiones son las únicas que pueden taparnos el hueco de la herida. Esa extraña relación de dependencia que surge entre los supervivientes de una catástrofe porque son los únicos que han pasado exactamente por lo mismo. Un día sorprendí a mi madre diciéndole a un colega que ella ni siquiera había estado en la isla la noche del suceso. Cuando se dio cuenta de que la había oído, bajó los ojos con vergüenza. Aunque ahora contaba con el apoyo y la presencia de mis padres, notaba que se sentían culpables, y hasta excluidos, por no haber compartido con nosotros ni la noche de la fiesta ni la tarde con Pambley. Sin embargo, mis padres no dejaron de acudir ningún día al hospital. Y tampoco Genoveva. Hablaba con cordura y en ocasiones era la que tenía que encargarse de volver a restaurar la calma.

Allí, en aquella habitación de hospital, alrededor de la cama de tío Angus, con aquel olor apestoso a miasmas y desinfectante, con el ruido de pasos y camillas rodando por los pasillos y la luz amarilla y sucia que se colaba por la ventana, fuimos construyendo entre todos, a retazos, lo que había sucedido.

El abuelo, aunque a nosotros apenas nos hablaba, resultaba ser un hombre encantador con los extraños. Eso ya lo habíamos comprobado muchas veces, y lo seguimos ratificando aquellos días con las declaraciones que la gente hacía sobre él en la prensa. Curiosamente, el abuelo fue el que salió mejor parado en los periódicos (algo que a Angus le alegró profundamente). Con el carpintero también debía de ser así, un gran conversador. El abuelo,

en una ocasión, fue a Maravillas a reprocharle sutilmente la demora en la entrega de unas maderas que le había encargado. Eso lo recuerda bien tía Paula Blas, que fue quien le llevó; le dejó en la carpintería y aprovechó para hacer la compra en el barrio. Lo recuerda bien porque fue la última vez que le sacó de casa. Luego ya empezó a enfermar (de hecho, cuando llegó el famoso encargo de maderas, ya no pudo hacer nada con él). Al parecer, la tarde que el abuelo fue a Maravillas a reclamar, Antonio Trigo se excusó alegando que había cerrado unos días el taller porque su madre había fallecido. El abuelo, aquel hombre digno y encantador con los desconocidos, decidió consolar al carpintero (me resulta extraña la imagen de mi abuelo consolando a alguien, pero, a estas alturas, creo que es lo que menos extraño me parece). Trigo le debió de explicar pocas cosas, entre ellas que había tenido que cuidarla hasta el final y que la pobre mujer había acabado perdiendo la cabeza. «Como mi cuñada —contestó el abuelo tratando de mostrar empatía—. Es insufrible. Siempre repiten lo mismo». La madre de Trigo solo reincidía en una cosa: en llamar constantemente a su hijo Adolfo, que había desaparecido en la guerra. Y llamándole se murió. El abuelo, al que le encantaba llevar siempre las conversaciones hacia su terreno, habló de las coincidencias, que unos buscan y otros encuentran, y le contó profusamente la historia de cómo su mujer de niña había encontrado un muerto en la huerta. Trigo se quedó boquiabierto. Su hermano mayor había desaparecido justamente en la batalla del manicomio.

Cuando regresó a la isla, el abuelo le relató someramente a la abuela aquella conversación y añadió que, por cortesía, le había dado su teléfono al carpintero, quien se había quedado con la duda de si aquel cadáver bajo el ciruelo sería el de Adolfo. «Supongo que te llamará», dijo el abuelo, olvidándose del tema y sin darle más importancia, como a todas las cosas que le concernían a ella. Y Antonio Trigo, al poco tiempo, llamó. No había llegado a conocer a Adolfo, ya que desapareció antes de que él naciera, pero conservaba una fotografía suya que su madre tenía enmarcada en la mesita. El carpintero fue describiéndole a su hermano, y rasgo por rasgo mi abuela fue asintiendo. Trigo le preguntó si estaba segura, y ella le contestó que era el mismo rostro que había visto de niña, el mismo que aún continuaba viendo en sueños. Los dos se pusieron a llorar,

emocionados.

Tiempo más tarde, Antonio Trigo volvió a llamar a la abuela. Había estado pensando que quería darle una sepultura digna a su hermano y enterrarle con su madre, unirlos al fin. Le explicó a la abuela que había una asociación que podía encargarse de exhumar el cuerpo y quería pedirle permiso para excavar en su huerta. La pequeña casa junto al antiguo manicomio seguía siendo de la abuela y de Clara, aunque el abandono había acabado con ella y no quedaban más que cuatro paredes sin techo. Mi padre y mis tíos solían recomendarle a la abuela que vendiese esa propiedad, pero ella, cuidándose bien de que el abuelo no la oyese, alegaba que no quería hacerlo. Aquello era lo único realmente suyo, aunque hiciese muchos años que no iba por allí. La abuela le explicó al carpintero que su marido había enfermado, que tenía que cuidar a una hermana incapacitada y que no le resultaba sencillo salir de casa, puesto que su hija tendría que llevarla en el bote y no podían dejar solos al abuelo y a Clara por mucho tiempo, pero que podía contar con su absoluta aprobación y que, si había que rellenar algún papel, o una solicitud, trataría de arreglarlo.

Trigo siguió llamándola. Para contarle cómo iban los trámites (lentos, siempre lentos), preguntarle cómo se encontraba el abuelo y cómo estaba ella de ánimo. Poco a poco empezaron a contarse sus vidas; la infancia callada de ambos, sus rutinas, el amor de su familia y muchas veces también la ingratitud de esta. La abuela se sorprendió a sí misma quitándose el mandil manchado de harina y ahuecándose el pelo con los dedos cada vez que sonaba el teléfono. Procuraba estar cerca del cuarto de la costura a la hora exacta en que sabía que iba a telefonearla el carpintero; había dejado de coger sus llamadas en el pasillo. Antonio Trigo también comenzó a llamarla desde una cabina y la abuela comprendió que era por la misma razón. Ambos fueron comprendiéndolo lentamente.

No sabemos con exactitud qué ocurrió entre ellos o qué llegaron a prometerse. La abuela no ha sido precisa en este tema, y con quien más se ha sincerado ha sido con tío Jorge, pero se guardó todas las palabras de amor y las promesas. Lo que sí sabemos es que Trigo comenzó a insistir en que quería conocer al fin a la persona con la que hablaba. La abuela le decía que era difícil, que su marido estaba enfermo, que ella no podía salir como si tal cosa de la isla.

Trigo, que conocía de sobra los procesos de una enfermedad, le repetía que podían pasar meses o incluso años y que ellos ya tenían una edad. Pero la abuela seguía enrocada en su decisión. El carpintero le decía entonces que sería él quien iría a verla a la isla. La abuela se reía. Cómo, de qué forma llegaría sin que nadie se enterase. No podía ser. Cuando la abuela le contó la fiesta que su marido estaba planeando, Trigo vio su oportunidad. Esa noche saldrían los botes, la casa estaría llena de gente, él podría pasar inadvertido. A ella esto le parecía, por supuesto, una inmensa locura. Pero Trigo insistió, llegó a ponerse violento, o simplemente desesperado, y le dijo que ya había esperado demasiado. A la abuela empezó a entrarle miedo, temió lo que el carpintero pudiera llegar a hacer y, además, suponemos que ella también tenía ganas de verle. Así que empezaron a planear.

Le indicó en qué bote del puerto debía meterse, qué tapa levantar y a la hora exacta en que debía hacerlo. Minutos más tarde, Leonor y yo llegábamos puntuales como eclipses. La abuela nos ordenaría distintas tareas para mantenernos entretenidos y que al carpintero le diera tiempo a salir del bote, subir la cuesta, rodear la casa y meterse en la Sala de Cámara, esa habitación a la que no entraba nadie más que el abuelo, y el abuelo ahora solo podía moverse si alguien le ayudaba. El lugar más seguro de la casa. Tuvimos que haberlo sospechado entonces, pero no nos dimos cuenta. La abuela, que podía llevar en equilibrio cinco jarrones, no hacía más que romper vasos en la cocina. Estaba tan nerviosa que le temblaban las manos.

Tampoco sabemos cómo fue su encuentro, qué impresión se causaron o qué ocurrió en cada una de las visitas que la abuela le hizo aquella noche en la Sala de Cámara. Ella, como tía Paula Blas, tenía vía libre para rondar por la casa. La abuela, tal vez para serenarlo, para relajarlo o para hacerle más corta la espera, le llevó un vaso de *whisky*. El *whisky* era lo único que ella conocía capaz de aplacar a su hijo Augusto, la mayor de las fieras, y supuso que también serviría para el carpintero. Antonio Trigo no bebía debido a un trastorno hepático, pero eso por entonces la abuela no lo sabía. Nadie utiliza sus enfermedades como arma de seducción.

La tercera vez que la abuela fue a verlo, después de sacar al abuelo del porche en silla de ruedas, el carpintero estaba totalmente

borracho. Apenas se había bebido un vaso, pero resultó suficiente para embriagar a alguien que nunca probaba el alcohol. Se abalanzó sobre la abuela y empezó a besarla, algo que a ella, según confesó, la había violentado; acababa de acostar a su marido que se había despedido de su familia esperando la muerte y ella se besaba con un hombre en la parte trasera de la casa, en el templo del abuelo. La abuela trataba de desembarazarse de un Trigo enamorado y borracho que buscaba su cuerpo sin cesar, y ella solo le pedía paciencia. El carpintero le dijo entonces que quería vernos, a nosotros, conocer a su familia. La abuela creyó que se había vuelto totalmente loco. Discutieron, él la perseguía por la Sala de Cámara. La abuela se apoyó en la mesa tratando de respirar y de pensar con calma. Entonces vio el cuaderno abierto y aquella palabra: *Réquiem*. La letra de su marido anunciando su muerte. Aquello no estaba bien, nada estaba bien, se había equivocado, comenzó a sentir asco de sí misma y el mundo se le vino abajo. El carpintero la abrazó por detrás. Ella le pidió que la soltase, que por favor la soltase. Pero Antonio Trigo le decía que no la dejaría ir, que la sacaría de aquella isla y de aquel encierro, quería aparecer por el porche y decírnoslo a todos. La abuela le recordó a su propia familia, a su mujer, su hijo y sus nietas. «Suéltame, Antonio, por favor, suéltame. ¡Suéltame!». La abuela desesperada, muerta de remordimientos y también de miedo porque Trigo hiciera lo que estaba diciendo, agarró lo primero que vio en la mesa, el finísimo plumín del abuelo, tan fino como los estiletes. Atacó al carpintero con él, se deshizo de su abrazo y salió corriendo.

Al principio, probablemente, Antonio Trigo no fue consciente de lo que había sucedido. Ni siquiera debió de enterarse de que la abuela, sin querer, le había agujereado el corazón. Pero comenzaría a sentirse mal y a marearse. Abrió la puerta y salió a los acantilados para intentar buscar aire. Se acercó demasiado al borde, donde más pegaba el viento y, finalmente, se desvaneció. Al desmayarse, su cuerpo cayó rodando por el precipicio y acabó en el mar. Antes de llegar al agua, el carpintero ya estaba muerto. El plumín le había causado una pequeña pero persistente pérdida de sangre sobre el pericardio; la suficiente para provocarle la muerte.

Cuando la abuela volvió a la Sala de Cámara, Antonio Trigo ya no estaba. Solo se encontró la puerta abierta. Pensó que había

seguido rigurosamente con el plan que habían establecido: esperar a que nosotros entráramos en casa a recoger las tarteras con las sobras de la cena, deslizarse por las sombras de la isla y volverse a colar en nuestro bote, esperar a que nos fuéramos para salir en el puerto, decirle a su mujer que se había retrasado porque tenía que acabar un encargo. La abuela se apenó por haberse despedido de él de aquella forma tan violenta. Se apenó aún más los días siguientes al no tener noticias suyas. Cuando estaba en el hospital cuidando del abuelo en coma, se preguntó si el teléfono estaría sonando en la isla. Si Antonio la habría estado llamando.

La noche de la fiesta la abuela no regresó al porche con toda tranquilidad. Llegó temblando y con unos ojos llenos de dolor. Pero todos lo achacamos a su pena por la despedida del abuelo. La tarde en la que vino la policía, el lamento por la muerte de su marido le siguió sirviendo como excusa o protección. Incluso Pambley creyó que su desesperación aquella tarde se debía a que acababa de enterrar a su marido. Resultaba lo más lógico. Pero lo cierto era que en el cementerio la abuela había estado tranquila. Y más que triste, se la veía cansada. Fue ella quien levantó a tío Angus de los crisantemos, quien cogió del brazo a tía Paula Blas para guiarla hasta la tumba, quien no perdió de vista a Clara. Cuando llegamos a la isla y nos encontramos con la policía, mi abuela se descompuso de tal forma que Paula Blas tuvo que ayudarla a sentarse. Fue el enterarse de que Antonio Trigo había muerto, y darse cuenta de que ella accidentalmente lo había matado, lo que desencadenó aquel llanto.

Supe que la abuela había mentido, no a Pambley, sino a nosotros. Nos había dicho que no quería celebrar la fiesta porque aquello le robaría energía al abuelo y quería mantenerlo con vida junto a ella todo el tiempo posible. Sin embargo, al inspector le contó que la muerte del abuelo había sido una liberación porque es inútil estar viendo agonizar a una persona que solo quiere morirse. Y era cierto. La abuela nos había puesto aquella excusa para no celebrar la fiesta, para de alguna forma impedirle a Antonio que fuera. Incluso se había atrevido a intentar quitarle la fiesta de la cabeza al abuelo, desesperadamente y hasta el último momento.

Ella, que jamás le contradecía en nada.

No todos sabían la hora en la que Leonor y yo partiríamos del puerto. De hecho, Jonás no tenía ni idea. Me había dicho esa noche, cuando llegaron, que si lo hubiera sabido me hubiese acompañado para no dejarme solo con mi hermana. Pensaban que partiríamos todos al mismo tiempo. El resto llegaron para la hora de la cena, pero la abuela necesitaba un bote antes para que trajera a Antonio y le diera tiempo a esconderse. Por eso se inventó la excusa de que las ayudáramos, cuando realmente nunca había dejado a sus nietos ni levantarse de la mesa a llevar un plato. Tuvo que ser cosa de la abuela, porque tía Paula Blas jamás hubiese pedido ningún tipo de ayuda. De hecho, se sorprendió cuando la abuela, al comprobar que ya estábamos en la isla y nos había retenido el tiempo suficiente en la cocina, nos dijo que no hacía falta que ayudáramos. Al fin y al cabo, seguía siendo nuestra abuela y no quería hacernos trabajar.

Fue ella la que estuvo buscando con insistencia la botella de *whisky*, la misma que yo fui a coger al salón. Pambley, por la autopsia, sabía que Trigo había ingerido *whisky* antes de morir, a pesar de que fuera un hombre que no probaba el alcohol. Por eso me preguntó si había visto a Angus beberlo aquella noche. Pero no le había visto; la botella desapareció en las manos de mi abuela y no volví a encontrar restos del licor hasta que me topé con el vaso sucio en la Sala de Cámara, los posos pegajosos del *whisky* y su olor a madera. A parte de a mí mismo, la abuela era la única a la que había visto con la botella, igual que era una de las pocas personas que conocía la Sala de Cámara. Por fortuna, nadie habló de aquel vaso, de la prueba que yo había destruido. Incluso la abuela se había olvidado de él. Después de aquella noche no se había atrevido a volver a entrar en el taller del abuelo. Le dijo a Pambley que había tirado el plumín debajo de la cama de Clara cuando huía de la Sala de Cámara por las habitaciones. Parecer ser que a la policía le bastó con la declaración de la culpable y el arma del crimen y no siguieron buscando.

Jonás también había sospechado de la abuela aunque, como yo, no tenía ni idea de cómo ni por qué habría podido matar a aquel hombre. Pero, a diferencia de mí, Jonás sospechó casi desde el principio. De ahí sus nervios.

A la abuela siempre le hizo ilusión que Jonás quisiese escribir un

guion sobre la historia del muerto que enterraron en la huerta. Porque era una historia que hablaba de Clara y que hablaba de ella y también de la bisabuela y era lo poco que le quedaba de su infancia, así que le encantaba que a alguien le interesase. Uno de los días que Jonás fue de visita a Or con tío Angus, la abuela le había contado en la cocina, con tono confidencial, que creía al fin haber descubierto quién era aquel muerto que asustaba a los caracoles. Le habló de Antonio Trigo y de su hermano Adolfo y de la llamada. Jonás se alegró mucho y la abuela le pidió que lo mantuviera en secreto porque según estaba la familia no era cuestión de andar importunando con sus cosas. Cuando mi primo volvió a preguntarle por Antonio Trigo, la abuela le dijo que se olvidara, que había sido una pista falsa. Así que Jonás regresó a casa y borró del ordenador lo que había escrito, abrumado porque seguía sin tener un final para aquella historia. Si no me lo contó a mí no es porque Jonás sea muy bueno guardando secretos, sino porque siempre ha llevado con reserva todo lo que escribe. Pero cuando tía abuela Clara habló del muerto aquella tarde, Jonás recordó sus nombres. Adolfo Trigo. Antonio Trigo. El hombre al que supuestamente habíamos matado en la isla. La abuela le conocía y, sin embargo, lo había callado.

Jonás y yo nos convertimos así en una especie de héroes para la familia porque habíamos tenido la sagacidad de entender las pistas. Lucio, en las tardes de hospital, revolviéndose sobre aquella silla de patas de metal y cojines negros, trató alguna vez de insinuarnos que él también había descubierto la implicación de la abuela en el crimen. Nosotros, por supuesto, no le creíamos y solapábamos sus palabras con nuestras conversaciones. Pero tío Angus, alguna vez, nos mandaba callar para que escucháramos a Lucio. Tío Angus, en aquella cama de hospital, si bien había perdido cierta ferocidad en su aspecto, resultaba mucho más inquietante. Atrapado en un pijama blanco como si fuera un niño, con los pelos del pecho y los brazos saliéndole por todas partes, la pulsera con su nombre a punto de reventar en su muñeca de Sansón, la cara mucho más afilada, los labios gruesos agrietados y secos como la tierra sin agua, la barba espesa que ya había empezado a encanecer. Cada vez que algún miembro de la familia le contaba que la abuela no dejaba de preguntar por él e interesarse por su estado, Angus recobraba su

bestialidad. Decía que no quería volver a saber nada de su madre en lo que le quedaba de vida; no porque hubiera matado a Trigo, que según él era lo único bueno que había hecho, sino porque hubiese traicionado al abuelo con aquellas ínfulas de fulana en sus días de agonía. Y porque al morir este, ella lloró la muerte de otro hombre. Eso era lo que tío Angus no podía perdonarle. Nos lo gritaba escupiendo saliva y apretando las sábanas entre los puños. Otras veces, tío Angus lloraba a voces y sin pudor.

Leonor, al principio, también tomó una postura parecida a la de Angus. Culpó a la abuela, la rechazó, le reprochaba que nos hubiera metido a aquel hombre en el bote, que nos hubiera inculpado con su silencio y que la hubiera dejado a ella quedar como loca y traidora por adelantar lo que realmente había pasado. Pero mi hermana lentamente fue calmándose y cambiado de opinión. Leonor fue la que se encargó de encontrarle un abogado a la abuela, de hablar con él cada día, de explicarnos cómo serían los trámites del juicio y de conducir hasta la cárcel, ya que ella, junto con Angus, era la única que tenía coche. Este carácter resolutivo y eficiente de mi hermana, el hecho de que se enfrentara con rigurosidad de notario al papeleo y asumiera el papel de eficaz chófer, le hizo acabar implicándose con la abuela. Puede que la aparición de Pedro también ayudara. Porque al fin apareció. Realmente existía y era tal como Leonor nos lo había descrito. Mi hermana le llevó una tarde al hospital y le recibimos tomando su presencia como si fuera una agresión: sentimos nuestro territorio amenazado. A mi hermana le importó un bledo este rechazo; estaba radiante sentada al lado de Pedro. Ninguno de los dos llegó a explicarnos la desaparición y el motivo por el que no cogía el teléfono, pero Pedro, que resultó ser encantador (lo que nos hizo preguntarnos qué diablos haría con mi hermana), nos explicó, punto por punto, cómo era el grupo de terapia en el que se conocieron y los momentos en que él escuchaba la armónica. Leonor, entre el papeleo y Pedro, empezó a estar bastante ocupada y fue la que más faltó a aquellas tardes de hospital.

Yo, para qué mentir, envidiaba a mi hermana. La presencia de Pedro en la habitación, si bien a los demás les había parecido intrusiva, a mí me resultó una bocanada de aire fresco. Aquella endogamia, aquel hablar obsesivamente y en exclusiva del

homicidio, como si cualquier otra cosa fuera tomada con repulsión y frivolidad, estaba empezando a asfixiarme. Muchas tardes deseé tener otro sitio al que ir que no fuera al hospital. Pero no lo tenía. Y en el fondo, aunque aquella obsesión me angustiase, también estaba atrapado en ella y la necesitaba. Pero, bajo la superficie de unión y complicidad, mi familia seguía siendo mi familia y continuaban subsistiendo los mismos recelos que habíamos tenido siempre entre nosotros.

Sobre todo me disgustaba, o más bien me deprimía, el comportamiento de tía Paula Blas en la habitación. Más consumida que de costumbre, suspirando a cada instante de silencio, colocándonos sin permiso los cuellos de las camisas y llevando una bolsa con bocadillos envueltos en papel de aluminio, se comportaba como si fuera una sufrida viuda a la que todos debíamos consolar. Y, en cierta forma, lo era. No podíamos negar que ella fue la que más perdió; ni siquiera había trabajado nunca ni tenía más ingresos que la pensión de los abuelos. Mi padre le ofreció que viniese a pasar unos días a nuestra casa, y ella alegó que tenía que quedarse en la isla y cuidar a Clara. Pero a los tres días, tía Paula Blas estaba llamando a nuestro timbre con un bolso de viaje lleno de manchas de humedad en el que llevaba bragas, enaguas y el reloj de flauta. Mi madre solía encontrársela por las noches sentada junto a la nevera bebiendo directamente del cartón el vino que utilizábamos para cocinar. A mi padre le dijo que cuando Angus saliera del hospital iría un tiempo a vivir a su casa. Mi padre le tuvo que preguntar si estaba realmente segura de lo que decía. «¿Con Angus?». Tía Paula Blas suspiró, cruzó los brazos y alegó que ahora que Angus estaba delicado iba a necesitar a alguien que le cuidase y, para variar, tendría que tocarle a ella.

Tía Paula Blas metió a Clara en una residencia especializada. No pidió permiso, ni siquiera consenso, y solamente nos enteramos cuando vino a reclamar que la mensualidad había que pagarla entre todos. Tío Jorge montó en cólera. Y ahí sí fue la primera vez en mi vida que le vi enfadado. Dijo que no iba a permitir que encerrásemos a Clara, dijo que la llevaría a su casa, dijo que él la cuidaría. Al día siguiente, después de hablar con Genoveva, nos pidió que al menos le dejáramos a él pagar la mayor parte de la mensualidad de la residencia. Decidimos nos decirle a la abuela lo

de Clara porque sabíamos que eso la disgustaría profundamente. O, mejor dicho, decidieron. Yo, aún hoy, no he ido a visitar a la abuela. No me he montado en coche con Leonor, no he visto la cárcel ni de lejos. Todavía no he reunido el valor suficiente.

La abuela, aunque lo ignorábamos, es joven todavía. Aún le falta un año para cumplir los setenta, lo necesario para suspender la ejecución de la pena de prisión o de otorgar la libertad condicional. Se casó a los quince, a los dieciséis fue madre por primera vez, a los cuarenta ya era abuela. Vivió la vida muy rápido y a la vez muy lento. Una vida detenida en la isla, erosionada por el mar y por el encierro. Todo aquello la había envejecido, como a tía Paula Blas también la envejeció la sal y la cautividad. Dos ancianas prematuras que no salían de Or. La abuela en mandil y zapatillas, cosiendo los botones de los trajes del abuelo que ya nunca lucía en público, limpiando el polvo de los bustos de compositores, persignándose cada vez que se montaba en el bote, barriendo aquella casa sin sentido, ocultando los defectos de sus hijos, ocultando los defectos de su marido, pegando con un tubo de Sindeticón los objetos que se iban rompiendo, echando arroz en las esquinas para vencer la humedad, envuelta en albornoces viejos, batas raídas y jerséis sucios, muerta de frío tratando de simular que no lo tenía. Puede que la abuela envejeciera al ritmo del abuelo, veinte años mayor, porque siempre había vivido a su paso. Fue ella quien se acompasó a su edad y a sus rutinas y no al revés. El abuelo la encerró en la isla y más tarde la condenó a su propio encierro, el de él, en la Sala de Cámara, en sí mismo. La abuela era la encarnación más pura de toda la vulgaridad que rodeaba al abuelo. Ella, que no sabía nada de música y que la había rescatado de una choza. La llamaba Sebastiana, así, por su nombre completo, como la llamaban en los bancos y los registros, y no por el diminutivo Tana, como la llamaba Clara, como la había llamado su madre, como ella se refería a sí misma y como le hubiera gustado que la llamasen sus amigos si los tuviera. Para los demás era mamá o abuela.

Nosotros descubrimos, después del homicidio, cuando el foco de luz cayó sobre la abuela, que apenas sabíamos nada de ella, nada más allá de los cuidados que nos dispensaba. Nos resultaba increíble que hubiese podido urdir aquel plan secreto para traer a la isla al carpintero, que hubiera llevado otra vida al teléfono, que hubiera

sido capaz de enamorarse. Parecía que hablaban de otra persona. No sé si todo aquello nos resultaba increíble porque la conocíamos o porque descubrimos que no la conocíamos en absoluto. El corazón tierno de la familia; nos disculpaba, nos protegía, corría a envolvernos en mantas, se encargaba de que lleváramos la ropa limpia y tuviéramos comida en la mesa. Y nosotros, la única deferencia que teníamos hacia ella era no recriminarle que cocinaba de pena. No podíamos recordar nada que nos hubiese inculcado, como si todos sus saberes fuesen simplemente domésticos; la persona invisible, como los sirvientes, que hace que la casa funcione y a quien no se le consiente ningún error porque no tiene nada extraordinario con qué compensarlo. Por eso creo que a quien más quiere en el mundo la abuela es a Clara. No porque a nosotros no nos quiera, que lo hace sin descanso, sino porque su unión con tía abuela Clara es distinta, más pura. Su hermana es el único ser que la quiere porque la quiere y no porque la necesita. Esto puede parecer una contradicción, ya que Clara es quien más necesita a la abuela, lo que ocurre es que no lo sabe. Su mente de agua le impide darse cuenta. La abuela es la única persona a la que reconoce; la besa, la abraza y la quiere como una niña inocente. Y la abuela no solo ha desarrollado ese síndrome en el que se acaba amando a tu carcelero, sino que piensa que Clara es la única realmente suya. Por eso mira con dolor cómo cada día que pasa la mente se la van desintegrando más, hasta que un día su cabeza la condene a un lugar en el que la abuela ya no podrá encontrarla. Tal vez por este amor le confiara a Clara la existencia de Antonio Trigo. O puede que porque al minuto a Clara aquella revelación se le olvidara no pudiendo así revelar el secreto, o porque la abuela quería que supiera al fin la identidad de aquel muerto en la huerta, aquella historia que las dos habían vivido y sobre la que las dos hablaban a escondidas. Tía abuela Clara no había estado sesenta años sin revelar aquel secreto como nosotros creíamos; lo hacía a menudo con su hermana. Por eso la abuela lloró sin cesar cuando Clara lo reveló aquella tarde con Pambley; no por la impresión, sino por el miedo a que todo saliera a la luz. Porque, si no hubiese sido por su hermana, la abuela se hubiese entregado en el acto. No hubiera permitido, como Leonor le reprochaba, que nos inculparan y nos hicieran pasar por todo aquel proceso. Solo confesó cuando a mí me

vio amenazado. Su temor era que si se entregaba, su hermana se quedaría sola. Fue la carga que tuvo hasta el final.

Puedo imaginarme a la abuela encerrada en la isla durante años, consumiendo la vida, diluyéndose en el aire, cuidando de una demente, con un marido ausente que la trataba sin gratitud, con una hija que también se iba consumiendo en la isla y que acabó mandando sobre su madre para intentar darle un sentido a sus días. El abuelo le achacaba a su mujer que hubiese traído consigo los genes de la locura de su familia y se los hubiera traspasado a sus descendientes, pero el verdadero trastorno, mucho más que el de Clara, lo había provocado el abuelo, encerrándoles allí, despreciándoles, prestando atención a Angus porque era el único con un mínimo talento musical y no quería que su patológica angustia acabara con su carrera de violinista, negándose a hablar con su hijo pequeño porque había tenido la poca decencia de convertirse en mago. Puede que aquel médico del Hospital Provincial estuviera en lo cierto defendiendo que mantener a los enfermos mentales agudos recluidos en la isla resultaba lo más conveniente, pues lo contrario daría muchos disgustos; no por los enfermos, ya que los dementes no eran peligrosos, sino por los sanos, que se meterían en la calle con ellos. Eso mismo fue lo que hizo el abuelo: esconderse. Escondernos.

Puedo imaginarme perfectamente a la abuela pudriéndose en aquella casa como una ciénaga, construida sin sentido sobre una tierra llena de muerte, llenándose de soledad por dentro, sufriendo por todos nosotros sin tener ningún otro sentimiento que llevarse a la boca.

Puedo imaginarme perfectamente a la abuela recibiendo una llamada que le hizo sentir importante.

Puedo imaginarme perfectamente por qué la abuela le dijo más tarde a Jonás que la pista sobre Antonio Trigo era falsa y que se olvidara; deseaba guardárselo entero para sí. Tener algo realmente suyo, como Clara, pero esta vez sano y fuerte.

Puedo imaginarme perfectamente a la abuela sintiendo la ternura de aquellas llamadas, la emoción porque alguien por primera vez le preguntase cómo estaba o se preocupase por ella. Alguien con quien hablar y compartir.

Puedo imaginarme perfectamente a la abuela corriendo hacia el

teléfono después de haber limpiado el culo al abuelo mientras él miraba para otra parte y ella se hundía en aquella agobiante enfermedad, en los gritos de su marido, en sus reproches, en aquel olor.

Puedo imaginarme perfectamente a la abuela creyendo que había otra vida, que aún le quedaba tiempo, que había cumplido con creces su encierro, que atendería devotamente a su marido hasta el final como último eslabón de la condena, que Paula ya no la necesitaba, que no quería que su hija desperdiciase su vida cuidando de ellas, que se iría lejos con Clara y que saldría de la isla con alguien que la quería. Sospecho que las promesas iban en ese sentido. Sospecho que la abuela se agarraba a ellas con uñas y dientes.

Puedo imaginarme perfectamente el terror de la abuela cuando el carpintero le dijo que quería ir a Or la noche de la fiesta. El miedo de que nada podía empezar porque nada había acabado aún y ella no podía permitirse aquella deslealtad que prácticamente cada día barajaba y la reconcomía. El pavor porque alguno de nosotros descubriésemos a Trigo en la isla. Entonces ella se tiraría por el acantilado. También el temor porque el carpintero se cansara de esperar y decidiera olvidarse de ella. Los nervios, no solo porque algo saliera mal, sino por conocerle. Todo ese caudal de emociones que debieron acumularse bajo la piel de mi abuela.

Puedo imaginarme, y esta vez sin miedo, a Antonio Trigo agazapado debajo de mí en la lancha, con el corazón bombeándole y reventado por el dolor de huesos. Entrando en la Sala de Cámara, sonriendo al ver el serrín en las esquinas. Sonriendo aún más al ver a mi abuela, los dos desbaratados de emoción. Antonio Trigo bebiendo aquel *whisky* como un niño obediente que teme disgustar a su anfitrión. Emborrachándose, sin entender el estado desbocado que parecía apoderase de él, sintiendo la esquizofrenia y la prisa del amor y sus promesas.

Puedo imaginarme perfectamente a la abuela en la Sala de Cámara después de haber arrastrado con la silla de ruedas a su marido hasta el cuarto y acostarle sabiendo que se había despedido de nosotros. La culpabilidad, el remordimiento que debió asolarla, la palabra *Réquiem* acosándola desde la libreta, recordándole la traición al hombre al que había dedicado toda su vida, atenazada

por el miedo que su marido aún le daba (el síndrome de acabar consagrándose al carcelero), las piernas temblándole porque creyó que realmente ya no tendría valor para llevar a cabo lo que había prometido, para enfrentarse a nosotros. Antonio Trigo, enajenado, acorralándola, diciendo que quería vernos, llevársela, destruir todo lo que ella había construido.

Lo que no puedo ni empezar a imaginar es el dolor que la abuela debe de sentir ahora. En la cárcel, habiendo matado al hombre que quería, habiendo destruido a su familia. Nada pudo salirle peor. ¿Cómo es posible que algo que estaba encaminado a suceder de una manera haya sucedido de otra? Me pregunto por qué tuvo que pagar un precio tan alto. Si su error fue no querer resignarse o si lo fue el haber dudado de que podía conseguirlo.

Estas imaginaciones no las he compartido con los demás. Solo con Jonás. Por eso me ha pedido que le ayude a escribir el guion. Además, necesita mi complicidad porque jamás urdimos nada importante el uno sin el otro. Y Jonás cree que esto es importante, mucho más importante que cualquier otra cosa que haya hecho o planeado. Dice que ahora hay interés por esta historia, que todo el mundo quiere saber qué sucedió con los Larfeuil, que nos será fácil venderlo a cualquier productora. *El muerto que asustaba a los caracoles* ya tiene un final, y, además, un final increíble. A veces Jonás lo hace; a veces piensa que el cine es más real e importante que cualquier otra cosa. Ese es su refugio. Como para los demás lo es estar juntos. Trato de que entienda, trato de convencerle, pero es él quien me convence a mí. Me explica que nadie más que nosotros puede contarlo, que somos los únicos capaces de decir qué pasó y por qué. Que escribiendo entenderemos, nos exorcizaremos. Que esa película es nuestra oportunidad para que conozcan quiénes somos. Y yo le creo. O, mejor dicho, soy una persona fácil de convencer y quiero creerle.

Entro en su casa. Lucio no está. Tío Angus sigue en el hospital. Sobre la mesa del salón hay envases de yogures y latas de cerveza vacías. Jonás me dice que deberíamos irnos a vivir juntos, alquilar un piso barato con el sueldo de nuestros precarios empleos, amparados por la esperanza de que el guion salga rentable. A mí me

parece una buena idea. Además, sé que cuando su padre regrese del hospital y se instale con ellos tía Paula Blas, aquella casa será un infierno.

En su cuarto, los dos nos sentamos bajo el póster de *Vértigo*. Jonás enciende el ordenador, se frota las manos y me pregunta:

—¿Por dónde empezamos?

31

No nos quedamos a los cafés.

Encima de la mesa estaba el juego de tazas de porcelana inglesa que la madre de Matías había puesto sobre el mantel de lino. La jarrita de leche con dibujos escarlatas de la campiña, los terrones cuadrados de azúcar, las cucharillas de plata. El comedor olía a vómito y a tabaco de pipa. En el cuarto contiguo sonó el teléfono. El padre de Matías, parsimonioso, se limpió la boca con una servilleta que tenía sus iniciales bordadas y se levantó de la mesa. El perro le siguió.

«Vámonos», me dijo Matías en cuanto su padre salió del comedor.

Nos acercamos a la puerta cerrada del baño para despedirnos de su madre. La escuchamos vomitar, toser, decirnos que volviésemos pronto. Al salir de la casa oímos en el despacho la voz del padre de Matías, atravesamos el jardín con la fuente y las estatuas de ángeles gordos, y nos metimos en el coche.

Mientras Matías conducía, yo me dediqué, con dedos nerviosos, a buscar en el dial de la radio alguna emisora donde estuvieran poniendo una música que me gustara. Pero solo encontraba una serie de zumbidos e interferencias, así que la dejé en la primera cadena que capté y me puse a mirar por la ventanilla.

—Vaya presentación… —murmuré mientras observaba a través del cristal cómo nos alejábamos de Santa Clara, de sus casas grandes y su cielo azul marino.

Matías no dijo nada. Llevaba un cigarrillo apagado en la boca y palpaba con la mano derecha tratando de encontrar el mechero del coche sin apartar los ojos de la carretera.

Comenzamos a circular por una calle fea y liosa que desembocaba en una rotonda con una gasolinera cerrada. De pronto parecía que era muy tarde y estábamos muy lejos.

—Sí, bueno, a mi padre se le veía bastante impactado por lo de ese cadáver —dijo de repente—. Mejor volvemos otro día.

Me giré para mirar a Matías, que adelantaba la cara sobre el volante para orientarse entre las señales de tráfico. No era un camino que hiciera con frecuencia y la única forma que Matías tenía de conducir era de memoria, como los músicos que tocan de oído.

—¿Impactado? ¿Crees que esa es la palabra? ¿Todo lo que tienes que decir sobre lo que acaba de ocurrir es que *a tu padre se le veía bastante impactado*?

—Déjalo, Dora, por favor. Son mis padres.

Aceleró. Noté cómo los músculos del muslo de Matías se apretaban bajo el pantalón, pisando el pedal derecho. El coche tenía un olor mareante, entre el tufo de la calefacción, el ambientador con forma de pino que colgaba del retrovisor y el vaho que emanaban los asientos viejos y las alfombrillas llenas de barro. Matías no había sido capaz de encender el cigarrillo y lo había arrojado al hueco junto a la palanca de cambios.

—Ahora entiendo por qué has tardado tanto en presentármelos —solté.

—Se encontró un muerto asqueroso en la playa, ¿qué querías? ¿Que entrara dando palmas?

Matías conducía con el cuerpo crispado, sin apoyar del todo la nuca en el respaldo.

—¿*Un muerto asqueroso*? —repetí, espantada.

En la radio comenzó a sonar una canción horrible que a mí me deprimió por completo. Dieron las señales horarias, nos equivocamos de salida en una glorieta, un par de coches nos pitaron. Cuando el locutor terminó de dar las noticias y en la radio volvió la música, Matías y yo seguíamos discutiendo.

—Al menos podías haberme presentado a tu padre, que pareció ignorarme todo el tiempo, como si yo no estuviese allí. O levantarte para ayudar a tu madre, que ni siquiera te molestaste en preguntarle cómo estaba. ¿Cómo pudiste dejarla así mientras tu padre, encima, le recriminaba su comportamiento? ¿Estáis todos

locos?

—¿Y por qué no dijiste tú algo?

—Porque ni son mis padres ni es mi casa. No era a mí a quien correspondía.

—Efectivamente. Tú lo has dicho. Ni son tus padres ni es tu casa. Así que asunto zanjado. Intenta por una vez no hacer un drama de todo.

—¿La que he convertido esta tarde en un drama he sido yo?

Ante su silencio, me puse de nuevo a mirar por la ventanilla. Atravesábamos unas calles que ya había visto mil veces, pero entonces me parecieron tristes, casi ofensivas. Muros de ladrillo sucio, aceras rotas, comercios que llevaban el nombre de sus dueños escritos en el toldo. Tenía la impresión de que nada casaba, ni la música, ni la calle, ni la velocidad del coche.

—Matías, ¿tú y yo hemos estado en el mismo comedor?

—Por lo visto, no.

Nos detuvimos en un semáforo y ya no seguimos hablando.

Esa noche dormimos espalda contra espalda y no nos buscamos los pies debajo de las sábanas.

Aquel fue el guijarro que golpea la luna de un coche y acaba por resquebrajar el cristal entero. Un cristal que, aunque no se apreciase a simple vista, ya estaba muy dañado. Matías y yo comenzamos a mirarnos como dos desconocidos. No entendía quién era el hombre que había salido conmigo de aquella casa de manteles de lino y jardín con estatuas; un hombre con el que no podía compartir el asco de aquella escena y que ni siquiera había defendido mi presencia en el comedor.

Pese a vivir prácticamente al lado, Matías veía dos veces al año a sus padres, mantenía con ellos una relación estrictamente protocolaria, llevábamos años juntos y ni siquiera me conocían. En realidad, eran seres perfectamente prescindibles en su vida. Así que no fue por ellos; fue por nosotros. Creo que a Matías le pasaba lo mismo; tampoco era capaz de encontrarme. Llevábamos juntos desde la universidad, cuando aún éramos distintos. Vivíamos tan cerca el uno del otro que ni siquiera nos dimos cuenta de que habíamos ido cambiando. Construimos una rutina llena de pequeñas

cosas, conocíamos y respetábamos nuestras manías mutuas, incluso las más secretas, nos acostumbramos a caminar a cuatro piernas, a vivir a cuatro manos. Eramos nuestro propio refugio. Y cuando la guarida del otro ya no nos bastaba para ampararnos, bebíamos, leíamos, escuchábamos música, charlábamos con amigos, buscábamos fuera de nosotros todo lo necesario para completarnos y simplemente decretamos que las cosas eran así, sin querer ver que cada día buscábamos más cobijo fuera. Para salvarnos de algún recuerdo o curarnos de la repugnancia cotidiana, ya no nos bastaba con cenar juntos; también necesitábamos que la comida estuviese buena.

No podía recordar por qué me había enamorado de Matías. Era incapaz de sentirlo. Lo tenía a mi lado y lo quería como si fuera un amor impuesto y no elegido, como se quiere a alguien a quien por azar te ha tocado querer y tratas de hacerlo lo mejor posible. Asumimos que teníamos una vida que ya parecía haber alcanzado su forma definitiva sin que nuestra voluntad pudiera interceder. Cuando Matías y yo nos enamoramos no éramos los mismos que luego fuimos, y todo aquel amor quedó detenido e intacto en esas personas que desaparecieron, en aquel momento de nuestra vida en el que coincidimos como iguales.

Ni siquiera sé cuándo empezamos a cambiar, no soy consciente de todo el proceso de transformación que sufrió Matías a lo largo de los años. Debió de ser algo muy lento, lo suficiente para que no lo advirtiéramos o no tuviéramos valor para hacerlo. Quién se pone un día cualquiera a reflexionar sobre su vida sin que no haya ocurrido nada que lo haya llevado a hacerlo. Quién puede racionalmente enfrentarse a todo eso. Pero entonces aparece un cadáver en la playa y todo empieza a descomponerse; ese telón con el que te has ido cubriendo y ocultando comienza a correrse y nadie lo frena. La paulatina incapacidad de Matías para conmoverse o sentirse afectado por algo, la importancia que yo empecé a darle a algunas cosas que no significaban nada para él, el dejar de contarnos por pura pereza aquello que nos atenazaba o teníamos enquistado, la tendencia gradual de Matías por querer llevar un estilo de vida parecido al de sus padres que sabía que no podría llevar conmigo, las pocas ganas que teníamos los dos de luchar por ambos, incluso de defendernos. Ya no veíamos lo mismo, aunque los dos lo

estuviéramos mirando, ya no estábamos en los mismos sitios aunque estuviéramos juntos. Ni siquiera discutíamos de forma ardiente y dramática, sino tan ordinaria y desapasionadamente como todas las parejas aburridas.

Tras aquella comida en la casa de Santa Clara, Matías y yo empezamos a mirarnos sin reconocernos. Ninguno de los dos había vuelto a mencionar la palabra boda, esa ceremonia que habíamos decidido celebrar como el siguiente paso lógico y que fue el motivo para que al fin me llevase a conocer a sus padres. Creo que el peso conclusivo de esa palabra actuó como acelerante en nuestra combustión. Nos sentíamos incómodos si pasábamos juntos mucho tiempo en silencio en una habitación. Teníamos constantemente pequeñas broncas por cosas absurdas que enmascaraban lo que realmente queríamos decirnos. Deambulábamos por la casa muertos de asco y de frío, con un cuchillo incrustado en el interior de la garganta. Yo le oía suspirar en el baño y él me sentía sollozar en la cama dándole la espalda.

Matías tuvo la gentileza de dejarme dar el paso a mí. Aunque los dos lo estábamos esperando, aunque fue mutuo y dialogado, la ruptura resultó más desgarradora de lo que nos habíamos imaginado. Después de dejarlo todo claro, estuvimos un largo rato sin atrever a movernos; sabíamos que en cuanto alguno de los dos se levantara de aquella mesa ya se habría acabado todo y no teníamos ni idea de cómo despedirnos. Deseé que no hubiera sido así, tan frío y tan racional. Deseé que hubiera ocurrido algo terrible y definitivo entre nosotros que nos hubiera separado. Pensé que de ese modo, odiándonos, sería más fácil.

Cuando Matías se fue, incomprensiblemente, lo recordé todo. Recordé por qué me había enamorado de él, volví a sentirlo de nuevo, creo que le amé más que nunca. Volví a ver a aquel hombre irrepetible apoyado en la cafetería de la facultad, mientras yo, que le observaba a distancia, deseaba gritarle que me quisiera. Me mordía los labios hasta hacerme sangre tratando de encontrar una máquina del tiempo que me llevara hacia atrás para poder vivirlo todo de nuevo, para evitar que nos transformáramos o que al menos tuviéramos la audacia de hacerlo los dos a la vez y en la misma dirección, que estuviéramos juntos en ese otro lado que nos ocultábamos. Cómo es posible que algo que estaba encaminado a

suceder de una manera hubiese sucedido de otra.

Matías era la persona con la que más compartía en el mundo y ahora ya no estaba. En el momento en que había salido por la puerta, su imagen había empezado a difuminarse. Pensaba tanto en él y le daba tantas vueltas a la imaginación que cuando encontraba una fotografía suya por casa me costaba reconocerlo. Era un espejismo, lo sé, pero dolía demasiado. No entendía por qué todo había cambiado. Me sentía condenada a vivir una vida sin Matías. Quería regresar a un lugar que ya no existía.

Matías acabó de recoger sus cosas un jueves. Dos días después leí en el periódico la noticia sobre la identificación del cadáver que había aparecido en la playa de Santa Clara.

LETICIA SÁNCHEZ RUIZ (Oviedo, 1980) es escritora, periodista y profesora de narrativa. Ha ganado el Premio Tétrada Literaria de Novela Corta 2004 por *El precio del tiempo*, el IX Premio Internacional de Novela Emilio Alarcos por *Los libros luciérnaga* y el XVI Premio Ateneo Joven de Sevilla por *El gran juego*. Toda su obra ha sido traducida al italiano. En 2018, la compañía El Callejón del Gato llevó a escena su obra de teatro *Hermanas*.